

01082

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO**



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

LA SOMBRA DEL ISLAM EN LA
CONQUISTA DE AMERICA

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:

DOCTOR EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA:

HERNAN G. H. TABOADA *Sanza*



MEXICO, D. F.

2000

281509



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

The shadow of Islam on the conquest of America
Author: Hernán G. H. Taboada
Dir: Dra. Liliana Irene Weinberg Marchevsky
year 2000
217 pages

Abstract

At the level of "world history" (following William McNeill, Andre Gunder Frank or Eric Jones), the European expansion (the so called "discoveries") is related with the intercivilizational conflict between Islam and Christendom in the Mediterranean. The basic assumption is that the conquest of America modified the background of the conflict, in a manner that historians, by seeing only Islam or America, have so far not duly stressed. If Islam was the frontier of Europe (in a physical and mental sense), from the 16th century the frontier par excellence was America, although from a scenario to the other migrated men, institutions and stereotypes.

On the basis of these leading ideas, is traced i. a. the spirit of Crusade that animated the navigators in the Atlantic, the idea of America as a refuge for the Christendom besieged in the Old World, the role of Indian treasures in the struggle with Islam, the diversion of European energy from a frontier to the other, the elements of "orientalism" adopted or adapted to "americanism".

Sources used are primary published ones (colonial chronicles, collections of documents, literary works), and recent books and articles on the world history as defined supra.

The shadow of Islam on the conquest of America
Author: Hernán G. H. Taboada
Dir: Dra. Liliana Irene Weinberg Marchevsky
year 2000
217 pages

Abstract

At the level of "world history" (following William McNeill, Andre Gunder Frank or Eric Jones), the European expansion (the so called "discoveries") is related with the intercivilizational conflict between Islam and Christendom in the Mediterranean. The basic assumption is that the conquest of America modified the background of the conflict, in a manner that historians, by seeing only Islam or America, have so far not duly stressed. If Islam was the frontier of Europe (in a physical and mental sense), from the 16th century the frontier par excellence was America, although from a scenario to the other migrated men, institutions and stereotypes.

On the basis of these leading ideas, is traced i. a. the spirit of Crusade that animated the navigators in the Atlantic, the idea of America as a refuge for the Christendom besieged in the Old World, the role of Indian treasures in the struggle with Islam, the diversion of European energy from a frontier to the other, the elements of "orientalism" adopted or adapted to "americanism".

Sources used are primary published ones (colonial chronicles, collections of documents, literary works), and recent books and articles on the world history as defined supra.

INDICE

1 Introducción	9
2 Los contextos islámicos de la expansión europea	17
1. <i>La ecumene y la expansión</i>	
2. <i>Avances otomanos</i>	
3. <i>La Cristiandad latina en el Mediterráneo oriental</i>	
4. <i>Fracaso de la Cruzada</i>	
3 La Cruzada en el Atlántico	34
1. <i>China, las Indias y Etiopía</i>	
2. <i>La estrategia de contracerco</i>	
3. <i>Geopolítica cristiana</i>	
4. <i>La Cruzada marítima portuguesa</i>	
5. <i>La herencia de los portugueses</i>	
4 Las Reconquistas y Cristóbal Colón	56
1. <i>La nueva Reconquista española</i>	
2. <i>Del Egeo al Atlántico</i>	
3. <i>Colón y el Islam</i>	
4. <i>El instante de Colón</i>	
5 El Turco en las Indias	77
1. <i>La extensión del Islam</i>	
2. <i>Conocimiento muslim de América</i>	
3. <i>Musulimes en las Indias</i>	
4. <i>La amenaza</i>	
5. <i>Cautivos y renegados</i>	
6 Temores y esperanzas	97
1. <i>Musulimes entre los indios</i>	
2. <i>Temores</i>	
3. <i>Profecías sobre el Turco y las Indias</i>	
4. <i>Translatio Ecclesiae</i>	

7 La riqueza indiana	115
1. <i>Los tributos de las Indias</i>	
2. <i>El dinero y la guerra</i>	
3. <i>Los metales americanos en el Islam</i>	
4. <i>La economía otomana y las Indias</i>	
8 Los dos occidentes	133
1. <i>El fin de la confrontación</i>	
2. <i>El Islam se olvida de América</i>	
3. <i>África o América</i>	
4. <i>La esencia de la decisión</i>	
5. <i>Los dos occidentes</i>	
9 La nueva frontera	150
1. <i>De una frontera a otra</i>	
2. <i>La carrera de los conquistadores</i>	
3. <i>Tradiciones, recuerdos y lecturas</i>	
4. <i>La terminación de la Reconquista</i>	
5. <i>El Mediterráneo oriental</i>	
6. <i>Entre dos aventuras</i>	
7. <i>Renegados</i>	
10 Del orientalismo al americanismo	170
1. <i>El cambio en la etnografía</i>	
2. <i>La identificación de los enemigos</i>	
3. <i>El modelo orientalista</i>	
4. <i>La comparación estructural</i>	
11 Conclusiones	185
1. <i>La herencia de la hibridez</i>	
2. <i>Hacia la uniformidad</i>	
Bibliografía	195

Agradecimientos

La anécdota de Apeles pidiendo a todos un parecer sobre sus cuadros parece la más adecuada para ilustrar mi actitud frente a quienes tuvieron la amabilidad o ingenuidad de ser mis lectores y escuchas y darme alguna opinión sobre las ideas que en este trabajo desarrollé. Quiero destacar a la directora de tesis Liliana Weinberg, a los miembros del comité tutorial, Brian Connaughton y Luz María Martínez Montiel, a los sinodales Herbert Frey, Lothar Knauth, Manuel Ruiz y Gustavo Vargas. *Sin desempeñar formalmente ningún papel*, Carlos Tur leyó, comentó, aportó, corrigió e ironizó ampliamente de mi trabajo, según conviniera. Y mi familia (¿dónde y cuándo empezó, dónde y cuándo termina? algún día tiempos y lugares se confundirán en el aguanoso limbo de donde venimos y a donde iremos) me iluminó el recuerdo y alentó a seguir. No quiero excluir a nadie: Renato y Tabú tienen también su lugar.

julio del 2000

*E come quei che con lena affannata
uscito fuor del pelago alla riva
si volge all'acqua perigliosa e guata
così l'animo mio, che ancor fuggiva,
si diede spesso a rimirar lo passo
che non lasciò giammai persona viva.*

Dante, Inferno, I, 22ss.

1

INTRODUCCIÓN

CUANDO imaginé por primera vez la empresa de investigar las relaciones entre la historia islámica y la americana, expuesta en tal vaguedad de términos, tenía en mi haber algunas referencias, pocas intuiciones y el desconocimiento general que hizo posible tanta audacia. Porque, como no tardé en descubrir, el escaso caudal que poseía había sido extraído de la gran masa de lugares comunes que circulaban sobre el tema, y que solían ser, como es la regla, simplificaciones de los pocos hechos salientes en el océano de una realidad mucho más compleja.

Fue sostenido por una gran curiosidad hacia las culturas islámicas, que durante años había estado estudiando, y hacia las culturas americanas, sobre las cuales la meditación había comenzado mucho tiempo antes, que pude avanzar en la inmensa selva de las bibliotecas, la cual se extendía ante mí una vez agotadas las referencias bibliográficas más obvias: profusión de libros y revistas, colecciones de documentos, enciclopedias y atlas; en medio de todo aquello podía hallarse el dato buscado. Cuando alguna orientación me fue posible, me percaté que la primera parte de la amplia investigación proyectada, las conexiones entre la conquista europea de América y la dinámica intercivilizacional que desde el siglo xv había llevado a una nueva etapa dentro del enfrentamiento entre la Cristiandad y el Islam en el Viejo Mundo, ofrecían un campo de investigación ya de por sí extenso y enmarañado.

Un primer sendero que para su estudio pude por fin reconocer fue el de las concepciones en torno a la frontera, de vieja tradición en los estudios sobre América: después de Frederick Turner y sus discípulos, los latinoamericanistas les han prestado creciente atención. De este modo, no sólo la realidad social y mental de muchas regiones ha sido relacionada con una posición fronteriza, sino que todo el continente ha llegado a llamarse “la frontera de Europa” (o “de Occidente”). Sin aceptar esta definición, que ha dado lugar a

consabidas exageraciones del ensayismo y a afirmaciones de tono condescendiente, veo en ella la posibilidad de una relación fructífera con algunos planteamientos de envergadura: aquellos que señalan como un hilo rojo en toda la historia de Europa, no sólo en sus episodios coloniales americanos, el avance ininterrumpido sobre fronteras, lo cual habría otorgado una abundancia de espacio y de recursos (tierra, agua, maderas y metales) que la distinguieron de las hacinadas civilizaciones de Asia, confinadas a regiones superpobladas, o de recursos pobres en tierras y aguas, explotados además durante milenios. La conquista del Atlántico, hasta América, habría sido un paso más, gigantesco, en dicho avance. Europa habría encontrado el camino hacia su “gran frontera”.¹

También esto puede prestarse a afirmaciones de vaguedad poco útil. Un intento de definición liminar de la frontera nos muestra la variedad de formaciones históricas que el término puede designar: de la edad heroica de dorios y germanos, conducidos por Ares y las Musas, a la tranquila expansión de ganados y mieses sobre la pampa argentina. La frontera puede ser una línea en el espacio, una tierra de nadie entre dos sociedades, un área donde estas dos sociedades se entremezclan. Su percepción varía, según se la mire desde una capital imperial o desde una avanzada en tierra bárbara: la frontera puede ser entonces un territorio para la expansión, una fuente de recursos o una fuente de ilusiones; como se ha dicho infinidad de veces, el Nuevo Mundo fue para los europeos, aún antes que lo alcanzaran, la tierra de la realización de los deseos; de la riqueza fácil primero, y después de la fuga de las ataduras, del salto de las barreras sociales, de la permisividad, el reino del *frontier dream*. El paso hacia un nuevo territorio rico en recursos y en posibilidades enlaza la historia del avance fronterizo en ambos el Viejo Mundo y en el Nuevo.

¹ Retomo aquí la expresión de Walter Prescott Webb, *The great frontier*, introduction by Arnold Toynbee, Austin: University of Texas Press, 1951; las ideas del texano terminan siendo aceptadas, no sin cierta ironía hacia sus pretensiones panexplicativas, por John H. Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1972, cap. 3, “La nueva frontera”; también las acepta, incorporándolas sagazmente a su concepción general europeísta, Eric Jones, *The European miracle: environment, economies, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981. Naturalmente, no pueden olvidarse las ideas de Arnold Toynbee, que recoge una larga tradición y el recuerdo de Ares y las Musas que remonta a Diodoro Sículo.

Sin embargo, este paso, retomando y modificando un antiguo argumento historiográfico, se dio cuando la reacción defensiva del Islam, representado por los turcos otomanos, cortó uno de los caminos tradicionales de la expansión europea hacia el sur y el este, por lo que ésta hubo de dirigirse hacia otras regiones, entre ellas el Atlántico, dentro de lo que se ha llamado, con abundancia de corazón pero no incorrectamente, una estrategia de contracerco del Islam, el designio de una fantástica maniobra de tenazas sino-europea.² Por ello, la primera etapa de la expansión marítima europea tuvo importantes dimensiones de guerra religiosa, que se perpetuaron después, más atenuadas, en la conquista de América.

También estas afirmaciones requieren de aclaración, ya que pueden evocar las interpretaciones, que han vuelto nuevamente a la vida en los últimos años, acerca de las civilizaciones como entes definidos de manera esencialista, que por necesidad “chocan” inevitablemente a lo largo de los siglos. Apartándome de ellas, me sitúo en el planteo de la “historia mundial” propuesta por Andre Gunder Frank, cuya finalidad es “conectar y relacionar las diferentes historias y épocas entre sí [...] develar toda clase de conexiones históricas entre pueblos y lugares, no sólo en el tiempo, sino especialmente *al mismo tiempo*”.³

Hablando en estos términos, no hay duda que la estrategia de la Cristiandad resultó por fin exitosa, aunque por vías jamás imaginadas, que a su vez inauguraron un estado de cosas inédito, que a largo plazo terminaría con los ideales que habían inspirado dicha estrategia. En los comienzos de su expansión marítima, los países de la Cristiandad latina, aterrorizados por el avance otomano, figuraban en una posición ligeramente subordinada en el concierto de las civilizaciones: ni su economía, número de habitantes,

² Referencias más precisas se detallan en el capítulo tercero; aquí señalo, de la amplia literatura existente, sólo la que está dedicada específicamente al planteamiento de la relación entre la guerra islámica y expansión marítima europea: Elliott, *El Viejo y el Nuevo Mundo 1492-1650*; Charles Tilly, “The Europe of Columbus and Bayazid”, *Middle East Research & Information Project Report*, vol. 22, n. 178 (1992), pp. 2-5; Reçat Kasaba, “By compass and sword: the meanings of 1492”, *Middle East Research & Information Project Report*, vol. 22, n. 178 (1992), pp. 6-10.

³ Andre Gunder Frank, “Un argumento por la historia del Sistema mundial”, *Cuadernos Americanos*, 30 (1991), pp. 174-204, p. 177.

ciencia, técnica o poder militar, por no hablar de dimensiones menos mensurables como el arte, la literatura y la mística, le aseguraban preeminencia absoluta alguna. A partir del siglo XVI, en cambio, la entidad que ya empezaba a autonombrarse Europa estuvo en condiciones de enfrentar a sus contrincantes extraeuropeos, para superarlos en varios terrenos en el XVII, competir ventajosamente en el XVIII y dominarlos en el XIX. Detrás de este crecimiento se halla indudablemente el desarrollo económico que desembocó en el capitalismo, la revolución industrial y la modernidad, todo lo cual nos permite hablar, ahora sí, de una excepcionalidad europea. Las causas de dicha excepcionalidad se han buscado en algún elemento endógeno: la ausencia de invasiones nómadas, la estructura jurídica de origen romano, la multiplicidad de unidades políticas etc. Junto a ellas se perfila como elemento importante, quizás fundamental, la conquista europea de territorios ultramarinos: la apropiación de las rutas del oro sahariano, luego la confiscación del comercio del Índico y sobre todo la explotación sistemática de América con mano de obra esclava o semiesclava otorgaron a los europeos los recursos que hicieron posible su papel intermediario entre las varias economías-mundo y a fin de cuentas su hegemonía mundial.

Afirmaciones de esta naturaleza requieren, para no caer en la metahistoria, de investigaciones puntuales de todo tipo. Hace ya algún tiempo se señaló que la “contribución de la periferia” al desarrollo europeo fue en realidad mínimo y hay una influyente línea de pensamiento que todavía resalta los factores endoeuropeos como esenciales. En cambio otros historiadores del sistema mundial, como Andre Gunder Frank, Immanuel Wallerstein o Samir Amin, tienden a asignar a la periferia gran importancia. Resultan útiles por lo tanto investigaciones como la de Joseph Inikori, destinada a mostrar en detalle la importancia que tuvo la confiscación de la mano de obra africana y su puesta en valor en América para el surgimiento del industrialismo noratlántico, que fue el motor del despegue europeo.⁴ Aquí abordo un problema anterior, no el

⁴ Joseph E. Inikori, “La trata negrera y las economías atlánticas de 1451 a 1870”, en *La trata negrera del siglo XVI al XIX*, Barcelona, UNESCO-Serbal, 1981, pp. 74-106; Patrick O’Brien, “European economic development: the contribution of the periphery”,

del enriquecimiento sino el de la supervivencia misma de Europa, en el siglo de la *immanitas turcica*, que fue también el siglo de la conquista americana. Para las fuentes contemporáneas, el temor a los otomanos es un dato de toda obviedad, pero también en ellas asoma la esperanza que se puso en los espacios atlánticos y en las Indias nuevas. Por ello merece estudio esta otra contribución de la periferia: no sólo con recursos que fueron usados en la guerra contra el Islam, sino también, en nuestro contexto historiográfico que asigna importancia a las mentalidades colectivas, con la renovación de la confianza de los europeos en sí mismos.

Tal posible contribución rara vez ha sido considerada. Aunque las menciones en este sentido sean cada vez más frecuentes en la literatura americanista, sigue prevaleciendo el aislamiento entre esta literatura y la de los estudiosos del Islam. No hay mucho que reprochar: los documentos y la historiografía de la época ya presentaban esta división de horizontes. Luego, los planteamientos de la vieja historia eurocentrista eran poco propicios para investigar algo tan evidente como parecía ser la vocación europea al dominio universal y sólo algún atisbo ha aparecido en los estudios con una visión más amplia influida por la gran producción poscolonial y posoccidentalista, como son los panoramas comparativos de las civilizaciones en torno a 1492, que se han compuesto con ocasión del Quinto Centenario. Pero los vislumbres aquí ofrecidos son breves: en el caso de obras poliautorales, el interés de cada monografía reside en una presentación favorable de los logros de un grupo humano en torno al año simbólico; en los casos de otros excelentes trabajos, el clásico enfoque eurocentrista apenas está matizado por consideraciones acerca de las otras humanidades. Sólo las obras pioneras de Paul Lunde y Abbas Hamdani pueden ser citadas aquí,⁵ pero no sólo no han tenido continuadores, sino que han contado con muy escasa audiencia.

The Economic History Review, second series, vol. 35 (1982), pp. 1-18; la afirmación de una superioridad europea temprana (desde el siglo xi) y basada en factores endógenos fue sostenida por el primer Jones, *The European miracle*, y recientemente por David Landes, *The wealth and poverty of nations why some are so rich and some so poor*, New York: Norton, 1998. El debate sigue abierto.

⁵ Paul Lunde escribió todos los artículos de la sección especial de *Aramco World* con el tema *The Middle East and the Age of Discovery* (vol. 43, n. 3, 1992), que citaré a

Como resultado, el tema de las relaciones entre la historia de la ocupación de América por los europeos y la lucha de éstos con el Islam ha quedado relegada a *obiter dicta* vagos y reiterativos, cuya referencia principal, por otro lado, suele ser la llamada Reconquista, a pesar de que la urgente realidad de la España que ocupó América fue la gigantesca guerra, que con razón fue llamada mundial, que se desarrolló con el imperio otomano. Y esta guerra, que en sus escenarios principales, el Mediterráneo, la costa africana, y aun el Índico, ha sido objeto de descripciones de cierto detalle, es poco conocida en las interrelaciones que mantuvo con la llegada de los europeos a América y sus primeras conquistas: constituye no una “arqueología negada” sino una “arqueología ignorada”.⁶ Sacarla a la luz no sólo significa un aporte para una mejor comprensión de las civilizaciones del Viejo Mundo, sino sobre todo, por lo menos desde el enfoque aquí buscado, para una mejor comprensión de América en las dimensiones de su historia universal.

Como trataré de exponer en los sucesivos capítulos, a la estrategia inicial de contracerco sucedieron otros desarrollos intelectuales, políticos, económicos, en los que América se fue convirtiendo en elemento que modificaba las relaciones planteadas entre la Cristiandad y el Islam. Tempranamente el pensamiento europeo, obsesionado con el peligro otomano, fijó sus ojos en las nuevas tierras: su conquista era una señal del cambio en las fortunas, sus hombres y riquezas se pondrían en la balanza de la guerra contra el Islam, o por lo menos el Nuevo Mundo serviría de refugio para una Cristiandad derrotada en el Viejo. Y alguna de estas esperanzas se realizó: antes de servir a la completa modificación del equilibrio entre civilizaciones a que antes he aludido, las riquezas americanas fueron, más puntualmente, el elemento que permitió

menudo en las páginas que siguen; de Abbas Hamdani, que tuvo la gentileza de mandarme sus artículos, menciono “Columbus and the recovery of Jerusalem”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 99 (1979), pp. 39-48, “Ottoman response to the discovery of America and the new route to India”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 101 (1981), pp. 323-330; “An Islamic background to the voyages of discovery”, en Salma Khadra Jayyusi, ed., *The legacy of Muslim Spain*, Leiden, New York, Koln: Brill, 1992, pp. 273-303.

⁶ Hago alusión al libro de Herbert Frey *La arqueología negada del Nuevo Mundo*, México: CNCA, 1995, donde la “arqueología” (arjaiología) es la historia europea anterior a Colón

el empate con los turcos en la guerra mediterránea, basada en las cada vez más costosas galeras. Este empate, a su vez, llevó a un tácito reparto de territorios que alejó a España por tres siglos de las tierras africanas, su viejo campo de expansión, e hizo que dirigiera sus energías al nuevo continente, aunque por mucho tiempo los hombres de religión y los de acción seguirían pensando con nostalgia en la vieja guerra que otorgaba gloria terrenal y celeste a la vez. Mientras esto ocurría, en el plano de las largas duraciones se daba el nacimiento de la inédita economía moderna del mundo noratlántico, que impulsó la mencionada hegemonía mundial europea. Y en el plano de la historia intelectual, la etnografía desarrollada a partir del encuentro con el hombre americano otorgaba a los europeos una legitimación de su dominio infinitamente más sofisticada de lo que había sido el orientalismo medieval y protomoderno.

De esta manera y en ese momento nació América para la historia europea; pero los beneficios recibidos fueron rápida y desdeñosamente olvidados, y hasta nuestros días todo tipo de literatura se empeñó en recordar que los americanos fuimos los grandes beneficiarios del encuentro.

Nota sobre las denominaciones y transcripciones

En mi desarrollo, uso con cierta libertad la denominación de *América* para los territorios que en la época se llamaban con más frecuencia *Indias* o *Nuevo Mundo*; no siempre condiciono el uso de los términos *Reconquista* y *Descubrimiento* pero dejo ya aclarado que soy plenamente consciente de su origen y acepción eurocentrista. Prefiero no hablar de *Occidente*, nebulosa abstracción que no existía, en el sentido actual, en el vocabulario de la época que trato. En cuanto al *Islam*, nombre que designa tanto a una religión como a una civilización, he optado por usar minúscula en el primer caso (en forma análoga a *cristianismo*) y mayúscula en el segundo (como en *Cristiandad*). En vez de *musulmán*, palabra galopersa de sonido tétrico que llegó en el siglo XVIII al castellano, rescato el término de *muslim*, que fue el que usaron los musulimes españoles para referirse a sí mismos, y hoy veo

recuperado en ciertas páginas de Internet, con plena justificación por estar fonéticamente más cerca de la palabra árabe original. Mi uso de la palabra como sustantivo y adjetivo es por supuesto más amplio, por las exigencias del lenguaje historiográfico. Más allá de esto, no he podido marcar con mayor rigor la dimensión histórica de los términos, y me veo obligado a hablar de la Colonia, de la Edad Media y hasta del Renacimiento, pese a crecientes dudas sobre su real esencia.

En las citas he optado por hacer la lectura más fluida posible, para lo cual he transcrito los nombres árabes o turcos de la forma más reconocible, dado que los sistemas de transcripción existentes resultan engorrosos. He modernizado la ortografía y puntuación de los documentos mencionados y he tratado de citar las obras por las ediciones más universalmente aceptadas, aunque la lectura haya sido realizada en ocasiones sobre volúmenes más accesibles.

2

Los contextos islámicos de la expansión europea

CON SUMA LENTITUD se habían difundido entre los grupos humanos las formas de vida civilizadas, es decir jerárquicas, estatales, urbanas y letradas, a partir de algunos centros hasta abarcar, en el siglo XIII de nuestra era, a una franja de civilizaciones que se extendían en el Viejo Mundo del Atlántico al Pacífico, y que de manera muy imperfecta se conocían mutuamente: las culturas sónicas, indias, islámicas, cristianas ortodoxas y cristianas latinas. En el Nuevo Mundo, anacrónicamente hablando, donde la humanidad había llegado más tarde, y la civilización también, la continuidad de contactos entre Mesoamérica y el área andina era más tenue, y el conocimiento mutuo apenas esbozado, aunque avanzaba. Poco o nada puede hablarse en firme de las relaciones entre estas civilizaciones y las del Viejo Mundo. Fue el establecimiento de contactos regulares entre las civilizaciones lo que abrió la historia moderna. Como dicho cambio suele verse exclusivamente en la acción de un protagonista, la Cristiandad latina, no estará de más considerar a los importantes deuteragonistas.

1. *La ecumene y la expansión*¹

EN el siglo XIV los contactos y el conocimiento mutuo entre las civilizaciones aumentaron a través de los habituales caminos, que

¹ La bibliografía es inabarcable, pero puedo citar los trabajos en que he hallado planteamientos más universalistas: Pierre Chaunu, *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona: Labor, 1982 (*Nueva Clío*, 26) y *Conquista y exploración de los nuevos mundos (siglo XVI)*, Barcelona: Labor, 1984 (*Nueva Clío*, 26bis); Philip Curtin, *Cross-cultural trade in world history*, Cambridge University Press, 1984; Guy Martinière & Consuelo Varela, eds., *L'état du monde en 1492*, Madrid/Paris: Quinto Centenario/La découverte, 1992, esp., el "Avant propos" de Maurice Aymard; Franco Cardini, "El mundo en el siglo XV", en *El mundo en el siglo XV*, Madrid: Anaya/Sociedad Estatal para la Exposición Universal "Sevilla 92", 1992, pp. 9-25; Felipe Fernández-Armesto, *Millennium*, Barcelona: Planeta, 1995, segunda parte

eran principalmente las llanuras centroasiáticas, las que habían llevado a Marco Polo hacia China y a Rabban Sauma hacia Francia e Inglaterra, las que por siglos habían transmitido técnicas y elementos culturales y de las que se podía esperar que fueran el teatro del encuentro de la ecumene. Pero no lo fueron, y cayeron en relativo olvido cuando, a partir del citado siglo, los contactos marinos empezaron a multiplicarse. Por haber sido hasta entonces secundarias en el encuentro entre civilizaciones, fue innovador el uso de las vías marítimas para realizar un comercio masivo y para iniciar las grandes expediciones chinas comandadas por Cheng-ho entre 1405 y 1433, que llegaron a las costas de África; lo mismo puede decirse de los portugueses que desde Europa empezaban a extenderse sobre la costa africana desde 1415; la India vivía su gran auge marítimo y en el Islam los marinos que comerciaban con las costas de África oriental se iban adentrando cada vez más hacia el sur, hasta vislumbrar el Cabo, mientras el Atlántico era conocido por los marinos andalusíes y magrebíes en una extensión considerable; completando el panorama, se ha visto también un movimiento expansivo neomaya a partir de Tulum en Yucatán.

Las razones de esta expansión polifocal parecen ser técnicas y demográficas principalmente. Hay que referirse a los grandes barcos chinos que asombraron a los viajeros, a la creación de una vasta red comercial de artículos de consumo masivo centrado en la India, a las técnicas atlánticas e índicas que los europeos por un lado y los musulimes por el otro injertaron a las mediterráneas; también a la victoria final de los sedentarios frente a los nómadas (en China, Crimea y Kazán) y al crecimiento demográfico posterior a la Peste Negra que en el siglo XIV golpeó al continente euroasiático.

El fruto fue un contacto mutuo entre las civilizaciones del Viejo Mundo de magnitud nunca antes vista. Las influencias artísticas recíprocas, la transmisión de técnicas desde Corea hasta Escandinavia, son algunas manifestaciones de dichos contactos. Otra, más tétrica, fue la nombrada Peste Negra, de un alcance geográfico pocas veces visto antes. Aparecieron ideologías de dominio universal, ejemplificadas en las cúpulas, imagen del mundo, que encontramos en Santa Maria Rotonda de Florencia, en la Mezquita Verde de Bursa, en el Mausoleo de Tamerlán y el de Isakhan

en Delhi, en el Templo del Cielo en Pequín, o incluso en el Kremlin o Tenochtitlán. La información etnográfica aumentó, y de ella nos han llegado la descripción de los habitantes de Canarias que copió Ibn Jaldún, los datos contenidos en enciclopedias chinas o los mejor conocidos relatos de Niccoló de Conti y Athanasius Nikitin.

Ante este panorama, de inevitable encuentro de las humanidades hasta entonces dispersas, cabe la pregunta tantas veces hecha, ¿por qué no fueron los chinos, los indios o los musulimes sus iniciadores? ¿por qué no fueron ellos los que “descubrieron” América? Por supuesto, hay quien replica que sí, que lo hicieron: la criptohistoria o pseudohistoria de los Colones chinos o árabes, hasta indios, ha sido escrita muchas veces, con seriedad mayor o menor. Sus temas preferidos son el Fusang de algunos documentos chinos o, en el caso de los musulimes, los pasajes que hablan de las aventuras atlánticas de Jaxjax, de los Mugarrirun y del sultán de Mali; se ha alegado también en favor de un conocimiento del maíz en el Islam anterior a Colón, como demostrarían las denominaciones locales de este producto, reveladoras de su lugar de origen; algo semejante nos sugiere una muy temprana alusión al tabaco en Marruecos, o extrañas formaciones al oriente de la India que aparecen en la cartografía islámica.

Muy posiblemente esta historiografía dé cuenta de algunas realidades, pero tal comprobación no alcanza a sustituir a los europeos como los “descubridores”. Es así porque el término y el concepto, además de ser netamente europeos y eurocentristas, responden a un movimiento histórico nuevo y peculiar, cuyas analogías más afines, las colonizaciones fenicia, griega y malgache, le son aún muy lejanas.

La explicación de esta peculiaridad y novedad europeas puede partir de limitaciones en las otras culturas: la debilidad demográfica americana, la gran división política y social india, y el horror brahmán a los viajes transmarinos; también se dice que el Islam empezó entonces a dar la espalda al mar: símbolo de ello sería la destrucción del Faro de Alejandría en el siglo xv, que nunca se volvió a levantar, que China sufría un déficit proteínico y energético, que sentía poca atracción por la pesca en el Pacífico, donde las especies venenosas alternan con las comestibles, que los tra-

yectos dominados por los monzones están separados del sur por un cinturón de tempestades.² Éstas más bien parecen ser extrapolaciones poco cuidadosas hechas con un ojo en la situación posterior al siglo xvi. Inversamente, otras interpretaciones más convincentes parten de excelencias: el Islam y la India se hallaban asentados sobre las rutas axiales del comercio mundial y no necesitaban buscar otras rutas en la periferia; China, Estado fuerte y próspero, veía la mejor estrategia en el mínimo cambio posible.

Completando esta explicación, los historiadores señalan las carencias europeas que habrían impulsado la expansión: de metales preciosos, de mano de obra, de tierras cálidas. Pese al refinamiento de los análisis resultantes, éstos no prestan de todos modos la suficiente atención a la dinámica intercivilizacional que responda a la exigencia de una historia mundial en el sentido de Andre Gunder Frank, tal como he citado en la introducción, es decir de una historia de las relaciones sincrónicas entre las civilizaciones.

Por ello no ha sido posible explorar algunas conexiones cuyos indicios cronológicos son bastante visibles y han sido algunas veces señalados. La primera es la contemporaneidad de los viajes de Cheng-ho (1405-1433) y de las expediciones atlánticas europeas (1415-1497) con la situación del Asia Central posterior a Tamerlán (1370-1405) quien, al morir en el curso de su terrible viaje hacia China, dejaba un imperio que por primera vez englobaba las costas del Mediterráneo y las rutas terrestres de Asia Central, y que prefiguraba muchos aspectos de los posteriores imperios islámicos del siglo xv. Noticias de origen chino, europeo o centroasiático revelan la abundancia del comercio durante esta época. Si bien los territorios marginales se perdieron rápidamente, el núcleo fue mantenido todavía cuarenta años por obra de los sucesores de Tamerlán, y sólo después hallamos vacío de poder y desorden político. ¿Fue este último el que llevó a una búsqueda de rutas alternativas desde Europa y desde China? ¿O por el contrario el motor fue el control

² Véase la bibliografía citada en la nota 1. Para el ejemplo chino, Eric Jones, *The European miracle, environments, economics, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981; para el muslim, Jacques Attali, *1492*, Barcelona: Plural, 1992, p. 67. El tema de la talasofobia islámica es uno de esos numerosos lugares comunes que enrostran a la mayor evidencia.

que por primera vez en muchos siglos mantenía un poder centroasiático sobre el comercio?³ Lamentablemente la lógica trabaja aquí sin datos, o, peor aún, con datos que la contradicen: la historiografía del Asia Central es también un vasto páramo.

Otra concomitancia, quizás relacionada con la primera, es la nueva voracidad fiscal de los mamelucos egipcios, que los llevó a gravar cada vez más el comercio de las especias provenientes del Índico, con lo cual los europeos empezaron a pensar en la posibilidad de alcanzar el Índico por un camino distinto. Pero esta voracidad, y la primera mención expresa de un posible camino alternativo, aparecieron en fecha relativamente tardía, cuando ya la circunnavegación de África estaba avanzada.⁴

Comprobable es, en cambio, otra conexión, entre la expansión islámica del siglo xv y la expansión europea. A abundar en esta comprobación se destina este primer capítulo.

2. Avances otomanos

EL referente político esencial del primer siglo de la expansión marítima europea es la expansión terrestre otomana. La evidente contemporaneidad ha llevado a afirmar una relación de causa: las conquistas turcas habrían impulsado los viajes europeos. Pero cuando se quiere detallar esta relación, se habla vaga y erróneamente del corte de las rutas hacia las especias y hacia los Santos Lugares, lo cual es inexacto y deriva en un planteamiento monocausal que no puede sostenerse, dejándose lamentablemente el lugar a los tratamientos usuales, que ignoran completamente el factor otomano, o simplemente lo señalan como telón de fondo o elemento de drama. Se trata aquí de discernir algunas de las relaciones entre las dos expansiones aludidas.

³ Herbert Melzig, *Timur: Verhängnis eines Erdteiles*, Zürich/New York: Europa Verlag, 1940, p. 195.

⁴ Quien llevó a sus extremas consecuencias el sistema de monopolios estatales egipcios fue el sultán mameluco Barsbay (1422-1438), originando la búsqueda de rutas alternativas por parte de los europeos, véase Bernard Lewis, *El Oriente Próximo: dos mil años de historia*, Barcelona: Grijalbo, 1996, p. 177. La primera mención de las posibilidades especieras de las nuevas rutas oceánicas aparece en la carta de Paolo dal Pozzo Toscanelli (1475)

Hay que empezar desde lejos. Durante la Edad Media, los protagonistas de las luchas en torno al Mediterráneo fueron tan heterogéneos como lo habían sido siempre desde las Guerras Púnicas, si bien se había establecido una polarización básica a partir de la adhesión al cristianismo o al islam, polarización que la tesis central de Henri Pirenne, pese a todas las refutaciones, matizaciones y precisiones posteriores, expresa con acierto.

Sobre la omnipresencia de esta división bipolar en la mente de los contemporáneos dan cuenta términos como *Cristiandad* y *Dar al-Islam*, *Cruzada* y *Yihad*, *fieles e infieles*; los geógrafos no dejaban de señalar la existencia de una frontera, los historiadores también lo hacían al preocuparse esencialmente por los hechos de su mundo confesional, y la comunicación con Dios y con los hombres se daba en gran proporción por medio de las grandes lenguas de cultura que dominaban cada región: griego, latín y árabe. Pese a ello, la división religiosa básica estaba matizada por las subdivisiones internas de cada religión, y por la existencia de una abundante población judía, mientras la división civilizacional lo estaba por una miriada de culturas locales. Al mismo tiempo, en la vida material, en las alianzas políticas y militares, en los préstamos intelectuales, en los movimientos comerciales y en la convivencia cotidiana de muchas regiones tales fronteras se difuminaban y se ignoraban. La peculiar convivencia de las tres religiones que se exalta en los dos lados de la España medieval, y otros ejemplos de tolerancia que los apologistas musulimes de nuestros días señalan como rasgo ejemplar que pertenece, sostiene, a la esencia de su religión, son manifestaciones bastante universales de esta primera época medieval y de su peculiar frontera permeable.

Una modificación en tal situación se empezó a dar con un movimiento que señaló Ibn Athir (1160-1233), historiador de las Cruzadas, de manera lúcida; este autor se dio cuenta en efecto cómo en su época los francos, es decir los europeos, empezaron a invadir las tierras de los musulimes, en Andalucía, la costa africana, Sicilia y por fin Siria. El avance que Ibn Athir registró correspondía a la primera gran expansión europea, que aprovechaba la primera gran crisis del Islam, entre los siglos XI y XIII, y era paralela a otro avance arrollador desde el centro de Asia, el de los mongoles.

Fragmentado, el mundo islámico vio impotente los triunfos de estos dos enemigos; sólo en un segundo momento pudo reaccionar, derrotando a los Estados cruzados y a los mongoles, efectuando una restauración que abarcó desde la ley islámica, la *xariah*, hasta la arquitectura y favoreciendo una extensión geográfica del Islam y una reapropiación de circuitos económicos. A partir de esta restauración se originó el Islam que llegaría hasta el siglo XVIII, y en algunas regiones hasta el XX; dominan esta época figuras como Ibn Jaldún y Hafiz y hazañas como la Alhambra y la redacción final de las *Mil y una noches*. Sin embargo, esta creación cultural no se igualaba con las de la época califal, y comercialmente el Islam dejó de ser el centro de la ecumene.⁵

Fue en el campo político donde las creaciones islámicas alcanzaron mayor trascendencia, con una nueva constitución de imperios; la época de los árabes había pasado y comenzaba la de los turcos: por ellos fueron establecidas, en el siglo XVI, las tres grandes formaciones del Islam de época moderna, los Estados otomano, safaví y mogol. Los mismos han sido catalogados como ejemplos de “imperios de la pólvora”, análogos a la China Ming, el Japón de Hideyoshi y el dominio asiático zarista. Pero detrás de su formación hay otras causas, además de la técnica de las armas de fuego; en el caso otomano fue la creación de instituciones militares como el ejército servil de los mamelucos y los jenízaros y en un segundo momento un uso amplio de la flota como elemento de apoyo. Los nuevos leviatanes inauguraron una “guerra total” (para las proporciones de la época) muy distinta a las antaño existentes, que fue posible debido a los recursos mucho mayores y a instituciones de tributación y reclutamiento perfeccionadas, también imprescindibles para mantener las estructuras militares y políticas, a las que dotaron de los necesarios recursos mineros, forestales y humanos y del acceso privilegiado a las rutas comerciales. De este modo por tierra y mar chocaron enormes ejércitos y flotas, se arre-

⁵ Para este análisis me sirvió de guía el artículo póstumo de Archibald Lewis “The Islamic world and the Latin West, 1350-1500”, *Speculum*, 65 (1990), pp. 833-844, también hay ideas de Charles Issawi, “The Christian-Muslim frontier in the Mediterranean” (1961), en Richard H. Nolte ed., *The modern Middle East*, New York: Atherton Press, 1963, pp. 1-12.

bataron grandes territorios, la estrategia se hizo mundial y las unidades menores, o más débiles, fueron englobadas o arrinconadas, como los reinos del sur de la India, los principados uzbekos, el Egipto mameluco y los emiratos norteafricanos, exceptuando Marruecos, que a su vez hizo desaparecer el reino sudsaariano de Songai.

El correlato europeo de la restauración musulma fue la serie de crisis que dieron fin a la Edad Media; junto a muchas otras debe verse como una causa importante de estas crisis el gran cierre de la frontera medieval. Esta frontera había tenido un primer periodo de expansión a partir del siglo x, caracterizado por un complejo de progresos técnicos, nuevas roturaciones, cambios sociales, mayor riqueza y crecimiento demográfico; sus resultados se vieron en el avance de las sociedades de la Cristiandad latina sobre territorios antes desiertos, sobre bosques y sobre nuevos bancos de pesca, así como en su victoria sobre otras culturas: celtas, eslavos, baltos y lapones habían debido convertirse o desaparecer; los musulimes habían retrocedido en España, Sicilia y Tierra Santa, como recordaba Ibn Athir, pero también lo había hecho la Cristiandad ortodoxa en Anatolia, Grecia y el Egeo. Paralelamente a esta expansión se había dado una mejora en la dieta popular y el brillo cultural asociado con el gótico, santo Tomás y Dante Alighieri. Desde comienzos del siglo xiv el avance se detuvo, dando lugar a las citadas crisis, que culminaron en la Peste Negra de 1348 y cuyas manifestaciones fueron el descenso demográfico, problemas económicos y luchas sociales.⁶

A pesar de la relativa recuperación posterior a la Peste Negra, era una Europa debilitada la que se enfrentaba al Islam renaciente, y en el siglo xv parecía destinada a ser presa de éste: enormemente dividida y carente de los extensos recursos que en las otras regiones habían originado inmensas cortes, burocracias y ejércitos, muy poco podía hacer frente a las fulminantes conquistas de los

⁶ La idea, esbozada por Pierra Chaunu, *Séville et l'Atlantique (1504-1650)*, Paris: Université de Paris, 1959, 2^{me} partie, tome viii, 1, pp. 54ss es desarrollada por Archibald Lewis, "The closing of the medieval frontier, 1250-1350", *Speculum*, vol. 33 (1958), pp. 475-483; en general, una explicación panfronterista de la historia europea es la de Eric Jones, *The European miracle: environment, economies, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

otomanos. Salvo un breve paréntesis originado en las derrotas a manos de Tamerlán, o pequeños retrocesos en los Balcanes, los turcos hacían desaparecer paulatinamente las pequeñas potestades musulimas vecinas y las de la Cristiandad de Europa oriental con resonantes conquistas: desde su primer desembarco en Europa, en 1353, se cuentan las victorias de Nicópolis (1390) y de Varna (1444), la toma de Constantinopla (1453), de Bosnia (1462), de Albania (1467) y de Crimea (1474), que fueron seguidas por el desembarco en Otranto (1480), la ocupación del Peloponeso (1502), la derrota de los persas (1514), la conquista de Egipto (1517), la anexión de Hungría (1526) y el sitio de Viena (1529). En el Mediterráneo occidental, los turcos se hicieron señores del Magreb, sitiaron Malta (1565) y establecieron contacto con los moriscos españoles; sólo tras la derrota de Lepanto (1571) y la batalla de Alcazarquivir (1578) cesó este avance incontenible.

Dueño de virtudes militares que sus enemigos eran los primeros en reconocer, así como algunos también reconocían la superior justicia de su gobierno, de un parque de artillería del cual “debía hablarse con mucho respeto”, de una flota extensa, del control de las viejas rutas comerciales euroasiáticas, el imperio otomano se constituyó en el terror de los europeos por un par de siglos y en el trasfondo necesario de todos los proyectos políticos. Era un imperio de enorme dinamismo y de carácter insólitamente “moderno”, cuya imagen fue transformada por la incomprensión europea en la de una máquina de guerra en la cual sólo existía un individuo, el déspota. Por el contrario, vemos en su servicio a hombres de gran capacidad e iniciativa: desde funcionarios, técnicos y comerciantes hasta los aventureros que se lanzaron al Índico, a las estepas de Asia Central y al Potosí, con hazañas comparables, en su realización y en el relato que de ellas hicieron, a las aventuras mucho más conocidas de los hombres de la expansión europea.

Además de su real poderío, había un elemento retórico de gran importancia en el sentimiento de temor que despertaba este imperio. Tras las crisis y restauraciones por las que habían pasado, el Islam y la Cristiandad habían emergido con un carácter de exclusivismo desconocido en los siglos previos, los del *Cuento de los tres anillos* y de los Hermanos de la Pureza. El exclusivismo euro-

peo se manifestó en la disminuida tolerancia hacia los alógenos en España, y asomó entre los turcos con expresiones de fanatismo relativamente inéditas y con el remozamiento de las aspiraciones a un imperio universal. Estas aspiraciones fueron esenciales en la ideología del Estado otomano, ideología que tiene sus raíces en el mundo clásico, islámico y turanio, y veía como su finalidad la constitución de una monarquía de la cual Alejandro Magno, entre otros, era el modelo, y que distribuiría el poder entre reyes vasallos. El límite de sus conquistas, creían, estaría marcado por la “manzana roja”, símbolo incierto que fue trasladando su ubicación de Constantinopla a Viena y Roma.⁷ Los europeos eran conscientes de esta aspiración universal, como lo señalaba tempranamente el breve de Cruzada de Calixto II Borja, al denunciar las intenciones del Turco: “ac tanta sit illius nefandi omnium scelerum artificis vesania, ut per universum orbem terrarum venerandum [Mahometum] esse contenderet”.

Si éstas son las características generales del “choque de civilizaciones” que un observador *ante litteram* podía contemplar en torno al Mediterráneo del siglo xv, es hacia ciertas manifestaciones particulares que debemos dirigirnos para vislumbrar algunos de los remotos antecedentes de la expansión ultramarina europea y su culminación en el “descubrimiento de América” de la tradición.

3. La Cristiandad latina en el Mediterráneo oriental

EL norte de África y el Mediterráneo oriental habían sido teatro de una política expansiva francesa, aragonesa e italiana desde el siglo xii, y fue el Mediterráneo oriental el que resintió en primer

⁷ Sobre esta ideología turca, véase Osman Turan, “The ideal of the world domination among the Medieval Turks”, *Studia Islamica*, 4 (1955), pp. 77-90; Jean-Paul Roux, “Sacerdoce et empires universels chez les Turco-Mongols”, *Revue de l'Histoire des Religions*, 204 (1987), pp. 151-174; Peter Naili Borata, “La légende de la Pomme-Rouge et du pape de Rome”, en *Le cuisinier et le philosophe; hommage à Maxime Rodinson; études d'ethnographie historique du Proche-Orient* réunis par Jeanne-Pierre Digard, Paris: Maisonneuve et Larose, 1982, pp. 127-134; del mismo autor, art. “Kizil elma”, en *Encyclopaedia of Islam*, Leiden: Brill, 1954ss, 2ª ed., vol. v, pp. 245-246; uno de los títulos de Solimán el Magnífico era “Distribuidor de coronas a los monarcas del mundo”, la corona no era símbolo real entre los otomanos, por lo que se trataba de un título *ad hoc* hacia los monarcas de Europa.

lugar el despertar islámico del siglo xv. Los principados francos del Peloponeso, con ramificaciones hasta Anatolia y las islas, remontaban a las Cruzadas y a golpes de mano periódicamente ejecutados. El interés de Aragón derivaba de las viejas relaciones de los normandos con Grecia y de las expediciones de los almogávares catalanes, que habían resultado en su dominio de gran parte del Peloponeso, Tesalia e islas griegas, regiones englobadas en los ducados de Atenas y Neopatria hasta el siglo xv; aún después de esta fecha continuó el interés de los Trastámara de Aragón en la región, apoyados en una notable presencia: el catalán era una lengua casi tan hablada en el Egeo como el italiano, se establecieron consulados catalanes en Modón (1416), Candia (1433) y Ragusa (1443), junto a los de Alejandría y Damasco; los Trastámara ofrecieron protección a la orden de San Juan, que ocupaba Rodas, y ayudaron a gobernantes antiturcos: Esteve Vucxitz de Bosnia, Carlo Tocco de Artá, Jorge Brancovich de Serbia, Scanderbeg de Albania y Demetrio Paleólogo, déspota de Morea. El último Paleólogo viajó a Constantinopla a ocupar su trono en una nave catalana y no es casual que años después su descendiente haya hecho donación de sus derechos a Fernando el Católico en su testamento del 7 de abril de 1502.

Los florentinos, genoveses y venecianos tuvieron intereses de mucho mayor alcance, hasta el Mar Negro; una división de esferas había asignado a los venecianos el comercio con Egipto y sus dominios, y a los genoveses el del Mar Negro, el Egeo y Anatolia. Su actividad estaba invirtiendo desde el siglo xiv la antiquísima balanza entre el occidente y el oriente del Mediterráneo, que de deficitaria al primero se fue haciendo favorable, con exportaciones de productos manufacturados e importación de materias. Los vínculos venecianos con el Levante duraron hasta el siglo pasado, los de Génova eran visibles en peculiaridades culturales de la Signoria, como los arabismos de su lenguaje, el uso de “mapas sarracenos” y la mezquita que por un tiempo albergó. También había una abundante diáspora genovesa en los Balcanes y el Índico. Hay que recordar que el arquitecto imperial otomano Sinán Bajá era hijo de un noble genovés y una turca, y siguió manteniendo relaciones con su ciudad desde la cima de su poderío.

Esta presencia de la Cristiandad latina en el Mediterráneo oriental fue afectada por los trastornos de mediados del siglo xv en los janatos centroasiáticos y en Persia, y sobre todo por el avance otomano. Los principados latinos que quedaban fueron eliminados y sólo Venecia subsistió, erigiéndose como el poder más fuerte ante la compleja maraña de protagonistas griegos, latinos, eslavos y albaneses, gracias a una extensa política de alianzas, que la llevó a unirse con la dinastía turcopersa de la Oveja Blanca, con los mamelucos y hasta con Ismail el Safaví, en el siglo xv y principios del xvi; la sutileza de su política permitió a la Serenísima sobrevivir en esta región, aunque mermada, a la expansión de los otomanos, que en 1503 le impusieron una paz desventajosa, y a la derrota de sus aliados musulimes.

Los otros europeos se vieron más perjudicados por el avance otomano, que hizo desaparecer el régimen de colonización que habían impuesto en la zona; tras la conquista de Constantinopla, Mehemet II estableció un bloqueo del Mar Negro que significó desviar hacia su capital el grano, pescado y madera con los cuales los italianos solían comerciar; en 1455 los florentinos Acciaoli perdieron Atenas; la toma de Caffa y Tana en 1475 terminó de expulsar del Mar Negro a los genoveses. También de la navegación del Egeo los italianos fueron eliminados, o por lo menos fuertemente fiscalizados.

Personajes secundarios en el comercio del Mediterráneo oriental cedieron igualmente posiciones en el siglo xv: Marsella, Ancona (el puerto de los florentinos), los puertos de Italia del sur. La balcánica Ragusa mantuvo un comercio pequeño e irregular. Los Caballeros de Rodas, soldados, monjes, piratas y comerciantes, resistieron a un asalto en 1480 pero fueron expulsados de su epónima isla en 1522 para ir a refugiarse en Malta. Los griegos, socios menores de los italianos en el papel de capitanes o marineros, con el tiempo lo serían también de los otomanos, pero en un primer momento fueron igualmente desplazados del comercio. Todavía a principios del siglo xvii el alemán Johannes Wild vería una exclusividad de capitanes árabes o turcos en el Egeo.⁸

⁸ Sobre los distintos aspectos de la expansión y la retirada italiana en el Mediterráneo oriental, véase Ralph Davis, *La Europa atlántica, desde los descubrimientos hasta*

4. Fracaso de la Cruzada

EL avance sobre los dominios latinos en el Mediterráneo oriental era un aspecto del control creciente de los musulmes sobre las rutas del comercio euroasiático, cuyo centro era en esta época la India. Este control significó un desplazamiento de los europeos de muchas regiones en las cuales se habían estado asomando desde unos siglos antes. No sólo perdieron el Mediterráneo oriental, sino que Asia Central se convirtió en terreno de expansión de chinos y musulmes; estos últimos llevaron a cabo un notable avance terrestre que dejó a la Cristiandad ortodoxa rusa la franja más septentrional y fría; también en el Asia sudoriental y en África fue notable el empuje del Islam, tras la conversión de los reinos comerciantes de Java y la ampliación del dominio de reinos nómadas o imperios sedentarios musulmes en las zonas subsaharianas.

Pero además de tal avance, fue novedad de esta época el endurecimiento de las antiguas fronteras entre la Cristiandad y el Islam, que habían sido permeables en la época de Ibn Yubair y Marco Polo. A este endurecimiento, y no sólo a la nueva ruta del Cabo, se debe atribuir la decadencia en época moderna de las caravanas terrestres por la Ruta de la Seda y por el Sahara. Entre el Índico y el Mediterráneo el comercio euroasiático se encontró en una nueva situación: si antaño estaba controlado por múltiples potestades locales, el contacto con cada una de ellas lo podían mantener italianos o judíos que dirigían las operaciones globales, conocían las diferentes rutas alternativas y sus lenguas y dominaban la navegación hasta los mercados consumidores de Europa. El dominio

industrialización, México: Siglo XXI, 1976, pp. 155s; Geo Pitarino, "Génova medieval entre Oriente y Occidente" (1969), en Blanca Garí, ed., *El mundo mediterráneo en la Edad Media*, Barcelona: Argot, 1987, pp. 191-228; Eliyahu Asthor, "The Venetian supremacy in Levantine trade: monopoly or pre-colonialism?", *The Journal of European Economic History*, vol. 3 (1974), pp. 5-53 y "Observations on Venetian trade in the Levant in the XIV century", *The Journal of European Economic History*, vol. 5 (1976), pp. 533-586; sobre el juego diplomático entre Venecia y los otomanos, mamelucos y safavíes, Palmira Brummett, *Ottoman seapower and Levantine diplomacy in the Age of Discovery*, Albany, NY: State University of New York, 1994, part I; para el testimonio de Wild sobre el monopolio musulmán, Michel Fontenay, "L'empire ottoman et le risque corsaire au XVII^e siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, tome 32 (1985), pp. 185-208

otomano, y en menor medida el safaví, significaron el fin de este estado de cosas con la centralización del control de las rutas, un objetivo conscientemente perseguido por ambas dinastías.

Todo lo anterior desembocó en una situación de cerco cultural, económico y militar, que a su vez originó en Europa cantidad de escritos que expresaban el miedo reinante; pero si abundaron las propuestas, en cambio las respuestas fueron erráticas y débiles; hubo políticas de unión: la común identificación en torno a un símbolo hasta entonces marginal, como era “Europa”, intentos sin mañana de reunificación al catolicismo de la Iglesia ortodoxa y las Iglesias orientales no calcedonias en el Concilio de Florencia (1439-1441), repetidos llamamientos a la Cruzada hasta el de la Dieta de Regensburg (1471), donde se pretendió no sólo la recuperación de Constantinopla, sino también la liberación de Europa, Asia y Tierra Santa. Todo esto tuvo un eco muy tenue, desde la desastrosa cruzada de Nicópolis (1390), la que más combatientes había reunido jamás, todos hablaban de Cruzada pero el término se había devaluado: se lo utilizó contra los catalanes de Grecia y el rey más poderoso de Europa, Carlos VIII de Francia, justificó sin ningún pudor su invasión de Italia con el pretexto de la Cruzada, ya que la sumisión de la península constituiría el primer paso hacia Jerusalén.⁹

Con el cerco impuesto por los musulimes también desaparecía una de las válvulas de escape que había tenido la población europea en siglos anteriores, cuando grandes cantidades de nobles, comerciantes, soldados y campesinos aventureros se habían arrojado periódicamente sobre Tierra Santa, sobre al-Andalus o sobre los restos del imperio bizantino. Por el contrario, antes y después de la merma demográfica posterior a la Peste Negra, las nuevas generaciones que no encontraban campo de actividad satisfactorio chocaron contra un Islam mejor defendido, lo que las obligó a buscar sus víctimas entre otros pueblos impíos, como los cátaros, los eslavos y los bálticos, por lo que la Cruzada a partir del siglo

⁹ Acerca de las últimas Cruzadas, véase el resumen que de su investigación más amplia hace Aziz S. Atiya, en el capítulo “The Crusade in the later Middle Ages”, en *Crusade, commerce and culture*, Bloomington/London: Indiana University Press/Oxford University Press, 1962, pp. 92-119.

XIII empezó a abarcar una nueva gama de territorios; también hubo migraciones internas hacia regiones hasta entonces descuidadas: en el interior de los Estados europeos o a provincias marginales, de suecos hacia Finlandia y Laponia, de ingleses hacia Islandia, de escoceses hacia las islas del Atlántico norte y de rusos hacia Siberia. Pertenecen al mismo contexto de presión demográfica y alimentaria las expediciones pesqueras de irlandeses, bretones y vascos hacia Terranova, paralelas al “descubrimiento” de Colón, y las formas de vida social y geográficamente marginales de bandidos y fronterizos: almogávares, bandos y cosacos. Al mismo tiempo, el occidente y el Atlántico se convertían en la nueva frontera de Europa, en el elemento de atracción para las nuevas oleadas de quienes en Europa buscaban mejorar su situación.

5. La expansión monárquica y nobiliaria

El panorama social que domina este éxodo afectó también a las clases privilegiadas, quienes sufrieron por la retracción de la frontera y por la ruina de las rentas señoriales, que de alguna manera la acompaña. Dicha ruina llevó a una delincuencia creciente de los nobles, la *Raubrittertum*, a luchas entre ellos, a esfuerzos por hacerse del poder estatal, a los intentos de creación de grandes reinos en el este de Europa.¹⁰ Entre los numerosos aventureros de todo origen que ensayaron este camino figuraron comerciantes desplazados del Egeo, como Colón, gentes del pueblo y también elementos nobiliarios segundones. Para nuestro caso específico, esta nobleza empobrecida, que ya no podía lanzarse a la creación de principados en Tierra Santa o en Anatolia, o a empresas nobiliario-comerciales como las de los Acciaioli en Grecia, estaba también detrás de las primeras acciones coloniales en el Atlántico: la toma de Ceuta, la colonización de Madera y las Canarias fueron

¹⁰ Sobre esta evolución de la nobleza, véase Marian Malowist, “Un essai d’histoire comparée: les mouvements d’expansion en Europe aux xv. et xvi. siècles”, *Annales ESC*, 17 (1962), pp. 923-929, y de la misma autora “Les aspects sociaux de la première phase de l’expansion coloniale”, *Africana Bulletin* (Varsovia), 1 (1964), pp. 11-33; “Europe de l’Est et les pays ibériques. analogies et contrastes”, en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1965, vol. 1, pp. 85-93.

llevadas a cabo por elementos nobiliarios, que también participaron en muchas empresas indianas. Si a los comerciantes se debe el traslado de técnicas de explotación, a los nobles debemos atribuir la retórica de Cruzada con la que a menudo nos encontramos, en lugares insólitos, como la que inspira al redactor de la señorial crónica de la conquista de Canarias, eco inconsciente de expresiones similares en la primera Cruzada a Tierra Santa.

Es señaladora la comparación con la otra expansión que se llevó a cabo desde el extremo opuesto de Europa. Como en la península ibérica, los Estados ruso y polaco-lituano se encontraron ante el enemigo islámico que les cortaba el camino hacia una de sus fronteras agrícolas. El gran imperio territorial polaco que entonces se formó tuvo desarrollos paralelos a los de España: la expansión hacia otros territorios, con la conquista de enormes extensiones, desproporcionadas para la mano de obra existente, lo cual llevó a una resurrección de la servidumbre y la esclavitud, la preponderancia de la nobleza y la monarquía, apoyadas en el dominio territorial, en desmedro de la burguesía, el consiguiente retraso en la modernización y el subdesarrollo prolongado hasta la actualidad, la fuerte influencia cultural musulímica.¹¹ Estas mismas características se repiten en Rusia, que un poco más tarde avanzó por tierra en dirección al oriente, y en esta marcha la conquista de Kazán o de Siberia fueron consideradas empresas cruzadas; el Estado ruso retomó luego, en el siglo XIX, su camino de expansión hacia Anatolia, Persia y Asia Central, cuando España retomaba el suyo hacia África del norte. Con alguna razón se han hallado paralelismos entre las historias de España y de Rusia, donde la colonización fue la “etapa superior del feudalismo”, situadas ¿hasta ayer? en la semiperiferia o periferia del sistema mundial, especialmente sus regiones conquistadas a los musulímes en los inicios de la modernidad, Andalucía y Tatarstán.¹²

¹¹ Malowist, “Europe de l’Est et les pays ibériques”.

¹² Hans-Heinrich Nolte, “Internal peripheries: from Andalucía to Tatarstan”, *Review* (New York, Fernand Braudel Center), vol. 18 (1995), pp. 261-280 y para la conquista de América como “etapa superior del feudalismo”, el ensayo de Pierre Vilar “Los tiempos del Quijote” (1956), reeditado varias veces, por ejemplo en *Crecimiento y desarrollo: economía e historia, reflexiones sobre el caso español*, Barcelona: Ariel, 1964, pp. 431-441.

Las razones de esta semejanza fueron buscadas por Karl Marx y Arnold Toynbee, y por Leopoldo Zea y Darcy Ribeiro en Latinoamérica, entre otros. Toynbee vio en estos dos países un ejemplo del benéfico desafío de una situación fronteriza, y fue así glosado por Darcy Ribeiro: “Ambas sacaron, de las energías movilizadas para la reconquista de sus territorios ocupados por árabes y por turco-mongoles, la fuerza necesaria para las hazañas de su propia expansión salvacionista”.¹²

Pero la explicación se completa si se atiende al bloqueo que significaron los imperios islámicos modernos en una expansión secular. La nueva dirección fue terrestre en un caso y marítima en el otro, pero siempre con un fuerte carácter cruzado y en la misma dirección: el continente americano.

¹² En *Discurso desde la marginación y la barbarie* (Barcelona: Anthropos, 1988) Leopoldo Zea presenta la última versión de sus ideas sobre la historia española y rusa, retomando a Marx y a Toynbee; la cita de Darcy Ribeiro pertenece a *El proceso civilizatorio: etapas de la evolución sociocultural* (1968). Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970, cap. 6, p. 104

Las Reconquistas y Cristóbal Colón

ES SABIDO que Cristóbal Colón recogió la herencia marinera italiana y portuguesa durante su formación en el Mediterráneo oriental y en el Atlántico africano; no sólo se trató de técnicas de navegación y conocimientos geográficos, sino también de sus primeras concepciones del mundo y proyecciones políticas, incluyendo una primera serie de actitudes ante el Islam; en este rubro fue luego decisiva su experiencia en España durante los últimos años de la llamada Reconquista.

1. La nueva Reconquista española

CONTRARIAMENTE a la nueva actividad cruzada de los portugueses en el Atlántico, el frente de la Reconquista castellana permaneció singularmente estático durante la mayor parte del siglo xv, marcado por un complejo juego diplomático entre el reino de Granada y los cristianos, y los cristianos entre sí. Dicha situación se modificó con la nueva dinámica del Islam, cuando Granada empezó a reanudar sus lazos con el Magreb, originando una nueva política ibérica de los estrechos.¹ Al mismo tiempo las conquistas turcas originaron, dentro del movimiento general europeo por la continuación de la Cruzada, la reformulación y relanzamiento de la vieja Reconquista española, en la cual el Papado mostró mucho interés.

También aquí podemos hablar de un desplazamiento del principal campo de acción de la Cristiandad latina hacia el occidente. La llamada Reconquista técnicamente no era una Cruzada, y no había sido considerada tal por el Papado ni por los reinos cristianos combatientes: concedores, y en ocasiones participantes en

¹ Luis Suárez Fernández, "The Atlantic and the Mediterranean among the objectives of the house of Trastámara" (1951), en Roger Highfield, ed., *Spain in the fifteenth century 1369-1516*, London & Basingstoke: Macmillan, 1972, pp. 58-79

lógico que, con su elegancia habitual, hace Antonio de Solís sobre el rescate puede señalarnos el camino recorrido por ciertos usos del lenguaje:

No sabemos con qué propiedad se dio el nombre de rescates a este tipo de permutaciones ni por qué se le llamaba rescatado al oro que en la verdad pasaba a mayor cautiverio, y estaba con más libertad donde le estimaban menos; pero usaremos de este término por hallarle introducido en nuestras historias, y primero en las de la India oriental.⁴⁵

La novedad de la acepción que notaba Solís probablemente tenga que ver con el siguiente deslizamiento semántico: *rescate* era en la Edad Media el oro obtenido por la devolución de los prisioneros moros; luego pasó a ser el oro proveniente de las nuevas tierras recorridas. En todo caso, ello nos indica que, junto a nombres e instituciones, también numerosos ideogramas de la Cruzada debieron de pasar de la exploración africana a la indiana: los reyes de Portugal fueron llamados por el papa, en la bula *Romanus pontifex* de 1454, con una metáfora paulina, “atletas de la fe”, que ya había sido aplicada en forma parecida (“atleta de Cristo”), para referirse a Jorge Castriota —que luchaba en los Balcanes contra los turcos— y luego iba a recoger el Requerimiento castellano en referencia a los reyes de España. Hubo semejanza en la relación y descripción de los infieles y en algunas creencias que se trasladaron de unas a otras Indias. La bandera con una cruz, que de los cruzados pasó a los navegantes portugueses dirigidos por la Orden de Cristo, reapareció en los estandartes de Colón y de Hernán Cortés. El apóstol santo Tomás, cuyas huellas se buscarían luego obsesivamente en América, y que era imaginado como un individuo de rasgos semitas y larga cabellera, había sido previamente rastreado por los portugueses en el Índico, de acuerdo con la confusa tradición referente a su apostolado en esas regiones. Desde el

pp. 115-128; sobre las instituciones lusogenovesas, Pérez de Tudela, *Las armadas de Indias*, pp. 14ss.

⁴⁵ Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México* (1684), pról. y apéndices de Edmundo O’Gorman, notas de José Valero Silva, 2ª ed., México: Porrúa, 1973, libro 1, cap. 7, p. 37. Varios diccionarios, entre ellos el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española, mencionan este pasaje de Solís para ilustrar el nuevo sentido de *rescate*.

ca al reino que más preocupado se mostró en seguir los llamados a la Cruzada: Rui da Pina y otros cronistas de la época mencionan el miedo que los avances turcos ocasionaron en Portugal; el llamado de Pío II, tras la toma de Constantinopla, sólo encontró una respuesta efectiva en Portugal, que inició preparativos de hombres y barcos, los cuales fueron utilizados, al fracasar la Cruzada, para la toma de Alcazarseguir. En 1458 Portugal lanzó su propia Cruzada en el Mediterráneo, acuñando su nueva moneda, el *cruzado*. En 1480, pese a los problemas internos, Lisboa envió una escuadra al mando del obispo de Évora, García de Meneses, contra los turcos desembarcados en Otranto, escuadra que tampoco esta vez entró en acción. En 1499, cuando Venecia llamó a la Cruzada, el rey de Portugal fue una vez más de los pocos que respondieron, enviando treinta barcos a Corfú. Unos años después, fue el propio rey Manuel (1495-1521) quien llamaría a una nueva Cruzada tras las amenazas del sultán de Egipto de destruir los Santos Lugares de Jerusalén: convencido del advenimiento del nuevo milenio, del cual eran señales el arribo de Cabral al Brasil y el ascenso de Ismail el Safaví, Manuel fomentó embajadas al negus de Abisinia y difundió por medio de la imprenta las respuestas de éste; en 1503 prometió al papa entrar por el Mar Rojo y destruir la casa de abominación de Mahoma; su fama corrió por Europa: tres nobles polacos llegaron hasta su corte para ser armados por él caballeros, y le recordaron que Polonia se hallaba en guerra contra los tártaros.³⁴

La historiografía de la época muestra esta importancia de la ideología nobiliaria y de Cruzada; en la única crónica contemporánea del infante Henrique, la de Gomes Eanes de Zurara (1453), aquél es presentado como un casto y pío varón (imagen que lo haría especialmente caro a la derecha portuguesa de nuestra época), un caballero de la fe; esta personalidad parece más apropiada que aquella otra, inventada por la historiografía inglesa, que hace de Henrique (llamado ahora *el Navegante*) un príncipe renacentista imbuido por el amor a la ciencia. Por ejemplo, entre las cinco mo-

³⁴ Antonio Alberto Banha de Andrade, *João de Barros, historiador do pensamento humanista português do Quinhentos*, Lisboa: Academia Portuguesa da História, 1980, cap. III, "A sua atitude perante a Cruzada européia contra os inimigos da fé, até à hora da morte", pp. 53-78.

la oposición de Castilla, la lucha se entendía implícitamente en territorio ultramarino. Menos rica que las más antiguas órdenes de Santiago y Avís, fue involucrada por el infante Henrique en empresas marítimas que de a poco se transformaron en empresas de exploración. Con este fin el infante tomó prestado dinero de la orden, que hasta entonces había sido utilizado principalmente para mantener los edificios y caballeros; el mismo origen tuvo una parte del capital utilizado en la fundación, en 1441, de la Compañía de Canarias, a la cual el papa Calixto III concedió la jurisdicción del Atlántico por la bula *Inter coetera* de 1456; los caballeros de la orden participaban en las expediciones y su bandera ondeaba en los barcos exploradores, entre ellos en los primeros que llegaron a Brasil en 1500.³²

Las iniciativas de Henrique cubrían uno de los flancos de la guerra religiosa: el ataque a Ceuta de 1415, donde hubo un observador papal y otro imperial, fue precursor de los planes de continuar en África la guerra contra los sarracenos, como después hicieron Pedro Serrano y el cardenal Cisneros, más que de la expansión marina que la historiografía posterior le atribuyó. Paralelamente, el hermano de Henrique, el infante Pedro, combatía en los Balcanes a los turcos bajo las órdenes del emperador Segismundo y recogía información italiana sobre el mundo musulmán.³³

Es revelador que la actividad marítima descubridora pertenez-

³² Yves Renouard, "L'Infant Henri le Navigateur dans l'histoire de l'Occident", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, vol. 40 (1962), pp. 5-20; Peter Russell, "A quest too far: Henry the Navigator and Prester John", en John Macpherson & Ralph Penny, eds., *The medieval mind: Hispanic studies in honour of Alan Deyermond*, London: Tamesis, 1997, pp. 401-416; Maur Cocheril, "Les ordres militaires cisterciens au Portugal", *Bulletin des Études Portugaises et de l'Institut Français de Portugal*, tome 28-29 (1967-1968), pp. 11-64. El texto de la bula de 1456 en Hernáez, *Colección de bulas*, tomo II, pp. 829-830; la bandera de la Orden de Cristo es mencionada en la descripción del desembarco en Brasil que realizó Pedro Vaz de Caminha (1º de mayo de 1500) de la que hay muchas ediciones, véase *Colección documental del descubrimiento*, tomo III, pp. 1836-1852, doc. 790 y la traducción castellana de Francisco Morales Padrón, *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*, Universidad de Sevilla.

³³ Quizás a Pedro, que pasó a la leyenda por su apócrifos viajes en Asia, correspondería un papel más importante en la expansión atlántica de lo que la historia oficial afirma, basada en Zurara, el cronista de Henrique; véase Charles E. Nowell, "Henry the Navigator and his brother Dom Pedro", *Hispanic American Historical Review*, vol. 29 (1949), pp. 62-67; Rogers, *The travels of the Infante*, pp. 257ss

4. *La Cruzada marítima portuguesa*³⁰

LAS directivas papales estaban acompañadas por una fuerte actividad exploratoria y bélica de los portugueses. Detrás de la misma existían motivaciones complejas de distintos grupos sociales, pero la principal protagonista de la primera expansión fue la gran nobleza, capaz de dictar su política tras las batallas de Aljubarrota (1385) y Alfarrobeira (1449), necesitada de recursos por la caída de sus ingresos señoriales, agitada por una turbulencia que era necesario canalizar y sostenida por el nuevo interés papal en el occidente: debido a todo ello se encontró junto con la casa real colaborando en empresas pesqueras y navieras, y como organizadora de los primeros viajes que hoy se ven como antecedentes de la exploración atlántica.³¹ A esta categoría señorial perteneció el impulsor de muchos, aunque no todos, de los primeros viajes, el infante Henrique (1394-1460); la nobleza había sido tradicionalmente la abanderada de la lucha contra los moros, por motivos económicos e ideológicos, los cuales fueron reciclados en las nuevas empresas, como puede verse en la acción de la Orden de Jesucristo, cuyo gran maestro fue el infante Henrique.

Esta orden militar, creada por Juan XXIII en 1321 a pedido del rey Diniz, había heredado en Portugal los bienes de la desaparecida orden cruzada de los Templarios y estaba comprometida en la lucha contra el moro: como para esta época Portugal no tenía ya frontera musulma propia, y toda acción contra Granada encontraba

³⁰El tratamiento selectivo que sigue abrevia en algunas historias generales (Damião Peres, *História dos descobrimentos portugueses*, 3. ed., Porto: Vertente, 1983; Jaime Cortesão, *História dos descobrimentos portugueses*, s.l., Círculo de Leitores, s.a.; Vincent Jones, *Sail the Indian Sea*, London: Gordon & Cremonesi, 1978; Bayley W. Diffie & George D. Winius, *Foundations of the Portuguese empire 1415-1580*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977, etc); recalcan el carácter cruzado de esta expansión Francis M. Rogers, *The travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Cambridge MASS: Harvard University Press, 1961, el artículo de Alexandre Lobato, "Sobre a génese da expansão portuguesa", *Studia* (Lisboa), n. 46 (1987), pp. 223-238, y bibliografía más adelante citada.

³¹Véase Luís Filipe F. R. Thomaz, "Factions, interests and messianism: the politics of Portuguese expansion in the East, 1500-1521", *The Indian Economic and Social History Review*, 28 (1991), pp. 97-109; Stéphane Boissellier, "Réflexions sur l'idéologie portugaise de la Reconquête, xiii.-xiv. siècles", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 30 (1994), pp. 139-165.

Cuando el sultán Bayazid II firmó la paz con los mamelucos egipcios en 1492 y dirigió sus energías hacia el frente balcánico, partía hacia Portugal la misión imperial de Hyeronimus Münzer, con una carta para João II datada el 14 de julio de 1493, donde proponía la misma empresa que para entonces Cristóbal Colón creía haber realizado con éxito: alcanzar Cathay navegando hacia occidente.²⁸ Cuando se difundió la noticia del regreso de Colón, el primer gobernante que se interesó en la suerte espiritual de los amerindios fue precisamente Maximiliano, quien planteó la cuestión al teólogo Trithemio, el cual respondió aludiendo a la doctrina del limbo (1521), e iniciando así una larga cadena de respuestas al nuevo problema teológico. El interés por América continuó en la corte imperial, en contraste con la poca atención que le prestó el resto del humanismo alemán: no sólo es significativa la literatura, ahí producida, sino también la serie de miniaturas encargadas por Maximiliano, donde figuran amerindios con plumas y mazorcas de maíz entre turbantes y elefantes de Calicut, o las obras teatrales y arcos triunfales, con una América de cierta forma orientalizada. No eran ajenos a este interés los fondos que América suministraba, entre otras cosas para la defensa de la frontera turca.²⁹

Krásá, Josef Polisensky y Peter Ratkos, eds., *European expansion 1494-1519: the voyages of discovery in the Bratislava manuscript Lyc. 515/8 (Codex Bratislavensis)*, Praga: Charles University, 1986; sobre la presencia centroeuropea en América, véase *infra* el capítulo 9.

²⁸ Véase una traducción de la carta y un estudio de su contexto en Francisco Calero, "Jerónimo Münzer y el descubrimiento de América", *Revista de Indias*, vol. 56, n. 207 (1996), pp. 279-296; *Colección documental del descubrimiento*, tomo 1, pp. 450-452, doc. 141; Münzer tenía en Portugal parientes alemanes que habían participado en la guerra africana.

²⁹ Lewis Hanke, "The theological significance of the discovery of America", en Chiappelli, *First images of America*, vol. 1, pp. 363-374, esp. pp. 365-366 (= *Revista de História* [São Paulo], vol. 50 [1974], pp. 133-145, p. 136); Dietrich Briesemeister, "La imagen de América en la Alemania que conoció Hernando Colón", en Karl Kohut *et al.*, eds., *De conquistadores y conquistados realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main: Vervuert, 1992, pp. 230-246; la miniatura que menciono está reproducida y comentada en Ricardo E. Alegría, *Las primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*, 2ª ed., Barcelona: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1986, pp. 76ss y Santiago Sebastián, *Iconografía del indio americano, siglos VII-XVII*, Madrid: Tuero, 1992, p. 45; Andrea Sommer Mathis, "América en el teatro, América en la fiesta", en *El teatro descubre América*, Madrid: MAPFRE, 1992, sobre las concomitancias monetarias, véase el capítulo 7.

go muslim fue primordial en la visión papal durante el primer siglo de la expansión europea, aunque no hubiese una política coherente al respecto, sino el deseo general de combatir al Islam, que se combinaba con el de mediar entre los príncipes cristianos y el de difundir el Evangelio. Los progresos de la navegación ibérica, por otro lado, hicieron renacer la esperanza de compensar las pérdidas ante el Turco con nuevas adquisiciones ultramarinas, como expresaron con optimismo algunos intelectuales de la corte papal: Tommaso Fedra Inghirami, Egidio da Viterbo y Francesco Albertini.²⁶

Como el papa, también la otra potestad universal europea, el emperador, concibió la idea de una ruta alternativa para la Cruzada. Emparentado con la casa de Borgoña, que estuvo tradicionalmente implicada en la guerra religiosa, y con la de Portugal, el emperador Maximiliano I de Austria (1493-1519) fue uno de los gobernantes que sufrió la presión otomana en Europa oriental. En esas regiones, los círculos culturales checos y polacos conocían los caminos de Asia Central: había una tradición que remontaba a antiguos viajes, como el de Odorico da Pordenone y a la estancia de Giovanni da Marignolla, otro viajero a Asia oriental, en la corte de Carlos IV en Praga. Es notable también en este ámbito un traslado del interés en el siglo xv: Valentim Fernandes de Moravia y Martin Behaim (“Bohemio”) se mostraron activos en Portugal, y en los incunables de la imprenta checa alternan los relatos de viajes a Tierra Santa con las primeras noticias del Nuevo Mundo; luego habría cierto número de misioneros centroeuropeos en América. Gaspar, el judío polaco convertido al islam que Vasco da Gama halló en la India, o Johannes Scolvus, protonavegante báltico que según algunos alcanzó América, nos hablan de la extensión de estos viajes desde Europa central, paralela a la de los pueblos mediterráneos.²⁷

²⁶ De Witte, “Les bulles pontificales”, y John W. O’Malley, “The discovery of America and reform thought at the papal court in the early Cinquecento”, en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. 1, pp. 185-200.

²⁷ Véase Marian Plezia, “L’apport de la Pologne à l’exploration de l’Asie Centrale au milieu du xme. siècle”, *Acta Poloniae Historica*. 22 (1970), pp. 18-35; Miloslav

En 1456, la *Inter coetera* de Calixto III concedió jurisdicción sobre el Atlántico a la portuguesa Orden de Jesucristo y expresó su esperanza en la conversión de infieles. En 1481 la *Aeterni regis clementia* de Sixto IV confirmaba las anteriores.

El sucesor de este papa fue quien presidió la empresa de Colón, Inocencio VIII, antes Giovanni Battista Cybo, genovés de Savona, emparentado con los Médici y obispo de Molfetta en Apulia, territorio sometido a incursiones otomanas. Papa de 1484 al 25 de julio de 1492, Inocencio VIII se preocupó por proseguir la Cruzada, fue quien encargó a Henricus Martellus un mapa donde se muestra claramente, en 1489, la posibilidad de circunnavegar África y en ocasión de la guerra contra Granada autorizó se recaudara la bula de Cruzada, que después ayudaría en forma importante a financiar el primer viaje de Colón.²⁴

Y todavía en los años que siguieron a este primer viaje colombiano, las viejas preocupaciones de la búsqueda de aliados se vieron con el poco edificante Alejandro VI. Este papa había apoyado la Cruzada a lo largo de su carrera: a ella había destinado tanto un excedente de las minas papales de La Tolfa como el producto de la venta de oficios eclesiásticos; había sugerido a los reyes de España y Francia, enzarzados en disputas por Italia, que dirigieran mejor sus energías contra los infieles. Desde esas preocupaciones se pueden entender aspectos de las Bulas indianas y el envío de la misión de Bernal Buyl u otra misión secreta a Inglaterra para unirse a la flota de Giovanni Gaboto, en 1496. La bula que acompañaba a Buyl, *Piis fidelium*, única de este tipo concedida a un religioso, alude una vez más a un posible encuentro de la expedición que llegó a Terranova con cristianos no romanos, pero cristianos y posibles aliados al fin.²⁵

Bulas y acciones indican que la preocupación por el enemi-

²⁴ Recalca esta actuación papal Ruggero Martino, "Innocenzo VIII, il papa di Cristoforo Colombo", *Quaderni Ibero-Americani*, 772 (1992), pp. 595-602.

²⁵ István Szásdi León-Borja, "Después de la *Inter caetera*, ruptura y cambio en la política indiana de Alejandro VI", en *Memoria del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, México: Escuela Libre de Derecho/UNAM, 1995, pp. 1577-1629; Enrique Díaz Araujo, "El papa de los descubrimientos", en *500 años de Hispanoamérica*, Congreso internacional 1492-1992, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1996, pp. 197-226.

quelle part qu'il voudroit faire conquete sur les Sarrasins, plus licite ni plus propre, ne qui plus legerement se peust faire et à mendre peine et mendre coust", y el papa, en la audiencia que concedió a Bethencourt, afirmaba que el suyo era sólo comienzo de una guerra que se podría llevar a las cercanas tierras de Guinea y Berbería.²¹

Las bulas sobre Cruzada dirigidas a Portugal, que datan de 1320, a partir de las primeras expediciones en las Canarias adquirieron un tinte distintivo, adecuándose al nuevo teatro de expansión de la Cristiandad y refiriéndose a cuestiones como las expediciones navales, la construcción de fortalezas, la erección de un obispado en Ceuta y su defensa, rivalidades coloniales con Castilla, conversión de infieles etcétera.²²

En 1454, es decir un año después de la toma de Constantinopla, Martín V expidió la bula *Romanus pontifex*, donde celebra las hazañas marítimas de los reyes y príncipes de Portugal, que como atletas de la fe, han detenido la ferocidad de los sarracenos y además los han derrotado incluso "in longissimis nobisque incognitis partibus"; también se han aventurado al Mar Océano, creyendo realizar obra meritoria al hacer navegable el mar "usque ad Indos, qui Christi nomen colere dicuntur [...] et illos in Christianorum auxilium adversus Saracenos et alios huiusmodi fidei hostes commovere posset" y han llegado "ad Ghineam provinciam [...] ad ostium cuiusdam magni fluminis, Nili communiter reputati".²³

²¹ *The Canarian, or, Book of the conquest and conversion of the Canarians in the year 1402*, by Messire Jean de Bethencourt, composed by Pierre Bontier and Jean Le Verrier, transl. and ed. with notes and introduction by Richard Henry Major, London: Hakluyt, 1872 (reimpr. New York: Burt Franklin); los pasajes de interés para las referencias a la Cruzada son cap. 4, p. 10, cap. 78, p. 159, cap. 79, p. 161, cap. 80, p. 162, cap. 88, p. 191 (mención de "sarracenos" en las islas, a pesar de la abundancia de cerdos y de referencias a una "ley" propia); cap. 61, p. 114, cap. 71, p. 137, p. 138, cap. 23, p. 39, cap. 84, p. 180, cap. 53, p. 92, cap. 58, p. 108, cap. 91, p. 204, caps. 55-58, p. 96.

²² Sobre estas bulas, unas 25 entre la de Juan XXII en 1320 y la *Romanus pontifex* de 1455, véase, además de Witte, "Les bulles pontificales" y Muldoon, *Popes, lawyers, and infidels*, a Francisco Morales Padrón, *Teoría y leyes de la conquista*, Madrid: Cultura Hispánica & Centro Iberoamericano e Cooperación, 1979, pp. 16-19.

²³ El texto de la bula figura en Francisco Javier Hernández, *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la iglesia en América y Filipinas*, Bruselas: Imprenta de Alfredo Vromant, 1879, tomo II, pp. 823-828; una traducción castellana en Morales Padrón, *Teoría y leyes de la conquista*, pp. 21-27.

la Cristiandad asediada. Entre otros, Fernand Braudel y Abbas Hamdani han señalado una coincidencia simbólica: en 1291, el mismo año que caía San Juan de Acre, la última posición de los cruzados, los hermanos Vivaldi se lanzaron a su desafortunada expedición al Atlántico.¹⁸ También ese año, los reyes de Castilla y Aragón se repartieron (en el papel) los territorios africanos. Hacia esta región dirigió un interés creciente el Papado; a medida que la misión a los mongoles se agotaba y la tenue Cristiandad groenlandesa moría lentamente de frío, los canonistas habían ido perdiendo interés en los pueblos infieles, que incluso podía haber desaparecido; la expansión atlántica hizo cambiar las cosas y, junto a tártaros, magrebíes y lituanos, los pueblos evangelizables empezaron a ser también los canarios, al tiempo que aparecieron documentos papales dedicados a los territorios del Atlántico.¹⁹

De esta forma, cuando Luis de la Cerda proyectó su expedición a Canarias en 1344 lo hizo bajo auspicio papal y justificación de Cruzada.²⁰ Unas décadas después, Jean de Bethencourt marchaba contra estas islas; el relato de sus hazañas protoconquistadoras se ocupa en justificarlas aludiendo a la necesidad de cristianizar a los nativos; éstos, ficticia y ambiguamente, son llamados “sarracenos”; se nos informa sobre la posibilidad de utilizar las Canarias como base contra la costa marroquí (y no se deja de relatar una entrada de Bethencourt en la zona de Bojador), sobre la cercanía con el territorio del Preste Juan y de los Farfanes y sobre el interés que había por conocer la tierra sarracena enfrenada. Como meditan el cronista “on ne sçauroit dire par où ne par

¹⁸ Fernand Braudel, *Il secondo Rinascimento. due secoli e tre Italie*, presentazione di Maurice Aymard, Torino: Einaudi, 1974; Abbas Hamdani, “Columbus and the recovery of Jerusalem”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 99 (1979), pp. 39-48.

¹⁹ Sobre la política papal en época de la expansión portuguesa el trabajo esencial es el de Charles-Martial de Witte, “Les bulles pontificales et l’expansion portugaise au xve. siècle”, *Revue d’Histoire Ecclésiastique*, tome 48 (1953), pp. 683-718, tome 49 (1954), pp. 438-461; tome 51 (1956), pp. 809-836; tome 53 (1958), pp. 5-46 y 443-471; también Muldoon, *Popes, lawyers, and infidels*, pp. 73-75.

²⁰ Johannes Vincke. “Der verhinderte Kreuzzug Ludwigs von Spanien zu den Kanarischen Inseln”, en Johannes Vincke ed., *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, Münster: Aschendorfsche Verlagsbuchhandlung, 1961, Bd. 17, pp. 57-71; Muldoon, *Popes, lawyers, and infidels*, p. 89; Felipe Fernández-Armesto, *Before Columbus exploration and colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, London etc: Macmillan, 1987, caps 6 y 7

3. Geopolítica cristiana

SIN ser el polo de los esfuerzos del Papado como era el oriente, el extremo occidente de la Cristiandad permitía cumplir varios cometidos: combatir a los musulimes de España y del Magreb, mucho más débiles que los otomanos, convertir al cristianismo a los nuevos pueblos isleños o costeros del Atlántico y hallar algún camino con que rodear al enemigo islámico para establecer contacto con los aliados cristianos que siempre se habían buscado. Los geógrafos clásicos habían indicado la factibilidad de circunnavegar África y de llegar de esta forma a la India, y la cartografía del siglo xv confirmaba la idea; en la India, que se había convertido en el nuevo centro del comercio mundial y que se imaginaba vagamente coextensiva con Etiopía, los misioneros franciscanos señalaban el reino del Preste Juan y la presencia de cristianos; a las tierras del Gran Khan podía llegarse con un viaje hacia occidente que rodeara el África, como señaló la carta de Paolo dal Pozzo Toscanelli de 1474. Por fin, cuando los viajes y la consulta de mapas islámicos señalaron la existencia de un gran río en el occidente africano, la reflexión alcanzó niveles de gran estrategia: alguna noticia real sobre la continuidad de las cuencas hidrográficas del Sahel, pero sobre todo una antigua confusión de los geógrafos clásicos y árabes, hacían del Senegal y el Níger continuaciones o ramas del Nilo;¹⁶ remontarlos era, pues, poder tomar por la espalda a los mamelucos y, siguiendo una receta de realización imposible pero que todavía asustó a los políticos victorianos y alentó al gabinete de Anthony Eden en su furia contra Nasser, frenar el curso del gran río y hambrear así a los egipcios.¹⁷

Estos objetivos se fueron definiendo paulatinamente, a medida que el Papado vio las posibilidades que el occidente tenía para

¹⁶ C. K. Meek, "The Niger and the classics", *Journal of African History*, vol. 1 (1960), pp. 1-17.

¹⁷ La empresa, imposible de realizar debido a la complejidad de las fuentes del Nilo Blanco, era objeto de tradiciones fabulosas y fue aconsejada por el negus David a João III en torno a 1530, Hernani Cidade, *A literatura portuguesa e a expansão ultramarina: as idéias, os factos, as formas de arte*, 2ª ed., vol. 1, *Séculos xv e xvi*, Coimbra: Arménio Amado, 1963, p. 44, p. 261; también Afonso de Albuquerque la señaló como posible durante su entrada al Mar Rojo en 1513.

consideran el más rico del orbe, y ello ha perjudicado a los infieles, que hasta entonces eran los únicos que se beneficiaban de su tráfico. La carta al rey de Portugal de Irene, regente de Abisinia (1514), propone una expedición mixta “para desterrar estos mouros da face da terra”.¹⁴ Del otro lado, la conciencia de que la llegada de los europeos al Índico era un duro golpe para el Islam se halla en las duras críticas que se dirigieron a Ibn Mayid, acusado (falsamente al parecer) de haber prestado su pericia náutica a Vasco de Gama para que alcanzara Calicut; la desgracia adquiriría dimensiones apocalípticas y desde Egipto Ibn Iyas recogía la explicación popular al hecho: los francos habían logrado horadar la muralla que antaño había erigido Alejandro Magno para contener a los pueblos de Gog y Magog, y de esta forma lograron penetrar al Índico.¹⁵

No podía darse una concepción más estructurada, ya que en la época se carecía de los conocimientos geográficos que hoy tenemos. También es cierto que los historiadores actuales suelen privilegiar los motivos materiales de la expansión, y la idea de una estrategia de contracerco parecería entrar en la polémica implícita que abren los que afirman los motivos “espirituales” de la expansión europea. Sin querer entrar en tan arcaico planteo, me limitaré a señalar que Portugal no constituía un bloque, ideológicamente hablando, y que la Cruzada fue una tendencia subyacente a las decisiones políticas del momento y a su relato, y que presidió también el primer encuentro de los europeos con América.

¹⁴ Carta del rey Manuel a los Reyes Católicos, julio de 1499, en Juan Pérez de Tudela *et al.*, eds., *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, Madrid: Real Academia de la Historia/CSIC/MAEFRE, 1994, tomo III, pp. 1835-1836, doc. 789; documento real concedido a Vasco da Gama del 10 de enero de 1502, en E. G. Ravenstein, ed., *A Journal of the first voyage of Vasco da Gama, 1497-1499*, London: Hakluyt, 1897 (reimpr. New York: Burt Franklin), pp. 230-231; la traducción al portugués de la carta de la regente Irene en Damião de Góis, *Crónica do felicíssimo rey D. Manuel*, nova ed., dirigida por J. M. Teixeira de Carvalho & David Lopes, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1926, parte III, cap. 59, pp. 195ss.

¹⁵ Abdelhadi Tazi, “Ibn Madjid et les portugais”, *Arabica*, 35 (1988), pp. 104-105; Ibn Iyas, *Journal d'un bourgeois du Caire*, trad. de Gaston Wiet, Paris: Armand Colin, 1955, vol. I, p. 106

llegada a Terranova pensó haber llegado a “la terra del gran Cam”; todavía en 1527 un barco inglés chocaba con Puerto Rico tras haberse extraviado en la búsqueda del Gran Khan y en 1638 Jean Nicolet vestía, en las orillas del lago Michigan, las suntuosas ropas que había llevado para prepararse al encuentro con el mismo personaje. Ya difuminadas, las fantasías medievales perduraron en los ilusos que buscaron en la Patagonia la Ciudad de los Césares, un reino cristiano perdido entre los infieles.¹²

2. La estrategia de contracerco

ALGUNOS historiadores modernos han llegado a hablar de una estrategia europea de contracerco del Islam.¹³ Tal estrategia nunca aparece formulada expresamente en la época, y hay quien habla de una sobreinterpretación actual. Sin embargo, aun una primera lectura de crónicas y documentos deja ver que un planteo semejante no era ajeno a la época. En la carta enviada por Manuel el Afortunado de Portugal a los Reyes Católicos tras la empresa de Vasco de Gama se dice con bastante claridad que el nuevo camino hallado permitirá fortificar en la fe a los habitantes de la India y desviar hacia la Cristiandad las riquezas que los musulimes acumulan gracias a su tráfico con el Índico; un documento portugués de 1501 retoma este motivo: se ha alcanzado la India, país que todos

¹² Muldoon, *Popes, lawyers, and infidels*, pp. 73-75; *Puerto Rico en los documentos de don Juan Bautista Muñoz*, estudio crítico por Vicente Murga Lanza, Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1960, tomo I, doc. 501; Eric Wolf, *Europe and the people without history*, Berkeley etc: University of California Press, 1982, p. 232; Fernando Ainsa, *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares: metamorfosis de un mito*, Madrid: Alianza/Quinto Centenario, 1992, pp. 44ss.

¹³ Citemos a John Parry, *Europa y la expansión del mundo* (1949), México: FCE, 1952, pp. 11ss; Pedro de Leturia, “Ideales político-religiosos de Colón en su carta institucional del ‘Mayorazgo’ 1498” (1951), en *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. I. Época del Real Patronato*, Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 409-433; Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Sevilla: Publicaciones de la Casa Museo de Colón y del Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1983. La historiografía islámica moderna ha recogido este motivo: véase Zahir Riyad, *Isti mar Ifriqia*, El Cairo: al-Maktaba al-Arabiyya, 1965. Hay quienes explícitamente niegan que una tal estrategia existiese: desde los que privilegian los datos económicos, como Vitorino Magalhães Godinho, hasta un escrupuloso historiador eclesiástico como Charles-Martial de Witte (citados *infra*).

dos y perfumes, hasta otras a Inglaterra y Portugal; en Abisinia residió el pintor veneciano Francesco Brancalone, su hijo y otros venecianos, a partir de 1434, y más tarde se dio la misión portuguesa de Pedro de Covilham y Afonso de Paiva, quienes pasaron por Abisinia en su viaje al sur. Al Concilio de Florencia (1439-1441) asistieron delegados abisinios, convocados por Alberto da Sarteano; la información se volcó en vocabularios amhárlicos y mapas de la región, que culminarían con el mapa de fra' Mauro de 1459, sumamente preciso y verídico en la toponimia y en el trazado del curso del Nilo o de las provincias abisinias.¹⁰

Con todo ello se dio el definitivo traslado del reino del Preste Juan hacia Abisinia, región donde la antigua fantasía cobraba mayores aires de verosimilitud. El traslado había empezado a darse con las nuevas necesidades psicológicas de la Cristiandad latina tras la destrucción del califato de Bagdad en 1258, cuando la mayor potencia musulma empezó a ser el Egipto mameluco; entonces el Preste Juan, que desde el comienzo había tenido alguna connotación africana, se mudó a espaldas del nuevo enemigo principal; ahí, en Abisinia, lo empezaron a ubicar con insistencia los informes. Sólo más tarde, ya en el siglo xvi, llegaría la decepción de descubrir que se trataba de un reino también cercado por los musulmes, pobre y, según los misioneros, de una heterodoxia apabullante.¹¹

La ampliación del conocimiento geográfico barrió con la mayor parte de estas fantasías en el siglo xvi. Cuando los primeros jesuitas alcanzaron China, no reconocerían que era el Cathay de Marco Polo; el nombre con el que la conocemos ya había aparecido en las lenguas europeas y fue el que utilizó Hernán Cortés cuando esperó alcanzarla desde la costa mexicana. Pero todavía el espejismo se prolongó hasta Colón y hasta Giovanni Caboto, que a su

¹⁰ Renato Lefèvre, "Il mappamondo de fra' Mauro e la conoscenza dell' Abissinia a metà del Quattrocento", *Nuova Antologia*, ottava serie, vol. 386 (1936), pp. 48-55.

¹¹ Sobre el Preste Juan, véase Leonardo Olschki, *Marco Polo's Asia; an introduction to his "Description of the world" called "Il Milione"*, Los Angeles: University of California Press, 1960; Ephraim Isaac, art. "Prester John", en Joseph R. Stranger, ed., *Dictionary of the Middle Ages*, New York: Charles Scribner's Sons, 1981, tome 10, pp. 118-119; François de Medeiros, *L'Occident et l'Afrique. XIII-XV siècles, images et représentations*. Préface de Jacques Le Goff, Paris: Karthala/Centre de Recherches Africaines, 1985, pp. 198ss.

bajo una forma que reencontramos en el *Libro de las Profecías* de Colón. Pero más importantes fueron ciertas reflexiones geográficas: al parecer Rubruck había llegado hasta los extremos orientales de Asia, por lo cual el mundo debía de ser menor de lo que se pensaba. Combinando esta información con datos extraídos de Aristóteles, Séneca y Esdras, Bacon supuso que “desde el fin de España hay un mar tan pequeño que no puede cubrir las tres cuartas partes de la tierra”; la idea pasó de Bacon a Pierre d’Ailly y se hizo doctrina común en el siglo xv, contribuyendo al fundamentación científica de las ideas de Colón.⁷

Junto a esta herencia que se mantuvo en forma algo subterránea, especialmente entre los franciscanos, con los cuales Colón tuvo abundantes vínculos, el tema del Preste Juan siguió vivo en el pensamiento, la literatura popular y el folklore.⁸ Gracias a ello, los temas inaugurados por los viajeros a Asia oriental pudieron reubicarse en el siglo xv, sobre la ola del nuevo interés y conocimiento transmarino; las esperanzas de una unión entre los cristianos orientales y los occidentales estuvieron centrados, en la tardía Edad Media, no en China sino en Etiopía.

El reino cristiano de Abisinia, la Etiopía de la Antigüedad y la Edad Media, desde época clásica era considerada como una parte de la India, el nuevo centro comercial de la ecumene;⁹ también víctima del cerco musulmán, y aprovechando los mayores contactos entre las distintas partes de la ecumene, Abisinia mantuvo desde fines del siglo xiv crecientes relaciones con Europa: hubo varias embajadas, desde la que llegó a Venecia en 1402, llevando leopar-

⁷ La semejanza de propósito entre la etnografía de los misioneros centroasiáticos y la de los indios fue observada por Georges Baudot, “Imagen amerindia y proyecto utópico: Motolinía y el discurso milenarista” en su *México y los albores del discurso colonial*, México: Nueva Imagen, 1996, pp. 243-266 (véase *infra* el cap. 10); observa el legado de esos viajeros a la acción de los frailes y al pensamiento milenarista y geográfico de Bacon la Introducción de Juan Gil a *En demanda del Gran Kan: viajes a Mongolia en el siglo xiii*, Madrid: Alianza, 1993, pp. 119, 121, 126.

⁸ Sobre la figura del Preste Juan en la tradición española, véase Nieves Baranda, “El espejismo del Preste Juan de las Indias en su reflejo literario en España”, en Antonio Vilanova, ed., *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Barcelona, 1989), Barcelona: PPU, 1992, tomo I, pp. 359-364.

⁹ Me he ocupado de los lejanos orígenes egipcios, mesopotámicos y bíblicos de esta identificación en el artículo “La extensión de Etiopía”, *Nova Tellus* (México, UNAM), 6 (1988), pp. 135-147.

o mongoles era evidente, y desde principios del siglo XIII la *Carta del Gran Can* y Odorico di Pordenone desechaban la existencia en Asia del Preste Juan como legendaria. Contemporáneamente, los obstáculos al envío de misiones eran cada vez mayores, hasta que Tamerlán, entre 1370 y 1405, constituyó una barrera imponente, que sus sucesores mantuvieron por un tiempo. Las relaciones se hicieron inciertas: en 1370 Guglielmo da Prato, arzobispo de Pequín, partió con una carta para el Gran Khan, ignorando el cambio que había aportado la dinastía Ming (1368); aunque todavía en 1400 los franciscanos señalaban alguna actividad de la Cristianidad china y seguían empeñados en grandes planes de conversión, la nueva situación centroasiática hacía difíciles las relaciones y los chinos empezaron a asociar el cristianismo con el dominio mongol que habían eliminado; el obispo de Pequín que fue nombrado en 1448 nunca visitó su sede.⁶

A partir de entonces la información que se podía tener en Europa sobre el Gran Khan de China provenía de la muy fantástica historia de John de Mandeville o del ya envejecido Marco Polo. Sólo otros pequeños gobernantes mongoles, posiblemente nestorianos, hicieron que la esperanza se mantuviera viva y sustituyeron al Gran Khan de Marco Polo en la denominación y fama; fueron ellos los que enviaron representantes al Concilio de Florencia y los destinatarios de la carta que llevó Colón en su primer viaje. No fue esta carta la única herencia de las misiones mongolas a las empresas indianas. Las técnicas etnográficas volcadas a propósitos evangelizadores fueron practicadas por Pian de Carpini y Guillermo de Rubruck antes que por los misioneros españoles en América; la libertad de que gozaron los frailes en América para organizar a su gusto la evangelización, o para utilizar prerrogativas episcopales, ya había sido disfrutada por los enviados a la misión mongola, libres de la jerarquía eclesiástica que ya empezaba a pesar. Otra herencia derivó de la meditación que realizó Roger Bacon sobre la experiencia de Rubruck, con quien trabajó amistad: ciertos vaticinios en torno a la destrucción del Islam podían ser remozados con el nuevo ingrediente de los mongoles.

⁶ James Muldoon, *Popes, lawyers, and infidels*, University of Pennsylvania Press, 1979, pp. 92ss., 133

que escribió Beltramo Mignanelli, quien hizo conocida en Italia la figura del conquistador turcomano, que también en España cosechó simpatías, las cuales perduraron en el teatro español del Siglo de Oro, y hacen explicable, en el Perú colonial, su uso por parte de Antonio de Calancha como comparación elogiosa de Francisco Pizarro.³ Pocos años después los salvadores fueron los dinastas de la Oveja Blanca, que recibieron varias embajadas venecianas, e Ismail el Safaví (1500-1524), que milagrosamente parecía haber surgido a espaldas de los turcos, buscado por la diplomacia veneciana o portuguesa; ambigualmente se hablaba del cripto o cuasicristianismo de estos monarcas. Luego el espacio atlántico ofreció la posibilidad de acceder a ayudas menores: los Farfanés, designación que se daba a grupos cristianos al servicio de los monarcas del Magreb, adquirieron especificidad y un grupo de ellos reapareció en Castilla en época de Juan I, en 1432, y el cronista aclara que este grupo había existido en África desde época goda.⁴ La crónica llamada *Le Canarien* menciona, entre los argumentos para empujar a la expansión a lo largo de África occidental, la presencia de “une maniere de gens qui s’appelle Farfus, qui sont crestiens” y pueden ser de mucha ayuda, ya que son guerreros y conocen el país y su lengua.⁵

Los nuevos salvadores debían compensar el alejamiento de los aliados que en la Edad Media se había creído localizar en el Asia oriental: el Gran Khan y el Preste Juan. Aunque tenue, el Papado había mantenido un contacto con sus misiones en esta región, pero en el siglo XIV la evolución hacia el islam de muchos reinos turcos

³ Angelo Michele Piemontese, “La lingua araba comparata di Beltramo Mignanelli (Siena 1443)”, *Acta Academiae Scientiarum Hungaricae*, tome 48 (1995), pp. 155-170; Albert Mas, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d’Or (recherches sur l’évolution d’un thème littéraire)*, Paris: Institut d’Études Hispaniques, 1967; Antonio de Calancha, citado en David Brading, *Orbe indiano: de la monarquía católica a la República criolla*, México: FCE, 1991, p. 358.

⁴ Sobre los Farfanés, véase a Felipe Maíllo Salgado, “Precisiones para la historia de un grupo étnico-religioso: los Farfanés”, *Al Qantara*, vol 4 (1983), pp. 265-280; Rafael Sánchez Saus, “Un linaje hispanomarroquí entre la leyenda y la historia: los Farfán de los Godos”, en *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta: UNED 1987, tomo II, pp. 323-332.

⁵ *Le Canarien*, crónicas francesas de la conquista de Canarias, publicadas ... por Elías Serra y Alejandro Cioranescu, La Laguna de Tenerife: El Museo Canario, 1960 (*Fontes Rerum Canariarum*), IX, tomo II, texto b, cap. 57, p. 209.

Las razones de esta semejanza fueron buscadas por Karl Marx y Arnold Toynbee, y por Leopoldo Zea y Darcy Ribeiro en Latinoamérica, entre otros. Toynbee vio en estos dos países un ejemplo del benéfico desafío de una situación fronteriza, y fue así glosado por Darcy Ribeiro: “Ambas sacaron, de las energías movilizadas para la reconquista de sus territorios ocupados por árabes y por turco-mongoles, la fuerza necesaria para las hazañas de su propia expansión salvacionista”.¹²

Pero la explicación se completa si se atiende al bloqueo que significaron los imperios islámicos modernos en una expansión secular. La nueva dirección fue terrestre en un caso y marítima en el otro, pero siempre con un fuerte carácter cruzado y en la misma dirección: el continente americano.

¹² En *Discurso desde la marginación y la barbarie* (Barcelona: Anthropos, 1988) Leopoldo Zea presenta la última versión de sus ideas sobre la historia española y rusa, retomando a Marx y a Toynbee; la cita de Darcy Ribeiro pertenece a *El proceso civilizatorio etapas de la evolución sociocultural* (1968), Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970, cap. 6, p. 104.

3

La Cruzada en el Atlántico

LAS EXPOSICIONES de los viajes colombinos suelen destacar sus lazos con la previa expansión atlántica portuguesa. Esta relación resulta más iluminadora si se la integra en el amplio movimiento, expuesto en el capítulo anterior, de desvío hacia occidente de las energías que la Cristiandad latina había estado volcando por algunos siglos hacia el oriente muslim y cristiano ortodoxo. En la perspectiva de la época, esta lucha era el principal referente y, de acuerdo con ello, fue omnipresente en la ideología de la expansión marítima. Del mismo modo que los judíos de esta época buscaban esperanzados juderías ultramarinas,¹ así los cristianos obsesionados por los turcos trasladaban al Atlántico, junto con los hombres y las técnicas, también las ilusiones de reformular en torno al nuevo mar la ya desgastada idea de Cruzada.

1. China, las Indias y Etiopía

CERCADA en el Viejo Mundo, la Cristiandad latina buscó con afán salvadores en el interior de Asia. Cuando apareció Tamerlán, vencedor de los otomanos aunque feroz muslim, su corte fue objeto de embajadas amistosas desde Francia, Aragón y Castilla, dando lugar una de las castellanas a la relación impresa bajo el nombre de Ruy González de Clavijo.² Correlato literario fue la biografía

¹ Véase sobre estas creencias judías el sólido capítulo segundo del por otra parte discutible libro de Simon Wiesenthal, *Operación Nuevo Mundo. la vela de la esperanza*, México: Roca, 1992.

² Sobre las embajadas a Tamerlán, véase Ruy González de Clavijo, *Embajada al Gran Tamorlán*, Madrid: Miraguano, 1984; José María Millás Vallicrosa, "La cultura cosmográfica en la Corona de Aragón durante el reinado de los Reyes Católicos", en *Nuevos estudios sobre historia de la ciencia española*, Barcelona: csic y Asociación para la Historia de la Ciencia Española, 1960, pp. 299-316; en general, sobre estos supuestos aliados, Adam Knobler, "Pseudo-conversions and patchwork pedigrees: the christianization of Muslim princes and the diplomacy of war", *Journal of World History*, vol. 7 (1996), pp. 181-197

Católico hasta su muerte y luego el cardenal Cisneros, llevando a la ocupación de numerosas plazas norteafricanas. El rey y el cardenal expresaron repetidamente la idea de reconquistar los Santos Lugares y formularon planes para la ocupación de Egipto, cuando los últimos mamelucos daban signos de debilidad. Tras sus victorias en Italia y la ocupación de Cefalonia en 1501, que supuso la primera derrota de los jenizaros, las profecías y esperanzas sobre un triunfo cristiano en Grecia o Albania empezaron a fundamentarse en los españoles, y en 1504 Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, recibió en Italia una embajada de Bayazid II. En su lucha contra el Islam los ejércitos españoles encontraban así por primera vez al que debía ser su enemigo a lo largo del siglo.¹⁰

Lo anterior desenfoca en alguna medida la opinión habitual que considera únicamente la lucha contra el reino nazarí de Granada para explicar un ambiente de lucha antimuslima en torno a la empresa de Colón. Si bien es cierto que las concepciones de éste se modificaron profundamente a raíz de su estancia en España, es dudoso ver en él un heredero de la larga tradición iniciada en Covadonga, como hacen quienes afirman el carácter medieval del personaje y de su empresa. Aquí deben señalarse algunos equívocos historiográficos en torno al concepto de *Reconquista*, el cual pretende unificar un proceso histórico que fue multiforme. Más adelante se verán algunas de las modificaciones que sufrió en el curso de los siglos, las cuales incluso permiten considerarlo como una categoría no sólo de nombre eurocentrista, sino también de utilidad dudosa. Según he tratado de mostrar en las páginas anteriores, la lucha contra los musulimes había adquirido rasgos muy novedosos en las últimas décadas del siglo xv, no sólo debido al nuevo carácter de la monarquía unificada, sino también a la re-

¹⁰ José Doussinague presenta la guerra contra los infieles como primer móvil de la política de Fernando el Católico, *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid: Espasa-Calpe, 1944, *passim* y esp. cap. xxix. Con más sentido histórico, lo discute Fernand Braudel, "Los españoles y África del norte de 1492 a 1577" (1928), en Roselyne de Ayala & Paule Braudel, eds., *En torno al Mediterráneo*, Barcelona etc: Paidós, 1997, pp. 41-100; sobre Cisneros, véase José García Oro, "De Granada a Jerusalén; la Cruzada del cardenal Cisneros", *Archivo Ibero-Americano*, ns. 203-204 (1991), pp. 553-766; sobre la embajada, Sebastián Cirac, "Una embajada de Bayaceto II al Gran Capitán y un tratado de amistad del Sultán con los Reyes Católicos en 1504", *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens* (Münster), 15 (1960), pp. 230-240

cuperación islámica, que llegó, aunque un poco más tarde que en el Mediterráneo oriental, también al norte de África. Si un referente islámico tuvo la conquista de América, no fue el de la ya lejana Reconquista, sino el de las guerras que enfrentaban a la Cristianidad latina con un poderío muslim renovado. Éste fue el mundo en el que ingresó Cristóbal Colón con su proyecto.

2. *Del Egeo al Atlántico*

Dos leyendas curiosas se relacionan con los procesos vistos; en una de ellas, Cristóbal Colón habría sido un príncipe bizantino desposeído, que debió ponerse al servicio de Castilla y Aragón; la otra, que figura en un pasaje transmitido por un cronista otomano, afirma que el primer monarca al que Colón presentó su proyecto fue el sultán Bayazid II (1481-1512).¹¹ Ambas leyendas tienen el mérito de señalarnos los lazos que con el Mediterráneo oriental tuvo en su juventud Colón: oriundo de una ciudad con alguna tradición de Cruzada, lo vemos, pese a la oscuridad de su biografía más remota, que realiza viajes a Quíos y que en sus escritos se referirá a dicha isla y al comercio del Levante, tanto el de la almástica quiota (aromatizante y medicina muy buscado en la época), que Génova exportaba con grandes ganancias y que Colón pensó también hallar en América, como el de las perlas, que Venecia mercaba con provecho.¹²

¹¹ La primera es hipótesis mencionada por Alexander Kitroeff, *Griegos en América*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 41-42 y la segunda es leyenda que aparece en la obra del viajero otomano Evliya Chelebi (s. xvii), véase Hans Joachim Kissling, "Betrachtungen über die Flottenpolitik Sultan Bayezids II. (1481-1512)", *Saeculum* (München), Bd. 20 (1969), pp.35-43, la referencia a Chelebi en pp. 42-43.

¹² La almástica aparece repetidamente en los escritos de Colón, véase *infra*; sobre su conocimiento del comercio de las perlas, véase Demetrio Ramos, "El interés por las perlas desde las Capitulaciones de Santa Fe", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 189 (1992), pp. 261-275; sobre la tradición cruzada de Génova, Jacques Heers, *Christophe Colomb*, Paris: Hachette, 1981, pp. 50ss. Según Gaetano Ferro ("Termini geografici e marinareschi nel 'Diario di bordo' di Colombo", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII, Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: CSIC, 1989, pp. 143-163), sólo tres topónimos de los que menciona Colón pertenecen al área del Mediterráneo oriental: Quíos, Jerusalén y Carenero, que se ha interpretado como "Quersoneso"; aquí hago notar, sin embargo, que este término, en griego "península", también era conocido aplicado por la literatura clásica al Quersoneso Áureo de Asia sudoriental.

Ahora bien, Colón es sólo un representante, y menor, de los innumerables italianos que fueron desplazados del Mediterráneo oriental, o que fueron afectados por otros cambios en las relaciones con los musulimes en el siglo XIV: el comercio genovés con el Magreb disminuía como consecuencia del desvío del oro de Guinea que los portugueses estaban realizando hacia la costa atlántica; con el reino nazarí de Granada, Génova mantuvo relaciones comerciales abundantes desde el siglo XIII pero a mediados del XIV, a medida que el cerco castellano se reforzaba, las relaciones se enfriaron y la Signoria decidió piadosamente acatar las disposiciones papales sobre la prohibición del comercio con los infieles.¹³

Por ello encontramos numerosos italianos desplazados que se dirigieron a otras regiones: con trayectoria similar a la de Colón se halla a genoveses en el Índico y el Sahara, pero sobre todo en el Atlántico, donde se ponen al servicio de Francia o de los reinos ibéricos. Otras biografías interesantes en el mismo sentido son las de Giovanni Gaboto (1451-1498), genovés de nacimiento y veneciano de adopción, a quien se descubre en la ruta del Mar Rojo ufanándose hasta de haber visitado Meca, para después convertirse en el primer europeo en abordar Norteamérica, al servicio de los ingleses, en 1497-1498 y volviéndose luego otra vez hacia Asia, en sus intentos de encontrar un paso hacia China por el Océano Ártico; o Giovanni Verrazzano (1485-1527), florentino, que había iniciado su carrera en la ruta de El Cairo y Siria, luego viajó a Malasia sobre buques portugueses y terminó como corsario al servicio de Francia, actividad que lo hizo confundir con el Jean Florin que se apoderó de la flota con los tesoros enviados por Hernán Cortés.¹⁴ Antonio Pigafetta, el cronista de la primera vuelta al mundo, caballero de Rodas y emparentado con el mejor conocido Vincenzo Pigafetta, agente en Lepanto, Egipto y Sinaí. Un

¹³ Blanca Garí, "La advertencia del fin. Génova y el reino de Granada a mediados del siglo XV", en *Presencia italiana en Andalucía*, pp. 179-189.

¹⁴ Sobre Gaboto en Meca, véase el informe de Raunondo di Soncino al Duque de Milán, en Henry Harrisse, *Jean et Sébastien Cabot*, Paris: Ernest Leroux, 1882, pp. 324-326; sobre Verrazzano, la carta de Fernando Carli desde Lyon, 4 de agosto de 1524, en Henry C. Murphy, *The voyage of Verrazzano, a chapter in early history of maritime discovery*, Freeport, NY: Books for Libraries Press, 1875 (reimpr. 1970), pp. 155-157.

miembro de la familia genovesa de los Pallavicini, marqueses en Grecia, se encontró luego entre los más importantes accionistas de la Compañía de Virginia.¹⁵ Otro genovés, Girolamo di Santo Stefano, partió de Génova en 1491 hacia el Índico, cuyos extremos orientales alcanzó, para volver en 1499 a Italia; tras estos viajes paralelos a los de Colón, estuvo en contacto con éste, como muestra en su carta relación del 7 de julio de 1503.¹⁶ En el extremo Atlántico las Indias contaron con numerosos conquistadores y pobladores italianos desde un comienzo, entre los cuales los genoveses figuraron como mayoría: un secular avance a saltos los había llevado del Mediterráneo oriental a Andalucía, de allí al Caribe y por fin al continente.¹⁷

Aunque menos desplazados que los genoveses, los ragusinos también se volcaron parcialmente al Atlántico; uno de ellos muere rico en Potosí a fines del siglo XVI; a otros dos encontramos en Nueva España en el siglo siguiente y documentos o censo nos señalan la presencia de “arragoces”. Ragusa constituía una república cristiana vasalla del Turco pero su cercanía a los Austria hizo que llegaran a ser contratada para suministrar el grueso del transporte naval al Nuevo Mundo a comienzos del siglo XVII.¹⁸

¹⁵ Charles Verlinden, “Les influences italiennes dans l'économie et dans la colonisation espagnoles à l'époque de Ferdinand le Catholique” (1954), traducido al inglés en *The beginnings of modern colonization*, que cito más adelante, p. 8.

¹⁶ Ilaria Luzzana Caraci, *Navegantes italianos*, Madrid: MAPFRE, 1992, p. 54; la carta, con los agregados recientemente descubiertos, en Juan Pérez de Tudela *et al.*, eds, *Colección documental del descubrimiento*, Madrid: Real Academia de la Historia/csic/MAPFRE, 1994, tomo III, p. 1536, doc. 615.

¹⁷ María Justina Sarabia Viejo, “Presencia italiana en Andalucía: la conexión sevillana (1570-1575)”, en *Presencia italiana en Andalucía*, pp. 427-462, señala que los genoveses eran 60% de los italianos; Francesco d'Esposito, “Presenza italiana tra i 'conquistadores' ed i primi colonizzatori del Nuovo Mondo (1492-1560)”, *ibid.*, pp. 493-517, también apunta el predominio de ligures (172 sobre 340).

¹⁸ Aluden a la participación ragusina en la navegación hacia el Nuevo Mundo Braudel, *El Mediterráneo*, tomo I, pp. 137, 414, 422, tomo II, p. 142; John Francis Guilmartin, *Gunpowder and galleys: changing technology and Mediterranean warfare at sea in the sixteenth century*, Cambridge University Press, 1974, p. 256 n. 2 y del mismo autor “Ideology and conflict: the wars of the Ottoman empire, 1453-1606”, *Journal of Interdisciplinary History*, 17 (1988), pp. 727-747, p. 743, n. 27; *Índice de documentos de Nueva España existentes en el Archivo General de Indias de Sevilla*, México: Monografías bibliográficas mexicanas, 1931, vol. III, pp. 287ss: “Naturaleza de extranjeros en Nueva España”, de 1612 a 1660; Ma. Encarnación Rodríguez Vicente, “Los ex-

Más allá de las anécdotas biográficas, se ha señalado cómo éstas hacen parte del traslado del Mediterráneo oriental al Atlántico de métodos coloniales, a medida que los imperios construidos por los italianos en el Egeo y el Mar Negro eran destruidos por los otomanos, los cuales fueron en muchos casos recibidos con alborozo por la población indígena y hoy son considerados por algunos historiadores como los destructores de una situación colonial y los liberadores de una vasta área económica hasta entonces sometida. Es paralelo a esta expulsión el nuevo interés de los italianos en el Atlántico, ejemplificado en la participación de los genoveses en la conquista de las Canarias y en la toma de Ceuta (1415), en la ocupación de plazas en Magreb y en el comercio sahariano, en sus cuantiosas inversiones para el nuevo teatro atlántico. Estas inversiones italianas fueron esenciales, ya que los capitales ibéricos se hallaban empeñados en otras operaciones comerciales y eran difíciles de volcar a otro lado sin provocar una catástrofe. Todo ello explica, repito, los numerosos traslados de técnicas de navegación, colonización, cultivos y administración desde las protocolonias italianas del Mediterráneo oriental a las del Atlántico y la India, que han permitido hablar de lazos de preparación, filiación y adaptación.¹⁹ La factoría de Tana, sobre el Mar Negro, fue un antecedente de la de San Jorge de Mina; los latifundios con mano de obra sierva, semejantes a los medievales,

tranjeros en el reino del Perú”, en *Economía, sociedad y Real Hacienda en las Indias españolas*, Madrid: Alhambra, 1986, pp. 284-299.

¹⁹ Sobre estos lazos ha insistido Charles Verlinden en numerosos artículos, varios de los cuales han sido recogidos en el volumen *The beginnings of modern colonization eleven essays with an introduction*, Ithaca & London: Cornell University Press, 1970; otros títulos de interés para el tema aquí tratado son “Les influences médiévales dans la colonisation de l’Amérique”, *Revista de Historia de América*, n. 30 (1950), pp. 440-450; “Les origines coloniales de la civilisation atlantique: antécédents et types de structure”, *Cahiers d’Histoire Mondiale*, vol. 1 (1953), pp. 378-398; “Las condiciones de la introducción y de la abolición del régimen feudal en las dos Américas”, en Jacques Godechot et al., *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid: Siglo XXI, 1979, pp. 201-209; “De la colonisation médiévale italienne au Levant à l’expansion ibérique en Afrique continentale et insulaire. Analyse d’un transfert économique, technologique et culturel”, *Studia* (Lisboa), n. 46 (1987), pp. 193-222; Felipe Fernández-Armesto, *Before Columbus. exploration and colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, London etc. Macmillan, 1987; Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial, la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México: Siglo XXI, 1971, cap. 1

pero en realidad integrados al capitalismo, se vieron por primera vez en la Creta veneciana antes de constituir el panorama típico de muchas regiones americanas; la forma de organizar la recolección de almástica sería después aplicada a la de grana; el *Stato di Mare* veneciano reaparecería en el Estado da Índia, el *fondaco* en la *feitoria* y el *Officium Gazariae* (reminiscente de los kázaros de la costa del Mar Negro) en la Casa de Contratación.²⁰ Significativamente Venecia, que conservó su imperio levantino hasta el siglo XVII, participó en menor medida en el Atlántico.

El éxodo de los italianos corresponde a un fenómeno general de la Europa posterior a la gran crisis bajomedieval. Hubo muchos otros elementos que se desplazaban hacia la nueva frontera. El viejo *limes* romano de Gran Bretaña, que hasta el siglo XV contuvo a los celtas, al cerrarse originó el éxodo de sus defensores hacia la línea de lucha con los pieles rojas, donde trasladaron las técnicas brutales y los estereotipos hasta entonces reservados a los celtas. De la frontera de los cruzados prusianos Gadifer de la Salle se trasladó a la de las Canarias. Del mismo modo encontramos en el Atlántico y en América a los descendientes de los bandos castellanos, hasta entonces dedicados a la lucha fronteriza con los moros, a húngaros y a muchos griegos: en un rincón de la isla de Trinidad se halla la tumba del último Paleólogo, muerto ahí en el siglo XVII, como nos recuerda Alejo Carpentier en *El siglo de las Luces*.

Retomando una observación de Carlo Cipolla, la expansión de Europa en el Atlántico puede entonces verse como resultado de la tensión entre su expansión económica y el bloqueo político y militar, otomano, que le fue impuesto.²¹

²⁰ Estas comparaciones y asimilaciones provienen de Verlinden y de Fernand Braudel, *Il secondo Rinascimento: due secoli e tre Italie*, presentazione di Maurice Aymard, Torino: Einaudi, 1974, p. 17, Robert Finlay, "Crisis and Crusade in the Mediterranean: Venice, Portugal, and the Cape route to India (1498-1509)", *Studi Veneziani*, n.s., 38 (1994), pp. 45-90; Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2ª ed., México: FCE, 1992, p. 391 etcétera.

²¹ Carlo Cipolla, *Guns, sails and empires: technological innovation and the early phases of European expansion 1400-1700*, New York: Pantheon Books, 1965, p. 18.

3. Colón y el Islam

Las páginas precedentes han tratado de acentuar las dimensiones relativamente nuevas que tuvo la lucha religiosa en el entorno de la empresa indiana de Cristóbal Colón. Hay que considerar dicha novedad cuando se presentan los aspectos de mentalidad de Cruzada del navegante genovés como prueba de su idiosincrasia medieval, frente a los que retratan a un Colón moderno y materialista. Se trata ahora de destacar en la biografía de este último las múltiples conexiones que con el Islam mantuvo.

Ya se han mencionado sus lazos con el Mediterráneo oriental, y la explicación, como parte de una migración más general, de su traslado hacia el Atlántico. De los métodos coloniales usados en esa región, y de los portugueses en las costas de África, derivó Colón nociones acerca de su monopolio comercial en las tierras que descubriera, lo cual hizo que chocara con sus subordinados españoles, a los que consideraba simples asalariados en una empresa mercantil, mientras ellos pensaban más bien en términos de una empresa conquistadora común.²² De este ámbito también recogió Colón la idea del comercio como el que realizaba Venecia con las perlas del Golfo Pérsico, y sobre todo la idea de una explotación de la supuesta almástica del Caribe, que menciona repetidamente, como cuando dice que hay “almástica cuanta mandarán cargar, y de la cual hasta hoy no se ha hallado, salvo en Grecia, en la isla de Quíos, y el Señorío la vende como quiere”.²³

En ambas regiones, en Quíos y en Guinea, Colón estuvo en contacto con musulimes, tal como en su primera juventud, cuando

²² Juan Pérez de Tudela, *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización (1492-1505)*, Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1956 (recoge artículos anteriores de la *Revista de Indias*, 1954-1955) señala la lucha entre las concepciones coloniales lusogenovesas de Colón y las de los reyes de España.

²³ Para las citas de Colón, expreso aquí mi deuda con las ediciones de los viajes y de los documentos colombinos debidas a Consuelo Varela y Juan Gil, *Textos y documentos completos*, Madrid: Alianza, 1982, y *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid: Alianza, 1984, cuyo texto modernizado me facilitó considerablemente la lectura; prefiero sin embargo, por razones de uniformidad y para remitir a sus concordancias, citar por Juan Pérez de Tudela et al., eds., *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, Madrid: Real Academia de la Historia/CSIC/MAPFRE, 1994; aquí la cita corresponde al tomo I, p. 256, doc. 40, carta a Santángel del 15 de febrero de 1493; no es la única mención que hace Colón de la almástica

había visitado Túnez y quizás Siria;²⁴ él mismo señala sus negocios y conversaciones “con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con muchas otras sectas”;²⁵ más indirectamente, fue amigo y corresponsal del cosmógrafo Jaime Ferrer de Blanes, que había viajado largamente por tierras del Islam.²⁶ A partir de contactos con musulimes se han explicado conocimientos técnicos y la idea misma de la ruta a las Indias: esta última posiblemente existía en la tradición oral de Andalucía o Guinea, y con seguridad fue expresada por al-Himyari en 1461, diez años después que naciera Colón. Y éste muestra influencia de autores árabes en el su ideario: cita entre sus autoridades a Averroes (Avenruyz), menciona la medición terrestre centrada en la isla de Arnim y a una mala comprensión de las millas expresadas por los cálculos del al-Faryani (Alfragano) se atribuye la equivocada distancia que Colón suponía entre Iberia y Cathay.²⁷

²⁴ Aunque sean dudosas tanto la referencia ¿autobiográfica? de Colón a su expedición a Túnez, como la mención de Gómara sobre un viaje a Siria. La primera en la *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo Hernando Colón (1571), ed., pról. y notas de Ramón Iglesia, México: FCE, 1984, cap. 4, p. 36; y carta a los Reyes Católicos de 1495, en *Colección documental del descubrimiento*; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix, Caracas: Ayacucho, 1979, cap. 14, p. 28.

²⁵ El pasaje figura en una carta del Almirante en apología de su empresa (1501), incluida en el *Libro de las Profecías* y en la *Vida del Almirante*, *Colección documental del descubrimiento*, tomo II, p. 1281, doc. 490.

²⁶ Carta de Ferrer de Blanes a Colón, del 5 de agosto de 1495, *Colección documental del descubrimiento*, tomo II, pp. 831-833, doc. 311; José María Millás Vallicrosa, “La cultura cosmográfica en la Corona de Aragón durante el reinado de los Reyes Católicos”, en *Nuevos estudios sobre historia de la ciencia española*, Barcelona: csic y Asociación para la Historia de la Ciencia Española, 1960, pp. 299-316, p. 307.

²⁷ José Vázquez Ruiz, “Influencia de la cultura árabe en las ideas geográficas de Cristóbal Colón”, en *Actas de las II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica* (1980), Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1985, pp. 579-584; Carlos Solís Santos, “Cristóbal Colón y el saber de los árabes”, *Arbor*, tomo 123, n. 482 (1986), pp. 93-108; Peter Lunde, “Al-Farghani and the ‘short degree’”, *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 14-17; Gamal Abdel Karim, “Las ideas árabes en el descubrimiento de América según las fuentes árabes andalusíes”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid*, vol. 26 (1993-1994), pp. 83-90; cf. sobre los antecedentes árabes de la navegación atlántica, Juan Vernet, *La cultura hispanoárabe en oriente y occidente*, Barcelona etc: Ariel, 1978, pp. 239-243. Algunos autores han ido muy lejos en el tema de la influencia árabe sobre Colón, véase Ibrahim Hallar, *El descubrimiento de América por los árabes*, Buenos Aires, 1956, obra que revela ciencia y criterio a pesar del título; es un documento más de la imagen de Colón construida en época moderna por autores árabes o musulimes: Oamar Kilani. Amin Maalouf. Salman Rushdie y otros.

Pero estas relaciones de colaboración no conformaron la visión básica de Colón sobre el Islam, que es generalmente hostil, resultado de sus experiencias en diversos terrenos. De acuerdo con la biografía atribuida a su hijo Fernando, entre sus parientes figuró un corsario Colombo “muy nombrado por la mar con motivo de la armada que condujo contra los infieles y enemigos de su patria, tal que con su nombre espantaban a los niños en la cuna”; si bien el parentesco es invento, sí existió el tal Colombo pirata genovés. En Quíos, Colón se halló al servicio de la familia Spinola, uno de cuyos miembros, Gioffredo, fue el encargado de colaborar en la defensa de la isla contra los turcos en 1474;²⁸ su experiencia en España pertenece a la época de endurecimiento de relaciones: quizás participó en el sitio de Baza y asistió a la embajada enviada por el sultán egipcio a los Reyes Católicos, en la que los amenazaba con represalias si no levantaban el cerco de Granada. Como ya había ocurrido con los navegantes portugueses, sus viajes se vieron implicados en la lucha contra el moro: la flota preparada para Indias fue en 1497 utilizada para la toma de Melilla, lo cual originó las quejas de Colón, mientras algunos consejeros trataban de desviar la atención del rey de las Indias hacia África.²⁹ La inmediatez del enemigo moro resurgió en sus escritos cuando, al llegar a La Española y ver que Roldán se había rebelado, aludió al carácter renegado del rebelde. En 1502, su cuarto viaje al Caribe fue desviado cuando hubo que acudir para auxiliar a los portugueses situados por los moros en Arzila; a su llegada ya los atacantes habían huido, y Colón encontró en la ciudad africana a parientes de su primera esposa.³⁰

Dando forma intelectual a estas experiencias fue importante el contacto de Colón con el franciscanismo de origen catalán y las esperanzas previas a la conquista de Granada. Los *Viajes de*

²⁸ Hernando Colón, *Vida del Almirante*, cap. 5, p. 38 y nota de Ramón Iglesia; Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la Mar Océano: vida de Cristóbal Colón* (1942), 2ª ed. española, México: rcc, 1991, p. 82 y nota.

²⁹ Doussinague, *La política internacional de Fernando el Católico*, p. 81 y Jesús F. Salafranca, “El tercer viaje de Colón y su incidencia en la conquista de Melilla”, en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*. V Congreso Internacional de Historia de América, Diputación Provincial de Granada, 1994, vol. III, pp. 117-123

³⁰ Hernando Colón, *Vida del almirante*, cap. 88, p. 268.

Mandeville, con su descripción de Jerusalén, influyeron sobre aspectos de la visión cruzada de Colón³¹ y su curiosidad lo llevó a recoger en el *Libro de las profecías*, escrito hacia 1501, una tradición de origen islámico que había conocido por Pierre d'Ailly: los musulimes serían destruidos por los tártaros o los cristianos; según notaba Colón, ya en parte se había cumplido la profecía con la irrupción de los tártaros, que habían derrotado a los musulimes y destruido su capital Baldac, junto con su califa, una especie de papa, por lo que habría que esperar que se realizara la segunda destrucción profetizada. Puede verse que eran nociones confusas y equivocadas las que Colón tenía del Islam; sin embargo le quedaba claro que éste, lejos de desaparecer “sepe et multum contra christianos invalescit”. La lucha entre las dos civilizaciones se reflejaba, según ha expuesto Alain Milhou, en aquella otra entre un puerco y un felino, “auto tan nuevo y hermosa montería”, que describió en el Caribe, retomando motivos de larga data: la identificación de los musulimes con el cerdo, la lucha animal vista como simbólica de las luchas entre comunidades.³² En el mismo territorio, el carácter canino que, retribuyendo análogos epítetos musulimes, la Cristiandad tributaba tanto al Profeta (el *Mahound* medieval, que reapareció en la sacrílega novela de Salman Rushdie) como a sus seguidores (los omnipresentes “perros” moros) se hace visible en el nombre perruno, que podría ser una de las etimologías de *canibal* y de *Calibán*.

³¹ Cris Zacher, “How Columbus read Mandeville’s *Travels*”, en Consuelo Varela, ed., *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid: Turner/Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1990, pp. 155-160.

³² Sobre el milenarismo de Colón, y su esperanza de una derrota de los musulimes, *The Libro de las profecías of Christopher Columbus*, translation and commentary by Delno C. West and August Kling, Gainesville: University of Florida Press, 1991, p. 159; Pedro de Leturia sí, “Ideales político-religiosos de Colón en su carta institucional del ‘Mayorazgo’ 1498” (1951), en *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. I. Época del Real Patronato*, Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 409-433; J. S. Cummins, “Christopher Columbus: crusader, visionary, and Servus Dei”, en A. D. Deyermond, ed., *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, London: Tamesis Books, 1976, pp. 45-55; Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*; Pauline Moffitt Watts, “Prophecy and discovery: on the spiritual origins of Christopher Columbus’s ‘enterprise of the Indies’”, *American Historical Review*, vol. 90 (1985), pp. 73-102; Ernst Benz, “El sentido mesiánico de Colón”, *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 72, cuaderno 255 (enero-abril de 1992), pp. 197-206.

Toda esta experiencia, influencias intelectuales y simbologías subyacentes dan cuenta en sus escritos de un tono antiislámico y de una fuerte adhesión a la preeminencia papal (frente a musulimes y cristianos ortodoxos), así como de dos motivos de la geopolítica medieval que aparecen en la formulación de sus planes: el encuentro y alianza con el Gran Khan y el Preste Juan y la utilización de las riquezas ultramarinas para financiar la reconquista de Jerusalén.³³

Ambas dimensiones están suficientemente expresadas. La búsqueda obsesiva de presencias de la Cristiandad en el Caribe, tantas veces notada por los historiadores, en ocasiones se manifiesta indirectamente: por ejemplo en el revuelo que causó el supuesto encuentro en Cuba de un indio con una larga túnica blanca, muy probablemente porque se creyó por fin comprobada la llegada a tierras de sacerdotes como los que debían de poblar la tierra del Preste Juan. También es significativa la presencia en el primer viaje de dos intérpretes que sabían árabe, uno de ellos Luis de Torres, que “había sido judío” y “sabía diz que hebraico, caldeo y aun algo de arábigo”; Morison explica que las habilidades lingüísticas de Torres se creían útiles porque el árabe era considerado la lengua original de la humanidad, esparcida en las regiones más remotas; pero con razón lo corrige en esto Abbas Hamdani, más allegado a la cultura islámica; la consideración del árabe como lengua original pertenece a algunos círculos musulimes, no a cristianos, pero en el siglo xv los viajes portugueses habían comprobado la extensión de esta lengua en las costas de África; además, el fuerte de Torres, aunque puesto en duda por el Diario, eran el hebreo y el caldeo; el primero contaba, para ser considerado la lengua originaria de la humanidad, con el apoyo de una importante tradición patristica, pero debe notarse que el caldeo era la len-

³³ Sobre la visión colombina del Islam, véase Geo Pistarino, “Christians and Jews, Pagans and Muslims in the thought of Christopher Columbus”, *Mediterranean Historical Review*, vol. 10 (1995), pp. 259-271; destaca la estrategia antimusulima de Colón Abbas Hamdani, “Columbus and the recovery of Jerusalem”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 99 (1979), pp. 39-48; en general sobre Colón, el Preste Juan y el Gran Khan, véase Enrique de Gandía, “El Gran Khan y el Preste Juan en las misiones de Colón y Vasco de Gama”, *Investigaciones y Ensayos* (Buenos Aires), vol. 35 (1987), pp. 15-45

gua litúrgica de los nestorianos que se habían extendido hasta China.³⁴

En cuanto a la esperanza en el próximo rescate de Jerusalén, su expresión aparece en un pasaje del diario de a bordo, después de la Navidad de 1492:

Y dice que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer en Castilla, había de hallar un tonel de oro, que habrían rescatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina de oro y la especiería, y aquello en tanta cantidad que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la Casa Santa, que así protesté a vuestras altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella gana.³⁵

Esta esperanza se reforzó a la vuelta del primer viaje y el 22 de febrero de 1498 Colón expresó su voluntad de que parte de su renta anual depositada en Banco de San Jorge de Génova fuera destinada a la liberación del Santo Sepulcro de Jerusalén; el 7 de julio de 1503 escribía desde Cuba: “Jerusalén y el monte Sión han de ser reedificados por mano de cristiano; quién ha de ser, Dios por boca del profeta en el décimo cuarto salmo [XIV: 7] lo dice. El abad Joaquín dice que éste había de salir de España”.³⁶

Estos pasajes, muy citados, han suscitado varias interpretaciones y dudas: Colón, criptojudío, esperaba la restauración del Templo, la “Casa Santa”, rasgo supuestamente ausente en la escatología cristiana.³⁷ Más aún: una carta de Hernando de Talavera a Isa-

³⁴ Colón, Diario del primer viaje, 2 de noviembre de 1492, en *Colección documental del descubrimiento*, tomo I, pp. 140-141, doc. 36; sobre la figura de este intérprete, véase Juan-Bta. Vilar, “Noticia sobre el converso Luis de Torres, acompañante de Colón en el viaje del descubrimiento e intérprete oficial de la expedición”, *Sefarad*, 54 (1994), pp. 404-411; Morison, *El Almirante*, p. 231: “se suponía entonces de manera común que el árabe era la lengua madre de las demás”; Hamdani, “Columbus and the recovery of Jerusalem”; Francis M. Rogers, *The travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Cambridge MASS: Harvard University Press, 1961, p. 157, también piensa que se alude a la lengua de la cristiandad nestoriana.

³⁵ Diario de a bordo del primer viaje, 26 de diciembre de 1492, en *Colección documental del descubrimiento*, tomo I, p. 196, doc. 36.

³⁶ Carta relación del cuarto viaje, en *Colección documental del descubrimiento*, tomo II, p. 1538, doc. 615.

³⁷ Juan Gil, “Colón y la Casa Santa”, *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, vol. 21 (1977), pp. 125-135; retomado en Juan Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento. I*

bel la Católica alertaba sobre la peligrosa posibilidad que el viaje de Colón sirviera para que los judíos se hicieran de Jerusalén; en sueños, a Hernando de Talavera se le presenta un anciano: “Le pedí que me dijera de qué modo criminal el viaje de Colón podía dar la Tierra Santa a los judíos. No pudo explicármelo, pero me repitió que los judíos extraerían un gran beneficio del viaje de Colón, si se llevaba a cabo, y que por fin se apoderarían de la tumba de Nuestro Salvador”.³⁸ Como todo lo que rodea las hipótesis del Colón judío, éstas son dudosas: la reedificación de la Casa Santa no era una utopía exclusiva de los judíos, sino que también la compartían los cristianos. La carta de Talavera es sospechosa, o abiertamente falsa.

Para otros, como un aspecto del pensamiento escatológico colombino, la mención de Jerusalén es una figura retórica; sin embargo, hay testimonios de Colón que no dejan lugar a dudas sobre el carácter real de esta Jerusalén:

Mediante la gracia divinal de aquel que es comienzo de todas cosas virtuosas y buenas y que da favor y victoria a todos aquellos que van en su camino, que de hoy en siete años yo podré pagar a Vuestras Altezas cinco mil de a caballo y cincuenta mil de a pie en la guerra y conquista de Jerusalén, sobre el cual propósito se tomó esta empresa, y desde a cinco años otros cinco mil de caballo y cincuenta mil de pie, que serían diez mil de caballo y cien mil de pie.³⁹

Una vez presentada esta evidencia, hay que agregar cómo el alcance real de las motivaciones estratégicas de Colón está sujeto a dudas. Se ha notado que la idea de una contribución efectiva a la toma de Jerusalén no ocupó gran lugar en la exposición de los proyectos iniciales de Colón: en las Capitulaciones de Santa Fe nada se dice al respecto; la cláusula sobre Jerusalén fue omitida de su testamento de 1505. El carácter cruzado de Colón fue producto de la relectura de sus proyectos por obra de historiadores sucesivos, comenzando por el padre Las Casas, quienes

Colón y su tiempo, Madrid: Alianza, 1989, pp. 206-217.

³⁸ Jacques Attali, *1492*, Barcelona: Plural, 1992, p. 137.

³⁹ Carta de Colón a los Reyes Católicos, 4 de marzo de 1493, en *Colección documental del descubrimiento*, tomo 1, p. 277, doc. 42, hay varias otras menciones, que se repiten en la bibliografía mencionada *supra*.

sobredimensionaron ciertos aspectos de su empresa y personalidad, en una anticipación de la caracterización barroca de Tommaso Stigliani que hizo de él un nuevo Godofredo de Bouillon.⁴⁰

Pero también hay que asentar que esta relectura de la empresa colombina ya la había iniciado el mismo Colón; en parte porque las influencias recibidas o la reflexión sobre su empresa lo fueron convenciendo de las dimensiones trascendentes que ésta tenía, y en parte por motivos prácticos, que los llevaron a enfatizar los elementos de Cruzada de su proyecto durante los años que rodearon la guerra de Granada y tras sus lecturas posteriores a 1497. Ello respondía al clima de la época, cuando muchas esperanzas de la Cristiandad se entrelazaban en torno al rey Fernando y una retórica de Cruzada era necesaria en su corte.

4. *El instante de Colón*

Si la retórica utilizada por el navegante genovés respondía a situaciones del momento, es aquí importante subrayar el papel del monarca de Aragón en la formulación de la política internacional española. Como mencioné antes, Fernando tuvo como una de sus metas la guerra contra los africanos y los turcos, e incluso la conquista de Jerusalén (cuyo marquesado todavía hoy corresponde a los reyes de España). Esta proyección mediterránea, más amplia que la de la Corona castellana (que sin embargo no careció de intereses comerciales marítimos), se enlaza con las viejas relaciones entre Cataluña y varias regiones del Egeo y el Magreb; las primeras habían sido afectadas por el avance turco; y dichas relaciones, a su vez, explican una nueva dirección atlántica de la Corona aragonesa, paralela a la de los italianos: junto a la participación en la empresa canaria hay que contabilizar un supuesto predescubrimiento catalán de América y, entre innumerables otras identidades, la de un Colón catalán.

Existen también curiosas anticipaciones ligadas al nombre del

⁴⁰ Sobre el carácter providencial de Colón para Las Casas, véase John Leddy Phelan, *The millennial kingdom of the Franciscans in the New World*, 2ª ed., Berkeley & Los Angeles: Univ. of California Press, 1970, cap. 3; el poema de Tommaso Stigliani, *Mondo Nuovo* es de 1628.

mallorquín Ramón Llull: cuenta la historiografía conventual que, apedreado a muerte en Bugía por los musulimes, alcanzó a ser recogido por unos comerciantes genoveses que lo llevaron a Mallorca; al sentirse morir indicó a uno de sus salvadores, Stefano Colombo, que más allá de los mares había otro continente, ignorante de Jesucristo, donde la Palabra podría predicarse con mejor resultado que entre los musulimes; el mensaje no cayó en el vacío, ya que fue llevado a Génova, y dio sus frutos un siglo y medio después por obra de un sucesor de Stefano.⁴¹ Aunque no creamos en esta versión, Lull figura entre los candidatos a inspirar las ideas de Colón: habló, para explicar las mareas, de una gran masa de tierra situada al oeste del Mar de Inglaterra (aunque parece que se refería a Groenlandia), tuvo estrechos contactos con Génova y sus ideas pueden haber alcanzado a Colón directamente o por intermedio de Paolo dal Pozzo Toscanelli.⁴²

Pero además, la pseudoaventura de Lull simboliza cierta predisposición del reino de Aragón y Cataluña a las aventuras atlánticas, también en este caso por la desviación que supuso el avance turco sobre su imperio griego. Aunque la menor importancia demográfica y económica de Cataluña —afectada en esos años por varias crisis y por la expulsión de su judería— llevó a que su presencia en la expedición colombina fuera menor a la castellana, se dio y de ninguna manera se justifica la idea de que la empresa de Indias hubiera estado tan sólo ligada a Castilla. En efecto, contó con el apoyo decisivo de tres aragoneses (Juan Cabrero, Juan de Coloma y Luis de Santángel) y en un primer momento la presencia aragonesa en La Española fue predominante; instituciones como el derecho mercantil, los consulados y la figura del virrey pasaron del reino catalano-aragonés a Indias, y la real envergadura de esta herencia es hoy materia de discusión; personajes familiares en Amé-

⁴¹ La tradición pertenece a Luke Wadding (1588-16257) y la reproduce Francis Borgia Steck, "Christopher Columbus and the franciscans", *The Americas*, vol. 3 (1947), pp. 319-341.

⁴² Miguel Batllori, "Cataluña y América: precedentes, descubrimiento y periodo colombino" (1984), en *Humanismo y Renacimiento: estudios hispano-europeos*, Barcelona: Ariel, 1987, pp. 73-99; Nito Verdeira, *Cristóbal Colón, catalanoparlante*, Eivissa, Balears: Editorial Mediterrània, 1994, apéndice 2, "Obras catalanas en la Biblioteca colombina Ramón Lull, autor preferido de los Colón", pp. 317-319

rica fueron prefigurados en el mundo catalán: Ramón Llull, el misionero atento a la lengua y cultura de los infieles a convertir, y Ramón Muntaner, el conquistador y administrador que luego se retira a escribir sus memorias. Si las Indias se adjudicaron a Castilla fue debido al papel central que estaba teniendo en el reino, por su peso demográfico, económico y militar, al mayor valor de sus derechos sobre el Atlántico y a la voluntad de que las Indias no participaran en las libertades aragonesas, lo que hizo que se las adjudicara a Castilla, donde el absolutismo estaba más asentado.⁴³

La intervención castellano-aragonesa en nuevos mares se pudo dar en un momento histórico preciso. Después de la toma de Granada la atención de los Reyes Católicos se dirigió a cuestiones como la expulsión de los judíos y el viaje de Colón, así como a la constitución de un basamento monárquico del cual fue parte la *Gramática* de Nebrija; las cuatro empresas de ese “año admirable” están interconectadas, tal como ha mostrado Bernard Vincent, dentro de una lógica imperial.⁴⁴ Pero ello fue posible en un momento de *détente* de la guerra musulma en el Mediterráneo, dictado por la rivalidad entre los Estados otomano y mameluco, y por las luchas internas que el reinado de Bayazid II (1481-1512) conoció entre la nobleza turca y el *devxirme*, entre Bayazid y su hermano Yem, mientras que en sus primeros años Selim el Terrible (1512-1520) se dedicó al frente oriental: las batallas de Chaldirán contra los persas y de Marj Dabiq contra los mamelucos lo ocuparon desde 1514 a 1517. Los otros Estados musulimes no podían compararse al otomano, y en la inmediata cercanía de la península ibérica los débiles wattasíes de Marruecos debían hacer una concesión tras otra y se vieron arrancar las plazas de Melilla (1497),

⁴³ Sobre el tema, véase Antonio Rumeu de Armas, *Colón en Barcelona*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1944, pp. 43ss; Charles-Emmanuel Dufourcq, *L'Espagne catalane et le Maghrib aux xii^e. et xiv^e. siècles: de la bataille de Las Navas de Tolosa (1212) à l'avènement du sultan mérinide Abou-l-Hasan (1331)*, Paris: PUF, 1966, pp. 587-588; Antonia Pi-Suñer Llorens, “De la talasocracia catalana al imperio español”, ponencia presentada al Simposio “Las ideas del descubrimiento de América”, México, noviembre de 1984; Batllori, “Cataluña y América”; Juan José Andreu Ocariz, “Aragón y los descubrimientos”, en Francisco Asín *et al.*, *Aragón y América*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 47-61.

⁴⁴ Bernard Vincent, 1492: “*el año increíble*”, Barcelona: Crítica, 1992.

Mazalquivir (1505), Vélez de la Gomera (1508), Bugía y Trípoli (1510).

Tales décadas de relativa calma otomana, que habían seguido a la terrible época de Mahomet el Conquistador (1451-1481), repleta de avances turcos, coincidieron con cierta paz general en el Mediterráneo (1454-1494), y permitieron la estrategia en varias dimensiones de los Reyes Católicos: unificación de la península, consolidación del dominio aragonés en Italia y en el Mediterráneo oriental, conquistas en África; y también la empresa de Indias, si bien ésta ocupó un lugar secundario, sobre todo en los años posteriores al segundo viaje colombino, cuando se vio la relativa pobreza de los territorios caribeños. Los mismos no iban a hacer olvidar la continuación de la empresa real en África, que se pretendía renovación de la Reconquista; por la continuidad de este plan Isabel la Católica se interesó en su testamento (firmado el 12 de octubre de 1504) y tras ella lo prosiguió con fervor el cardenal Cisneros, quien extendió sus ambiciones formulando un plan de conquista de Tierra Santa (1506),⁴⁵ por varias razones Fernando el Católico continuó la tradición.

Con Solimán el Magnífico (1520-1566) la guerra con los turcos reanudó, adquiriendo las dimensiones de un conflicto mundial; junto al gobernante otomano aparecían otros adversarios de respeto: en Marruecos los jarifes sa'adíes expulsaban a los wattasíes de Marraquex (1525) y Fez (1541); la nueva dinastía legitimaba su posición en la necesidad de eliminar la presencia de los cristianos, y llevó a cabo una estrategia no sólo militar, sino también naval y económica contra ellos; en la costa norteafricana los hermanos Barbarroja consolidaban su poder, conquistando Argel (1529) y aliándose después con la Puerta (1533). La distracción hacia el Atlántico debía terminar: el mismo Colón señaló la mala fama que había adquirido la empresa de Indias, y cuando ofreció participar en su empresa al banco genovés de San Jorge, la institución no mostró gran entusiasmo; los portugueses tampoco se precipitaron⁴⁶ y basta un mínimo vistazo a la historia de la política

⁴⁵ Sobre el tema, véase Fernand Braudel, "Los españoles y África del norte"; García Oro, "De Granada a Jerusalén".

⁴⁶ Robert S. Lopez, "Epilogue", en Fred Chiappelli, *First images of America*, vol. II, pp. 887-891, p. 890

exterior habsbúrgica del siglo xvi para observar que era el Islam, después de Europa, el centro de la política española. América en cambio aparecía muy secundariamente, entregada a funcionarios menores y objeto de pocas menciones entre quienes se ocupaban de los asuntos internacionales. Su hallazgo por los europeos, sin embargo, se había dado en el contexto de las luchas antiislámicas de italianos, catalanes, portugueses y castellanos. De alguna manera el Nuevo Mundo debió verse entonces implicado en aquella lucha principal.

El Turco en las Indias

LOS EUROPEOS habían hallado, en el curso de una breve tregua ofrecida por los otomanos, un mundo desconocido para la ciencia geográfica mediterránea, heredera, en la orilla cristiana como en la musulma, de Estrabón y Tolomeo. Pero la tregua fue breve y al reiniciar poco después la temida expansión del Turco hacia Europa, la Cristiandad vio por un momento que su formidable sombra se proyectaba hasta las orillas americanas.

1. La extensión del Islam

EL peligro que representaba el Turco se magnificaba porque en el siglo XVI los europeos habían adquirido alguna experiencia de la expansión musulma. Los viajes y exploraciones, los alardes que desde la costa africana se realizaban, las embajadas desde Abisinia, todo ello había ido mostrando cómo el África (que era entonces, como había sido para romanos y árabes, únicamente el Magreb) se extendía inesperadamente hacia el sur, hasta abarcar lo que para nosotros es todo un continente, y cómo el islam se hallaba peligrosamente difundido en muchas de las regiones que se iban descubriendo. Si Pedro el Venerable (1092-1156) podía pensar que los musulmes constituían un tercio, o quizás la mitad de la humanidad, en el siglo XIII se consideró que había diez por cada cristiano,¹ y más tarde Zurara expresaba cómo “o poderio dos mouros daquela parte d’Africa era muito maior do que se comunmente pensava. E que no avia entre ellos christianos nem outra alguna geraçom”.² Se veía con espanto que había una acción proselitista:

¹ Richard Southern, *Western views of Islam in the Middle Ages*, Cambridge: Harvard University Press, 1962, pp 42-43.

² Gomes Eanes de Zurara, *Crónica dos feitos notáveis que se passaram na conquista da Guiné por mandado do Infante D. Henrique (1482)*, introdução e notas . Torquato de Sousa Soares, Lisboa. Académia Portuguesa da História, 1978, cap VII, p 44

a Gilofa llegaban predicadores de Marruecos y había cristianos que les estaban sujetos.³ Por su parte el cronista Andrés Bernaldez revelaba a principios del siglo XVI la realidad de que “son todos moros desde Ethiopia fasta Iherusalem”.⁴

En parte se estaba dando el descubrimiento de una realidad, bastante reciente debe decirse, ligada a la creación de los imperios islámicos modernos y a una gran oleada proselitista en el Índico y en África. Por ello Vasco de Gama llevaba una carta en árabe para los reyes del Índico y lo acompañaba, como a Colón, un intérprete que conocía esa lengua; se había observado, en efecto, que el árabe ya se hablaba en el África austral, del mismo modo que en los extremos orientales del Índico. En la percepción posterior, se imaginó equivocadamente que los *padrões* de piedra erigidos por los portugueses para marcar sus descubrimientos llevaban un texto en árabe. También se dijo que al llegar al Índico los portugueses de Vasco de Gama habían sido confundidos con moros o turcos, porque los musulimes de esas regiones habían sabido de los avances otomanos; ya el anónimo diario del primer viaje de Vasco de Gama transmite esta noticia que, verdadera o no, iban a retomar *Los Lusíadas*:

También el moro astuto está confuso
viendo el traje, el color, la fuerte armada.
Preguntando por todo, le decía
si vienen por ventura de Turquía.⁵

Los pensadores que percibían la omnipresencia de los musulimes habían de ver en ello un serio peligro, que debía ser contrarrestado con acciones enérgicas e igualmente globales. Es el caso de Juan Ginés de Sepúlveda, quien aconsejaba a Carlos V en su *Cohortatio*

³J. S. Da Silva Dias, *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI* (1973), México: FCE, 1986, p. 69.

⁴Andrés Bernaldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, edición y estudio por Manuel Gómez-Moreno y Juan de M. Carriazo, Madrid: Real Academia de la Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962 (*Biblioteca Reyes Católicos*), cap. 120, p. 300.

⁵Camões, *Los Lusíadas*, canto I, vv. 66-69, traducción de Ildefonso-Manuel Gil, Barcelona: Planeta, 1990.

de 1529 la acción contra los musulimes en Viena y África, para detener una expansión global que ya había llegado a las Molucas; unos años después, el *Democrates* de 1535 demostraría que hay guerra justa, y los mismos argumentos aplicó unos años después en el *Democrates alter* justificando al acción que había que llevar contra los americanos igualmente amenazadores, bárbaros y caníbales, aunque carentes de la invencible fuerza de los escitas (quienes eran para el pensamiento humanista los antecesores de los turcos).⁶

La información que seguía llegando confirmaba los rumores de alarma. Se veían las Filipinas cercadas, acciones enemigas en el seno Pérsico y Mar Bermejo, numerosos esclavos negros que mostraban huellas de islamización. El mundo cristiano se consideraba a sí mismo asediado por los musulimes, y las Indias no quedaron exentas de temores, aunque también suministraron un primer alivio al temor omnipresente.

2. Conocimiento muslim de América

LAS noticias de la primera expansión europea se difundieron pronto entre los musulimes: el diario de Ibn Mayid recogió el testimonio de las primeras incursiones portuguesas en el Índico; Ibn Iyas, desde El Cairo, daba la voz que los francos habían logrado abrir un hueco en la muralla antañón erigida por Alejandro Magno y habían penetrado así en el Mar Rojo; la historiografía yemení se refirió a la circunnavegación de África, surgieron tradiciones malayas sobre la toma de Malaca y un relato de Zaynuddin, árabe de Ponnani, sobre las conquistas portuguesas en India.⁷ Cuando Magallanes llegó a Cebú, había un moro de Calicut que podía confirmar al rey

⁶ Sobre el trasfondo de la guerra otomana en el pensamiento de Sepúlveda, véase Demetrio Ramos, "Sepúlveda y la expresión renacentista en el cambio ideológico de una época a otra", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 188 (1991), pp. 401-414; la mención de los escitas en Juan Ginés de Sepúlveda, *Obras completas iii, Democrates alter y apología en favor del libro sobre las justas causas de la guerra*, A. Truyol Sierra ed., Excmo. Ayuntamiento de Pozoblanco, 1997.

⁷ Ibn Iyas, *Journal d'un bourgeois du Caire*, trad. de Gaston Wiet, Paris: Armand Colin, 1955, vol. 1, p. 106; Geneviève Bouchon, Luís Filipe Thómasz y João Paulo Costa, "El espejo asiático", en Michael Chandeigne, dir., *Lisboa extramuros*, Madrid: Alianza, 1992, pp. 256-260; Joseph Chelhod, "Les portugais au Yémen, d'après les sources arabes", *Journal Asiatique*, 283 (1995), pp. 1-18

muslim local sus informes sobre el emperador Carlos V.⁸ No hubo sin embargo mayor curiosidad por los europeos, que hasta la llegada de los ingleses fueron figuras fantasmales en la cultura popular y aun letrada.

En cuanto a la llegada a América, algunas indicaciones dispersas nos señalan que fue conocida entre los musulimes, pero también confusamente. Productos como el maíz y la sífilis se hicieron presentes, pero rebautizados como “grano egipcio” o “mal franco”, pocas indicaciones daban sobre su origen. Tampoco parecían hacerlo mercancías que se hicieron populares o buscadas en el Islam, como la grana, las perlas y las esmeraldas. Sabemos que los mogoles Akbar y Yahangir poseyeron mapamundis europeos y que se hablaba de las Indias en los corrillos que en Argelia o en distintos puntos de Anatolia, Siria o los Balcanes formaban hombres dispuestos a buscar una fortuna como la que buscaban los conquistadores.⁹

En el caso de la corte otomana, aun dejando de lado la ya mencionada noticia de un historiador turco del siglo XVII acerca de una primera visita de Colón con su proyecto al sultán Bayazid II (1481-1512), el hacedor de la flota otomana,¹⁰ podemos comprobar tempranamente un conocimiento más preciso de América, como correspondía a su ideología de dominio universal y a la competencia hegemónica en que se hallaba empeñada, aun cuando no tuvo una política atlántica semejante a la de las potencias navales europeas.¹¹

En Estambul se recibían regularmente noticias de los enemigos a través de espías en Ragusa y el Danubio, o de renegados y comerciantes, de moriscos y judíos de España y alguno que otro

⁸ Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurriá Lacroix, Caracas: Ayacucho, 1979, cap. 93, p. 142.

⁹ Véanse los testimonios en el capítulo octavo.

¹⁰ Véase el capítulo anterior, p. 60.

¹¹ Véase el capítulo anterior; en torno a la política mundial otomana en la época de la expansión europea, Andrew Hess, “The evolution of the Ottoman seaborne empire in the age of oceanic discoveries”, *American Historical Review*, 85 (1970), pp. 1892-1919; Abbas Hamdani, “Ottoman response to the discovery of America and the new route to India”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 101 (1981), pp. 323-330; Anna Masala, “La penisola iberica e gli ottomani”, en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII. Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: CSIC, 1989, pp. 463-492.

aventurero que pudo alcanzar América: Emir Cigala, el minero de Potosí, a su regreso a Estambul “dióle cuenta a su gran señor de todos los sucesos que había tenido en diecisiete años que había faltado de Constantinopla, y la mucha plata que había sacado del Cerro del Potosí. Dióle del oro que llevaba del Perú, que fue del que rescató con la riqueza que sacó de este Cerro, y mostróle a Amurates un retrato de la forma de este riquísimo Cerro”.¹² Los marranos refugiados en Estambul parecen haber brindado abundante información: Salomón Abenjaix, con experiencia en la India, que huyó de Portugal cuando lo ocupó Felipe II, se convirtió en consejero del *padixa* y poseía un mapamundi con el cual respaldaba sus opiniones de política internacional; David Ebron, otro judío activo en las intrigas del palacio imperial, había participado en expediciones españolas en Asia, África y especialmente América.¹³

También había información debida a los contactos de la Puerta con Venecia, el principal mercado europeo de mapas¹⁴ que también podían ser obtenidos por otros medios: el de América austral, de 1520 *ca.*, con información que remonta a un miembro de la expedición de Magallanes, fue encontrado en la biblioteca de Topkapi en Estambul; se nos habla de mapamundis regalo del embajador de Francia.¹⁵ Sin embargo la producción otomana comprobable puede reducirse a pocas obras, entre las cuales algunos mapas hoy dispersos con la representación de América a partir del famoso mapa de Piri Reis de 1513, y su libro *Kitab-i bahriye* (1521), una guía de las costas del Mediterráneo con información de las

¹² Véanse más adelante las referencias a la obra de Arzáns y Orsúa.

¹³ Carta de David Ebron al rey de España, 9 de diciembre de 1597, en *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, los publica la Duquesa de Berwick y Alba, condesa de Siruela, Madrid: 1892, pp. 173-181; cf. Cecil Roth, *The house of Nasi: the Duke of Naxos*, Philadelphia. The Jewish Publication Society, 1948, pp. 207 y 214.

¹⁴ J. M. Rogers & R. M. Ward, *Suleyman the Magnificent*, Secaucus NJ: The Wellfleet Pres, 1988, p. 92.

¹⁵ G. de Reparaz, “La carta delle prime scoperte di Magellano”, *Quaderni Ibero-Americani*, 22 (1958), pp. 443-444; Thomas D. Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World: a study of the Tarih-i Hind-i Garbi and sixteenth century Ottoman americana*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1990, p. 38, n. 84, cf. *El viaje de Turquía* (1557), ed. de Fernando García Salinero, Madrid: Cátedra, 1980, cap. 7, p. 196.

¹⁶ Sobre Piri Reis y las controversias que su mapa ha suscitado, véase Charles H. Hapgood, *Maps of the ancient Sea Kings: evidence of advanced civilization in the Ice Age*, Philadelphia/New York. Chilton Books, 1966; Paul F. Hoye y Paul Lunde, “Piri

Indias;¹⁶ dicho mapa ha sido presentado como el más antiguo existente del continente americano, y el detalle de su información resulta enigmático, tanto que ha dado lugar a especulaciones propias de la historia-ficción. De las décadas posteriores existen varios otros, enfocados en América o que la incluyen en el trazado del mundo.¹⁷ El presunto mapa otomano de Hayyi Ahmed, de 1559, que representa a América, no es, con toda evidencia, sino una falsificación veneciana destinada al mercado otomano,¹⁸ pero una empresa editorial semejante revela las posibilidades que el interés por América creaba en ese mercado. Durante el reinado de Murad III (1574-1595) se tradujeron capítulos de libros de geografía europeos que trataban sobre el Nuevo Mundo y una miniatura del observatorio astronómico de este *padixa* muestra a un grupo de sabios ante un mapamundi que ostenta la imagen de América meridional.¹⁹ Es probable que la cartografía americana en manos de los otomanos fuera más abundante, pero por constituir información reservada era poco conocida fuera de la corte, y fuera descartada o perdida cuando dejó de ser necesaria.²⁰

Junto a la cartografía, América se hizo presente en la historiografía otomana por medio de la obra de Seidi Ali Reis, quien dedicó un capítulo al Nuevo Mundo. Otro capítulo, del *Muht* de Ali ibn Husain, militar otomano, trató de las conquistas ibéricas en América y entre 1560 y 1580 un autor mal identificado, también otomano, concluyó la obra *Tarih-i Hind-i garbi* (Historia de las Indias occidentales). La misma está basada en fuentes italianas, principalmente en una traducción de López de Gómara,

Reis and the Hapgood hypothesis”, *Aramco World*, vol. 31, n. 1 (1980), pp. 18-31; Sevim Tekeli, “Piri Reis’s map of Americas”, *Turkish Review*, vol. 2, n. 9 (1987), pp. 93-104; Paul Lunde, “Piri Reis and the Columbus map”, *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 18-25; Richard W. Stephenson, “The Piri Reis chart of 1513, its signification and use”, *Turkish Review*, vol. 7, n. 34 (1993), pp. 77-81; Svat Soucek, “Piri Reis and the Ottoman discovery of the great discoveries”, *Studia Islamica*, 79 (1994), pp. 121-142.

¹⁷ Véanse las descripciones y reproducciones en Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World*.

¹⁸ V. L. Ménage, “The ‘map of Hajji Ahmed’ and its makers”, *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 21 (1958), pp. 290-314.

¹⁹ Además de Goodrich, reproduce la miniatura la contratapa del número especial “The Middle East and the Age of Discovery”, de *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992) y Zvi Dor-Ner, *Columbus and the age of discovery*, London: Harper Collins, 1992, p. 6.

²⁰ Rogers & Ward, *Suleyman the Magnificent*, p. 92.

con elementos provenientes de Pedro Mártir de Anglería, Agustín de Zárate y Gonzalo Fernández de Oviedo.²¹ Posiblemente existían versiones anteriores, ya que este último autor alcanzó a saber que su obra circulaba en “árabe y turco”.²² El *Tarih-i Hind-i garbi* hace hincapié en las “maravillas”; fue escrita en turco y conoció traducciones al persa y al árabe, junto a ediciones con numerosos mapas y grabados (fantasiosos y “adaptados”, pero no más que muchos de los europeos) sobre la naturaleza y las sociedades americanas. Fue ampliamente leído por el público culto del mundo islámico interesado en América, citado y reeditado en 1730.²³ Otra empresa análoga sabemos que se llevó a cabo en Marruecos, donde Ahmad ibn Qasim al-Hayari (*alias* Bejarano, m. después de 1640), morisco, fue encargado por el sultán Mulay Zaidán de traducir un libro de geografía universal, posiblemente el manual de Pierre d’Avity, junto a otras obras.²⁴

Estos libros, o las glosas a los manuscritos al *Tarih-i Hind-i Garbi*, que incluyen un índice de la recopilación de viajeros hecha por Giovan Battista Ramusio, nos hablan de un público muslim conocedor de la producción europea, ansioso por saber la extensión del Islam y de la Cristiandad y curioso por detalles sobre otros pueblos: en el *Tarih-i Hind-i Garbi* encuentran lugar, para nuestra sorpresa, detalles sobre la cosmografía de los mexicas. Pero dicha literatura también puede reflejar planes otomanos dirigidos al Nuevo Mundo, como indicaría también el señalamiento de las

²¹ Thomas D. Goodrich, “Ottoman Americana: the search for the sources of the sixteenth-century *Tarih-i Hind-i garbi*”, *Bulletin of the Research in the Humanities* (N. York), vol. 85 (1982), pp. 269-294.

²² Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. y est preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959, libro L, cap. 30 (tomo v° p. 416); en esta obra publicada hacia 1543 señalaba: “bien sé que así como mis tratados lleguen a Italia, e Alemania e Turquía, y pasen por diversas gentes de la católica república cristiana, o por las provincias que poseen infieles en el mundo, serán traducidas y escritas en diversas lenguas”; tomo la afirmación al pie de la letra, aunque es de sospechar también un producto más de la alta consideración de sí que Oviedo mantenía.

²³ La obra está traducida en Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World*; véase también Paul Lunde, “A Muslim history of the New World”, *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 26-31.

²⁴ Ahmad ibn Qasim al-Hajari, *Kitab nasir al-din 'ala al-qawm al-kafirin*, historical study, critical edition and annotated translation by P. S. van Koningsveld, Q al-Samarri & G. A. Wieggers, Madrid: CSIC/ACI, 1987, p. 151 (233 de la traducción)

Antillas como “vilayet Antilia”, denominación con connotaciones de provincia sometida, o destinada a serlo, en el mapa de Piri Reis; tales ambiciones serían, según historiadores musulimes actuales, parte de una estrategia defensiva contra la nueva Cruzada europea que se había lanzado contra los musulimes de España y África.²⁵ Que esta estrategia echara mano de elementos ideológicos semejantes a los que después usarían en abundancia ingleses y franceses lo sugiere un escrito peruano antilascasista de 1571, en vísperas de Lepanto: los libros del obispo de Chiapas originan “gran daño a la reputación de los cristianos en la opinión de los turcos y moros y alarbes y herejes y enemigos de la fe y otros infieles”, afirmaba.²⁶ La negativa otomana a recibir embajadores españoles se fundamentaba, según lo que recoge al-Hayari, en la traición de la que fue objeto Mutaxuma en México cuando los españoles le llevaron un presente.²⁷

Sin embargo, apenas son audibles ecos lascasianos en el citado autor del *Tarih-i Hind-i garbi*, quien reproduce juicios de los españoles sobre la incapacidad intelectual de los amerindios y describe su politeísmo, canibalismo, sacrificios humanos y homosexualidad, conductas condenadas en el islam tanto como en el cristianismo (aunque la última gozaba de cierta tolerancia social). Como sus sucesores franceses o ingleses, los autores musulimes se muestran más bien deseosos de sustituir a los españoles en la posesión de Indias: aunque el islam es la religión dominante en la mayor parte del mundo, no lo es “en el mundo nuevo que apareció en el lejano occidente”, lamenta al-Hayari, y el autor otomano propone remediar: “Siempre esperamos que esta afortunada tierra sea con el tiempo conquistada por los valientes del islam de elevado

²⁵ Abbas Hamdani, “Ottoman response to the discovery of America and the new route to India”, *Journal of the American Oriental Society*, vol. 101 (1981), pp. 323-330; Rafaat al Xeij, “Irtibat jaruy al-muslimin min al-Andalus bi harakati al-yihad al-bahri al-islami”, en Abdeljelil Temimi, ed., *Le V. centenaire de la chute de Grenade*, Zaghouan: Centre d'Études de Recherches Ottomanes, Morisques et Documentation et d'Information, 1993, tome 1, pp. 169-184.

²⁶ “Anónimo de Yuncay (1571) (*Dominio de los Yngas en el Perú y del que Su Magestad tiene en dichos reynos*)”, estudio preliminar y transcripción de Josyane Chinèse, *Historia y Cultura* (Lima, Museo Nacional de Historia), 4 (1978), pp. 97-152, p. 118; cf. *infra* las referencias en el capítulo 7.

²⁷ Al-Hajari, *Kitab al-nasir*, p. 184 (167 de la traducción).

linaje, y que se difundan los ritos del islam, y que se una a las otras tierras otomanas".²⁸

Retóricamente, la pregunta acerca de las consecuencias de una hipotética conquista otomana de América ha sido planteada en ocasiones. Una posible consecuencia, se ha dicho, es que América no habría sido un "nuevo continente" porque los musulimes desconocían la división tripartita de los continentes típica de la ciencia europea. Pero no creo que este consuelo nos quede siquiera: me parece exagerada la importancia que O'Gorman en su momento otorgó al pensamiento tripartidor europeo, y en cuanto a los musulimes, si bien más amigos de la división del mundo en climas, no desconocieron la partición entre Asia, África y Europa.²⁹

3. *Musulimes en las Indias*

Y hubo, acompañante de curiosidad y planes, alguna participación de musulimes en la conquista de América, aventureros que consiguieron llegar a pesar de las prohibiciones y controles vigentes, y que escribieron el primer capítulo en la brumosa historia del islam subterráneo de la Colonia. No es aquí el lugar para reseñar tal historia, sino sólo para señalar cómo algunas dimensiones de la general expansión del islam en el siglo XVI también tocaron el Nuevo Mundo.³⁰

Que algunos marineros de Colón, criptomusulimes andalusíes, buscaran secretamente la salvación en las tierras de Asia que el Almirante pensaba alcanzar, no es sino desmañada conjetura. Que otros hayan llegado en la primera colonización del Caribe, cuando

²⁸ Al-Hajari, *Kitab al-nasir*, f. 73 y pp. 177ss de la traducción; Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World*, p. 173.

²⁹ Retomando a Edmundo O'Gorman, *La invención de América* (1958), Walter Mignolo (*The darker side of the Renaissance: literacy, territoriality, and colonization*, Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1995, pp. 237 y 311) recoge e interpreta de esa forma una página de Bernard Lewis (*The Muslim discovery of Europe*, New York/London: W.W. Norton, 1982) que nota la falta de la división tripartita en la geografía musulima; en realidad Lewis señala una tendencia, pero que conoció excepciones.

³⁰ Para un panorama más completo, véase Louis Cardaillac, "Le problème morisque en Amérique", *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Paris), tome 12 (1976), pp. 283-303 y mi ponencia "Presencia musulmana en América colonial", Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África, Cartagena de Indias, 1996.

el islam era aún legal en la Península y no se habían establecido prohibiciones para su traslado a Indias, es creíble por varios indicios. Un caso temprano de participación en las exploraciones fue el de los seis musulimes que Vasco de Gama había recogido en la India y que acompañaron después a Cabral en el viaje que tocó Brasil: uno de ellos se llamaba Baltasar y otro fue aquel individuo que se movía entre varias confesiones, Gaspar de Índia, el judío polaco convertido al islam y luego al cristianismo que tuvo un importante papel en la colonización portuguesa.³¹

En las décadas siguientes, multitud de individuos relacionados con el islam alcanzaron las Indias. Muchos de ellos eran moriscos, otros eran negros o filipinos islamizados; había libres y esclavos; el más famoso fue Estebanico de Azamor, al que se le aplicaba el epíteto de “moro” o “loro”, compañero de la expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca; diversas circunstancias habían llevado a la costa del Caribe a Francisco Jolofo, convertido en jefe de un palenque rebelde después que “había sido cautivo en Monomotapa y de idólatra gentil llevado a Arabia Feliz y Turquía y vuéltose moro y de allí cautivo en una fusta turquesa en cabo de Gata, que los turcos dicen Cabo de Plata, fue traído a Sevilla”.³² Los numerosos indicios sobre presencias como ésta son objeto de distintas interpretaciones, y la mayoría de los indiciados probablemente pertenecía a la categoría que en nuestro siglo se llamó de “musulimes sociológicos”; pero también hubo quienes mantuvieron sus lazos con el resto del Islam y vieron su misión en Indias como intrusión en un mundo para ellos prohibido: tempranamente el cardenal Cisneros advertía contra los que abiertamente practicaban el islam en La Española y más tarde vemos que algunas de las numerosas moriscas llegadas a América se caracterizaban por la práctica de la hechicería; en un caso, el de la morisca María en Nueva España, se mantuvo secretamente el islam hasta que el caso fue llevado ante la Inquisición (1594). Una señal de los contactos

³¹ Sobre estos musulimes, véase el Apéndice E en E. G. Ravenstein, ed., *A journal of the first voyage of Vasco da Gama, 1497-1499*, London: Hakluyt, 1897 (reimpr., New York: Burt Franklin), pp. 179-180 y las entradas en la *Enciclopédia portuguesa e brasileira* y en la *Enciclopédia de história de Portugal*.

³² Pedro Ordóñez de Cevallos, *Viaje del mundo* (1610), ed. y pról. de Ignacio B. Anzoategui, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1947 (*Austral*, 246), cap. 15, p. 68.

mantenidos con el Viejo Mundo fue el importante papel de los moriscos en la aclimatación de plantas americanas: ya Gómara hablaba de una “hierba ponzoñosa que cura todo mal de ojos [...] hace poco que se conoció en Cataluña por industria de un esclavo moro y la llaman escorzonera”; en el norte de África los moriscos difundieron en los siglos xvii y xviii maíz, tomates, ciertas variedades de frijoles verdes, pimiento y tuna, todo gracias a sus cuidados y proverbial laboriosidad.³³

Pero el ejemplo más notable es el del capitán Zapata, cuya historia relataron varios autores y por fin nos llegó a través de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela y su *Historia de la villa imperial de Potosí*; relata ésta cómo, tras el descubrimiento de ricas vetas de mineral de plata, muchos extranjeros acudieron a Potosí; entre ellos el capitán Georgio Zapata, que llegó el año 1561, con papeles en italiano donde constaban sus servicios en Sicilia; trabajó Zapata como minero a las órdenes de un rico alemán y, junto con el español Rodrigo Peláez, encontró una rica mina, llamada luego Zapatera, que explotó durante diez años y que le dio grandes ganancias e influencia en la ciudad; luego se marchó y años después se supo que en realidad había sido un turco, Emir Cigala. Su llegada a Estambul, sus informes sobre América al *padixa*, su posterior traslado a Argel, su encuentro con un antiguo compañero del Potosí, figuran en una carta que Cigala envió a su ciudad natal y que Orsúa glosó. Tal historia contiene sin duda elementos novelescos, fanfarronerías de Cigala y una adaptación a la mentalidad y literatura española, pero la mención que hace Arzáns de otros historiadores de la ciudad y de la carta de Cigala parece acreditar la verdad del relato; también el hecho de que en la historia otomana tenga su mención la familia Cigala, con prominente actuación de Yusuf Cigala Zade.³⁴

³³ Gómara, *Hispania de las Indias*, cap. 71, p. 110; J. D. Latham, “Contribution à l’étude des immigrations andalouses et leur place dans l’histoire de la Tunisie”, en Miguel de Epalza & Ramón Petit, eds., *Recueil d’études sur les moriscos andalous en Tunisie*, Madrid: Dirección General de Relaciones Culturales, 1973, p. 56

³⁴ Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela, *Historia de la villa imperial de Potosí*, ed. de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Providence: Brown Univ. Press, 1965, capítulo 9, pp. 117-119. La historia es repetida por algunos autores y reelaborada por Ricardo Palma en sus *Tradiciones peruanas*

Éste no fue el único aventurero del género, porque en otro pasaje Arzáns menciona a cierto extranjero astrólogo, “a quien algunos lo tenían por turco o genízaro”.³⁵ Conocemos el caso de Ibrahim ibn Ahmad al-Marbás (o El Barbas o Arribas), de Nulez (o Vélez), quien en el curso de sus aventuras llegó a las Indias Occidentales hacia 1610, sin que nadie sospechara que era muslim; su relato es bastante escueto: señala la admiración que le causó el galeón que lo transportaba, sus posteriores aventuras en el Mediterráneo, y su destino final, cuando dictó en español un tratado de artillería que luego fue traducido al árabe.³⁶ En 1648 Alejo de Castro, a los 82 años, confesaba a la Inquisición de México su aventurera vida; natural de la ciudad de Tidol, en el Maluco, isla de Ternate, vecino de Manila, soldado, casado con Inés de Lima, india bengalí, e hijo de Juan de Castro, gallego, y de Felipa Deza, “mora de nación, aunque cristiana”, fue acusado de islamismo y hechicería: se aseguró que rezaba la oración musulma y se dieron varios detalles de sus prácticas. Poco después se daba el proceso de Antonio Rosado, de Goa, hijo de un mulato y de una mora de Ternate.³⁷

Y los casos aislados se siguen encontrando hasta vísperas de la Independencia; el carácter fortuito de nuestro conocimiento de ellos señala que la presencia de musulimes en América debió de ser mayor a lo que generalmente se supone, pero, como es la regla, el islam en el aislamiento se diluye y se pierde, por lo cual no hubo comunidades estructuradas como las que caracterizan al criptojudasmo tanto peninsular como colonial.

³⁵ *Ibid.*, lib. ix, cap. 15 (vol. II, p. 195).

³⁶ Abdelmajid Turki, “Documents sur le dernier exode des Andalous vers la Tunisie”, en Epalza & Petit, *Recueil d'études sur les moriscos*; Thomas F. Glick, “Moriscos y marranos como agentes de la difusión tecnológica”, *Arbor*, 586-587 (1994), pp. 113-131.

³⁷ Sobre estos personajes, véase Julio Jiménez Rueda, *Herejías y supersticiones en la Nueva España (los heterodoxos en México)*, México: Imprenta Universitaria, 1946, pp. 206-207; *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, publicados por Genaro García, 2ª ed., México: Porrúa, 1974, p. 215; Peter Dressendorfer, “Cryptomusulmanes en la Inquisición de la Nueva España”, en *Actas del Coloquio Internacional sobre Literatura Aljamiada y Morisca*, Madrid: Gredos, 1974, pp. 475-494; Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, México: FCE, 1988, p. 456.

4. La amenaza

LA posibilidad de una entrega de las Indias a los turcos asomó en algún momento; algunos de los rebeldes peruleros amenazaron “que llamarían a los turcos, si no daban a Pizarro la gobernación del Perú y soltaban a su hermano Fernando Pizarro”;³⁸ esta posibilidad se nos antoja remota, pero aflora en una carta al emperador fechada en 1543: si no hubiera sido por la lealtad de algunos, el Perú estaría “muy peor que cuando el Turco entró a Hungría”,³⁹ es decir el país donde una porción importante de la nobleza había jugado la carta otomana. De todos modos, la dimensión más visible de la amenaza fue el constante hostigamiento de los corsarios musulimes a las rutas entre América y el Mediterráneo. Ya Bayazid II (1481-1512) se había acercado al Mediterráneo occidental, en su expedición de apoyo a los moriscos, y en ella fue capturado un barco español donde se encontraron los mapas que hicieron posible la obra de Piri Reis sobre América. Hacia 1530, rotos los diques que contenían a los turcos, éstos se lanzaron cada vez más lejos hacia el Mediterráneo occidental, en 1540 la batalla naval de la isla de Alborán, que les fue desfavorable, fue a las puertas del Estrecho de Gibraltar; en 1562, si no antes, lo atravesaron para asediar los barcos que llegaban del Nuevo Mundo; en 1563 llegaron hasta Canarias, donde nunca antes se habían atrevido.⁴⁰

Estos ataques eran protagonizados, más que por la flota otomana, por los corsarios del norte de África: los de muy variado origen establecidos en Argel o Túnez y los de origen morisco, que habían refundado Tetuán y poblado Salé. Todos ellos asediaban Madeira, las Canarias y las Azores: los corsarios se acercaban a la desembocadura del Guadalquivir, acechaban a los barcos que volvían de Indias. Se pensaba en la posibilidad de un golpe de mano

³⁸ Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 173, p. 253.

³⁹ Carta de Francisco de Maldonado a Carlos V, 1543, en *Cartas de Indias*, publicadas por primera vez el Ministerio de Fomento, Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1871 (reimpr. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980), p. 522.

⁴⁰ Roger Bigelow Merriman, *Suleiman the Magnificent 1520-1566*, Cambridge MASS: Harvard University Press, 1944, pp. 224-225, 278; Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2ª ed., México: rce, 1976, tomo II, pp. 340 y 464

francoturco al Caribe, como expresaban círculos virreinales hacia 1559;⁴¹ o en el plan atribuido a los corsarios berberiscos de interrumpir con sus ataques a Canarias la navegación entre Europa, Perú y las Indias de Portugal, que denunciaba una carta de Fourquevaux a Carlos IX de Francia en 1569.⁴² El viaje inaugural de la flota de Indias sufrió un ataque y tres de los doce barcos resultaron saqueados, mientras el resto se refugió en Cádiz.⁴³

Ante esta situación de acoso continuo se dio en 1571 el ofrecimiento hecho a Felipe II por el adelantado Pedro Menéndez de Avilés, desde su base en la Florida, de enviar su armada para proteger la ruta de España a Indias, proyecto que no pudo realizarse por lo que continuó el peligro, del cual ofrece una medida la cantidad de riquezas que se iban acumulando en América, por temor a ser embarcadas.

Por fin, a principios de 1572, se conoció en América la victoria de Lepanto, acaecida el 7 de octubre de 1571. El mismo Rey Prudente ordenó conmemorar la fecha en América, y así se hizo: en Potosí y Lima fue origen de festejos imponentes, que el auge de la plata permitía; en la ciudad de México hubo un simulacro de batalla naval y la cofradía del Santo Rosario siguió celebrando la batalla el primer domingo de cada octubre; en Guadalajara los festejos corrían a cargo de la cofradía de San Nicolás Tolentino, todavía en el siglo XVIII; en Cuzco el virrey Toledo juntó en un mismo festejo la celebración de Lepanto, de la victoria del duque de Alba contra los calvinistas y el nacimiento del heredero varón de los Habsburgo. Manifestaciones literarias de esta alegría presenta la literatura indiana de Alonso de Ercilla, Fernán González de Eslava y Antonio de Saavedra y Guzmán.⁴⁴

⁴¹ Rafael Guevara Bazán, "Muslim immigration to Spanish America", *The Muslim World*, vol. 56 (1966), pp. 173-187, p. 174.

⁴² Carta de Fourquevaux a Carlos IX, citada en Robert Ricard, "Recherches sur les relations des îles Canaries et de la Berbérie au XVI siècle", en *Les espagnols sur la côte d'Afrique au XVI siècle*, Paris: Larose, 1935, p. 97.

⁴³ Paul E. Hoffman, *The Spanish crown and the defense of the Caribbean 1535-1585*, Baton Rouge & London: Louisiana State University Press, 1980, p. 127.

⁴⁴ Sobre los festejos y la recepción literaria de Lepanto, *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (CODON, América) sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias, Madrid: Imprenta del Hospicio, 1872 (reimpr. Vaduz, Kraus, 1966), tomo 17, pp. 539-540, real orden del 26 de diciembre de 1561[*sic*];

Los festejos no eran gratuitos: tras conocerse la noticia aumentaron las remesas de metales preciosos a España. Aunque hubo también resultados negativos: la requisita de navíos para Lepanto hizo disminuir en los años siguientes el tráfico entre España y América.⁴⁵ La situación de agudizado enfrentamiento hizo que las exportaciones de cochinilla a Levante se interrumpieran, o debieron realizar un penoso rodeo por Moscovia antes de llegar a dominio turco.⁴⁶

Los festejos americanos eran eco del gran significado simbólico que la Cristiandad atribuyó a Lepanto, y que algunos historiadores actuales miran con cierto escepticismo: la amenaza no habría desaparecido con la batalla. En lo que a las Indias se refiere, en un pedido de dinero que les dirigió, el rey señalaba cómo la derrota había irritado al Turco, que seguía con sus designios, por lo que había que reforzar las fronteras y presidios “y hacer y sustentar el Armada que anda en guarda de la carrera y costa de las Nuestras Indias, para que con seguridad nuestros súbditos puedan navegar, comerciar y tratar”.⁴⁷ Un poco antes, en 1573, el bailío Marc’Antonio Barbaro anunciaba ante el senado veneciano que el Turco iba a extender su poder sobre el mundo entero.⁴⁸ Poco des-

Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2ª ed., México: FCE, 1992, p. 455; Antonio de Saavedra y Guzmán, *El peregrino indiano* (1599), estudio introductorio y notas de José Rubén Romero Galván, México: CNCA, 1989, canto XIV, p. 388; Ercilla, *La Araucana; Relaciones geográficas de Chalco Amaquemecan*, escritas por Don Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin [ca. 1579-1660], paleografía y traducción del náhuatl, con una introducción, por S. Rendón, prefacio de Ángel M. Garibay K., México: FCE, 1965, p. 280; Arzáns de Orsúa y Vela, *Historia de la villa imperial de Potosí*, primera parte, libro V, cap. I (tomo I, p. 147); Fray Agustín Dávila Padilla, OP (1562-1604), *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de los Predicadores* (1569), 3ª ed., pról. de Agustín Millares Carlo, México: Academia Literaria, 1955, p. 359; Matías de la Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional* (1742), Guadalajara: Escuela Nacional de Antropología e Historia/Universidad de Guadalajara, 1973, cap. 49, p. 304; Constantino Bayle, *Los cabildos seculares en la América española*, Madrid: Sapiencia, 1952.

⁴⁵ Pierre Chaunu, *Seville et l’Atlantique*, Paris: Institut des Hautes Études de l’Amérique Latine, 1959, tome 6, p. 159, tome 8 2.1, pp. 534 y 516-517.

⁴⁶ Valentín Vázquez de Prada, *Lettres marchandes d’Anvers*, Paris: SEVPEN, s.f., tomo II, pp. 74, 76, 90.

⁴⁷ CODON, América, tomo 18, p. 111, año 1574.

⁴⁸ Jean-Paul Roux, “Sacerdoce et empires universels chez les Turco-Mongols”, *Revue de l’Histoire des Religions*, 204 (1987), pp. 151-174, p. 169.

pués se formalizaba la extensión a Indias de la Bula de Cruzada.

En estas fechas las bases piratas más peligrosas para las Indias se habían trasladado a los puertos de Marruecos. Aquí, a mediados del siglo xvi la débil dinastía de los wattasíes había sido reemplazada por los sa'adíes de Sus, quienes habían justificado su dominio como reacción contra la ocupación portuguesa y española de las costas marroquíes y habían iniciado una política oceánica como parte de su estrategia. Por su lado, muchos moriscos fugitivos habían ido ocupando sus costas, ya desde antes de la expulsión definitiva, poniendo a contribución su conocimiento del mundo español para atacarlo.⁴⁹ Los enemigos de España vieron la importancia de estos aliados para cortar las vías de comunicación con las Indias, así como para acceder al salitre marroquí, importante en la industria de la pólvora. Los sa'adíes y moriscos fueron en el siglo xvi cortejados o asediados por los otomanos, como más tarde serían buscados por ingleses y holandeses.

La intervención otomana se dirigió a una ocupación de la orilla atlántica, tras haber dominado la costa mediterránea hasta Argelia y Túnez, y se esbozaron planes de ocupar Marruecos, que por un momento se hicieron realidad en 1576. El peligro de esta ocupación era, para Portugal, el cerco por obra de los otomanos, con los cuales se enfrentaban ya en el Índico, hasta Sumatra, y la posibilidad que accedieran, junto con sus aliados franceses, a las rutas de las Indias, y cortaran las líneas de comunicación con el comercio asiático, el tráfico de esclavos africanos y el comercio de azúcar brasileño de Lisboa. En cuanto a España, Guzmán da Silva, embajador en Venecia, explicaba a Felipe II (23 de mayo de 1576) que los venecianos se alegrarían si de este modo los otomanos pudieran amenazar el comercio atlántico de España, con lo cual Venecia recuperaría su posición, advertencia que el Rey Prudente consideró de importancia.⁵⁰

⁴⁹ Guillermo Gozalbes Busto, *Los moriscos en Marruecos*, Granada: Arte, 1992 señala la gran participación de los moriscos tetuaníes en la piratería que suele ser vagamente designada como "berberisca"; las presas de esta piratería incluían barcos provenientes de Indias, p. 218.

⁵⁰ Andrew C. Hess, "The battle of Lepanto and its place in Mediterranean history", *Past and Present*, n. 57 (1972), pp. 53-73, p. 66 n. 45 y *The forgotten frontier; a history of the sixteenth-century Ibero-African frontier*, Chicago and London: University of Chicago Press, 1978, p. 96.

Un tema análogo tocaba un soldado poeta con experiencia en la guerra musulma, Francisco de Aldana. Sus octavas, dirigidas como consejo poético-político a Felipe II, describían de esta forma las amenazas que desde un Marruecos otomano y con ayuda francesa se cernirían sobre España y la ruta a las Indias:

Quiero decirte más que si se atreve
bajar el Turco a la Africana arena
verás la tierra mora en tiempo breve
de lunas de oro estar sembrada y llena.
Digo, el Francés verás como se mueve
a ser nuevo eslabón de esta cadena
dando su promoción, su industria y mano
a la invasión del rico mar indiano.

Los enemigos avanzarían así hacia las Indias:

No dudo que verás los tres en uno
tentar el crecimiento de su imperio
por los ondosos yermos de Neptuno
hacia el iberio antártico hemisferio
y con discurso bélico importuno
llegar a su segundo cautiverio:
que gran saber, gran fuerza y mucha gana
toda dificultad vence y allana.

E inclusive si no conquistaban, podrían impedir que llegaran a España las riquezas de América; y hasta provocar la independencia de ésta (¿no había profetizado Francisco de la Cruz poco antes en Perú en esa dirección?):

Mas dado que del indio el sitio extraño
haga el fiero enemigo irresoluto,
no viene a tu corona poco daño
poner impedimento a tu tributo,
de do naciese tanto desengaño
al desviado antípoda absoluto
que, proveída la marina orilla,
criase nuevo sceptro y nueva silla.

Todos los enemigos de España se abalanzarían:

Si el Antártico Polo, do se asienta
 la nueva España, tiene entrada alguna
 de perdición, por principal se cuenta
 esta que aquí diré, que sola es una:
 entran Flandes y Francia en una cuenta:
 ambas común seguir causa y fortuna,
 naves poniendo Belgia y marineros,
 y Galia ferocísimos guerreros.⁵¹

Aldana murió en la batalla de Alcazarquivir en 1578, en la desastrosa expedición del rey Sebastián, con la cual también se desvaneció la esperanza de los portugueses de dominar Marruecos, mientras nacía el sebastianismo, corriente mesianista que se mantuvo en Portugal y en Brasil hasta nuestro siglo. Pero en esta batalla, llamada también “de los Tres Reyes”, había muerto, junto a Sebastián y el rey marroquí, el pretendiente apoyado por los otomanos, y éstos debieron igualmente retirarse; en 1581 hicieron otro vano intento de establecerse y desde entonces los jerifes de Marruecos iban a tener una política de equilibrio entre la Puerta y España, con lo cual el peligro de que los otomanos se asomaran desde la fachada atlántica sobre las rutas a las Indias quedaba eliminado.

5. *Cautivos y renegados*

LA retirada de los otomanos significó la superación de la amenaza islámica principal, pero no de otras menores. La piratería argelina y luego marroquí continuó por varias décadas más. Su resultado fue el robo de cargamentos y el cautiverio para quienes realizaban la travesía a las Indias; el peligro empezó desde los primeros momentos: de fuente turca nos llega la noticia que uno de los marineros de Colón llegó a ser esclavo del almirante otomano Kamal Reis, a quien le proporcionó información sobre la vida de su anti-

⁵¹ *Obras completas de Francisco de Aldana*, ed. de Manuel Mondragón Maestre, Madrid: csic, Instituto Miguel de Cervantes, 1953, vol. I, pp. 31, 32 y 36; cf. Albert Mas, *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or (recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris: Institut d'Études Hispaniques, 1967, vol. I, p. 243.

guo capitán;⁵² más tarde los ejemplos son variados: desde el padre Luis Cáncer, evangelizador de Verapaz, capturado cuando se dirigía a una audiencia con Carlos V y rescatado por un francés que de él se apiadó, hasta los dos únicos hijos de una mujer de Puerto Rico, en el siglo xvii, a los cuales en el camino a Italia “los capturó un navío de turcos a entrambos”.⁵³ Y muchísimos otros casos en las décadas siguientes, entre los que no faltaron los amerindios: seis de ellos, embarcados como marineros en Veracruz, fueron capturados por los argelinos en 1702; el rey debió reiterar la orden que impedía que los indios se embarcaran.⁵⁴ Los pescadores canarios que abastecían a los barcos que iban a Indias también sufrieron de frecuentes cautiverios.⁵⁵

La sobreabundancia de casos se hizo presente también en la literatura, donde una mexicana cautiva aparece en Argel para encontrarse con su amante, así como en el testimonio directo de Alonso de Contreras, quien al llegar a Marruecos vio cómo “no hay año que no entren en esta Zale más de quinientos esclavos, tomados en bajeles de la costa nuestra, que vienen de las Indias, de las Terceras y Canarias, y del Brasil y Fernambuco”.⁵⁶ Otros pasajes son los de un cautivo que logró hacer llegar al Consejo de Indias información acerca de la piratería berberisca, o un memorial sobre la conveniencia de rescatar los numerosos cautivos de Argel. Por estas razones, u otras humanitarias, el Consejo de Indias se

⁵² Véase *supra* en torno a Piri Reis.

⁵³ Me limito a estos dos ejemplos, entre los abundantes que he encontrados, provienen de Dávila Padilla, op. *Historia de la fundación y discurso*, pp. 182-183, y “Descripción de la isla y ciudad de Puerto Rico...”, en Eugenio Fernández Méndez, ed., *Crónicas de Puerto Rico, desde la conquista hasta nuestros días*, vol. 1 (1493-1797). San Juan: Ediciones del Gobierno, 1957, p. 187.

⁵⁴ Manuel Josef de Ayala, *Diccionario de gobierno y legislación de Indias*, ed. y estudios de María Milagros del Vas Mingo, Madrid. Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, 7: 331 Véase *infra* sobre los renegados indios en Argel

⁵⁵ Luis Alberto Anaya Hernández, “Repercusiones del corso berberisco en Canarias durante el siglo xvii: cautivos y renegados canarios”, en Francisco Morales Padrón, coord., *V Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Excmo. Cabildo Insular de la Gran Canaria, 1985, pp. 125-177.

⁵⁶ Mas, *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, tomo II, p. 115, donde cita *La peregrina ermitaña*, novela de Alcalá Herrera (1641); *Ídola, nacimiento, padres y crianza del capitán Alonso de Contreras* (1630), Madrid: Alianza, 1967, cap 14, p 206

ocupaba de varias maneras de los cautivos: otorgaba dinero para su rescate, o alguna plaza para los que volvían del cautiverio;⁵⁷ el padre de Miguel de Cervantes acudió en este sentido al Consejo de Indias mientras su hijo residía en los baños de Argel.

Un resultado del cautiverio fue cierto número de renegados que encontramos en África del Norte y eran originarios de América o estaban ligados a ella. empezando por uno de los compañeros de Colón, de Lepe, quien, despechado por la falta de reconocimiento se fue a Berbería, donde murió renegado, el granadino Nicolás de Molina, capturado tras una vida de aventuras y juergas en Cuba y Trinidad,⁵⁸ o los anónimos que menciona la crónica publicada por Diego de Haedo, cuando enumera la cantidad de nacionalidades que se hallan en Argel, con presencia de italianos, españoles, moscovitas, polacos, “y aun abexinos del Prestejuán y Indios de las Indias de Portugal, del Brasil y de Nueva España”, enumeración que no es la única.⁵⁹

Las capturas causaban mucha preocupación en América; las imprentas limeñas y mexicanas tiraban “relaciones de sucesos” que trataban del asalto de galeras cristianas en el Mediterráneo, de vidas de cautivos y hechos de redención. Ello influía en la importante corriente de limosnas destinadas al rescate que era canalizada por la orden de los mercedarios, portadora del carisma de la redención de cautivos, que estuvo presente en América desde época temprana; hay muchas referencias a su actividad, a la gran cantidad de limosnas que recolectaba, y a su vigilancia para que no se inmiscuyeran en sus negocios otras órdenes, ni el clero regular ni particulares.

⁵⁷ Ejemplos en Antonia Heredia Herrera, *Catálogo de las consultas del Consejo de Indias*, Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1990, tomo VII, 882, 1246, 1609, 1701, 2133, 2364, 2426.

⁵⁸ Bennassar, *Los cristianos de Alá*, p. 186.

⁵⁹ He encontrado la cita de Diego de Haedo en varios libros, por ejemplo en Bennassar, *Los cristianos de Alá*, p. 167; véase Braudel, *El Mediterraneo*, tomo II, p. 311.

EL TEMOR al Turco en las Indias fue un aspecto más del omnipresente temor que sus conquistas generaron en la Cristiandad del siglo XVI, el cual llegó a teñir muchos de los hilos milenaristas y utópicos que en ese siglo abundaron. Si bien se ha aludido con frecuencia a estos hilos, y a la facilidad con que aparece la idea del apocalipsis en el pensamiento que los europeos tejieron en torno a América, rara vez se ha aludido a la importancia que tuvo en su generación el trasfondo de la guerra con los musulimes, aunque es evidente que éstos habían prestado tempranamente su imagen al Anticristo, uno de los precursores del fin de los tiempos.

1. Muslimes entre los indios

EL fuerte sentimiento obsidional entre los cristianos guió algunas de las primeras especulaciones sobre los indios. ¿No habrían sido ya contaminado por el universal morbo mahometano? Semejante temor, con respecto a los católicos, sintieron los colonizadores calvinistas del siglo XVII. Entre los primeros grabados sobre la llegada de Colón a La Española había uno, hecho en Alemania, que mostraba cómo de una galera (!) descendían a las islas del Caribe unos marinos con tocados moriscos:¹ la ilustración no era original, estaba tomada de una edición de viajes a Tierra Santa, pero no parecía fuera de lugar suponer una presencia islámica en esas tierras que aún se consideraban asiáticas. Había después quien lo confirmaba aludiendo a la circuncisión de algunos grupos: “Y es de saber que todos los indios de la dicha isla están circuncisos, por donde se sospecha que cerca de allí se encuentren moros o judíos, porque afirman los susodichos indios que allí cerca había gente que usaban naves, vestidos y armas como los españoles, y que una

¹ El grabado, muchas veces reproducido, pertenece a la edición de Basilea de 1493 de la carta colombina.

canoa iba en diez días a donde están, y que puede ser un viaje de poco más de trescientas millas”.² Se trataba de suposiciones al parecer extendidas: “Algunos españoles, considerados ciertos ritos y ceremonias de estos naturales, los juzgan por ser generación de moros”,³ o de judíos.

Junto a las costumbres había indicios lingüísticos inquietantes; por siglos, los españoles habían llamado “algarabía” o “berbería” a las lenguas para ellos incomprensibles: ahora, en Brasil, la carta de Pedro Vaz de Caminha informaba que los indios también hablaban “berbería”, por lo que no se los podía entender; los corresponsales florentinos de Galeotto Cei le preguntaban sobre la lengua de los indios “se è turca, greca, araba, o fiamminga”, y Cei contestaba citando algunos antropónimos, entre los cuales figuraba el de “Mahoma”. En otras regiones del área guaraní, el cronista Jerez señala la semejanza de su lengua con el árabe; Martín del Barco Centenera y Johannes de Laet hacen mención de los mahomas sobre el Río de la Plata y Gómara recoge la tradición de que ciertos indios “viven como sodomitas, hablan como los moros, y parecen judíos”.⁴ Algunas comparaciones llegaban a ser más estructuradas: “Me parece que esta gentilidad en algunas cosas se parece con los moros, así como en tener muchas mujeres, y en predicar por las mañanas de madrugada, y el pecado contra naturaleza, que dicen ser allá muy común, lo mismo en esta tierra”.⁵ La toponimia maya también era origen de leyendas:

² Véase la crónica de Juan Díaz en *La conquista de Tenochtitlán*, edición de Germán Carrera Vázquez, Madrid: Historia 16, 1988 (*Crónicas de América*), p. 57, *in fine*.

³ Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Memoriales* o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella ... ed. de Edmundo O’Gorman, México: UNAM, 1971, p. 14.

⁴ Carta de Pedro de Vaz de Caminha (1º de mayo de 1500), en Juan Pérez de Tudela *et al.*, eds., *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, Madrid: Real Academia de la Historia/CSIC/MAFFRE, 1994, tomo II, pp. 1836-1852, doc. 790; Galeotto Cei, *Viaggio e relazione delle Indie (1539-1553)*, a cura di Francesco Surdich, Roma: Bulzoni, 1992, p. 120. Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, Barcelona: Iberia, 1965, p. 222.

⁵ Pero Correia, informe sobre usos y licencias sexuales de los indios (1551), citado en *La fundación de Brasil. Testimonios 1500-1700*, pról. de Darcy Ribeiro, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992, p. 294.

Dicen los viejos que se llama aquel lugar Xequelchakán por la razón siguiente: dicen que en tiempos antiguos aportaron a aquella costa, hacia el Río de Lagartos, setenta moros en una nao que debiera de haber corrido gran tormenta, y que entre éstos iba uno a quien los demás obedecían y respetaban, al cual llamaban Xequé, que en lengua morisca quiere decir el señor o el principal, y que teniendo los indios compasión dellos, los albergaron y hospedaron bien, y que ellos por señas les rogaron que los encaminasen para poder salir de aquella tierra y volver a la suya; los indios les dieron guías, avisando los caciques de unos pueblos a los de otros que los tratasen bien y los encaminasen hasta ponerlos en Campeche, y que yendo los moros en busca de aquel puerto, llegaron al asiento de aquel pueblo que agora se llama Xequelchakán, que entonces eran unas sabanas y campos sin poblar, y que reparando allí, como ya habían vuelto en sí y engordado, olvidados del beneficio recibido, comenzaron a ensoberbecerse y tratar mal a lo que los guiaban, matando algunos dellos, y haciéndoles otros males y agravios; visto esto por los indios, dieron luego aviso a los pueblos comarcanos, los cuales acudieron con sus armas y mataron a los pobres moros, y con ellos a su principal y caudillo, a quien como dicho es llamaban Xequé, y así dicen que de *xequé* y de *chakan* (que en lengua maya, quiere decir sabana o llano o dehesa) se llamó aquel sitio Xequelchakán, que quiere decir el campo o dehesa del xequé, y que de allí tomó nombre el pueblo que fundaron en aquella dehesa, que es que al presente se llama Xequelchakán. Crea desto cada uno lo que quisiere, que no es muy auténtico.⁶

Pronto se vio la falacia de estas creencias; en la amplia literatura sobre los “orígenes americanos” que tanto preocuparon a la Colonia, los moros están casi del todo ausentes, como se desprende de las páginas de Gregorio García, quien se ocupó concienzudamente de fenicios, hebreos, egipcios, irlandeses o tártaros, pero apenas menciona a los turcos (preislámicos, aclara) y para nada a los moros como antecedentes de los indios.⁷ Para la atribución de una identidad judía a los indios existía una evidencia lingüística, la etimología *iudios-indios*, y una semejanza de carácter, la supuesta cobardía, que no podían establecerse para el caso de los temidos musulimes.

Las preocupaciones más realistas partían de quienes en el cam-

⁶ Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España* (1590 ca.), ed., est. prel., apéndices, glosarios, mapas e índices por Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, pról. de Jorge Gurría Lacroix, México: UNAM, 1976, II, p. 353.

⁷ Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, estudio preliminar de Franklin Pease, México: ICF, 1981 (reimpr. de la 2.ª ed. Madrid: 1729), pp. 82 y 300-301

po cristiano seguían de cerca los vaivenes de la guerra con el Turco, conocían o sospechaban el interés que las noticias sobre el Nuevo Mundo despertaban en el Islam, y oían alguna historia real o presunta de la presencia de musulimes en Indias.

2. Temores

POR algún tiempo se imaginó que había una gran cercanía geográfica entre el Índico y América: varias noticias en torno al primer viaje de Colón se apoyan en la creencia de que había llegado a los archipiélagos de Arabia; el mismo Colón supuso en 1497 que Arabia entraba en la demarcación de los reyes españoles⁸ y en su cuarto viaje llevó a dos intérpretes de árabe, cuando Vasco de Gama había hecho conocer la extensión del Islam en el Índico. Tal cercanía permitía imaginar que el Turco podía amenazar el Nuevo Mundo, como escribía el licenciado Gaspar de Espinosa a Carlos V desde Panamá (1º de octubre de 1533): “Esta tan gran nueva y riqueza del Perú hará tan gran ruido que a todos los príncipes del mundo, cristianos y moros, hará volver a poner los ojos en ello, y el Turco principalmente lo tiene harto a la mano por aquella vía, pues posee las tierras e señorío del Soldán”.⁹ La última referencia hace alusión a la conquista de Egipto (el reino del Soldán) por Selim en 1516-1517, lo que significó para los otomanos ingentes recursos, una posición estratégica inmejorable sobre el Mediterráneo y, según Gaspar de Espinosa, ignorante de la geografía del Índico, también sobre las rutas orientales a las Indias.

Entre los conquistadores vemos que vuelve a asomar, en forma de paradojas y bromas, un oscuro temor paralelo al de quienes veían la posibilidad que los criollos “se alzarán con la tierra”: este temor era que las Indias fueran entregadas a los musulimes. La idea

⁸ Sobre esta cercanía entre los mares de Arabia y del Caribe, además de los testimonios de Colón, existe la carta de Gerolamo Sernigi sobre el primer viaje de Vasco de Gama, en E. G. Ravenstein, ed., *A journal of the first voyage of Vasco da Gama*, London: Hakluyt, 1897 (reimpr. New York: Burt Franklin), p. 134 y las de Guillermo Coma-Nicolás Esquilache (1494) y Michele da Cuneo (1495) en *Colección documental del descubrimiento*, tomo II, p. 691, doc. 246 y tomo II, doc. 316.

⁹ Citado por Luis J. Ramos Gómez, “El primer gran secuestro de metales procedentes del Perú, a cambio de juros, para costear la empresa de Túnez”, *Anuario de Estudios Americanos*, 32 (1975), pp. 217-262.

apareció en la querrela entre Colón y Roldán: el primero se quejaba porque “decían de mí peor que de un moro”, “si yo robara las Indias [...] del altar de San Pedro y las diera a los moros, no pudieran en España mostrarme mayor enemiga”, relacionado todo ello con la acusación de converso que le hicieran sus enemigos, y denuncias que se aclaran teniendo a la vista la anterior queja de Colón:

Afirmaban que si sus Altezas no ponían remedio, vendría la ruina total de esos países; y aun en el caso que no fueran destruidos por su perversa administración, el mismo Almirante se rebelaría y haría liga con algún príncipe que le ayudase, pretendiendo que todo era suyo por haberlo descubierto con su industria y trabajo. Para mejor salir en este intento, ocultaba las riquezas del país y no permitía que los indios sirviesen a los cristianos ni se convirtiesen a nuestra fe.

Colón pagó las habladurías con la misma moneda: el rebelde Roldán y los suyos eran para él un instrumento del temido Demonio: “Siempre temí del enemigo de nuestra fe en esto, porque se ha puesto a desbaratar este grande negocio con toda su fuerza”.¹⁰ Entre las pasiones de las guerras civiles del Perú, proliferaron las alusiones a los moros. Los habitantes de Cuzco, tiranizados por los Pizarro, rogaban para que “vengan moros o turcos, e saquennos de poder deste tirano de Hernando Pizarro”; se habló de llamar a los turcos y se acusó a Diego de Almagro de querer marchar contra los de Cuzco “diciendo que estaba alzado, como si fuera por el Turco, estando en servicio de VM”. Un documento de 1548 señala que “fue tanto el escándalo como si hubieran vendido la tierra al Turco”; poco después (1552) Bernal Díaz acusaba a otro español de Indias que por un vaso de vino aceptaría a Barbarroja como gobernador.¹¹ Que algunos pensarán hacerlo lo muestran los testimo-

¹⁰ Hernando Colón, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón* (1571), ed. pról y notas de Ramón Iglesia, México: FCE: 1947, cap. 85, p. 260; véanse las cartas de Colón a los reyes con motivo del alzamiento de Roldán, en *Colección documental del descubrimiento*.

¹¹ Silvio Zavala, *Suplemento documental y bibliográfico a La encomienda indiana*, México: UNAM, 1984, p. 188; *Cartas de Indias*, publicadas por primera vez el Ministerio de Fomento, Madrid: Imprenta de Manuel Hernández, 1871 (reimpr. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980, p. 43; también aparece reproducida en la edición de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1944, tomo II, p. 445

nios comentados en el capítulo anterior y lo recalcan ciertos escritos que aseguraban que el Turco se lanzaría sobre América una vez conquistada Europa; así expresaban también los turcos de la literatura: “Echad al fondo el poder cristiano / tomando posesión de un solo golpe / del Gange a Chile y de uno a otro polo”; “África y Europa es mía / América tengo y Asia”, “Señor de América y Asia / dueño de la media Europa”, dicen el bajá de Lepanto, Solimán y Dragut en la pluma de Ercilla y de Lope.¹²

Se temía la influencia de moriscos y de esclavos. El antiguo terror a los musulimes se fusionó con el nuevo a los alzamientos de negros, que siguieron siendo una de las pesadillas de la Colonia, antes que se transformaran para el imaginario en “negros de Castilla”.¹³ Tempranamente los vecinos de San Juan de Puerto Rico, que luchaban con los caribes alzados, señalaban al rey que “las alteraciones de aquellas islas habían sido causadas por esclavos negros geloses y berberiscos, suplicaban a su majestad que no los enviase”; parece ser que la real intención de los buenos vecinos era volver a esclavizar a los indios, pero en otras regiones se mostraban temores semejantes, como en el Perú, donde los eclesiásticos ponían cuidado con los gelofes.¹⁴ La temida unión entre musulimes e indios se dio por fin en la aventura de un morisco, esclavo de unos hermanos canarios, quien se asentó entre los araucos, frente a las costas de Venezuela; en 1544 fue encontrado capitán de guerra y jefe de un hogar de varias mujeres. Es indicativo de este temor uno de los muchos agregados que se hicieron a la biografía de Gonzalo Guerrero, el español que se quedó a vivir

¹² Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y el norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*, Madrid: csic, 1989, p. 309; Ercilla, *La Araucana*, canto 24; Lope de Vega, *El cerco de Viena por Carlos V*, en *Obras de Lope de Vega*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1969, 25, p. 308b; cf. Albert Mas, *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or (recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris: Institut d'Études Hispaniques, 1967, tomo II, p. 322 y n. 78, p. 31.

¹³ Rodolfo Pastor, “De moros en la costa a negros de Castilla: representación y realidad en las crónicas del siglo XVII centroamericano”, *Historia Mexicana*, vol. 44, 174 (octubre-diciembre de 1994), pp. 195-235.

¹⁴ Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* (1601), Madrid: Maestre, 1952, década V, libro II, cap. 5, vol. 10, pp. 88-89; Jean-Pierre Tardieu, *L'Église et les noirs au Pérou, XVIIe. et XVIIIe. siècles*, Paris: L'Harmattan, 1993, tome I, pp. 317ss.

con los mayas, cuando Oviedo puso en duda su carácter de cristiano, antes de ser acertadamente comparado, por autores modernos, con los renegados en tierra berberisca.¹⁵

Con este clima de ideas deben relacionarse las pseudohistorias, que han llegado hasta nuestros días, acerca de intentos de establecer colonias musulimas en América. En pleno dominio novelesco, *Un hereje y un musulmán*, de Pascual Almazán (México, 1870), nos habla del intento de Yusuf ben Alabed en las costas del Caribe mexicano en 1564, pero hay tradiciones que tienen mayores pretensiones de veracidad: la *Historia del condado verde* (Nueva York, 1884) refiere un intento análogo por obra del egipcio Nasseradine a orillas del Hudson a fines del siglo xvi; una tradición oral informa de un tercer asentamiento en Carolina del Norte hacia la misma época y se debe relacionar esta tradición con el viaje de Drake a Carolina tras haber atacado las posesiones españolas, de las que se llevó a unos doscientos moros y turcos, junto a muchos esclavos negros, no todos los cuales volvieron con él a Europa, por lo que se ha supuesto que dejó a algunos en la costa norteamericana como un foco de molestias para los españoles. Entre los grupos musulimes actuales de Estados Unidos se habla de una islamización precolonial de los pieles rojas.¹⁶

Se trata, repito, de indicaciones que más instruyen sobre los temores de la Cristiandad que sobre la actuación de los musulimes. Evidentemente, dado que los otomanos centraban su poder naval en los antiguos métodos mediterráneos, con un uso extenso de las galeras de remos y operaciones básicamente anfibia, ningún estratega serio podía considerar factible en Indias una invasión de parte de un enemigo que ni siquiera estaba en condiciones de tomar Sicilia.¹⁷

¹⁵ Rodolfo Pastor Fasquelle, "El héroe y el antihéroe: Guerrero en Palenque", *Paraninfo* (Tegucigalpa), n. 10 (1996), pp. 35-52 y Germán Vázquez, en su edición de los cronistas de *La conquista de Tenochtitlán*, p. 73

¹⁶ Pascual Almazán, *Un hereje y un musulmán* (1870), ed. y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1962; las otras dos referencias provienen del artículo "Los primeros árabes en el Nuevo Mundo", *Medio Oriente Informa* (México), n. 15 (1980), pp. 38-39; sobre la colonia en Carolina, véanse las hipótesis y datos de David Beers Quinn, *England and the discovery of America. 1481-1620*, New York: Alfred A. Knopf, 1974, pp. 432ss

¹⁷ Sobre el trasfondo tecnológico de la guerra mediterránea que tanto el Turco co-

3. Profecías sobre el Turco y las Indias

UNA glosa particular de los temores existentes se dio dentro del género profético, producto tradicional, pero de enorme presencia a partir de los complejos movimientos sociopolíticos de los siglos xv y xvi y en medio de la serie de movimientos sísmicos y desajustes climáticos de fines del xv. El año 7 000 de la Creación del Mundo, 1492 según el cómputo bizantino, se señalaba desde mucho tiempo atrás con temor o esperanza, por los judíos tanto como por los cristianos; también entre los musulimes, que el año 1494-1495 entraban en el siglo x de la Hégira, apareció una predicción que, en relación con la caída de Granada, veía el año 1492 como el del fin del mundo.¹⁸ La toma de Constantinopla había originado cantidad de profecías, que podían ser tanto pesimistas como optimistas, podían vaticinar tanto el triunfo como la derrota de su comunidad. Lo notable es que de alguna manera el horizonte geográfico ensanchado se reflejó en todas las variedades de esta literatura tradicional. Así, los judíos empezaron a colocar sus esperanzas en juderías exóticas o en los turcos.¹⁹ En el caso de los musulimes, los de la lejana Tidore informaron a Magallanes que su llegada ya había sido vaticinada;²⁰ entre los de España las *alguacías* o *jofores*, formas tradicionales de profecía, se hicieron sombrías tras la conquista de Granada; se veía este hecho como una señal

como los Habsburgo dominaban, véase John Francis Guilmartin, *Gunpowder and galleys: changing technology and Mediterranean warfare at sea in the sixteenth century*, Cambridge University Press, 1974, esp. cap. 3, "The Mediterranean system of naval warfare: physical, economic and social limitations".

¹⁸ José Ángel Sesma Muñoz, "1492: annus mirabilis", en José Ángel Sesma Muñoz, coord., *Un año en la historia de Aragón: 1492*, Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada Concepción de Aragón, 1991, pp. 9-26; Ferid Khiari, "La chute de Grenade et la fin du monde d'après un texte millénariste d'As-Suyuti", en Abdeljelil Temimi, ed., *Le V. centenaire de la chute de Grenade*, Zaghuan: Centre d'Études et de Recherches Ottomanes, Morisques, de Documentation et d'Information, 1993, tome 1, pp. 361-376.

¹⁹ Jacqueline Genot-Bismuth, "Le mythe de l'Orient dans l'eschatologie des juifs d'Espagne à l'époque des conversions et de l'expulsion", *Annales. ESC*, 45 (1990), pp. 819-838.

²⁰ Maximilianus Transylvanus, *De Moluccis insulis* (1523), en *First voyage around the world*, by Antonio Pigafetta, and ... with an intr. by Carlos Quirino, Manila: Filipina Books Guild, 1969, p. 127; de ahí debió de tomar el dato Gómara, *Historia de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurría Lacroix, Caracas: Ayacucho, 1979, cap. 96, p. 147.

del fin de los tiempos, el advenimiento de una época llena de maldad; la llegada a Indias y sus primeras imágenes de alguna manera colorearon la literatura resultante: en una profecía atribuida a Mahoma, la *isla* de España, situada en el extremo occidente y asentada debajo del paraíso, era presentada como una tierra de elección; en otra alguacía Dios enviaría la salvación el año que comenzara en sábado, y la señal que habrá de esto será una nube de aves, encabezadas por los ángeles Gabriel y Miguel, que vendrán “de la tierra de los papagayos”, y su llegada será la señal de “la venida de los reyes de levante y del poniente, al socorro de esta isla de Andalucía”.²¹

Del lado cristiano el avance y planes de los otomanos tuvieron su traducción esotérica en profecías ya aterradoras, en torno a las próximas conquistas, ya esperanzadoras, que preveían su cercana derrota. En España, las corrientes de profetismo continentales de fines de la Edad Media habían penetrado engarzando con un complejo trasfondo de esperanzas ideológicas y mesiánicas sobre la derrota del Islam, que se basaban en la tradicional autoridad que tenía el Apocalipsis en la península, en las leyendas de la “pérdida-recuperación” de España, en la tradición franciscano-joaquinista y en los mitos del mundo clásico.²² Todo este ideario conoció cierto reavivamiento a partir de las grandes conquistas turcas, pero su auge coincidió con la reacción encabezada por los reyes españoles, cuyas señales principales eran no sólo la conquista de Granada de 1492 y la de Cefalonia de 1501, sino también la llegada a las

²¹ Para la profecía atribuida a Mahoma, véase Luce López-Baralt, “El oráculo de Mahoma sobre la Andalucía musulmana de los últimos tiempos en un manuscrito aljamiado-morisco de la Biblioteca Nacional de París”, *Hispanic Review*, 52 (1984), pp. 41-57; el original de la otra profecía, en árabe, fue traducido por Alonso del Castillo en el siglo xvi, e incluido por Luis del Mármol Carvajal en su *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada* (1600), Málaga: Arguval, 1991, libro III, cap. 3, pp. 75-81; la reproduce también Mercedes García-Arenal, *Los moriscos*, Madrid: Editora Nacional, 1975 (reimpre. Univ. de Granada, 1996, p. 61). En árabe, isla es un territorio al que puede llegarse por mar, puede por lo tanto ser también una península; de ahí la contaminación al texto aljamiado, que sin embargo también creo influido por los relatos acerca de nuevos hallazgos de islas en el Atlántico.

²² Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid: Casa Museo de Colón, 1983. José Antonio Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1954, p. 42. Genot-Bismuth, “Le mythe de l’Orient dans l’eschatologie des juifs d’Espagne”.

Indias. Estas hazañas permitían oponer al pesimismo algunas visiones triunfalistas de la Cristiandad europea y una ideología imperial que el Estado español utilizó, entre otras cosas, contra el enemigo muslim. Las elaboraciones proféticas continuaron con fuerza hasta fines del siglo XVI, debilitándose en el XVII, siendo una de las causas el menor peligro turco. Debe notarse sin embargo que en América, con el lapso típico de sus manifestaciones culturales, el profetismo apocalíptico tuvo una supervivencia algo mayor, con manifestaciones tardías que se dieron en torno a la enseñanza del ermitaño mexicano Gregorio López. El *Tratado del Apocalipsis* de este autor (escrito en las últimas décadas del siglo XVI) señala, al mencionar la posesiones del Turco, que “es cosa maravillosa lo que se ha extendido Satanás”, ya que el Turco está cercando a Europa “y aun llega con su galeras a Gibraltar”.²³

La idea de alguna relación providencial entre el fin de la guerra con el moro y el descubrimiento de nuevas tierras debió de aparecer espontáneamente. Un germen de esta idea se encuentra en un viajero extraño a la ideología imperial española, el flamenco Eustache de la Fosse, quien al relatar sus viajes por el Atlántico recordaba la existencia de una isla encantada más allá de Madera, donde antaño se había refugiado un obispo godo fugitivo de los sarracenos, en la que no se podía desembarcar pero que “comenzó a aparecer porque España era casi toda cristiana”, y que perdió su carácter encantado cuando cayó Granada: “el encantamiento duraría hasta que todas las Españas fueran cristianas”.²⁴ En la corte papal se manifestó el ya visto entusiasmo de algunos autores eclesiásticos, y en el ámbito imperial el de Antonio de Nebrija, quien abogaba para que el Imperio pasara a los reyes españoles, argu-

²³ Antonio Eguiluz, “Fr. Gonzalo Tenorio, OFM, y sus teorías escatológico-providencialistas sobre las Indias”, *Misionalia Hispanica*, n. 48 (1959), pp. 257-322; Alain Milhou, “Gregorio López, el iluminismo y la Nueva Jerusalén americana”, en M. Justina Sarabia Viejo, ed., *Europa e Iberoamérica: cinco siglos de intercambio*, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos/Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Junta de Andalucía, 1992, vol. III, pp. 55-83.

²⁴ “Elle se començoit a apparoir pour che que toute Espagne estoit quasy toute cristienne [...] l’enchantement estoit qu’il dureroit tant que toutes les Espagnes seroient cristienes”, Eustache de la Fosse, “Voyage à la côte occidentale de l’Afrique en Portugal et en Espagne (1479-1480)”, *Revue Hispanique*, IV année (1897), pp. 174-201, citas de p. 190.

mentando que éstos “se disponen ya a llevar la guerra a África y, siguiendo al despachar sus flotas el movimiento del cielo, tocan ya las islas colindantes con los pueblos de las Indias”; una antiquísima “profecía”, fraguada al calor de los pleitos colombinos hacia 1515, no sólo predecía los descubrimientos, sino también que el rey de España “con su grandeza sojuzgará a África y Europa”. Ya avanzada la conquista, Gerónimo de Mendieta, en su apología de los Reyes Católicos, notaba que el Diablo les había levantado tres enemigos “la perfidia judaica, la falsedad mahomética y la ceguera idolátrica”, pero ellos habían eliminado los ritos y ceremonias de la ley vieja, luego echado a los moros

y aun por este santísimo celo y heroica hazaña es de creer que merecieron lo que sucesivamente se siguió, que apenas fue concluida la guerra de los moros, cuando les puso Dios en sus manos la conquista y conversión de infinidad de gentes idólatras, y de tan remotas e incógnitas regiones, que más parece haber sido divinamente otorgada, que casualmente ofrecida.

Con más marcado tono profético, Juan Suárez de Peralta señalaba los méritos de los Reyes Católicos, que

echando moros y judíos de España les ha dado a ellos y a su ejército otros más amplios reinos que Egipto y Etiopía, que son estas Indias y el reino de Nápoles y Navarra [...] Hase de considerar dos cosas: que es la una que hasta que el reino de Granada fue conquistado no llegó el tiempo que las Indias fuesen descubiertas y conquistadas; y si los indios proceden de los egipcios, como hay otra opinión, la cual es la atrás escrita, cuadra en todo muy bien lo arriba traído del cap. xxix del profeta Ezequiel, y a la letra se puede entender por Egipto estas Indias.²⁵

Detrás de estos razonamientos providencialistas se hallaba el alivio que las Indias significaban para el sentimiento de inferioridad originado por las conquistas otomanas. Gómara, que supo desviar

²⁵ Para los autores de la corte papal, véase p. 42: Antonio de Nebrija, 1509, citado en Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza, 1989, p. 238 y p. 50; Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana* (fines del siglo xvi), México: Porrúa, 1971, lib. I, cap. 2, p. 17; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias* (1589), est. preliminar y notas de Teresa Silva Tena, México: CNEA, 1990, cap. 4, p. 70; el citado capítulo de Ezequiel contiene una profecía contra Egipto

el mesianismo colombino hacia un mesianismo centrado en los españoles, veía claramente la importancia de los dominios ultramarinos para que Carlos V pudiera compararse favorablemente con Solimán, pues ambos “poseen tanto como poseyeron los romanos, y si digo más no erraré, por lo que los españoles han descubierto y ganado en las Indias”. La Cristiandad podía imaginar escenas como la que transmite el *Viaje de Turquía* (1557), donde el protagonista señala al *padixa* otomano un mapa, “hícele medir con un compás todo lo que el Turco manda, y no es tanto como las Indias, con gran parte, de lo que quedó maravillado” y Pedro Ordóñez de Cevallos derivaba de sus largos viajes la seguridad que el Gran Mogol, el Emperador de China y el Turco juntos no igualaban el poder del rey de España, que tiene a América “que es más que toda Asia”, lo cual repetía después el padre Buenaventura Salinas y Córdoba desde Perú: en América “cabe el Gran Turco con todo lo que posee”. Fue ésta la versión que se transmitió a los amerindios, y que Guamán Poma de Ayala incorporó en el marco de las concepciones quechuas, al mostrar el mundo dividido en cuatro reinos, sobre los cuales domina el rey español.²⁶

No era solamente cuestión de territorios, sino sobre todo de almas. El Atlántico y el Índico, pero principalmente América, significaban la posibilidad de una evangelización masiva como sólo se había visto en tiempos paleocristianos: la realidad inesperadamente visible de una expansión mundial del cristianismo.²⁷ Esta esperanza, que llegaba en momentos de gran peligro para Europa, era una clara señal del favor de Dios. Él había hecho que el nuevo continente estuviera bajo el dominio católico y no del de los turcos o protestantes, comunicaba Pío V en 1568 a los reyes de Espa-

²⁶ Gómara, *Crónica de los Barbarroja*, en *Memorial histórico español*, Madrid: Academia de la Historia, 1851, vol. vi, pp. 331-439; *Viaje de Turquía*, edición de Fernando García Salinero, Madrid: Cátedra, 1980, p. 196; Pedro Ordóñez de Cevallos, *Viaje del mundo* (1616), Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947 (*Austral*, 695), libro III, cap. 14, p. 331; Buenaventura Salinas y Córdoba, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo. Perú* (1630), introducción de Luis E. Valcárcel y un estudio sobre el autor de Warren L. Cook, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967, discurso II, cap. I, pp. 96-97; Felipe Guamán Poma de Ayala, *El primer Nueva corónica y buen gobierno*, ed. de John Murra y Rolena Adorno, México: Siglo XXI, 1980, p. 963.

²⁷ John Leddy Phelan, *The millennial kingdom of the Franciscans in the New World*, 2. ed., Berkeley & Los Angeles: University of California Press, 1970.

ña.²⁸ Fray Juan de Torquemada señalaba cómo la Providencia de Dios determinó en qué tiempo y por quiénes habían de ser descubiertos y conquistados los indios “y que los que fueron enviados al descubrimiento de esta tierra no fueron herejes, ni moros, ni turcos, ni judíos, ni gentiles, mas fueron cristianos católicos”. Más aún, se hablaba de una especie de compensación: “Parece que en estos nuestros tiempos, y en estas tierras y con esta gente, ha querido Nuestro Señor Dios restituir a la Iglesia lo que el Demonio la ha robado en Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina”.²⁹

Las Indias, en efecto, podrían suministrar los aliados que la Cristiandad necesitaba. Era la continuación de la serie de ideas que contribuyeron a impulsar las misiones medievales del Papado a China; en éstas por primera vez Giovanni da Pian de Carpin y Guillermo de Rubruck organizaron un discurso del Otro en base a las esperanzas utopistas de que el Mongol sería un aliado para rodear a los musulimes; elementos de esta esperanza se encuentran también en la etnografía franciscana sobre América.³⁰ Compañeros de la etnografía, la iconografía y el teatro misionero expresaron, al calor de las esperanzas que la toma de Túnez por Carlos V suscitó, la esperanza de ver masas de indios cristianos al asalto de las posiciones infieles. En un tapiz del siglo XVI sobre la batalla de Zama, trasposición evidente de la guerra contra los berberiscos, los cartagineses son retratados como turcos, los romanos como europeos, y entre éstos asoma, como anacrónico aliado, un guerreiro con las plumas de los amerindios.³¹ En el teatro, dos obras tempranas son significativas: *La conquista de Rodas* y *La conquista de Jerusalén*, representadas una en México y la otra en Tlaxcala

²⁸ Citado por Pedro de Leturia sí, “Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, segundo arzobispo de Lima, el más grande prelado misionero de la América hispana” (1940), en *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. I. Época del Real Patronato*, Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 299-334, p. 309.

²⁹ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, edición preparada por el seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México: UNAM, 1975, libro IV, cap. 72 (2: 223); Sahagún *Hist. genl.*

³⁰ Georges Baudot, “Imagen amerindia y proyecto utópico: Motolinía y el discurso milenarista” (1992), en su *México y los albores del discurso colonial*, México: Nueva Imagen, 1996, pp. 243-266.

³¹ Véase la reproducción del tapiz en la *Historia de España* dirigida por Antonio Domínguez Ortiz, Barcelona: Planeta, 1993, vol. 1, p. 11.

en el año 1539; entre los muchos mensajes de tales piezas, figura un piadoso deseo de su muy probable autor, Motolinía: en ambas participaban los indios en la reconquista de Rodas o de los Santos Lugares, junto a los ejércitos imperiales, “el cual pronóstico cumple Dios en nuestros días”.³²

Sistematizando y completando estas ideas tardíamente (debido al retraso en la información que significaba su estancia en la cárcel), Tommaso Campanella (1568-1639) contemplaba en América una salvación para la Europa amenazada por los turcos; en *De monarchia hispanica*, compuesta en 1598-1599 y reelaborada en 1600-1601, exponía sus ideas sobre la política en Indias: el rey de España debía poblarlas y luego extraer de ellas metales preciosos, si quería mantener ahí su poder; pero ante todo debía evangelizar a los indios, lo cual comprendía entre otras cosas ofrecerles una versión de la historia de la Cristiandad europea, y cómo Dios por sus pecados “haeresibus et Mahumetismo afflixerit”; acudiendo a ejemplos de la historia clásica, Campanella proponía que los indios que rechazaran el cristianismo fueran destinados “ad triremes” (es decir a las galeras, el barco de guerra del Mediterráneo); los demás se convertirían en la masa de trabajadores que España necesitaba para poder dedicarse a las tareas bélicas: por ello, había que transportar gran número de indios a España, África y Asia, poblar con ellos ciudades nuevas donde los españoles, que ocuparían las posiciones de mando, dejarían en sus manos la agricultura, los oficios u otros menesteres serviles, aunque a sus reyes habría que darles baronías, para que el imperio se enalteciera y ellos “assuescant amare nos, et regiones nostras”. También expresó que podían los indios integrarse a los ejércitos españoles como los jenízaros a los turcos. Junto a esta ayuda material, América también ofrecía armas teóricas que hacían posible enviar a los musulmanes una refutación de “le manzogne di Macometto, in fisica già manifeste, dopo che si è trovato il Nuovo Mondo”.³³

³² Motolinía, *Memoriales*, cap. 35, p. 106.

³³ Algunas de estas ideas de Campanella ya aparecen en la primera versión de *De monarchia hispanica*, compuesta hacia 1595 (véase Tommaso Campanella, *La política*, ed. de Moisés González García, Madrid: Alianza, 1991) y con más énfasis en las versiones posteriores, cap. 21, cuyas partes relativas a América reproduce Robert Ricard, “Les idées de Campanella sur l’évangélisation de l’Amérique”, *Journal de la Société des*

Campanella fue tomado en su época más en serio de lo que estas fantásticas especulaciones dejarían suponer, y hasta es posible que en alguna medida inspirara su Ciudad del Sol las misiones jesuíticas del Paraguay. Tal ideario combinaba las esperanzas de los primeros tiempos, las de crear una Cristiandad superior en Indias, con las que se habían formado en círculos más escépticos, donde se pensaba sobre todo en la ayuda que los metales preciosos de las Indias prestarían a la guerra contra el Islam. Pero no debe perderse de vista que las visiones triunfalistas de los primeros tiempos se entrelazaron con cierto matiz apocalíptico; si la primera evangelización de las Indias estuvo alentada por un espíritu milenarista (aun cuando éste no fuera tan fuerte como algunos autores han pretendido), dicho espíritu favoreció la reinterpretación según la cual las conquistas turcas y el posterior triunfo y expansión de la Cristiandad eran signos precursores del fin de los tiempos. Esta veta salió a la luz, paradójicamente, cuando el peligro turco menguaba, pero en la época de profetismo pesimista que caracterizó las últimas dos décadas del reino de Felipe II.³⁴

4. *Translatio Ecclesiae*

EN relación con ello, se llegó a interpretar a América como un refugio ofrecido a la Cristiandad. Esta posición de las nuevas tierras era reminiscente de la que el Atlántico había ocupado en algunas leyendas medievales, de acuerdo con las cuales siete obispos godos se habían refugiado tras la conquista mora en alguna isla del Atlántico o, como se conjeturó en el siglo XVI, en América (así lo probaban algunas cruces que se encontraron).³⁵ Hasta mucho tiempo después de iniciada la expansión marítima europea el ca-

idées de Campanella sur l'évangélisation de l'Amérique". *Journal de la Société des Américanistes* (Paris), ns, tome 21 (1929), pp. 278-279; véase una exposición general en Mario Góngora, "El Nuevo Mundo en el pensamiento escatológico de Tomás Campanella", *Anuario de Estudios Americanos*, 31 (1974), pp. 385-408; Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, I, p. 243

³⁴ Richard L. Kagan, *Los sueños de Lucrecia; política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid: Nerea, 1990 relata en detalle la serie de profecías de la madrileña Lucrecia hacia 1590, donde moros y turcos tienen un papel importante, y el contexto sociopolítico del profetismo de los últimos años de Felipe II.

³⁵ Gómara, *Historia de las Indias*

rácter de refugio que había adquirido el Atlántico fue conservado por las leyendas populares portuguesas en torno al regreso del hijo del rey Sebastián, muerto en Alcazarquivir a manos de los marroquíes: en algunas versiones éste se hallaba refugiado en la costa africana o en las Antillas, y desde ahí volvería para recibir la bendición papal y luego inaugurar su monarquía universal y la conquista de los infieles.³⁶

Herederó de este carácter salvador, el continente americano lo amplificó. Erasmo reflexionó sobre las posibilidades de su evangelización; otros la hicieron objeto de especulaciones. Las primeras noticias de América hicieron pensar que la Iglesia, nacida en Asia y luego trasladada a Europa, seguiría su curso hacia occidente, huyendo de herejes y musulimes y asentándose en las tierras recién descubiertas, a las que se asignaban caracteres utópicos: “Y noten los que vivieren, y miremos cómo la fe y cristiandad ha venido desde Asia, que es en oriente, a parar en los fines de Europa, que es nuestra España, y de allí se viene a más andar a esta tierra de occidente”.³⁷

Las especulaciones hacían parte de un movimiento más general, originado en la pérdida de vista de la Jerusalén palestina y en el desarrollo de los sentimientos nacionales; frente a la nueva imagen (urbanística y simbólica) que Roma iba adquiriendo, se erigieron otros centros: los husitas y Savonarola vieron en Praga y Florencia una nueva Jerusalén, los anabaptistas, Calvino y Cromwell ubicaron otras; en América del norte lo harían los puritanos.³⁸ A su vez las Indias españolas originaron una profecía, basada en Jeremías II, 10, la cual enseñaba que los turcos eran Kedar e iban a arrasarse el Viejo Mundo, por lo que los cristianos debían buscar refugio en Tarsis, es decir las Indias.³⁹ La amplia veta de

³⁶ Lucette Valensi, “Silence, dénégation, affabulation: le souvenir d’une grande défaite dans la culture portugaise”, *Annales. ESC*, 46 (1991), pp. 3-24.

³⁷ Motolinía, *Memoriales*, p. 219 (cap. 56).

³⁸ Alain Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica* y “De Jerusalén a la Tierra Prometida del Nuevo Mundo; el tema mesiánico del centro del mundo”, en *Iglesia, religión y sociedad en la historia latinoamericana, 1492-1945* (Congreso VIII de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas de Europa, Szeged, Hungría, 1989), Szeged: Universidad József Attila, 1989, pp. 31-56 (= *Paraninfo* [Tegucigalpa], año 2, núm. 4 [1993], pp. 97-123).

³⁹ Gil, *Mitos y utopías del descubrimiento*, I, pp. 237ss.

opiniones acerca de la identidad entre la Tarsis y la Ofir de Salomón y América deriva algunos matices también del providencial carácter que compartían las riquezas buscadas por el hijo de David y las que ofrecía el nuevo continente. Bartolomé de Las Casas hablaba de la destrucción de España, castigo por su destrucción de las Indias, a las cuales “había Dios de dilatar su santa Iglesia y quizás del todo allá pasarla y resplandecer tanto su santa fe, dándose a tan infinitas naciones a conocer”. En 1554 fray Felipe de Meneses publicó en Valladolid un catecismo con el tema de la destrucción de la Iglesia, que deberá huir *plus ultra* a las Indias, como la mujer del Apocalipsis que huye del dragón; la idea reapareció después en Diego Durán, y éste pudo transmitirla oralmente a Francisco de la Cruz.⁴⁰

Este último, un dominico criollo peruano, es el exponente menos ambiguo de la idea de una migración de la Iglesia perseguida por los turcos. Explícitamente reclamó a Bartolomé de Las Casas como antecesor de su concepción de una *translatio Ecclesiae*; dentro de un amplio ideario milenarista, y conocedor del ambiente morisco (quizás morisco él mismo, como lo indicaba su acento a decir de sus acusadores), el dominico tuvo el 16 de noviembre de 1574 una serie de revelaciones inquietantes: el castigo a los cristianos se efectuaría mediante los moros, predicaba apoyándose en el Apocalipsis y en el Libro de Daniel, capítulo VII: probablemente estaba al tanto de la rebelión de las Alpujarras (1568-1570); el 26 de febrero de 1575 aseguró haber sido informado 26 meses antes de la batalla de Lepanto, pero también que esta victoria no daba seguridad a la Cristiandad europea, dependiente de alianzas inseguras, que se romperían y llevarían al desastre: la Liga de Lepanto se disolvería por la traición de Venecia, España sería vencida y castigada la Babilonia romana por una victoria aplastante de los

⁴⁰ Sobre el tema de la *translatio Ecclesiae* en Las Casas, véase Marcel Bataillon, “Estas Indias... (hipótesis lascasianas)” (1959), en *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona: Península, 1976, pp. 291-300; Alain Milhou, “De la destruction de l’Espagne à la destruction des Indes: histoire sacrée et combats idéologiques”, en *Études sur l’impact culturel du Nouveau Monde*, Paris: L’Harmattan, 1981, tome 1, pp. 25-47; Jean-Pierre Tardieu, *Le Nouveau David et la réforme du Pérou; l’affaire Maria Pizarro-Francisco de la Cruz (1571-1596)*, Bordeaux: Maison des Pays Ibériques, 1992, pp. 160ss.

turcos; como consecuencia, de España huirían a América profetas por medio de los cuales Dios iba a declarar a la Iglesia recreada en América; ahí los indios, descendientes de las Tribus Perdidas, serían su pueblo, el arzobispo de Lima el papa, el hijo de fray Francisco de la Cruz el nuevo Salomón y él mismo el profeta. Agregaba que la astrología le hablaba de grandes guerras en Oriente, de cambios de religión, citaba el Canto de Habaquq, en el cual los caldeos representaban a los turcos, decía haber oído a los ángeles que desde España e Italia, *de vinea sodomorum*, cantaban las alabanzas de Dios por la destrucción que realizaba el Turco. En otra de sus exégesis figuraban las cuatro bestias de Daniel, de las cuales el águila era Roma, el oso las naciones germánicas, el leopardo España y la cuarta bestia el poder turco y el moro. Francisco de la Cruz fue condenado por la Inquisición en Lima en 1578; entre otras cosas, su imaginería revela la proyección en Indias de los temores que inspiraba el Turco.⁴¹

El sentimiento de cerco por la obra que los enemigos de la fe realizaban en Europa, sentimiento manifestado por el ermitaño Gregorio López, también dejaba entrever un destino especial reservado a América. Ya sin los turcos, elementos de esta visión serían perdurables: unos cincuenta años después, fray Gonzalo Tenorio sostendrá en Perú ideas parecidas, pero entonces veía el peligro principal en el protestantismo. La relación de un auto de fe hecha por Ruiz de Zepeda en el México de 1659 igualmente muestra a México como una fortaleza de la religión, frente a Asia y África, antaño tan santas y ahora infestadas del error mahometano. En el siglo XVIII en Nueva España se siguió prediciendo la trasmigración de la Iglesia de Roma al santuario del Tepeyac por causa de la idolatría en que el Papado se había sumergido.⁴²

⁴¹ Sobre Francisco de la Cruz y su herejía: Marcel Bataillon, "La herejía de fray Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana" (1955), en *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, pp. 353-367; Phelan, *The millennial kingdom*, pp. 75ss.; Milhou, "De Jerusalén a la Tierra Prometida"; Tardieu, *Le Nouveau David*; Vidal Abril Castelló, *Francisco de la Cruz, Actas I: anatomía y biopsia del Dios y del derecho judeo-cristiano-musulmán de la conquista de América*, Madrid: CSIC, 1992 (*Corpus Hispanorum de Pace*, tomos 29-31).

⁴² Eguiluz, "Fr. Gonzalo Tenorio"; Milhou, "Gregorio López"; Alejandro Cañeque, "Theater of power: writing and representing the Auto da Fe in Colonial Mexico", *The Americas*, 52 (1996), pp. 231-243.

La riqueza indiana

FRENTE A QUIENES veían el papel salvífico de América sobre un plano esotérico, aparecieron aquellos que, con más realismo, señalaron la importancia que tendrían en la lucha contra el Islam las riquezas que brindaba el Nuevo Mundo. Si la verdad de esta última opinión pudo ya observarse desde entonces, para todos en cambio resultaron invisibles y misteriosos otros efectos que la riqueza americana estaba produciendo en la economía de todo el Viejo Mundo. Y estos efectos fueron los que supusieron una modificación a largo plazo de la correlación de fuerzas entre la Cristiandad y el Islam.

1. Los tributos de las Indias

LAS riquezas que empezaron a fluir del Nuevo Mundo despertaron pronto ilusiones en relación con la guerra islámica. Ya Colón, según fue mencionado, esperaba utilizar para el rescate de Jerusalén el oro de Indias o, según su propia expresión, el “oro de Ofir”,¹ lo cual resultaba prometedor en medio de los cuantiosos gastos que la expedición de Granada había significado. Cuando empezaron a llegar algunas remesas de metales, Fernando el Católico solicitó a sus oficiales de la Casa de Contratación la mayor cantidad posible de oro, “pues el Señor lo da, y yo no lo quiero sino para su servicio en esta guerra de África”.² La nueva ruta a la India y el desembarco portugués en Brasil, expresaban desde el rey de Portugal hasta cronistas como Pietro Pasqualigo y Pedro Vaz de Caminha, significaban riquezas y madera de construcción para “acrescentamento

¹ Véase Cristóbal Colón, carta del 3 de febrero de 1500, en Juan Pérez de Tudela *et al.*, eds., *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, Madrid, Real Academia de la Historia/CSIC/MAE/RE, 1994, doc. 440, tomo II, p. 1178

² Citado por Manuel Fernández Álvarez, *La España del emperador Carlos V*, en *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, 3ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1983, vol. XX, p. 531.

de nossa fé".³ El ritmo inicial de la política en el Caribe dependió de las necesidades monetarias que imponía la guerra con el Islam: el envío al Caribe de fray Nicolás de Ovando, comendador de la Orden de Alcántara, dedicada a la lucha con los moros, fue para recoger dinero, necesario para la expedición que se proyectaba en 1500 contra los turcos de Cefalonia, y para la del Gran Capitán a Italia. En 1509, un nuevo llamado del papa contra los musulimes hizo que se reanudaran los viajes de exploración, suspendidos por los pleitos de Colón y, tras la muerte de Isabel, por las complicaciones jurídicas ligadas a su sucesión en Castilla e Indias. El rey aspiraba a poder "con el dinero que de allá se obtiene, hacer las presas de los infieles que tanto yo deseo".⁴

El trasvase en una explicación providencialista no tardó en realizarse, cuando el flujo de metales volvió a crecer con la conquista de México y sobre todo con la de Perú: al llegar a España, el tesoro de Atahualpa inauguró una época de entusiasmo, ya que a partir de entonces los envíos se fueron incrementando y en la fantasía popular las sumas se multiplicaban. Para la estrategia imperial llegaban en un momento de suma necesidad, lo cual es comprobable asistiendo a las acrobacias financieras utilizadas hasta entonces por Carlos V: dejar a los soldados sin su paga y a los banqueros sin sus intereses, o utilizar las sumas provenientes del rescate de los delfines franceses para financiar la defensa de Viena (1529). Poco después Barbarroja se apoderó de Túnez (1534); pero para entonces Carlos V podía disponer del nuevo metal americano, tal como Gaspar de Espinosa esperaba con entusiasmo desde Panamá, y prescindir de los banqueros.⁵

³ Robert Finlay, "Crisis and Crusade in the Mediterranean: Venice, Portugal, and the Cape route to India (1498-1509)", *Studi Veneziani*, n.s., 38 (1994), pp. 45-90, p. 75 n. 91.

⁴ María Emelina Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 19 y 21.

⁵ Sobre la importancia del oro peruano para la campaña de Túnez, Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros (1943-1967)*, Barcelona: Crítica, 1980, III, pp. 168ss; Fernández Álvarez, *La España del emperador Carlos V*, pp. 530ss; Luis J. Ramos Gómez, "El primer gran secuestro de metales procedentes del Perú, a cambio de juros, para costear la empresa de Túnez", *Anuario de Estudios Americanos*, 32 (1975), pp. 217-262; Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, pp. 38ss. Además de la carta de Gaspar de Espinosa citada en el capítulo 6, hay otra del 21 de julio de 1533 en el mismo sentido, que reproduce Raúl Porras Barrenechea, *Las relaciones primitivas de la*

Fue así que el emperador confiscó a su llegada el oro y plata peruanos, gracias a los cuales realizó la campaña de Túnez en 1535 y las operaciones que estaban destinadas a posibilitarla, por ejemplo las dirigidas a mantener tranquila la frontera francesa. “La causa del secuestro —se justificaba— ha sido la extrema necesidad que se ha ofrecido para la provisión de las armadas mandadas hacer para resistir al Gran Turco y sus capitanes”. El triunfalismo consiguiendo a la victoria explica la irónica salvedad que el autor de la biografía colombina introduce a su crítica de las ideas de Oviedo sobre una antigua presencia de los españoles en las Indias: “A no ser que, así como Oviedo afirma que los españoles poseyeron en otro tiempo aquellas islas, no quisiese también afirmar que los cartagineses eran profetas y que ahora se cumplieron su temor y profecía, al tomar el César Carlos V a Túnez o Cartago con los dineros que fueron traídos de las Indias”.⁶

Con ello, se hacía realidad por fin la esperanza concebida desde un principio: las Indias podrían financiar la guerra contra los musulimes. Más tarde, en 1550, Pedro de La Gasca, quien había tenido a su cargo la defensa del Levante español contra las incursiones berberiscas, llevó sumas desde Perú; ese dinero sirvió, entre otras cosas, para fortificar las costas de Italia contra ataques semejantes. Otros envíos llegaron oportunamente para fortalecer la flota y abastecer los presidios de África. También en 1569 la guerra de Granada fue financiada con dinero americano, en 1571 lo fue la batalla de Lepanto (y también hubo naves de Indias requisadas) y en 1603 una armada contra Argel, para apoyar al Rey de Cuco de las montañas bereberes contra la ciudad pirata; en 1614 el dinero de Indias permitió reclutar a abundantes andaluces para el ataque a La Mamora de Luis Fajardo. Del mismo modo en Filipinas, el envío de dinero de Nueva España permitía la lucha contra los holandeses y los régulos musulimes.⁷

conquista del Perú, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967, pp. 38-40.

⁶ Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, p. 42; *La Vida del Almirante Don Cristóbal Colón, escrito por su hijo Hernando Colón*, ed., pról. y notas de Ramón Iglesia, México: FCE, 1947, cap. 10, p. 59.

⁷ Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, pp. 38ss., 61, 114-5, 117ss., 222, 252, 267, cuadro de pp. 198-199; Teodoro Hampe Martínez, *Don Pedro de La Gasca (1493-1567): su obra política en España y en América*, Elcma, Diputación Provincial de Palencia, 1990, pp. 48ss.

Esta riqueza provenía del quinto tomado sobre el botín que se debía al rey, de impuestos a la hacienda real, de bienes de difuntos y cuando era necesario de secuestros; en torno a 1576 empezó a llegar también cierta cantidad proveniente de la venta de canela filipina por medio del Galeón de Manila, dinero que fue utilizado para el pago de personal militar que había servido en Orán, Melilla y el Peñón.⁸ Lo complementaban donaciones voluntarias; desde Perú, aunque los conquistadores ya habían dado su quinto real, Fernando Pizarro “trabajó de ganar la voluntad de Mango Inga, para sacarle alguna gran cantidad de oro para el emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronación, del Turco, en Viena y en Túnez”. Más tarde, durante las guerras civiles, los conquistadores peruanos más moderados, enfrentados a las Leyes Nuevas de 1542 y al virrey Vela, propusieron enviar al emperador un gran regalo de oro, por los gastos que había hecho en la expedición de Argel y la guerra de Perpiñán.⁹ Si faltaban tales ofrecimientos se podía recurrir a un limosneo imperial, como el que expresan cartas reales que aluden al agotamiento de la hacienda por las guerras con turcos y moriscos, y apelan en Indias a la generosidad de los funcionarios imperiales, civiles y eclesiásticos, la nobleza, el pueblo, las ciudades e incluso los indios, con pocos resultados en general.¹⁰

De una forma institucionalizada la obtención de fondos se realizó por la extensión a América de la Bula de Cruzada, documento pontificio que contenía varios favores espirituales a beneficio de quienes se comprometían a participar de alguna manera en la lucha contra los musulimes; utilizada durante la Edad Media en Es-

⁸ Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, p. 133.

⁹ Francisco López de Gómara, *Historia de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), pról. y notas de Jorge Gurría Lacroix, Caracas: Ayacucho, 1973, cap. 132, p. 192, cap. 153, p. 220.

¹⁰ Antonio Domínguez Ortiz, “Los caudales de Indias y la política exterior de Felipe IV”, *Anuario de Estudios Americanos*, n. 13 (1956), pp. 311-377; ejemplos de solicitudes de ayuda en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias (COBON América), Madrid: Imprenta del Hospicio, 1872 (reimpr. Vaduz: Kraus, 1966), tomo 18, p. 111 (año 1574) y tomo 8, p. 330 (1589); Alberto María Carreño, *Cedulario de los siglos XVI y XVII: el obispo don Juan de Palafox y Mendoza y el conflicto con la Compañía de Jesús*, México: Victoria, 1947, p. 301 (1618, 1624).

pañía, logró un éxito alentador en el terreno económico; Fernando el Católico obtuvo su extensión a América con dos bulas entre 1514 y 1515, llegando a ser una de las rentas más elevadas y seguras del erario español; a partir de 1535 fue administrada por un superintendente de Cruzada nombrado por la Corona y adquirió su forma casi definitiva en 1573, después de Lepanto, siendo a partir de entonces prorrogada cada tres años. Los ingresos debían ser destinados a las guerras contra los musulimes; en general se les dio un uso bastante discrecional, pero en los años decisivos de la confrontación en torno a Lepanto fueron realmente utilizados para sus fines, tanto que el dinero recogido y embarcado en Cartagena de Indias en 1576 fue enviado directamente a don Juan de Austria a Italia para la guerra contra los infieles. Abundan las muestras del desvelo de monarcas, burocracia y clero para la operación de la Bula en las Indias, el rey escribía cartas que explicaban la situación, los comisarios de Cruzada en Indias hacían esfuerzos y hubo abusos en su venta obligada a los indios: las autoridades, con gran escándalo de Las Casas, instruían a los prelados a que aumentaran el rendimiento de los indios, “diciéndoles que es para hacer guerra a los infieles”, aunque por otro lado se señalaba que los españoles en Indias no temían al Turco, que estaba lejos, y que era necesaria una labor de propaganda para convencerlos a que aportaran a la guerra contra él; para ello las imprentas americanas tiraban manuales destinados a la “explicación de la Bula de Cruzada”.¹¹

Los dineros enviados de esta forma se sumaban a las limosnas destinadas a las órdenes religiosas que operaban en Tierra Santa, y que tuvieron siempre a España como su principal sostenedora económica, a diversas misiones en tierra musulima o al rescate de los

¹¹ Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, ed. crítica de Ángel Medina et al., Madrid: Alianza, 1994, libro III, cap. 2, p. 1755; Las Casas transcribe ahí una capitulación hoy perdida entre el rey y los obispos de 1512; J. Goñi, “Bula de Cruzada”, en *Diccionario de historia eclesiástica de España*, dirigido por Quintín Aldea Vaquero, Tomás Marín Martínez y José Vives Gatell, Madrid: Instituto Enrique Florez, 1972, vol. I, p. 289, R. P. Gabriel Martínez Reyes, *Finanzas de las 44 diócesis de Indias, 1515-1816*, Bogotá: Tercer Mundo, 1980, p. 470; José Antonio Benito Rodríguez, “La Bula de Cruzada, de la Reconquista de Granada a su implantación en Indias”, en *El Remo de Granada y el Nuevo Mundo*, V Congreso Internacional de Historia de América (mayo de 1992), Granada: Diputación Provincial, 1994, vol. I, pp. 533-546; Carande, *Carlos V y sus banqueros*, II, p. 437; numerosos ejemplos de los manuales sobre la bula en las bibliografías y catálogos de libros coloniales.

cautivos de los piratas norteafricanos. Las Indias podían de esta forma paliar su culpa por no participar en la guerra principal que se estaba llevando a cabo; más aún, se llegó a pensar que en ella tenían un papel de primera importancia.

2. *El dinero y la guerra*

MUCHOS eran los que señalaban cómo las riquezas de Indias coadyuvaban en la sagrada misión de la monarquía católica. Ya lo hacían dentro de España: un piadoso tratado contra los moriscos recomendaba al rey tener “sus reinos limpios de herejes y principalmente España. Y aun cuando esto hubiera de costar grandes trabajos y todo el oro y plata que hay en las Indias, estaría muy bien empleado”.¹² Pero era sobre todo en referencia a la política mundial que se podían mantener las esperanzas que fray Julián Garcés expresó al papa Paulo III en una carta escrita en Nueva España, probablemente en 1536, e impresa en Roma al año siguiente:

¡Ojalá lucháramos por poner a los idólatras de Asia bajo las banderas de nuestra fe con ánimo más esforzado y con entusiasmo mayor que el que vemos pone en Europa la sevicie turca en arrojarse sobre los nuestros! De aquí, de las entrañas de la fe de los indios, extraigamos el oro que hemos de enviar en subsidio de nuestras milicias. Arrebatémosle al Diablo mucha más tierra en las Indias de las que él, con sus mahometanos, nos arrebatara en Europa. Derrumbemos con duplicado ariete los diabólicos muros para que aquí rescatemos a los indígenas de su antiguo dominio, y allá con el oro obtenido expulsemos a los demonios de las fronteras de Europa.¹³

Estas declaraciones aparecían en medio de la ola de entusiasmo en

¹² Marco de Guadalajara y Xavier, *Memorable expulsión y justísimo destierro de los moriscos de España* (1613), citado en Henry Méchoulán, *El honor de Dios*, Barcelona: Argos Vergara, 1981, p. 15.

¹³ Esta carta ha sido reproducida y traducida varias veces; la traducción que aquí reproduzco aparece, junto con el texto latino, en René Acuña, *Fray Julián Garcés: su alegato en pro de los naturales de la Nueva España*, México: UNAM, 1995, pp. 17-18 y 26; las ideas de Garcés alcanzaron los círculos religiosos polacos, donde fue repetida la opinión de ser los indios más fáciles de convertir que los musulimes y judíos, véase Janusz Tazbir, “La connaissance de l’Amérique chez les habitants de la République Nobiliaire aux xvi-xvii siècles”, *Acta Poloniae Historica*, 60 (1989), pp. 5-32, p. 17.

torno a la campaña de Túnez, que originó también las obras de teatro misionero sobre las conquistas de Rodas y Jerusalén representadas en México y en Tlaxcala. Pero se añadía un matiz monetario a los aspectos providencialistas ligados a la empresa de Indias: a la hegemonía mundial de Carlos V, esperaba Gonzalo Fernández de Oviedo, “le sobran osados milites y gentes, y no le han de faltar riquezas que les reparta, así de sus grandes Estados de Europa y África, como desta otra mitad del mundo que comprehenden sus Indias”. Las minas de plata de Potosí, dice en otra obra, son una muestra del favor divino, destinadas a que el monarca español luche contra la herejía y conquiste Jerusalén.¹⁴

El énfasis en las riquezas llegó a dominar en las últimas décadas del siglo los discursos sobre el papel de la Providencia en la conquista de Indias: sacralización del dinero que se conoció en la Edad Media y muy visible en Colón, pero también resultado del agotamiento de las esperanzas que en los primeros tiempos se habían basado en la edificación de una Cristiandad superior entre los indios; tras dicho agotamiento se tendió a ver que éstos, flacos cristianos, debían limitarse a suministrar los recursos que contra el Turco necesitaba España; así expresaba desde Perú, hacia 1571, en los años de la formación de la Liga de Lepanto, un autor antilascasista.¹⁵ No sólo España, toda la Cristiandad se beneficiaba entonces de las riquezas de América, y se respaldaba así el dominio imperial de los Habsburgo; gran parte de las riquezas indianas habrían sido destinadas a la frontera danubiana si la mitad de las Indias, junto con Aragón, hubieran sido heredadas por el emperador Fernando, tal como el primer testamento de Fernando el Católico preveía; cuando las cosas marcharon de otro modo,

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959, libro vi, cap. 8 (tomo 1, p. 157); la segunda referencia proviene de las *Quinquagenas de la nobleza de España*, que cita Méchoulan, *El honor de Dios*, p. 39, y otros autores modernos.

¹⁵ Sobre la concepción sacralizada de las riquezas, Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica*, cap. 4; “Anónimo de Yuncay (1571) (*Domino de los Yngas en el Perú y del que Su Magestad tiene en dichos reynos*)”, est. prcl. y transcripción de Josyane Chinèsc, *Historia y Cultura* (Lima, Museo Nacional de Historia), 4 (1970), pp. 97-152; cf. Marcel Bataillon, “La herejía de fray Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana” (1955), en *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona: Península, 1976, pp. 353-367

uno de los factores que contribuyó a mantener unida la dinastía en sus dos centros, el hispánico y el danubiano, fue la contribución del primero a la lucha contra el Turco en los Balcanes; por ello la mayoría de los informes de los embajadores austriacos en España, cuando se ocupan de América, lo hacen casi exclusivamente en relación con las flotas metalíferas¹⁶ y con razón, en la coronación del emperador Fernando un consejero anciano podía amonestar de este modo: “Conocerán que el Oro de América es el que los reserva del Hierro de Asia; y que finalmente, presumir quitar el Imperio de la Casa de Austria es querer perder el Imperio, dándole en robo al furor de sus enemigos o a lo Bárbaro de los Otomanos”.¹⁷

Afirmaciones como éstas subrayan la importancia de las riquezas americanas para la política exterior de la bulímica monarquía española, principalmente en relación con el Islam. Así expresado, es un lugar común varias veces reproducido. Figuró como argumento de los apologistas criollos, para los cuales América era un baluarte de la fe. “Animó el celo el tributo del Perú y quitó la mancha el barro del Potosí” explica conceptuosamente Antonio de la Calancha al contrastar la pobreza de España anterior a la conquista, obligada a soportar a los moros, mientras la riqueza indiana le permitió expulsar a los moriscos: “El Perú ha hecho temer a los herejes, y por él tiemblan de nuestras dos monarquías, la eclesiástica y la real, los infieles que nos envidian y los mahometanos que nos acechan”. O su coterráneo Salinas y Córdova, para el cual el Perú, como el pelícano del folklore, nutría a todos con su propia sangre, y junto a Flandes, Inglaterra y Alemania, “hace temblar al Turco [...] no está segura la herejía, como tampoco el Alcorán y barbarismo en Mauritania”.¹⁸ Estas expresiones de

¹⁶ Teodoro Hampe Martínez, “La recepción del Nuevo Mundo: temas y personajes indios ante la corte imperial de los Habsburgo (1530-1670)”, *Revista de Historia de América*, n. 113 (1992), pp. 139-160, esp. p. 157.

¹⁷ Virgilio Malvezzi, citado en Juan Beneyto, *España y el problema de Europa: historia y política exterior*, Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, 1950 (*Austral*, n. 971), p. 183.

¹⁸ Antonio de la Calancha, *Crónica moralizada* (1638), ed. de Ignacio Prado Pastor, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1974, libro primero, cap. 10, p. 163; fray Buenaventura de Salinas y Córdova, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo* (1630), intr. de Luis E. Valcárcel y un estudio sobre el autor de Warren L. Cook, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967, discurso II, cap. I, p. 85.

matiz providencialista continuaron hasta los primeros escritores latinoamericanos, en una veta que el historiador de la polémica del Nuevo Mundo no ha recogido y la opinión reaparece acá o allá con frecuencia.

Con seguridad las expresiones criollas son exageradas; fueron algunos desarrollos institucionales y técnicos los que permitieron hacia 1530 a las potencias cristianas neutralizar algunas de las ventajas del Turco.¹⁹ Desde el primer momento la cuantía de los tesoros americanos fue multiplicada por la fantasía popular y las exageraciones fueron a veces recogidas por los historiadores. Estudios más puntuales muestran que los tesoros de Indias en época de Felipe IV representaban sólo un décimo y en ocasiones un vigésimo de sus entradas; aun con las ventajas de no haberse concedido nunca como renta y de representar un ingreso monetario constante, inmediatamente disponible, no tendrían el carácter de salvador de la monarquía española que se ha supuesto.²⁰

Con todo, debe señalarse que los metales americanos fueron esenciales para la política imperial española en un momento crítico: en la gran confrontación mediterránea del siglo XVI, el complicado sistema de las galeras podía ser organizado en territorio turco con mayor flexibilidad y eficiencia que en los dominios de los Habsburgo; los otomanos podían convocar rápidamente a combatientes y remeros libres, mientras sus enemigos cristianos se enfrentaban con los problemas de una lenta y costosa movilización y desmovilización de combatientes y de un manejo de remeros esclavos o galeotes. Sólo la llegada de metal americano permitió el reclutamiento *ad hoc* de mercenarios alemanes e italianos y el armamento de las galeras con artillería que pudiera competir con la otomana.²¹ Es de retomar la conjetura de un autor que se queja de la poca atención que los historiadores de la guerra mediterránea prestan a la contribución de los metales de Indias:

¹⁹ John F. Guilmartin, "Ideology and conflict: the wars of the Ottoman empire, 1453-1606", *Journal of Interdisciplinary History*, 17 (1988), pp. 721-747, p. 736.

²⁰ Domínguez Ortiz, "Los caudales de Indias y la política exterior de Felipe IV".

²¹ John F. Guilmartin, *Gunpowder and galleys. changing technology and Mediterranean warfare at sea in the sixteenth century*, Cambridge University Press, 1974, pp. 109, 125

¿Cabe calcular lo que hubiera sido del occidente europeo, de la Catolicidad y no digamos de la propia España, bajo la presión del nacionalismo de los reyes de Francia en el siglo xvi, sin el respaldo americano? Presumiblemente se hubiera convertido nuestra península en un enjambre de miniestados, como los italianos, si no se hubiera convertido el Mediterráneo en un lago turco, para que otra invasión islámica se hubiera repetido.²²

Varias coyunturas sucesivas hicieron que los envíos se mantuvieran constantes: cuando a las fuertes cantidades de oro de los inicios, que representaban el saqueo de las reservas seculares de los americanos, empezaron a seguir envíos menores, y en plata, se introdujo una mejora en el beneficio de la plata de Nueva España, en 1555, y en torno a los años de Lepanto, el beneficio de amalgama en el Potosí, que permitió aumentar los volúmenes de metales preciosos, los cuales alcanzaron su máximo entre 1580 y 1630, coincidiendo con la gran época del imperialismo español.²³ Las ganancias provenientes del Galeón de Manila y de la venta de productos americanos se sumaron en esos años a esta poderosa corriente. Luego vino la fuerte inflación que provocó el descenso del precio de la plata, y las ganancias de las Indias tuvieron que ser reinvertidas crecientemente en los mismos territorios americanos por las necesidades de administración y defensa, pero para entonces el sistema de galeras del Mediterráneo empezó a decaer, víctima de su propio gigantismo, Europa se volcó decididamente hacia el Atlántico y los otomanos dirigieron sus esfuerzos en otras direcciones.

3. *Los metales americanos en el Islam*

DETERMINANTE en esta desviación fueron también los efectos indirectos de la conquista europea de América sobre la economía otomana. La expansión ultramarina europea modificó profundamente la circulación monetaria en los países centrales del Islam. Por siglos éstos habían recibido un suministro adecuado de oro y plata, pero dichos metales habían empezado a escasear en el siglo

²² Demetrio Ramos, "Prólogo" a Martín Acosta, *El dinero americano*, p. 15.

²³ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2ª ed., México: FCE, 1976, tomo I, p. 631, citando a Leopold von Ranke.

xiv; el oro de Sudán llegó en menores cantidades a Egipto aún antes que los portugueses lo desviarán por el Golfo de Guinea; la plata de Transoxiana también, como consecuencia de las conquistas de Tamerlán, y la de las minas de Europa central y de los Balcanes por la acrecentada demanda en Europa debido al mayor valor que la plata estaba adquiriendo. Esta carencia llevó al deterioro de la moneda y, unida a los gastos militares crecientes, contribuyó a provocar la caída final de los mamelucos ante los otomanos.²⁴

Luego comenzó la corriente de metal americano hacia el mundo musulmán: un informe inglés de 1584 hacía saber que los reales españoles eran moneda corriente en Alejandría, y la mejor que se podía importar ahí; en Trípoli, el sacerdote Ceverio de Vera (1595) fue abordado por algunos comerciantes que, al enterarse que era español, le preguntaron por la llegada de la flota de Indias y por las remesas del metal americano que ya se había convertido en el preferido.²⁵ En el imperio otomano el crecimiento de la población y la mayor actividad mercantil habían llevado a una gran necesidad de metales, que obligó a una política de atracción: se obligaba a los comerciantes cristianos a aportar cierta cantidad y se alentó un contrabando de reales de plata americana. Y además de las medidas oficiales, la plata acudía debido a la baratura del oro en el oriente.

Desde todos los rincones se volcaba el metal de América: de Sevilla y Cádiz la llevaban los mercaderes ragusinos, armenios o venecianos; en 1571 la ruta Barcelona-Génova reemplazó la ruta atlántica para el traslado de la plata americana a Flandes, y los italianos prosperaron especializándose en el comercio de metales entre ambos imperios; los venecianos lograban una ganancia de 30% hacia 1668. En torno a 1614 hay quien se quejaba en Francia porque sus comerciantes ya no exportaban hacia Levante manufacturas, sino moneda española. Desde Polonia, el metal que en

²⁴ Fernand Braudel, "De l'or du Sudan à l'argent de l'Amérique", *Annales, ESC.*, 1 (1946), pp. 9-22; Paul Lunde, "American silver, Ottoman decline", *Aranco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 34-37.

²⁵ Braudel, "De l'or du Sudan" y *El Mediterráneo*. Albert Mas, "Indiens et Turcs (d'après Juan Ceverio de Vera)", *Travaux de l'Institut d'Études Ibériques et Latino-Américaines* (Strasbourg), 15 (1975), pp. 64-84.

Danzig se recibía como pago por las exportaciones agropecuarias fluía luego hacia el sur para apagar la sed de manufacturas y de caballos que desde el imperio otomano se dirigían a los dominios de la aristocracia polaca.²⁶ De las guarniciones imperiales y de los rescates en el Magreb se desparramaba otra corriente que originó la sustitución de las monedas locales por las españolas.²⁷ Por conducto de los holandeses llegaba la plata a Persia, de donde también en parte recaía sobre el imperio otomano, a pesar de los intentos que ibéricos y persas hicieron para evitarlo; también en la India mogol llegó para quedarse el metal americano, como afirmaban, retomando un viejo testimonio de Plinio el Viejo, sir John Wolstenholme (1621), Jean-Baptiste Tavernier (1670), Giovanni Gemelli Careri (1700), Samuel Ricard (1706) y Jerónimo de Ustáriz (1742). Hasta la remota Asia Central fluía desde China, la gran compradora de plata americana de Filipinas desde mediados del siglo xvi.²⁸

En muchos casos había un camino directo entre los países del Islam y América, con mediadores de todo tipo: en Nueva España la llegada de un barco proveniente del Índico era excepcional, pero no lo era el intercambio que en Filipinas realizaban malayos, chinos, indios y malucos, los cuales introducían a Indias objetos de los dominios del Mogol, del Sofí o del Turco y se llevaban la plata que de México y Perú alcanzaba el archipiélago malayo; a estas redes estuvo ligada en Nueva España la China Poblana, de cuyas circunstancias del nacimiento pudieron dar cuenta otros comerciantes que de la misma región llegaban, según los primeros panegiristas de la santa mujer. O eran comerciantes que transportaban desde Filipinas los bienes hasta allí llevados por ingleses y

²⁶ Sobre este comercio, Braudel, *El Mediterráneo*; para Polonia, Antoni Maczak, "Money and society in Poland and Lithuania in the 16th and 17th centuries", *The Jr. of Economic History*, vol. 5, n. 7 (1976), pp. 69-104.

²⁷ Fernand Braudel, en Rocelyne de Ayala y Paule Braudel, eds., *En torno al Mediterráneo*, Barcelona etc: Paidós, 1996, *passim*.

²⁸ Sobre las monedas indias hay abundante literatura, véase K. N. Chaudhuri, *The English East Indian Company; the study of an early joint-stock company 1600-1640*, New York: Augustus M. Kelley, 1969, p. 120; Aziza Hazan, "En Inde aux xvi et xvii siècles: trésors américains, monnaie d'argent et prix dans l'empire Mogol", *Annales. esc.*, 24 année (1969), pp. 835-859; Shireen Moosvi, "The silver influx, money supply, prices and revenue extraction in Mughal India", *Jr. of Economic and Social History of the Orient*, vol. 30 (1987), pp. 47-94.

más tarde holandeses o daneses; Brasil estaba conectado directamente por medio de la Carreira da Índia; los criptojudíos indianos mantenían contactos con el imperio otomano y con Marruecos. Por todos estos conductos llegaban así los productos del Islam: se nos enumeran alfombras, sobrecamas de Damasco, cera blanca, marfil, grana, cristales, careyes, marfiles y piedras preciosas, crisolitos, aromas, todo género de especias, almizcle, algalia y losa blanca; tales bienes provenían de Ternate, Arabia, Armenia, Chipre, Turquía, el Magreb.²⁹ Estas enumeraciones, resultantes de algunas expresiones criollas destinadas a ensalzar la riqueza americana, con seguridad son hiperbólicas, pero la alfombra de Túnez que aparece en un inventario poblano se nos antoja más real, y las importaciones no se limitaban a objetos de lujo, había un comercio importante de telas y ropas baratas elaboradas en el imperio otomano y vendidas en Marsella a comerciantes ibéricos, que las destinaban a cubrir las desnudeces de los negros esclavos en Indias, como un antecedente de la ropa de mezclilla.³⁰ Comercio de lujo y popular dan cuenta de uno de los resquicios de donde se filtraba la riqueza americana que España quería monopolizar.

Junto al comercio y al contrabando, los rescates y botines eran las formas que adquiría la fuga de los metales hacia el Islam, originando una fuerte preocupación en la opinión pública y las autoridades, de mentalidad protomercantilista: de la honrada ganancia de los tres conquistadores del Perú “gozan [...] los cristianos, gentiles, judíos, moros, turcos y herejes”; más preciso Diego de Haedo dirá que “todo lo que el trabajador indio o peruano saca de las entrañas de la tierra y de las minas de metales preciosos”, acaba en manos de los piratas argelinos. La bancarrota española de 1596 fue saludada como medio saludable para impedir que se derramaran las riquezas americanas “que son las que usan los turcos, los

²⁹ C. R. Boxer, “‘Plata es sangre’: sidelights on the drain of Spanish American silver in the Far East, 1550-1700”, *Philippine Studies*, vol. 18 (1970), pp. 457-475; sobre la plata americana en China hay varios artículos de Dennis O. Flynn y Arturo Giráldez, véase “Born with a ‘silver spoon’: the origin of world trade in 1571”, *Jr. of World History*, vol. 6, n. 2 (1999), pp. 201-221

³⁰ Salinas y Córdova, *Memorial de las historias*, discurso 1, cap. 8, p. 91

³¹ Halil Inalcik, “The meaning of legacy: the Ottoman case”, en Carl Brown, ed., *Imperial legacy: the Ottoman imprint on the Balkans and the Middle East*, New York: Columbia University Press, 1996, pp. 17-29, p. 26

franceses y todas las otras naciones”.³¹ Jerónimo de Ustáriz en el siglo XVIII resumía diciendo que con las riquezas que pasaban a sus dominios por el comercio y el rescate de los cautivos, los musulimes hacían la guerra a la Cristiandad.³² En la derrama también participaba la corriente de limosnas hacia los Santos Lugares de Jerusalén o hacia otros monasterios cristianos en tierra turca que encaminaban los franciscanos, custodios de los Santos Lugares, sufriendo la competencia de las periódicas romerías de sacerdotes griegos o armenios, que con permiso o no, y con identidad verdadera o fingida, sacaban dinero de los fieles relatando las horribles condiciones que les deparaba vivir bajo los turcos. Hasta el siglo XVIII el rey de España fue conocido en el imperio otomano por sus colonias y metales, y con el título de Rey del Oro, lo que hizo esperar cuantiosos desembolsos en ocasión de la paz firmada por fin entre ambas potencias en 1782.³³

Los intentos de contrarrestar este traspaso hacia el Islam fueron uniformes en su fracaso: las autoridades portuarias de Andalucía debían velar para que no se sacara ningún dinero para Berbería ni otras partes; los sacerdotes encargados de rescatar cautivos debían tratar de llevar mercancías y no moneda.³⁴ La monarquía hispanoportuguesa buscó desviar hacia Ormuz y el Cabo el comercio de la seda persa que llegaba a Europa por la vía de Turquía, y al mismo tiempo impedir el paso de especias a Levante por el Pérsico, para de este modo evitar la llegada de reales al imperio turco.³⁵ Se sugirió la sustitución de productos del Levante por otros

³¹ Garcilaso de la Vega, *Historia general del Perú* (segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*) (1671), ed. de Ángel Rosenblat, Buenos Aires: Emecé, 1944, cap. 2, p. 22; Diego de Haedo, citado por Fernand Braudel, “Los españoles y África el norte de 1492 a 1577” (1928), en *En torno al Mediterráneo*, pp. 41-100, p. 73; Carta de don Iñigo de Mendoza a Felipe II, citada en Braudel, *El Mediterráneo*, tomo I, p. 678; otras indicaciones sobre el metal americano y el Islam, *ibid.*, pp. 63, 616, 646, 655, 661.

³² Jerónimo de Ustáriz, *Theórica y práctica de comercio y de marina...* (1742), reimpr. Madrid: Aguilar, 1968, cap. 4, p. 8, cap. 82, p. 254.

³³ Emilio Garrigues, *Un deslíz diplomático: la paz hispano-turca*, Madrid: Revista de Occidente, 1962, pp. 127 y 180.

³⁴ Instrucción real de 1608, en Michèle Moret, “Aspects de la société marchande de Séville du debut du XVII^e siècle”, *Revue d’Histoire Économique et Sociale*, vol. 42 (1964), p. 560; Guillermo Gozalbes Busto, *Los moriscos en Marruecos*, Granada: Arte, 1992.

³⁵ Vitorino Magalhães Godinho, *Os descobrimentos e a economia mundial*, 2^a ed., Lisboa: Presença, 1984, p. 239.

de América: ya Colón, recurriendo a su experiencia quiota, pensó hallar la almástica en el Caribe; hay bálsamos casi tan buenos como los de Judea, decía Gómara; el añil de Indias, opinaba Pedro de Ledesma en carta al rey de 1563, era mejor que el de Berbería que llaman volador o nadador, y esperaba que se pudiera producir para toda la Cristiandad “más aún para toda la Turquía [...] y excusarse ha tanta saca de moneda como cada año se saca para tierras de infieles sarracenos”. Lo mismo argumentaban quienes querían promocionar un producto tintóreo de Caracas en vez de la agalla de Alepo, el bálsamo local por el de Alejandría, la miel y cera americanas por las de Safi.³⁶

4. La economía otomana y las Indias

Los intentos de impedir el flujo del metal americano al Islam no tuvieron mucho éxito y las consecuencias de esto fueron de peso. En la India, los mogoles reintrodujeron la moneda de plata, debido tanto a la unificación política que lograron como al nuevo ingreso desde las otras Indias. En el imperio otomano y en otras tierras islámicas el padrón monetario español imperó hasta nuestro siglo, cuando ya los reales de México y Sevilla habían sido sustituidos por los táleros de María Teresa (de idéntico peso): testimonio de ello es la aparición de monedas llamadas *riyal* (del castellano *real*) o *douro* (el *duro* español) junto a otros nombres dados por el ingenio popular: *abu taqa* y *abu madfa*.³⁷

La inundación monetaria, desde una fuente que no se podía controlar, originó consecuencias de mayor envergadura, ya que la subida de precios que afectó a Europa también golpeó al imperio

³⁶ Gómara, *Historia de las Indias*; Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, México: Antigua Librería Robredo, 1940, tomo ix, pp 215-216; tomo xv, p. 74; Manuel Josef de Ayala, *Diccionario de gobierno y legislación de Indias*, ed. y estudios de María Milagros del Vas Mingo, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989, iv, 63 (cera); v, 123 (agalla); Robert Ricard, “Azemmour et Safi en Amérique”, *Hespéris* (Rabat), tome 17 (1933), pp. 92-95 (cera).

³⁷ *Abu taqa* (de donde los términos *pataca* y *patacón*) quiere decir “padre de la ventana”, nombre dado por musulimes que no podían leer los caracteres latinos y veían una ventana en el escudo de armas hispánico; *abu madfa*, “padre del cañón” surge de una confusión análoga con las Columnas de Hércules a los lados de la “ventana”; véanse los diccionarios árabes de Kazimírski y Dozy al respecto.

otomano y las autoridades se enfrentaron a una devaluación que golpeó a los servidores del Estado ligados a un sueldo fijo, a la clientela de éstos y al fisco otomano; el aumento de precios en Europa fomentó las exportaciones ilegales de materias primas del imperio otomano, originando una crisis industrial y problemas de desabasto. Las revueltas de Anatolia del siglo xvii fueron por ello lejanos epifenómenos del viaje colombino.

La exposición de estos corolarios sociopolíticos es, como suele suceder en la historiografía económica, más notable por su coherencia interna que por su fidelidad a los hechos. Hay quien los ha criticado, negando un ingreso masivo de plata americana al imperio otomano, minimizando las consecuencias sobre los precios o interpretando el aumento de éstos como una señal positiva y no negativa, del mismo modo que sucedió en Europa. La crisis del siglo xvii, que también se refleja en Europa y en la China Ming, hace parte de cambios históricos en cierto modo cíclicos en las formaciones premodernas. Tras estas matizaciones, la influencia directa de los metales americanos, importante, no habría sido tan decisiva como se ha sostenido, en una derivación más de la interpretación de la historia otomana como una continua decadencia desde el siglo xvi. En todo caso la afluencia de metales preciosos no fue el único factor de desequilibrio originado por el control europeo de las Indias.³⁸

Otro tema de frecuente evocación es el trastorno causado a las viejas rutas del comercio euroasiático por los descubrimientos

³⁸ Sobre la interpretación inflacionista de la historia otomana y su crítica la bibliografía se está extendiendo, véase Braudel, *El Mediterráneo*; Bernard Lewis, "Algunas reflexiones acerca de la decadencia del imperio otomano" (1961), en Carlo Cipolla *et al.*, *La decadencia económica de los imperios*, Madrid: Alianza, 1983, pp. 175-193; Ömer Lütfi Barkan, "The price revolution of the sixteenth century: a turning point in the economic history of the Near East", *International Journal of Middle Eastern Studies*, 6 (1975), pp. 3-28; Halil İnalcık, "Impact of the *Annales* school on Ottoman studies and new findings", *Review* (New York, Fernand Braudel Center), vol. 1, ns. 3-4 (1978), pp. 69-96 (= *Studies in Ottoman Social and Economic History*, London: Variorum Reprints, 1985); Huri Islamoglu & Çağlar Keyder, "Agenda for Ottoman history", *Review* (New York, Fernand Braudel Center), vol. 1, n. 1 (1977), pp. 31-55; Haim Gerber, "The monetary system of the Ottoman empire", *Jr. of Economic and Social History of the Orient*, vol. 25 (1982), pp. 308-324; Jack A. Goldstone, "East and West in the seventeenth century: political crisis in Stuart England, Ottoman Turkey, and Ming China", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 30, n. 1 (1988), pp. 103-142; Paul Lunde, "American silver, Ottoman decline"; Cemal Kafadar, "Les troubles monétaires

Europeos: la ruta del Cabo habría sustituido las del Golfo Pérsico, el Mar Rojo y Asia Central, iniciando así una decadencia económica de las regiones antaño beneficiadas por dichas rutas. No sólo es un motivo de vieja data en los tratamientos europeos, también lo encontramos en la pluma de un autor otomano del siglo XVII, quien señalaba cómo los francos, al haber llegado a conocer la totalidad del mundo y han sustituido la ruta de Suez.³⁹ Hace ya bastante tiempo se ha notado que la interrupción de las rutas tradicionales, si bien real, fue momentánea, y pronto recuperaron su importancia las de Asia Central y las del Índico.

Por fin, es útil señalar cómo, para la otra gran civilización de la época, China, hubo un factor paralelo de desequilibrio, que fue el crecimiento poblacional originado o acelerado por la adopción de los cultivos americanos. No parece haber sido el caso del imperio otomano. En todo caso, si éste resintió algún efecto, fue porque los nuevos cultivos fueron adoptados en forma limitada y tardía: con ello el aumento del número de especies útiles y la disponibilidad de las tierras americanas dio el golpe final a la superioridad que el mundo islámico detentaba desde la revolución agrícola de los siglos VII-X; varias especies tropicales, y especialmente la caña de azúcar, dejaron de ser monopolios islámicos ya desde la expansión europea en las islas del Atlántico; con el café ocurrió más tarde lo mismo; el Islam empezó a importar lo que antes exportaba, y productos nuevos, como el tabaco y el chocolate.⁴⁰

de la fin du XVI siècle et la prise de conscience ottomane du déclin", *Annales L.M.*, 46 année (1991), pp. 381-400; Sevket Pamuk, "Crisis and recovery: the Ottoman monetary system in the early modern era, 1585-1789", en Clara Eugenia Núñez *et al.*, *Monetary history in global perspective, 1500-1808*, Sevilla: Universidad de Sevilla/Fundación El Monte/Instituto de Estudios Fiscales, 1998, pp. 97-108.

³⁹ En una glosa al *Tarih-i Hind-i Garbi*, véase Thomas D. Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World. a study of the Tarih-i Hind-i Garbi and sixteenth century Ottoman americana*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1990, p. 356.

⁴⁰ Sobre la revolución agrícola árabe y el Nuevo Mundo, véase Andrew M. Watson, "The Arab agricultural revolution and its diffusion, 700-1100", *The Jr. of Economic History*, vol. 34 (1974), pp. 8-35, p. 33; sobre la recepción en el Islam de los cultivos americanos, D. Latham, "Contribution à l'étude des immigrations andalouses et leur place dans l'histoire de la Tunisie", en Miguel de Epalza & Ramón Petit eds., *Recueil d'Études sur les moriscos andalous en Tunisie*, Madrid: Dirección General de Relaciones Culturales, 1973, p. 56; Louis Cardaillac, "Morisques en Provence", en *ibid.*, p. 97; William McNeill, "Cultivos de alimentos americanos en el Viejo Mundo", en Herman

Si algún desequilibrio significó la adopción de los cultivos americanos fue en la ayuda que inesperadamente prestaron a los súbditos rebeldes al *padixá* en los Balcanes. En esta región, el maíz se convirtió en la especie más significativa económica y socialmente par el campesinado cristiano; es posible que sirviera para facilitar sus rebeliones, al proporcionar una base alimentaria segura en las montañas, aunque esto sólo se verá desde el siglo xviii.⁴¹

Pero más allá de estos factores de desgaste, lo sustancial en las relaciones intercivilizacionales a partir del siglo xvii fue el enorme salto cualitativo de la Europa atlántica hacia la industrialización y el enriquecimiento indefinido, lo que cambió el peso relativo que hasta entonces había tenido el Mediterráneo, y sobre todo dejó muy atrás al imperio otomano del mismo modo que a los otros imperios islámicos y asiáticos en general. Todos ellos, como en general las formaciones económicas premodernas, tenía un horizonte de bienes limitados. El mundo de la modernidad europea empezaba a vivir la euforia de la producción ilimitada.

G. Viola & Carolyn Margolis, eds., *Semillas de cambio: una conmemoración centenaria*, Washington & Londres: Instituto Smithsonian, 1991, pp. 43-59; Janet Long, "Herencia mexicana en el Mediterráneo", *Diógenes* (México), núm. 159 (1992), pp. 39-50; sobre todo Paul Lunde, "New World foods, Old World diets", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 47-55.

⁴¹ Troian Stoianovich & Georges C. Haupt, "Le maïs arrive dans les Balkans", *Annales. ESC*, 17 année (1962), pp. 84-93; William McNeill, "Cultivos de alimentos americanos en el Viejo Mundo", en Herman G. Viola & Carolyn Margolis, eds., *Semillas de cambio: una conmemoración centenaria*, Washington & Londres: Instituto Smithsonian, 1991, pp. 43-59.

ALREDEDOR de 1580 el peligro otomano empezó a menguar; en las décadas anteriores se había visto una serie de formidables esfuerzos de la Puerta para seguir modificando a su favor las fronteras, esfuerzos que entre otras cosas aspiraban al avance hacia el Atlántico, y habían dado como resultado el sitio de Malta de 1565, el apoyo a la revuelta de las Alpujarras de 1568-1570, la lucha en torno a Túnez de 1569-1574 y la batalla campal de Alcazarquivir, en Marruecos, de 1578. Esta última, junto con la victoria cristiana de Lepanto en 1571, ha sido señalada como el parteaguas del siglo.¹ La contribución financiera y simbólica del Nuevo Mundo en este resultado es lo que se ha querido examinar en capítulos anteriores. Se trata ahora de observar el papel del Nuevo Mundo en el nuevo reparto de zonas de influencia.

1. *El fin de la confrontación*

EN los años que rodearon a Alcazarquivir, una serie de tratados, *incredibile dictu*, se establecieron entre la Puerta y los Habsburgo; se abrió una etapa de relativa paz e incluso desaparecieron algunos aspectos de la intolerancia española: la literatura del Siglo de Oro adoptó con entusiasmo el tema del Turco. En lo que respecta a Indias, esto significó un alivio en el hostigamiento naval: la tregua especificaba que la armada del Gran Signior no llegaría “per gli stretti di Gibilterra”; las relaciones de España con Marruecos adquirieron mayor cordialidad y los ataques piratas a las costas españolas disminuyeron en el siglo xvii.²

¹ Para lo anterior, véase Andrew C. Hess, “The battle of Lepanto and its place in Mediterranean history”, *Past and Present*, number 57 (1972), pp. 53-73; Andrew Hess, *The forgotten frontier: a history of the sixteenth-century Ibero-African frontier*, Chicago and London: University of Chicago Press, 1978.

² Sobre el tema, véase S.A.S. Skilliter, “The Hispano-Ottoman armistice of 1581”, en *Iran and Islam*. in memory of Vladimir Minorsky, Edinburgh: University Press, 1971, pp. 491-515; Hess, *The forgotten frontier*; Juan L. Castellano, “El Mediterráneo

Por su lado, los otomanos se apartaron de las rutas atlánticas; hacia aquella época consolidaron su poder en el Cáucaso, Yemen y el Mar Rojo, cuyo comercio había vuelto a florecer después de la irrupción portuguesa de principios de siglo. También dirigieron su atención a los problemas en la frontera danubiana y persa. Dan cuenta de esta detención motivos derivados de la personalidad de los sultanes, de la evolución interna del imperio, de las dificultades técnicas que opuso a la navegación otomana el nuevo espacio atlántico, de la oposición militar que presentaron los imperios ibéricos y de la aparición de nuevas potencias marítimas. En cuanto a las dificultades, debe decirse que en sus aventuras oceánicas los otomanos sólo se habían internado en las aguas del Índico asiático y africano (y aún en éstas tímidamente y en inferioridad creciente frente a los portugueses); las galeras se habían mostrado un instrumento adecuado para su política naval y, plenamente satisfecho de sí mismo, el imperio otomano apenas contempló la construcción de navíos oceánicos. Las galeras, sin embargo, hacia 1580 habían llegado al límite de su capacidad: la progresiva incorporación de crecientes cantidades de armas de fuego y de hombres habían hecho que aumentara su tamaño desmedidamente y, con el tamaño, también se habían multiplicado los costos. Desde fines del siglo xvi, los navíos atlánticos tomaron la delantera en el desarrollo técnico, iniciando la estrategia naval que describiera con éxito el almirante Alfred Mahan hacia 1890, y que les permitió invadir pacíficamente el Mediterráneo desde fines del siglo xvi.³ Todas estas consideraciones pesaron en la decisión de la Puerta de volcarse a su frontera persa: en vano argumentaron, quienes en el gobierno se oponían a este cambio, la posibilidad que el dominio de Marruecos ofrecía para atacar el comercio atlántico de los cristianos.⁴

en la Edad Moderna: del enfrentamiento a la convivencia”, en M. Barrios Aguilera y Bernard Vincent, eds., *Granada 1492-1992: del Reino de Granada al futuro del mundo mediterráneo*, Granada: Universidad de Granada y Diputación Provincial, 1992, pp. 117-131.

³ John Guilmartin, *Gunpowder and galleys: changing technology and Mediterranean warfare in the sixteenth century*, Cambridge University Press, 1974.

⁴ Lazzaro Soranzo (1603), citado en Hess, *The forgotten frontier*, p. 102.

Los tratados de paz que se alcanzaron forman parte de lo que un historiador actual ha llamado la fijación de una frontera hasta entonces cambiante: el Mediterráneo, tradicionalmente poroso, se convirtió en la barrera civilizacional que es hasta nuestros días; las semejanzas en la cultura material, ciertas formas de organización social y ética masculina, que han llamado la atención de los antropólogos, son resabios de épocas anteriores al siglo XVI; a partir de entonces, el Mediterráneo septentrional empezó a ser atraído cada vez más por las culturas de Europa del norte. También el imperio otomano, semieuropeo y semiasiático, se fue conformando a modelos distintos a los del Estado moderno europeo. En términos de Toynbee, el *limen* se había convertido en *limes*. Esta fijación responde a procesos de larga duración cuyo desenlace había sido Alcazarquivir.⁵ Por algún tiempo los otomanos siguieron siendo el terror y la admiración de Europa, pero la literatura sobre la “decadencia turca” empezó entonces a escribirse, ya fuera para reflejar una realidad o el hecho que los otomanos habían alcanzado el límite de su expansión. Con ello, quedaba atrás la posibilidad de las enormes adquisiciones de riquezas, hombres y posiciones estratégicas que se habían dado en las décadas anteriores, y el ciclo de las conquistas, sin ese combustible, se interrumpía.

Persistió el peligro de la piratería marroquí en el Atlántico, que tuvo un último repunte de agresividad entre los siglos XVI y XVII, posiblemente motivada por la crisis agrícola de mediados del siglo XVI y la complicidad técnica de corsarios franceses e ingleses.⁶ También se benefició del flujo de los moriscos expulsados de España, conocedores de las técnicas de navegación atlántica, del armamento europeo, de la lengua y de las rutas de navegación del enemigo. La acción de estos piratas señaló el camino para la política islámica que Isabel I de Inglaterra emprendió dentro de su lucha contra España en las cortes de Estambul y Marruecos. En Estambul el embajador inglés William Harborne alertaba contra el peligro que la ocupación de Portugal por Felipe II significaba para las comunicaciones otomanas con la India; dicho argumento

⁵ Hess, *The forgotten frontier*

⁶ Pierre Chaunu, *Seville et l'Atlantique*, Paris: Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1959

no podía influir mucho dado el carácter episódico que había tenido la intervención otomana en el Índico. En Marraquex, hubo tratativas con el sultán al-Mansur (1578-1603) y el envío de tres embajadores marroquíes a Londres: se habló de colaborar en la ruptura de las comunicaciones españolas con las Indias, de invadir éstas conjuntamente o que los ingleses las invadieran mientras los marroquíes atacaban España. Este ataque era la principal ambición de al-Mansur que no prestó atención a la parte indiana: es de notar que los espías españoles en la corte de Marruecos nada digan de la interrupción del comercio de Indias; planes semejantes podían atribuirse al Gran Turco, pero no al más débil rey de Marruecos; cuando los holandeses propusieron otro un ataque combinado a Indias y España, todo quedó como antes en intenciones.⁷

Una acción de policía era entonces lo que quedaba por hacer. En esta situación se dan las instrucciones de Felipe II a sus agentes en las posesiones portuguesas de Marruecos; el Consejo de Indias prescribía todo tipo de precauciones a los barcos que entraban a la zona de peligro y recogía informes sobre el movimiento de barcos corsarios, que se le enviaban desde las guarniciones de Ceuta, desde barcos que habían sufrido ataques o incluso de parte de cautivos de Argel que le hacían llegar cartas.⁸ La correspondencia entre España e Indias no siempre se recibía: en una ocasión debieron enviarse copias de las cartas que unos piratas moros habían robado en las cercanías de las Canarias.⁹ Tetuán y Salé eran las bases atlánticas de estos corsarios musulimes, en gran parte ex moriscos con un gran odio hacia la monarquía española, los cuales, aunque no se atrevían a atacar grandes barcos ni flotas, pudieron apresar algunos navíos aislados, capturando riquezas y hombres, y saquear regiones de América fuera del imperio español;

⁷ Nevill Barbour, *Morocco*, London: Thames And Hudson, 1965, pp. 110-111; Guillermo Gozalbes Busto, *Los moriscos en Marruecos*, Granada: Arte, 1992, pp. 220-221.

⁸ Ejemplos de estos informes en Antonia Heredia Herrera, *Catálogo de las consultas del Consejo de Indias*, Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1990, tomo VII, 505 (1638), 738 (1638).

⁹ *Virreinato peruano, documentos para su historia, colección de cartas de virreyes, conde de la Monclova*, Lima: Instituto Histórico del Perú, 1955, tomo III, p. 169, doc. 282.

Terranova fue objeto de ataques: hubo una alerta en 1620, en 1625 ciento treinta pescadores fueron capturados sobre los bancos de bacalao de esta región y en años posteriores hubo otras capturas.¹⁰

Pero ya para entonces el peligro mayor había disminuido, los barcos españoles no temían acercarse a las costas de Marruecos y en 1630, al llegar intacta la flota de Indias dirigida por Fadrique de Toledo, una *Relación verdadera* llamó a éste “castigo valiente de Inglaterra y espantoso miedo de Turquía”. No era miedo, sino condiciones cambiadas: ese mismo año, el informe del criollo novohispano Rodrigo de Vivero alertaba especialmente contra los corsarios europeos; por ello aconsejaba que la flota saliera de España en enero, sin hacer caso a quienes sostenían la posibilidad de encontrar enemigos; en efecto, los holandeses e ingleses en esta época están invernando, y no salen hasta mayo o abril; “de turcos y moros sería más posible sobre las islas de Canarias donde una escuadra de la armada real puede llegar, si bien para todos es temprano y los turcos y moros como menos marineros no se aventuran a la mar fría”; el rey de España debería conquistar Virginia y Bermuda para detener los ataques de piratas ingleses, mientras encargaría a las órdenes militares limpiar de moros las costas entre África y Canaria, estableciendo conventos en Alarache, Orán, La Mamora y Gibraltar.¹¹

Los casos de cautiverio disminuyeron, y entre 1660 y 1666 sólo 3.41% de los cautivos eran originarios de las Indias.¹² Hubo entonces voces que se alzaron con el fin de que el dinero recogido en América para rescates se empleara en liberar a los cautivos hechos por los indios; así lo solicitaron algunos religiosos chilenos preocupados por el gran número de prisioneros en poder de los araucanos; pero una Real Cédula de 1576 estableció categóricamente que las limosnas debían ser destinadas a la liberación de los

¹⁰ Bartolomé y Lucile Bennassar, *Los cristianos de Alá: la fascinante aventura de los renegados*, Madrid: Nerea, 1989, pp. 193, 231, 234, 235.

¹¹ Chaunu, *Seville et l'Atlantique*, tome 8.1, pp. 315, 334; *Relación verdadera de 1630*, en José Palanco Romero, ed., *Relaciones del siglo XVII*, Granada: Universidad de Granada, 1926, p. 144; Rodrigo de Vivero, *Du Japon et Du bon gouvernement de l'Espagne et des Indes* (1630), traduit et présenté para Juliette Monbeig, préface de Fernand Braudel, Paris: SEVREN, 1972, cap. 10, pp. 89-90.

¹² Claude Larquié, “El rescate de los cristianos en tierras islámicas en el siglo XVII”, *Awraq*, n. 4 (1981), pp. 191-221

cautivos de la carrera de Indias y de prisioneros de los musulimes, lo cual fue reafirmado por disposiciones del Consejo de Indias en 1600 y 1670.¹³ Sólo en 1786, con condiciones muy cambiadas en la piratería norteafricana, una real cédula hizo que las limosnas recogidas por los mercedarios, antes destinadas al rescate de los cautivos de los berberiscos, se destinara preferentemente “en libertar los muchos esclavos que en las fronteras de Nueva España, Buenos Aires e Islas Filipinas hacen los indios apaches y pampas, y los moros de aquel archipiélago”.¹⁴

Desde fines del siglo xvii la situación se había revertido; no era América la que temía ataques musulimes sino lo contrario: cuando el ámbito caribeño se hizo poco redituable, muchos piratas ingleses o de las colonias norteamericanas, entre ellos el Capitán Kidd, escocés radicado en Nueva York, se trasladaron al Índico, al Mar Rojo y a la costa occidental de África, saqueando barcos mercantes y de peregrinos que se dirigían a La Meca: ello explica la circulación del *mohur* timúrida, la moneda que fue llamada *Arabian Gold*, en Nueva York, Filadelfia y Rhode Island, y explica las quejas del gran mogol Aurangzeb ante la Compañía inglesa.¹⁵

En la misma época y el mismo territorio índico se señala otra participación americana en la guerra con el islam: en 1700 el gobernador de Bahía, João de Lancastro, envió una expedición de dos barcos y 400 hombres para colaborar en la recuperación de Mombasa, en la costa oriental africana, que había sido conquistada por los omaníes: el hecho figuró como una de las gestas de Bahía, y conllevó grandes sacrificios pecuniarios para la población brasileña.

¹³ Gabriel Guardia Geywitz, “Los cautivos en la guerra de Arauco”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, núm. 98 (1987), pp. 93-157.

¹⁴ Lucas G. Castillo Lara, *Los mercedarios y la vida política y social de Caracas en los siglos xvii y xviii*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980, tomo 1, p. 249; Silvio Zavala, *Los esclavos indios en Nueva España*, México: El Colegio Nacional, 1981, p. 282.

¹⁵ Jenifer Marx, *Pirates and privateers of the Caribbean*, Malabar, FL: Krieger, 1992, pp. 189-190, 216; G. V. Scammell, “European exiles, renegades and outlaws and the maritime economy of Asia c. 1500-1750”, *Modern Asian Studies*, 26, 4 (1992), pp. 641-661; sobre el *mohur*, George Wycherley, art. “Arabian Gold”, en James T. Adams, ed., *Dictionary of American history*, New York: Charles Scribner’s Sons, 1940, vol. 1, pp. 93-94.

2. El Islam se olvida de América

CON el alejamiento del objetivo estratégico, se hizo obsoleto e impreciso el conocimiento otomano, e islámico en general, de América; nunca había sido exacto y la información que los embajadores marroquíes u otomanos espigaban en España, o las traducciones de obras europeas, podían agregar sólo alguna noticia a las existentes durante el siglo otomano de expansión y apertura, como la que se encuentra en algunos autores turcos (no en los persas o timúridas). Las menciones posteriores de Katib Chelebi (+ 1635), Hussein Hezarfen (hacia 1673), de los embajadores marroquíes u otomanos en España, del *Yihan Numa*, tratado de geografía impreso en Estambul en 1728, de otro atlas de 1811, de Fazil Bey a comienzos del siglo pasado, denotan una completa dependencia de informes europeos, un amplio desconocimiento y sobre todo un desinterés creciente por América. Es un aspecto parcial de la general ignorancia sobre el mundo fuera de las fronteras del Dar al Islam: la comunicación entre el Báltico y el Egeo, entre India y el Mar Rojo eran desconocidas para los estrategas otomanos del siglo XVIII. En 1720 la primera imprenta otomana reeditó la antigua *Tarih-i Hind-i-garbi* de 1580 como si fuera una fuente actualizada de noticias sobre América.¹⁶ Y fuera de Estambul, la ignorancia era completa: en la India mogol corrían las noticias más fantásticas sobre las tierras transmarinas; en 1875 el emir de Hayil, en Arabia, interrogaba a Charles Doughty sobre el nuevo continente descubierto, y si estaba habitado cuando llegaron los europeos.¹⁷

Esta ignorancia geográfica es trasunto de fenómenos más am-

¹⁶ Thomas D. Goodrich, *The Ottoman Turks and the New World: a study of the Tarih-i Hind-i Garb and sixteenth century Ottoman americana*, Wiesbaden. Harrassowitz, 1990; Svat Soucek, "Piri Reis and Ottoman discovery of the great discoveries", *Studia Islamica*, 79 (1994), pp. 121-142; Bernard Lewis, *The Muslim discovery of Europe*, New York/London: W.W. Norton, 1982, pp. 157, 197, 290; Hajji Khalifah (Katib Chelebi), "Tobacco and coffee", en James Kritzeck ed., *Anthology of islamic literature*, New York-Toronto: Mentor Books, 1964, pp. 326ss; la reproducción del planisferio de 1811 en Malek Chebel y Laziz Hamani, *Symboles de l'islam*, Paris: Assouline, 1997, pp. 14-15.

¹⁷ Simon Digby, "Beyond the Ocean. perceptions of overseas in Indo-Persian sources of the Mughal period", *Studies in History* (N. Delhi), 15, 2 n s (1999), pp. 247-259; Charles Doughty, *Travels in Arabia Deserta*, 2. ed., New York: Dover, 1979, vol. 1, p. 652.

plios dentro de los imperios islámicos, entre los cuales el otomano. Los mismos se encerraron desde entonces cada vez más en sí mismos, desdénando seguir una política de expansión marítima. Para algunos autores, se trata de la expresión más genuina del *ethos* de estos Estados, tradicionalistas y desconfiados de toda novedad técnica: la negativa a la navegación oceánica correría pareja con la prohibición de las observaciones astronómicas y la de la imprenta.

Ya he aludido a una explicación más satisfactoria, según la cual la negativa de la Puerta a una expansión marítima fue la respuesta más cuerda de un imperio que recibía enormes rentas de sus posesiones terrestres. El hecho es que los otomanos nunca hicieron esfuerzo alguno por desarrollar una marina adecuada para la navegación atlántica; Piri Reis, el hacedor de mapas, representante de un sector dinámico y expansionista, murió ejecutado en Egipto en el año 1551. Los pedidos de ayuda que los otomanos recibieron de los reinos musulimes de Asia sudoriental, agredidos por portugueses y españoles, sólo lograron alguna embajada de apoyo moral.

3. *África o América*

CONTEMPORÁNEO de este desvío de los otomanos, se dio el apartamiento de las energías españolas de uno de sus objetivos históricos: la conquista de África, es decir, en el vocabulario geográfico de la época, el Magreb. Tal cambio de política fue en el siglo pasado, en vísperas del 98, criticada por Ángel Ganivet: América habría distraído la “vocación africana” de España; sin el Nuevo Mundo, la Reconquista habría continuado en el Magreb, y España habría ganado territorios que no se habrían perdido como se perdieron los dominios americanos. Más aún: hasta se ha lamentado que España, o Europa en su conjunto, perdieran la única oportunidad que tuvieron de europeizar al mundo, dándole una base cultural común. Incluso Braudel llega a decir que España faltó entonces a su misión geográfica, haciendo que por primera vez el estrecho de Gibraltar se convirtiera en una frontera política.¹⁸

¹⁸ Ángel Ganivet, *Idearium español* (1896) Madrid: Aguilar, 1964; Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2ª ed., México: FCE,

Descartado el tono colonialista de tales arengas, en términos generales es comprobable una relación como la que predicán: en un primer momento, como ya dije, la política islámica fue absolutamente primordial, y dentro de ella la política africana. Girolamo Vianello había propuesto a los Reyes Católicos una conquista de África, y más tarde Colón tuvo que enfrentarse con los sostenedores de una política de este tipo:

A los principios, pareció esta empresa de Melilla como de mucho más gasto que provecho, con ocasión de la cual se quejaba el almirante Colón de que procuraron desviar al rey de las cosas de las Indias, y ocupar la armada que tenía para aquel descubrimiento, e impedirle en el mayor y más importante negocio que se podía emprender, el cual, o por envidia, que es muy cierta en las grandes empresas, o por otros respectos, tenía por cosa liviana y de ningún provecho, y así era odiado Colón y mal visto de muchos [...]

Decía el almirante que se ofrecía más costo y gasto en lo de la defensa y guarda de Melilla que en lo que él pedía para proseguir sus descubrimientos y conquistas de tierra firme, pues para sostener aquel lugar parecía que era menester tres mil hombres, y con aquella gente no se tenía para más que guardar a Melilla, y no para entrar a ofender y continuar la conquista, y que no tenía tal puerto que fuese útil sostenerlo para la guerra de Africa, por que es allí travesía de Levante, que prevalece en todo el Estrecho más que otro viento.¹⁹

Con este trasfondo se entienden las referencias que hace Colón a la guerra de África para defender su empresa: la compara con la de los portugueses en Guinea, señala que sus descubrimientos significan “más tierra que non es África y Europa”.²⁰ Pero por mucho tiempo las necesidades de la guerra contra los musulimes fueron prioritarias e interfirieron con las de la conquista de América: cuan-

1976, tomo 1, p. 153, donde retoma una vez más al geógrafo-historiador colonialista E.-F. Gautier.

¹⁹ Véase para el contexto y las citas de Jerónimo de Zurita a Jesús F. Salafranca Ortega, “El tercer viaje de Colón y su incidencia en la conquista de Melilla”, en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, V Congreso Internacional de Historia de América, Diputación Provincial de Granada, 1994, vol. III, pp. 117-123.

²⁰ Cristóbal Colón, Carta relación del tercer viaje y carta a consejeros reales de fines del 1500, en Juan Pérez de Tudela *et al.*, eds., *Colección documental del descubrimiento*, Madrid. MAPFRE/CSIC/Real Academia de la Historia, 1994, doc. 405, tomo 1, p. 1095 y doc. 463, tomo II, p. 1228.

do Pedro Malaver de Silva estaba por partir para la conquista de Omagua, le llegó la noticia del levantamiento de los moriscos y partió rápidamente “recelando no le quitasen la gente por necesidad tan apretada”, desgracia que en cambio sufrió su compañero de empresa Diego Fernández de Cerpa.²¹ Las Indias fueron consideradas en función de esta guerra: como proveedoras de defensores al principio, de riquezas posteriormente, por lo que solían ser dejadas a sí mismas.

Las cosas sin embargo fueron cambiando, la política africana de España fue languideciendo en el siglo xvi, a medida que avanzaban las conquistas americanas; los tres grandes cronistas de la guerra africana (Mármol, Torres y Haedo), cayeron en el olvido y no volvieron a ser editados, mientras fueron en aumento las ediciones, traducciones y adaptaciones de los cronistas de Indias.²² Lentamente España fue perdiendo sus presidios en el norte de África; en las órdenes imperiales mismas se nota el cambio del interés, cuando se pide trasladar a Indias cañones de algún presidio, el arquitecto militar Juan Bautista Antonelli es enviado desde esos presidios a Cuba o Guyana o los fondos americanos son crecientemente utilizados para la defensa y administración de los lugares donde se recaudaban.²³ Del mismo modo, es significativo que en 1610 la recuperación de Larache sobre la costa africana ya estuvo destinada a proteger la ruta de Indias; y que por este mismo motivo Portugal retuviera Mazagán; cuando ya no fue necesario,

²¹ José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723), reproducción facsimilar de la edición hecha por Domingo Navas Spinola en Caracas en 1824, Caracas: Homenaje al Cuatricentenario de la Fundación de Caracas, 1967, p. 487.

²² Mercedes García-Arenal, en la introducción a Diego de Torres, *Relación del origen y suceso de los Xerifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante* (1586), México: Siglo XXI, 1980. Una aclaración se impone, que matiza lo dicho: la gran cantidad de títulos sobre América que llenan las bibliografías no debe engañarnos sobre su popularidad en la época; era literatura especializada y técnica, que sólo los interesados directamente leían y que en muchos casos sólo se publicó en los siglos xix y xx; los varios estudios sobre la “imagen americana” entre literatos, pensadores o público en general confirma este punto. Ello contrasta con la presencia cotidiana del muslim. Voy a volver sobre el tema en el capítulo décimo.

²³ V. Fernández Asís, *Epistolario de Felipe II sobre asuntos de mar*, Madrid: Editora Nacional, 1943, 1317; María Ermelina Martín Acosta, *El dinero americano y la política del imperio*, Madrid: MAPFRE, 1992.

la plaza fue abandonada en 1769, lo cual significó el traslado masivo de sus habitantes, 340 familias, a la provincia brasileña de Pará, a una población que se llamó Nova Mazagão; la carta en que se aconseja el abandono de la plaza habla de la dificultad de sustentarla, aunque “*não se seguindo fruto algum ao Christianismo*”.²⁴

Mucho más tarde, el interés español reapareció tímidamente a comienzos del siglo pasado, con los planes secretos de Godoy y el envío de Domingo Badía a Marruecos, cuando América amenazaba separarse, para después continuar con vigor cuando esta separación fue un hecho, desde mediados del siglo XIX. En vísperas de la pérdida de Cuba y Puerto Rico se dio la prédica de Ganivet antes mencionada, y después de ella un reforzamiento de las expediciones y maniobras diplomáticas españolas en torno a Marruecos, junto al renacer de los estudios arábigos.

De manera que es comprobable una alternancia de políticas africanas y americanas en la corte española, y un primer traslado del centro de atención en el siglo XVI, debido a varios factores que alejaron de África, y que han sido resumidos de la siguiente manera: la rivalidad luso-castellana (resuelta mediante bulas y tratados que reservaban África a Portugal); la experiencia negativa portuguesa; la predisposición bélica de los norteafricanos y su resistencia; su utilización de las mismas armas y tácticas; la falta de dominio naval en el Mediterráneo; la ayuda turca y “quinta columna” morisca; la inquebrantable fe musulma; la pobreza del Magreb.²⁵ Yo agregaría que en África los españoles carecían del monopolio que tenían en las Indias, y debían sufrir la competencia italiana, lo cual hizo fracasar los distintos esquemas para hacer económicamente viables sus posesiones africanas.²⁶ Tampoco contaban con el arma biológica que facilitó sus operaciones en América: tras siglos de contactos, los musulimes tenían las mismas inmunidades

²⁴ Hess, *The forgotten frontier*, p. 34; Jehanne-Marie Gandin, “La remise de Larache aux espagnols en 1610”, *Revue de l'Orient Musulman et de la Méditerranée*, n. 7 (1970), pp. 71-92; Robert Ricard, “Le transport au Brésil de la ville portugaise de Mazagan”, *Hespéris* (Rabat), tome 24 (1937), pp. 139-142; Caio Prado Junior, *Formação do Brasil contemporâneo. Colônia*, São Paulo: Livraria Martins, 1942, p. 84.

²⁵ Jesús F. Salafranca Ortega, “Una trascendental decisión histórica de España: ¿África o América?”, en Leopoldo Zea, comp., *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, México: UNAM/CEA, 1991, pp. 145-162.

²⁶ Braudel, *El Mediterráneo*, tomo II, p. 277 v. nota.

que los europeos a los gérmenes del Viejo Mundo. Junto a los motivos de rechazo africano antes reseñados conviene señalar los de atracción americana: la nobleza de Portugal podía encontrar más conveniente el servicio en Marruecos que en India, por la cercanía de sus posesiones peninsulares, pero otros eran los elementos que apreciaban los hombres sin recursos; Gonzalo Jiménez de Quesada comparaba desde Nueva Granada la situación de los presidios españoles en tierra musulma (los había en África y en los Balcanes, y él los conocía bien por su actuación previa en esos campos), asediados continuamente, sufriendo privaciones y sin poder llevar una vida familiar, con la existencia de los soldados asentados en territorios pacificados, donde la acción guerrera se concentraba en determinados tiempos y lugares, fuera de los cuales era posible una vida apacible y cómoda. También con la voz de la experiencia, Oviedo mencionaba una humilde contribución americana para dicha comodidad: gracias a las hamacas, “no duerme la gente en tierra tendidos, como en los reales de los cristianos en Europa e África e otras partes”.²⁷ Una prueba de esta diferencia es que las deserciones de los presidios del Viejo Mundo eran comunes: los soldados huían antes de embarcarse o luego se pasaban al Islam: se hablaba de cinco mil portugueses renegados entre Bengala y Macassar en el siglo XVII; los fugitivos de Orán eran más de cuatro mil en la misma época.²⁸ En cambio, los trámites que requería el traslado a América eran realizados sin presiones y fue rara la fuga a territorio de indios. El castigo aplicado a indios como Martín Cortés fue el destierro a los presidios africanos.

Todos estos motivos de rechazo y atracción pueden dar cuenta del cambio de rumbo en la política española, pero sólo como metáfora explicativa puede hablarse de “decisiones”: del mismo modo

²⁷ Gonzalo Jiménez de Quesada, *El Antijovio*; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (1548 ca.), ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959, libro v, cap. 2 (r: 118).

²⁸ María Augusta Lima Cruz, “Exiles and renegates in early sixteenth century Portuguese India”, *The Indian Economic and Social History Review*, 23 (1986), pp. 249-262; Geoffrey Parker, *The military revolution: military innovation and the rise of the West, 1500-1800*, Cambridge University Press, 1988, pp. 57-58; Beatriz Alonso Acero, “Iglesia e Inquisición en la España norteafricana: Orán y Mazalquivir a fines del reinado de Felipe II”, *Hispania Sacra*, 50 (1998), pp. 101-132.

se ha dicho también que Occidente optó (¿equivocadamente?) por el Nuevo Mundo cuando podía haberlo hecho por el extremo oriente, por África o por Europa central; o que España optó por el Atlántico y no por el Mediterráneo. Podemos tener una idea del simplismo de estos planteos si los comparamos con los que ha analizado Allison para la Crisis de los Misiles de 1962.²⁹ En nuestro caso no son posibles las explicaciones abarcativas como la suya, que tengan en cuenta los intereses de los grupos en el poder, pero sí se pueden considerar detalles del proceso histórico, que la lectura de Ganivet y sus sucesores dejó de lado y que hacen la realidad más complicada, sobre todo si atendemos al costado islámico de la cuestión, descuidado en la división de tareas entre los historiadores americanistas y los dedicados a la acción española en África.³⁰ Tales consideraciones nos obligan a matizar los enunciados anteriores y a reconocer que la política africana no fue nunca formalmente abandonada como consecuencia de ninguna decisión, sino que fue cediendo terreno ante los grandes procesos ligados a la historia mediterránea de fines del siglo xvi.

4. La esencia de la decisión

UNA prueba de que entonces no se veía ninguna “trascendental decisión” en el horizonte es la opinión sostenida por fray Jerónimo de Mendieta: por desgracia los reinos españoles se han extendido mucho: “tienen por ahí la infesta vecindad del turco y moros en África”, y de los herejes, por lo que ha descuidado América, que se ha despoblado y arruinado; por todo esto España ha sido castigada: lo muestra la rebelión de los moriscos, que coincidió en el tiempo con la rebelión de los conquistadores en México.³¹

²⁹ Braudel, *El Mediterráneo*, tomo II, p. 39, donde cita a Dermigny; Graham T. Allison, *Essence of decision: explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston: Little Brown & Co., 1971; este libro busca responder a la pregunta ¿de dónde proceden las decisiones en política exterior? ¿De un actor individual, que pesa racionalmente los motivos, del juego entre los distintos sectores de poder, de la labor mecánica de las burocracias?

³⁰ Miguel Ángel de Bunes Ibarra, “El descubrimiento de América y la conquista del norte de África: dos empresas paralelas en la Edad Moderna”, *Revista de Indias*, vol. 45, núm. 175 (1985), pp. 225-233.

³¹ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, obra escrita a fines del siglo xvi, 2ª ed. facsimilar, México: Porrúa, 1971, pp. 28-29.

Cuando Mendieta escribía, un cambio de dirección había comenzado a diseñarse, como parte de la constitución de la frontera norteafricana hacia 1580. Los propagandistas de la lucha en África hicieron en esos años su último esfuerzo por desviar la atención de ambas Indias. En las cortes portuguesas de 1562 se tocó el tema; algunos planearon adaptar la aventura africana a los moldes usados en América: un proyecto portugués de 1573, repetido veinte años después, proponía fundar colonias en Guinea para crear un segundo Brasil mejor que el primero, con mano de obra, bosques y agua abundantes, para sembrar caña y elaborar azúcar.³² Los nostálgicos, como Diogo de Couto y Camoes, podían entonces desear que se volviera atrás, que se dejaran las empresas descubridoras en favor de un nuevo ataque al moro marroquí. Esto se expresa en el *Soldado práctico* de Couto, así como en *Los Lusíadas* (concluidas hacia 1570):

¿No tienes junto a tí al Ismaelita
con quien en guerra cruel siempre te veas?
¿No sigue él del Corán la ley maldita,
si por la de Jesús sólo peleas?
[...] ¡Dejas crecer tan cerca al enemigo
para tan lejos ir otro buscando!³³

Diego de Torres, español al servicio de Portugal, agente secreto en el reino sa'adí y partidario de la guerra en Marruecos, también señalaba que en África muchos se harían vasallos del rey cristiano "si la codicia de mayor ganancia no les pusiera mayor deseo a la navegación a la India"; mencionaba un hallazgo de oro en los Montes Claros, y la orden del jerife marroquí de ocultarlo, "y que nadie lo buscara diciendo que si los cristianos supiesen que allí había tanto oro no lo irían a buscar a las Indias" (lo cual era un mensaje para los compatriotas de Torres).³⁴ Como ya señalé, la derrota de

³² Vitorino Magalhães Godinho, *Os descobrimentos e a economia mundial*, 2. ed., Lisboa: Presença, 1984, p. 176; Filipe Th. Barata, "A expansão, os descobrimentos e o olhar dos poetas", *Estudos* (Goiania), vol. 1, n. 1 (1973), pp. 5-15.

³³ *Los Lusíadas*, canto iv, 100ss (traducción de Ildefonso-Manuel Gil, Barcelona: Planeta, 1990); era un tema de moda en la época, véase Barata, "A expansão, os descobrimentos e o olhar dos poetas".

³⁴ Torres, *Relación del origen y suceso*, cap. 22, p. 83 y cap. 27, p. 95.

Alcazarquivir alejó por mucho tiempo a los europeos de Marruecos.

El alejamiento coincidió con la primera vergonzante tregua entre las monarquías española y otomana, en 1578, partir de la cual la paz entre cristianos y musulmanes se fue abriendo camino a fines del siglo XVI. Paz relativa, debe repetirse, ya que la guerra en África nunca cesó y sólo en 1782 ambos imperios renunciarán al estado de guerra continua, instalándose un embajador español en Estambul. Por motivos ideológicos, los reyes de España resucitaban periódicamente el motivo; había planes para conquistar el Magreb e incluso Jerusalén: en 1619 Miguel Martínez del Villar redactó un proyecto para la conquista de Argel y Bugía; hacia 1640 lo hacía desde Perú fray Gonzalo Tenorio; en 1669 Fajardo y Acevedo diseñaba una estrategia contra Tierra Santa. Del lado marroquí, el califa al-Mansur todavía planeaba la invasión de Andalucía a fines del siglo XVI.

Correlato de la desaparición del musulmán de los frentes de guerra fue su omnipresencia en la literatura y el teatro: el Moro y el Turco se convirtieron en una moda, como han señalado M. Soledad Carrasco Urgoiti y Albert Mas, lo cual contrasta con la borrosidad de los temas americanos; para la propaganda monárquica española, el año 1492 estaba ligado a la toma de Granada. El giro iniciado políticamente a fines del siglo XVI sólo se traducirá en el plano artístico en el XVII, como muestra un revelador motivo iconográfico señalado por Bernard Vincent: la rendición de Boabdil es el motivo que aparece en el cuadro de Luca Giordano (1632-1705) dedicado al hecho central de ese año. Pero su discípulo Francesco Solimena (1657-1747) va a presentar otro motivo: para él, como para nosotros, es la empresa de Colón la decisiva de 1492. Entre ambos pintores de la corte española, el segundo discípulo del primero, se había dado el último intento otomano de tomar Viena, en 1683.³⁵ En literatura, la transición es del mismo modo evidente: 1492 es el año de la toma de Granada para la poesía y teatro, repletas también de temas musulmanes, los cuales casi desaparecen en el siglo XVIII, el siglo que descubrió literariamente, desde ambos lados del Atlántico, la realidad de la naturaleza e historia americanas. En Portugal, el cambio llegó antes: en la

³⁵ Bernard Vincent, *1492 "el año increíble"*, Barcelona: Crítica, 1992, p. 165.

Adoração dos Magos de Jorge Afonso, de la primera mitad del siglo XVI, el régulo amerindio de turbante de plumas y azagaya ha sustituido al rey negro de la tradición.³⁶ Por el contrario, en Francia (o en la literatura en francés), América aparece muy poco en el siglo XVI y XVII, mientras en el siglo XVIII se convierte en el tema de moda, superando a la producción española, hasta entonces dominante.

5. *Los dos occidentes*

EN parte la tregua de 1580 respondió a una división de las zonas de expansión existentes. Hasta el momento de su gran choque imperial, españoles y otomanos habían seguido desarrollos llamativamente paralelos, y la comparación entre ambas potencias ya la realizó, antes que Ranke, el sultán Mahmud II en el siglo XVIII. Las cuatro monarquías, tres cristianas y una musulma, en que estaba dividido en 1450 el actual Estado español continental, se habían unificado en 1512, y en 1520 constituían el centro del más poderoso reino cristiano, así como las monarquías, cristianas y musulmas, de Anatolia y los Balcanes se habían unificado en el imperio otomano de 1480, que en 1520 formaba el más poderoso Estado muslim. Los centros de ambas potencias, las penínsulas ibérica y anatólica, en equilibrio en los extremos del Mediterráneo, cerradas de sus continentes por cadenas montañosas, habían sido hasta el siglo XI territorio de la religión rival, hasta su conquista por obra de monarquías de fuerte *ethos* fronterizo; en el siglo XVI, en su nuevo papel de campeonas de la Cristiandad y del Islam, desarrollaron pretensiones universalistas. Aunque éstas también son rastreables en torno a la monarquía portuguesa, en la ebriedad de la expansión, o en el Estado marroquí de los sa'adíes, sólo se hacían creíbles en referencia a los imperios español u otomano. Una larga historia de conquistas fronterizas hacía comprensible desde Iberia y Anatolia lo que hoy se reconoce como la primera unificación de la ecumene.

³⁶ El cuadro, perteneciente al Museu de Viseu, está reproducido, entre otros, en Ricardo E. Alegría, *Las primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*, 2ª ed., Barcelona: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1986, p. 73.

Tras estas vidas paralelas, ambas monarquías chocaron rudamente en el siglo xvi. No hubo en la confrontación vencedores ni vencidos y finalmente las dos potencias se dirigieron a administrar los territorios conquistados. Los contemporáneos notaron que éstos también guardaban ciertas analogías: el comendador mayor de León comparaba el convoy entre Estambul y Alejandría con la flota de Indias.³⁷ Los historiadores actuales han notado similitudes entre la sociedad de Argel y la de las colonias americanas: la rapidez de su crecimiento urbano, su población de carácter aluvial y fronterizo, con la astucia y el ingenio como componentes de la *virtú*, la riqueza fácil, el gasto suntuario y la permisividad sexual. Ya la comparación había sido hecha en la época por cristianos o musulimes, explícitamente o no: Barbarroja al ver las riquezas de Argel, “deseaba pasar ahí como los españoles a las Indias” y su vida es objeto, junto con la de Cortés, de unas biografías paralelas (aunque dotadas de un maniqueísmo no plutarquiano) por obra de Gómara, que las ve hermanadas por el ascenso a partir de la nada y semejantes hasta en detalles como la (legendaria en ambos casos) quema de las naves; el régimen berberisco es una variante del colonial, opinaba Antonio de Sosa, a Argel “llaman los turcos (y con razón) sus Indias y Perú” y un cautivo evocaba cómo “en Turquía, Rumania, Anatolia y Suria hablan todos de Argel como nosotros acá de las Indias de Castilla y Portugal”.³⁸

Ambas potencias habían hallado su Far West: el *Magrib* de los otomanos y las Indias *occidentales* de España.³⁹ Una nueva etapa se abría en las respectivas historias fronterizas.

³⁷ Hess, *The forgotten frontier*, pp. 90 y 188.

³⁸ Desarrollan la comparación Braudel, *El Mediterráneo*, tomo II, p. 291 y Emilio Sola en su libro *Un Mediterráneo de piratas*, Madrid: Tecnos, 1988, y luego en el otro, escrito en colaboración con José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería*, México: FCE, 1997; los entrecomillados provienen de las citas que este último hace, en las pp. 42, 63 y 144, de la obra de Antonio de Sosa, *Topographia y descripción general de Argel*, editada por Haedo en 1640; cf. Miguel Ángel de Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*, Madrid: CSIC, 1989, p. 317 y del mismo autor, “Cortés y los hermanos Barbarrojas, vidas paralelas en los escritos de Francisco López de Gómara”, *Revista de Indias*, vol. 47 (1987), pp. 901-906.

³⁹ *Magrib* viene del árabe *garib*, que significa *occidente*.

ES FRECUENTE OIR que la Conquista de América fue una continuación de la Reconquista que por siglos había tenido lugar en España. Múltiples continuidades institucionales e ideológicas pueden en efecto encontrarse; sin embargo, más que el rastreo de las mismas, ya hecho por varios investigadores, me interesa aquí señalar cómo América, tras el establecimiento de una rígida frontera en el Mediterráneo, hizo posible el desvío de aquellas energías que por siglos habían absorbido las tierras musulimas. Si un referente islámico tuvo la Conquista, han de observarse, más que los pasados siglos medievales, las guerras con los musulimes en el Mediterráneo del siglo XVI.

1. De una frontera a otra

EN efecto, la idea de una continuación de la Reconquista y su colorario, la del carácter "medieval" de la conquista de América,¹

¹ Entre quienes afirman o discuten la continuidad destaco a Claudio Sánchez Albornoz, "La Edad Media y la empresa de América" (1930), en *España y el islam*, Buenos Aires: Sudamericana, 1943, pp. 181-193 (este trabajo fue reciclado con nuevo verbo y páginas, pero sin agregado ulterior de ciencia en *La Edad Media española y la empresa de América*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983); Antonio Tovar, "Lo medieval en la colonización de América" (1959), en *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, 2ª ed., México: FCE, 1981, pp. 113-121; Charles Gibson, "Reconquista and conquista", en Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, eds., *Homage to Irving A. Leonard: essays on Hispanic art, history and literature*, Michigan State University, 1977, pp. 19-28; Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2ª ed., México: FCE, 1994 (1ª ed. de 1984); Guillermo Céspedes del Castillo, "Raíces peninsulares y asentamiento indiano: los hombres de las fronteras", en Francisco de Solano, ed., *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza/Sociedad Quinto Centenario, 1988, pp. 37-50; María Rosa Menocal, "Al Andalus and 1492. the ways of remembering", en Salma Khadra Jayyusi, ed., *The legacy of Muslim Spain*, London/New York/Köln: E. J Brill, 1992, pp. 483-504; Mary M. Gaylor, "Spain's Renaissance conquests and the retroping of identity", *Journal of Hispanic Philology*, 16 (1992), pp. 125-136; Claude Morin, "De la Reconquista à la Conquista: transferts et adaptations dans le contrôle des populations étrangères", en Alain Musset y Thomas Calvo, eds., *Des Indes occidentales à l'Amérique latine*, Fontenay/Saint Cloud. ENS, 1997, II, pp. 559-568

formulada más o menos laxamente, como *obiter dictum* o en tratamientos especiales, sólo cuenta en su favor con el engarce epocal, que tampoco es tan nítido como pretende: en muchos aspectos la Reconquista terminó antes de 1492, y ese año no empezó la conquista de América. Si algunos elementos simbólicos e institucionales señalan una continuidad, más numerosos son los elementos de ruptura.

El elemento simbólico aparece en cierto tipo de vocabulario: muchas veces fue señalada la asimilación, en la pluma de los cronistas de Indias, de la naturaleza o las instituciones americanas a las del mundo andalusí; junto a ella se nota la reaparición americana de una toponimia reconquistadora o pasajes donde los españoles se comparan a sí mismos con los héroes de la Reconquista. Los mismos términos de *conquista*, *conquistar*, *conquistador*, remiten al vocabulario de la lucha peninsular; en 1238 Jaime I de Aragón había recibido el título de "Conquistador" tras la toma de Valencia, con un claro significado que pasa al Nuevo Mundo: el conquistador es quien hace reconocer el derecho de España y de la Iglesia, no un simple ganador de tierras, sino un ganador *legítimo*; entre los conquistadores mismos y los cronistas el término se convirtió en un epíteto honorífico; igualmente el nombre de *cristianos*, colectivo que era preferido al de *españoles*, participa de la ideología propia de la lucha religiosa, o el de *Ultramar*, que designaba la Tierra Santa antes de designar a América.² Un personaje que realizó una temprana migración a Indias fue Santiago, el campeón de la lucha antimora en la Edad Media española, que llevó a cabo hazañas transmarinas igualmente notables, apareciendo repetidas veces en los campos de batalla y auxiliando a los cristianos con un nuevo nombre: Santiago Mataindios.

A veces encontramos testimonios que amplían esta serie de

² Véase Bernard Grunberg, "Le vocabulaire de la 'Conquista': essai de linguistique appliquée à la conquête du Mexique d'après les chroniques des conquistadores", *Histoire, Économie et Société* (Paris), 1985, pp. 3-27. El que apunta Grunberg parece ser el significado principal, pero no el único de *conquista* en el siglo xvi, como puede verse en la lexicografía histórica; la obra medieval española *La gran conquista de Ultramar* habla de los hechos de los cruzados en Tierra Santa (éstos, por otra parte, a veces se referían a Europa como *Ultramar*), también sobre la costa marroquí hubo una Santa Cruz de Ultramar

analogías aisladas al mostrar conscientemente a la empresa americana como análogo a la Reconquista: “si los de Pelayo restauraron / la noble España, andaba el Rey presente”, canta un primitivo poeta novohispano, contrastando el hecho con la ingratitud hacia Hernán Cortés. Cuando algunos conquistadores en Perú amenazaron rebelarse, expresaron que “harían rey a quien les pareciese, que así habían hecho en España a Pelayo y Garci Giménez”. En otra ocasión, en que otro grupo se negaba a dar más dinero al emperador, “Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merecían aquello por su esfuerzo y virtud, y tantos privilegios y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo y a los demás reyes a ganar España de los moros”, pudiendo los conquistadores alegar su derecho a defender por armas sus vasallos y privilegios “como los hijosdalgo de Castilla sus libertades, las cuales tenían por haber ayudado a los reyes a ganar sus reinos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras”. La comparación está a cada momento implícita en Bernal Díaz y en este coro oímos incluso al poco heroico encomendero chileno Lucas Martínez Vegazo, que en su testamento de 1565 jura y declara que “desde principio que entré en esta tierra hasta que del todo se acabó de ganar, anduve siempre con buena fe, pareciéndome que la guerra que se hacía a los naturales de ella era justa porque la hacía gobernador cristiano y enviado por rey cristiano, como si se hiciera contra infieles turcos o moros”.³

Muy traídos y llevados, estos elementos muestran que, si bien no era central, la idea de la lucha contra los moros era un referente importante en la comprensión de sí mismos que tenían los conquistadores. Sin embargo, no debe engañar al historiador, que no puede sino comprobar el papel residual que en América tuvieron las instituciones que a la Reconquista se refieren. Para algunas de

³ Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (1604), pról. de Ernesto de la Torre Villar, México: Porrúa, 1987, p. 29; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), pról. y cronología de Jorge Guría Lacroix, Caracas: Ayacucho, 1979, cap. 157, p. 225; Efraín Telles, “El testamento de Lucas Martínez Vegazo”, *Revista Chilena de Historia*, 23 (1988), pp. 267-293; reproducido también en el apéndice de Efraín Telles Arestegui, *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*, 2. ed., Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991.

ellas, como el Requerimiento, ciertos argumentos para justificar la Conquista, ciertas prácticas guerreras (alardes, entradas, jornadas y cabalgadas) y obligaciones para los vencidos, existen antecedentes en la frontera mora, pero su presencia no es muy importante en Indias. En otros casos la semejanza de nombres oculta realidades muy distintas: la aparición de miembros de las Órdenes militares en América, o cierto tipo de arquitectura pseudofeudal, no debe llamar a engaño al respecto: antes de tener parlamentos, ejércitos y universidades de cartón pintado, tuvimos una Reconquista de cartón pintado; habían cambiado los tiempos, aunque los hombres que llegaron a Indias no siempre lo vieran, dominados por algunas míticas ideas de lo ocurrido en la España medieval.

2. *La carrera de los conquistadores*

ESCÉPTICO sobre la calidad de los enviados a Indias, el embajador veneciano señalaba que se trataba de todo tipo de sinvergüenzas, iniciando un tema pertinaz hasta nuestros días; con más precisión, el hugonote francés La Popelinière sugería en 1582 que en muchos casos se trataba de combatientes desmovilizados tras la guerra de Granada, los cuales de otro modo, por no querer volver a sus ocupaciones habituales, habrían causado problemas en el reino. En nuestros días, Ángel Rosenblat ha mostrado que en efecto existió una proporción inusualmente alta de hidalgos en la primera colonización, proporción que se reflejó en múltiples rasgos culturales, heredados hasta hoy en América.⁴ Sinvergüenzas o hidalgos, eran hombres que se hallaban desocupados tras el cierre de una guerra secular.

Al inicio, el traslado fue abundante: los más de mil "hombres de pelea" voluntarios para el segundo viaje de Colón responde a la desmovilización de las tropas usadas en la Guerra de Granada; pero en general la vejez, el cansancio o la riqueza hicieron que

⁴ Citó a La Popelinière Gilbert Chinard, *L'exotisme américain dans la littérature française au xvi siècle d'après Rabelais, Ronsard, Montaigne etc.*, Paris: Hachette, 1911, p. 190, y tras él lo han recuperado otros autores (John Elliott, Woodrow Borah y quienes de ellos derivan); cf. sobre el predominio de hidalgos a Ángel Rosenblat, "Base del español en América: nivel social y cultural de los conquistadores y pobladores", *Revista de Indias*, año 31, núms. 123-124 (1971), pp. 13-75.

pocos de los participantes en dicha guerra se trasladaran a Indias: Pedrarias Dávila fue uno de ellos. Para los demás, una pequeña anotación de Bernal Díaz debe ponernos sobre aviso: cuando fue conquistada Tenochtitlán, nos dice, llegó de Castilla Gonzalo de Salazar, quien “decía él mismo que fue el primer hijo de cristiano que nació en Granada”.⁵ Aunque me parece inexacto, el dato nos ilustra sobre un aspecto fundamental: Gonzalo de Salazar, que contaba unos treinta años en 1522, pertenecía al mismo rango de edad que la mayoría de los conquistadores, es decir a los hombres que actuaron entre 1504 y 1534, cuyo promedio oscilaba entre los 25 y los 33 años, con lo cual queda claro que habían nacido después o en las postrimerías de la última campaña contra el Estado andalusí, es decir la guerra de 1482-1492: eran los epígonos de los luchadores de la Reconquista.

Por unos años la migración a Indias dependió de las posibilidades de otros teatros bélicos: la escasez de migrantes en torno a 1510 responde, junto a la decepción y a la relativa abundancia de esos años, al inicio de la política africana (e italiana) del rey Fernando; la reanudación de los viajes de reconocimiento en el Caribe posterior a 1511 responde a su aflojamiento.⁶ Luego, los grandes momentos de la política africana ensamban, como ya se ha visto, con los huecos de la americana y viceversa. Y había cambios de escenario: de los soldados que se admiraban ante Tenochtitlán, algunos “habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto”.⁷ Uno de estos conocedores del mundo debió de ser Diego de Marmolejo, quien en petición al Consejo de Indias señala sus méritos:

⁵ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México: Porrúa, 1944, tomo II, p. 167, cap. 169; cf. Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca*, México: FCE, 1956, I, 6, p. 24.

⁶ Demetrio Ramos, “Colón y el enfrentamiento de los caballeros: un serio problema del segundo viaje que nuevos documentos ponen al descubierto”, *Revista de Indias*, año 39, núms. 155-158 (enero-diciembre de 1979), pp. 9-88; Luis Arranz Márquez, “Emigración española a Indias y despoblación antillanas”, en Francisco de Solano y Fermín del Pino, eds., *América y la España del siglo XVI*, Madrid: CSIC, 1982, tomo II, pp. 63-91.

⁷ Bernal Díaz, *Historia verdadera*, tomo I, cap. 92, p. 173.

Pasé a las partes de África de Melilla y Cazaza, donde serví con mis armas y caballo y con dos mozos en las dichas fronteras, ayudándoles a sostener contra los moros enemigos de nuestra Santa Fe católica más de cinco años, y de allá fui en compañía de dicho mi capitán Gonzalo Mariño a la ciudad de Orán [...] y de allí me hallé en toda la guerra que en Tremecén se hizo contra Barba Roja, y de allí fuimos a conquistar la ciudad de Argel.

Émulo de Escipión, un miembro de la expedición a Venezuela de Losada, Antonio Pérez, que se había hallado con el emperador en la campaña de Túnez, era llamado el Africano, otros que figuran son Pedro Ozores de Ulloa, militar en Berbería bajo Portocarrero, comandante de La Goleta, participante en Lepanto, defensor de Túnez, cautivo en Argel 18 meses, que terminó como corregidor de Arica y muchos otros.⁸

Pero la mayoría no habían hecho parte de las grandes expediciones, sino que habían continuado un estilo saqueador inmemorial. Para ellos, el estilo de vida en la costa de África y las Canarias había sido el de las entradas saqueadoras en busca de riquezas y esclavos, continuación de prácticas que por siglos habían sido comunes en la frontera andalusí; en el Caribe fue también un medio de vida durante las primeras décadas: desde los presidios africanos o las Canarias se atacaban las poblaciones magrebíes, desde La Española las islas del Caribe, Yucatán o el Istmo. Cuando el Caribe quedó despoblado y las entradas a territorio africano fueron prohibidas, hubo un traslado al continente americano, ya en el plano de la conquista, de hombres como Agustín Delgado, de la hueste de Jerónimo Ortal, “que era tenido por hombre experimentado en negocios de guerra, por haberse hallado en algunas entradas de las que de las islas de Canarias suelen hacer a Berbería” y que hacía parte de un grupo al que cantó Juan de Castellanos:

⁸ Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, México: Antigua Librería Robredo, 1940, tomo III, p. 35; José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723), reproducción facsimilar de la edición hecha por Domingo Navas Spinola en Caracas en 1824, Caracas: Homenaje al Cuatricentenario de la Fundación de Caracas, 1967, p. 438; Hernando Sanabria Fernández, “Un compañero de armas de Cervantes en tierras del Alto Perú”, *Jr. of Inter-American Studies*, vol. 5 (1963), pp. 213-234.

Un don Pedro de Lugo los envía
 para hacer una jornada larga:
 son hombres de valor que en Berbería
 supieron bien jugar lanza y adarga.

Entre los expedicionarios que marcharon a Florida con Hernando de Soto, figuraban portugueses, algunos de los cuales “habían sido soldados en las fronteras de África”, y de ellos hacía parte Juan de Añasco, que pudo hacer gala de sus conocimientos de carpintería aprendidos como cautivo en Fez, donde también aprendió el árabe de manera que le permitió escapar sin ser reconocido en el camino. De otra marca, Orán, provenían algunos de los españoles que llegaron a América: Juan de Mena o Jerónimo de Sosa, asentado en Veragua (1535). Una vieja tradición familiar se adivina en la carrera de Juan Morlete, nacido en Arzila de un abuelo alemán, que en Nueva España llegó a ser en torno a 1575-1576 escribano real, familiar del Santo Oficio y protector de indios en el norte.⁹

Junto a estos hombres, había personajes de la administración civil o eclesiástica indiana con una experiencia previa con musulimes. Para limitarnos a algunos ejemplos prominentes mencionemos a Alessandro Geraldini, sacerdote humanista italiano (1455-1524), que había sido enviado por León X ante varias cortes europeas, incluyendo las de Hungría y Rusia, “pro foedere inter Christiani orbis capita conciliando adversus Selinum Turcharum tyrannum”, luego visitó Etiopía y por fin llegó a Santo Domingo en 1522, para ocupar el disputado puesto de primer obispo de Indias y el indiscutible de su primer poeta.¹⁰ Vasco de Quiroga había servido a Carlos V, como dice su biógrafo Cristóbal de Cabrera,

⁹ Fray Pedro de Aguado, *Recopilación historial de Venezuela*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963, tomo I, libro 6, cap. 1, p. 536; Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962, Parte I, Elegía XI, canto VI, est. 38; Parte I, Elegía XI, canto VI, est. 65; Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca*, México: FCE, 1956, I, 6, p. 23; III, 31, p. 266, p. 282; VI, 14, p. 423; *Catálogo de los pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII...* por Cristóbal Bermúdez Plata, Sevilla: Imprenta Editorial de la Gavidia, 1940, tomo I, 4174, tomo II, 622; Vito Alessio Robles, *Cohauila y Texas en la época colonial*, México: Cultura, 1938, p. 106n.

¹⁰ Leo M. Kaiser, “The earliest verse of the New World”, *Renaissance Quarterly*, vol. 25 (1972), pp. 429-439.

populis et gentibus, lo que hace pensar que se trataba de cristianos, moros y judíos; había servido luego en Orán, en 1525, como juez de residencia de un Corregidor acusado de haber despojado a las tres religiones; en 1526 desempeñó una misión diplomática ante Abdulá, rey de Tremecén, que resultó en el tratado firmado el 12 de agosto de 1526; luego estuvo en contacto con fray Hernando de Talavera;¹¹ Antonio de Mendoza, el primer virrey de Nueva España (1535-1550), que provenía de una familia que en siglos anteriores había estado en frecuente contacto, amistoso u hostil, con el Islam: su abuelo Íñigo López de Mendoza había combatido a los moros, su padre había sido el primer gobernador cristiano de Granada, y su madre tenía antecedentes judíos y moros; su hermano Diego Hurtado de Mendoza, conocedor del árabe, fue uno de los cronistas de la guerra de Granada y había rescatado de manos del sultán de Turquía manuscritos griegos; otro hermano participó en la expedición de Túnez. Criado en la Alhambra, el virrey se hallaba acostumbrado a la ropa, comida y mobiliario moro, así como al trato con sirvientes moriscos; entre sus tutores figuraban Pedro Mártir de Anglería, enviado a una misión en Egipto (1501), y Hernán Núñez, converso que sabía griego, latín y árabe.¹²

3. Tradiciones, recuerdos y lecturas

LA experiencia principal fue entonces la de los frentes del Mediterráneo. Había algunos recuerdos frescos en torno a la cercana Guerra de Granada, como muestra la frecuencia del topónimo *Santa Fe*, que retomaba el novedoso nombre de la fundación de los Reyes Católicos frente a Granada, la mención de la Peña de los Enamorados por Colón, del conde de Durueña y Pedro Girón, su hijo, conocidos por Bernal Díaz “porque estos cuentos decía Pedro de Ircio muchas veces”.¹³ Pero al lado de este episodio postrero de la

¹¹ Rafael Aguayo Spencer, *Don Vasco de Quiroga; taumaturgo de la organización social*, México: Oasis, 1970, pp. 15ss.; Francisco Miranda Godínez, *Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás*, Morelia: Fimax, 1972.

¹² J. Ignacio Rubio Mañe, *El virreinato*, México: FCE/UNAM, 1983, 1:216ss; Peggy K. Liss, *Mexico under Spain 1521-1556; society and the origins of nationality*, Chicago & London University of Chicago Press, 1975, pp. 56-57.

¹³ Bernal Díaz, *Historia verdadera*.

Reconquista era recordado sobre todo el mundo norteafricano y turco-egipcio: al leer que ciertos indios “se mudan como alárabes” hay que considerar que en el vocabulario de la época (más afín al uso tradicional árabe que el nuestro), *árabes* son los beduinos; los moriscos tan nombrados no siempre son los de la península: antes de adquirir este significado, el nombre designaba laxamente a los musulimes blancos; los genízaros y mamelucos llevados al vocabulario indiano también pertenecen al mundo turco-egipcio y no al andalusí.

Claro está que había también de la Reconquista recuerdos familiares o grupales: muchos pobladores llegaban de los dominios extremeños de la Orden de Santiago; otros arrastraban apellidos como Farfán de los Godos, Ladrón de Guevara o Cabeza de Vaca, que real o presuntamente aludían a episodios de la Reconquista, y pertenecían a comunidades como las que había trasladado la campana de la iglesia de San Miguel en Nuevo México, que se decía remontaba al año 1356, fundida en la lucha contra los moros.¹⁴ Su imaginario queda evidenciado por las menciones en ámbito indiano de personajes de larga fama en aquella frontera: Pelayo y el Cid, o Rolando, que de Francia había pasado a España y de ahí había continuado su recorrido hasta Goa y América; también famosos fueron otros personajes que históricamente son bastante oscuros, pero hacían parte del mundo heroico de los bandos, como Pedro Carbonero.

Un caso singularmente revelador de este tipo de conexiones familiares es el de Hernán Cortés, emparentado con Alonso de Monroy, maestre de Alcántara, la figura dominante de la frontera extremeña en el siglo xv, participante en la toma de Antequera, y del cual habría derivado el conquistador de Nueva España estilos de mando, de arenga militar, de atención a los presagios, de trato hacia los vencidos y de escritura.¹⁵ Paradójicamente también iba a

¹⁴ L. Bradford Prince, *Spanish mission churches of New Mexico*, Glorieta, NM: The Río Grande Press, 1977, p. 102.

¹⁵ Federico Gómez de Orozco, “¿Cuál era el linaje paterno de Cortés?”, *Revista de Indias*, n. 31-32 (1948), pp. 297-306; John H. Elliott, *España y su mundo 1500-1700*, Madrid: Alianza, 1990, pp. 56-57; William Mejías-López, “Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos”, *Bulletin Hispanique*, tome 95 (1993), pp. 623-646.

retomar esta tradición el mestizo Garcilaso de la Vega, quien señalaba con orgullo su parentesco con Garci Pérez de Vargas, cuyas hazañas continuó cuando participó en la represión de las rebelión morisca de las Alpujarras. Y quien carecía de éstos antecedentes podía inventarlos, hacerlos inventar o magnificarlos, como hicieron los Pizarro por obra de su vate oficial Tirso de Molina, quien se preocupó también de señalar cómo la voluntad de acción de Gonzalo lo había hecho reñir con el preceptor del palacio, vedándole para siempre el camino del alfabetismo.

Hay que contabilizar igualmente un camino libresco. Los primeros asentamientos coincidieron con el auge de la literatura popular de caballerías, cuya abundante huella entre los conquistadores ha sido ya estudiada.¹⁶ Junto a las aventuras fantásticas de Amadís y sus sucesores, que fueron crecientemente incorporando temas islámicos, la literatura popular incluía una gran proporción de escritos semilegendarios sobre la Reconquista, en parte derivados de relatos tradicionales, como la novela del Cid. No faltó quien en Indias tratara literariamente estos temas. Fue gracias a estas influencias que se reciclaron temas medievales y se adaptaron a América: ahí los españoles, “que por gran negocio y nobleza de nuestra prosapia traemos en la boca a cada paso el Cid y a Bernardo del Carpio”,¹⁷ según confiesa uno de ellos, devolvieron a Santiago una popularidad que se estaba agotando en 1492.

Se explican así las actitudes que dieron motivo a la burla teatral: los *Coloquios* de Fernán González de Eslava presentan a la Adulación que toca esa tecla al dirigirse al Gusto: “Dame aquesa caperuza / señor Gusto, sin contrastes / pues sois vos el que matastes / en Granada al moro Muza”; para luego mencionar “a un hidalgo de esta tierra, a quien encajé la letra diciéndole que le vi hacer maravillas en lo de Granada y que le dieron una cuchillada que

¹⁶ Irving Leonard, *Los libros del conquistador*, México: FCE, 1959, especialmente el capítulo 2; véase la reseña de Pierre Chaunu, “Les romans de chevalerie et la conquête du Nouveau Monde”, *Annales. ESC.*, 10 (1959), pp. 216-228, Ida Rodríguez Prampolini, *Amadis de América: hazañas de las Indias como empresa caballeresca*, México: Academia Nacional de la historia, 1992.

¹⁷ Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del remo de Chile* (hacia 1580), en Francisco Esteve Barba, ed., *Crónicas del reino de Chile*, Madrid. Atlas, 1960 (*Biblioteca de Autores Españoles*, tomo 131), p. 399 (¿escribe Mariño o su eclesiástico corrector?)

tiene en el rostro en la toma de Túnez, y lo creyó, no habiendo él ni yo en toda nuestra vida salido de México ni llegado a Texcoco".¹⁸

4. *La terminación de la Reconquista*

NUTRIDO de lecturas y tradiciones sobre la Reconquista, el hipotético cruzado de Texcoco tenía una idea de ésta mucho más compacta que los historiadores modernos. Recordemos que el nombre de Reconquista, aunque no el concepto, remonta sólo al siglo XVIII, unificando un largo proceso, que en la Edad Media se distinguía por cuatro rasgos básicos: era una empresa que aspiraba a la repoblación, la cual debía poner en valor los territorios, más que a la conquista; esta repoblación no siempre era posible en zonas fronterizas, que se convertían entonces en región de saqueo y exacción de tributo; si en cambio se lograba llegar a un acuerdo con los musulimes, se establecía una relación de interdependencia entre éstos y los conquistadores cristianos, para los cuales trabajaban aquéllos; por último, después de la conquista de Sevilla de 1248, y el ingente número de musulimes que fueron integrados a los dominios cristianos, se hizo necesaria una convivencia entre éstos, los cristianos y los judíos, que fue peculiar de la penúltima fase de la Reconquista. De este modo, las guerras se caracterizaban en cuanto a sus operaciones por la lentitud y una fuerte iniciativa nobiliaria, y en cuanto a sus resultados, por la participación económica de los vencidos, su paulatina conversión e integración en la estructura feudal española.

Por varios motivos, después de la Peste Negra del siglo XIV y las guerras civiles desatadas en España, tal modelo de Reconquista fue desapareciendo: la guerra con Granada, a partir de 1482, fue una campaña monárquica llevada a cabo con un ingente aparato bélico y gran violencia; después de la rendición, las relaciones entre vencedores y vencidos siempre fueron tensas. La conquista de las Canarias (1478-1526) significó un apartamiento mayor del modelo, y la de las islas del Caribe su fracaso completo. Los

¹⁸ Fernán González de Eslava, *Coloquios espirituales y sacramentales*, ed., pról. y notas de José Rojas Garcidueñas, México, Porrúa, 1958, coloquio tercero (1574), tomo I, pp. 73 y 93.

motivos fueron la distinta geografía y clima, que obligó a una adaptación biológica y cultural de los conquistadores, el desgaste de un modelo y la brecha cultural mucho mayor que la existente con los adversarios mediterráneos, pero también el ya referido endurecimiento de la frontera intercivilizacional en los comienzos de la Edad Moderna y la nueva etapa de guerra entre la Cristiandad y el Islam que llenó el siglo XVI. Al llegar a México, ya los españoles habían abandonado totalmente las finalidades que habían sido propias de la Reconquista, sin asumir ningún modelo que las reemplazara; resultado fue un exterminio de proporciones que la Edad Media no había conocido. Sólo en Filipinas el desarrollo de un nuevo tipo de conquista, fiscalizada por la Corona, permitió planificar desde un comienzo la cristianización y asimilación de las poblaciones.¹⁹

Pero sí estos procesos fueron históricamente multicambiantes, el imaginario los uniformaba y los encajaba en una estructura mítica. Mary Gaylord ha propuesto ver el nacimiento de tal estructura en el episodio de la Pérdida de España, donde la Cava-Florinda, especie de Eva hispana, fue culpable de una Caída que exigió a las generaciones posteriores un siempre renovado esfuerzo de incorporación de lo perdido, la Reconquista, que en rigor no termina nunca. En efecto, prosiguió cuando los moros fueron expulsados de la península; recuerda Gaylord al respecto el apego de los españoles a la leyenda, quizás precortesiana pero reelaborada por ellos, acerca de la figura de Cortés como un Quetzalcóatl que regresa para recuperar su antiguo dominio.²⁰

El esfuerzo por incorporar la historia indiana en las coordenadas míticas de España ha ocultado algunas dimensiones más amplias, europeas, de dicha historia.

¹⁹ Sobre la continuidad y ruptura, véase Morin, "De la Reconquista à la Conquista" y Anthony M. Stevens-Arroyo, "The inter Atlantic paradigm: the failure of Spanish medieval colonization of the Canary and Caribbean islands", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 35 (1993), pp. 515-543;

²⁰ Gaylord, "Spain's Renaissance conquests and the retroping of identity"

5. *El Mediterráneo oriental*

JUNTO a los españoles, existieron, por lo menos en los primeros tiempos, aventureros extranjeros provenientes de las regiones fronterizas con los musulimes: “No crea el lector, señala Fernández de Oviedo, que todos son españoles los que estos errores han hecho, que ninguna lengua falta acá de todas aquellas partes del mundo que haya cristianos [...] húngaros [...] griegos [...] y de todas las otras naciones de Asia y África y Europa”. Con Cortés y Pizarro militaron húngaros, y más tarde encontramos hasta un apellido célebre, Pedro Romano Corbino, ujier de la vianda de los príncipes de Hungría, que solicita “los oficios de fundición de México y alguacilazgo de la Vera Cruz”.²¹ Este posible pariente de Matías Corvino había realizado el anhelo de muchos de sus compatriotas, acosados por el Turco y por el dominio austriaco, anhelo que expresó el poeta y estadista Miklos Zrinyi (1620-1664): “Dicen que en el Brasil hay suficiente tierra desocupada, solicitemos pues una provincia del rey de España, hagamos una colonia, seamos ciudadanos”. De otras fronteras con el turco llegaron más tarde, como soldados y misioneros, croatas, checos, eslovacos y polacos. A ellos se deben, entre otras cosas, ciertos cultos exóticos difundidos en América que se transparentaron en la onomástica: san Juan de Capistrano, san Juan Nepomuceno, san Estanislao Kostka, Santiago Odrowaz.²²

Un avenida para la llegada de otros extranjeros era el servicio en la marina: había ciertas prohibiciones generales, pero la escasez de tripulación hizo que repetidamente se establecieran excep-

²¹ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (1548 ca.), ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959, 2. parte, Libro xxiv, cap. 4 (vol. 2, p. 400); “Relación de los oficios vacantes en América 1565”, en *CODON América*, vol. 11, p. 123.

²² Janusz Tazbir, “La conquête de l’Amérique à la lumière de l’opinion polonaise”, *Acta Poloniae Historica*, 17 (1968), pp. 5-22; Tibor Wittman, “En torno a los misioneros de Hungría en América española (siglo xviii)”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Bd. 6 (1969), pp. 150-157; Janusz Tazbir, “La connaissance de l’Amérique chez les habitants de la République Nobiliaire aux xvi-xvii siècles”, *Acta Poloniae Historica*, 60 (1989), pp. 5-32; Adám Anderle, “La imagen del Nuevo Mundo en Hungría de los siglos xvi-xvii”, en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*. V Congreso Internacional de Historia de América, Diputación Provincial de Granada, 1994. vol. iii, pp. 47-50.

ciones o se desconociera la ley y se los reclutara. En 1590 y 1595 se admitían marineros extranjeros, si católicos. En 1616 ya se les da nombre: “Por la gran falta de marineros para el despacho de las armadas y flotas de las Indias, dispensamos con los levantiscos y algaravios para que puedan ser admitidos con moderación”, aunque no podían quedarse en la Indias.²³ Estas categorías comprendían a individuos provenientes de los países al oriente de España, y podían ser italianos, pero la prudencia pedida en su reclutamiento nos señala que se trata de individuos del Mediterráneo oriental; la religión cristiana y la condición marinera a su vez hacen adivinar su proveniencia de tres marcas de la frontera turca: griegos, malteses y ragusinos.

Los primeros eran los más abundantes. Jerónimo de Mendieta aconsejaba a Juan de Ovando apartar a los españoles y mestizos, que andan vagando y “no se sabe si son españoles, ni si franceses ni ingleses, ni si son griegos o latinos, ni si son cristianos o paganos”. Una carta a los inquisidores de 1580 señala lo difícil que era controlar el ingreso de extranjeros, y que de este modo entraban a Indias muchos provenientes de Francia, Flandes o Grecia y se quedaban en Perú. Por su nombre descubrimos a Juan Griego, vecino de Yaquimo, Santo Domingo, que estuvo en Cuba entre 1514 y 1518, y de allí pasó con Cortés a México y Guatemala, terminando como encomendero en Atoyaquillo. Otros cinco griegos se contaban entre los encomenderos de Nueva España. En Perú llegaron algunos con los conquistadores, como Pedro de Candía, originario de Creta, artillero semialfabeto que había servido a las órdenes de España contra los turcos; fanfarrón en sus relatos (confirmaba así el juicio de san Pablo, Tito 1: 12), se convirtió tras la conquista en un rico encomendero, que reunió a otros griegos en su séquito: hacia 1541 éstos eran unos 15 o 20, y a fines de siglo 72. Y hay otras muchas menciones.²⁴

²³ *Disposiciones complementarias de las Leyes de Indias*. Madrid: Saenz Hermanos, 1930, II, 63. 4 (1590 y 1595); *Recopilación de las Indias*, por León Pinelo (1635), ed. y est. prel. Ismael Sánchez Bello, México: Porrúa/UNAM, 1992, lib. 3, tit. 13, 7 (1616)

²⁴ Hay muy abundantes menciones; recoge los distintos testimonios sobre los griegos en Perú James Lockhart, *The men of Cajamarca: a social and biographical study of the first conquerors of Peru*, Austin & London: The University of Texas Press, 1972, pp. 129-135, más completo que Alexander Kitroeff, *Griegos en América*. Madrid: MAPFRE, 1992.

Además de los griegos, bajo cuyo nombre es de sospechar que se escondía una variedad de individuos de lengua griega pero de origen tanto helénico como eslavo o albanés, encontramos a malteses y ragusinos, al extraño fray Tomás, “diácono de la Tierra del Preste Juan”, llegado en 1528, y no faltó a la diáspora armenia e incluso curda su representación en Indias: armenios fueron un minero que encontramos en Perú, o un rapaz sacerdote partido de Mardin a la caza de limosnas en Indias; y curdo Hanna al- Mausuli, quien escribió en árabe un relato de sus viajes por Indias (1675-1685), junto a otros individuos cuya entrada sin permiso la autoridad debió prohibir.

6. *Entre dos aventuras*

TALES presencias en América señalaban cómo ésta se había incorporado a los teatros de la aventura. Y con el tiempo se fue convirtiendo en el terreno privilegiado.

Al alejarse del Gran Capitán, comenta Oviedo, “los unos se fueron a sus casas; otros, a la guerra de África, otros, a la de Navarra; otros tiraron a la Italia; e otros, a las Indias, de los cuales fui uno por mis pecados”.²⁵ División de horizontes que también realizaron los hermanos Vargas Machuca, quienes sacrificaron sus vidas, “uno en América y el otro en África, en propagar la ley verdadera y en quitar la vida a quien la niega”.²⁶ Cada opción presentaba sus ventajas y desventajas; la islámica poseía un largo prestigio, que los conquistadores de Indias debían igualar; no en vano Hernán Cortés se cree obligado a ensalzar a Tlaxcala con referentes musulimes: “Es muy mayor que Granada y muy más fuerte y de tan buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra”, y también hay entre ellos “toda la manera de buen orden y

²⁵ Juan Pérez de Tudela Bueso, “Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo”, estudio preliminar en Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. 1, p. xlii, donde cita un manuscrito autobiográfico de Oviedo.

²⁶ Citado en Miguel Ángel de Bunes Ibarra, “El descubrimiento de América y la conquista del norte de África: dos empresas paralelas en la Edad Moderna”, *Revista de Indias*, vol. 45, núm. 175 (1985), pp. 225-233.

policía, y es gente de toda razón y concierto, y así que lo mejor de África no se le iguala”.²⁷

Pero inalcanzable parecía la categoría santificadora de los territorios musulimes, adonde dos hermanitos planearon en cierta ocasión escaparse: “Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen”; de ellos una llegó a ser santa Teresa de Ávila, el otro, Rodrigo de Ahumada, murió muchos años después, pero en la expedición de Pedro de Mendoza que fundó Buenos Aires. “Es cierto que los religiosos mercedarios en estas provincias de Indias no llegan a alcanzar la gloria de ir a tierras de infieles a redimir cautivos”, se queja un cronista, aunque agrega que no sólo están dispuestos a hacerlo, sino que dan limosnas para el rescate. De los Doce Apóstoles novohispanos, varios habían querido iniciar su carrera en África del norte, y debió mediar alguna visión sobrenatural para desviarlos hacia Indias, aunque algunos reemprendieron más tarde el camino inicial, y fray Antonio Ortiz logró incluso la persecución a manos de los musulimes.²⁸ Con pocos mártires y escasísimos milagros, el Nuevo Mundo ofrecía pocos incentivos a los buscadores de santidad.

Quedaban la gloria guerrera, la literaria y las ganancias, dominios en los que tenía cada opción sus defensores y detractores. La aventura islámica era más gloriosa, repetían los cronistas portugueses: no había comparación entre la lucha contra los aguerridos musulimes y la que se llevaba a cabo contra unos indios desnudos; opinión parecida expresaba Benzoni, ensalzando las hazañas de los romanos contra las “bellicosissime e ferocissime nationi barbare dell’Oriente”.²⁹ Ercilla debió excusarse por introducir temas de

²⁷ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México: Porrúa, 1963, segunda carta, p. 45.

²⁸ Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida* (1565), ed., intr. y notas de Otger Steggink, Madrid: Castalia, 1986, p. 5; relata la primera vocación africana de algunos de los Doce Apóstoles novohispanos Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, edición preparada por el seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México: UNAM, 1975, libro XIX, cap. 21 (6: 83), libro XX, caps. 4 y 35 (6: 145 y 232).

²⁹ Girolamo Benzoni, *Storia del Nuovo Mondo* (1572), reimpr. Graz: Akad. Druck. u. Verlaganstalt, 1962, p. 50 (*Historia del Nuevo Mundo*, trad., intr. y notas de J. Manuel Carrera Díaz, Madrid: Alianza, 1989, libro I, p. 142); Benzoni habla de las gestas de los romanos y a continuación relata la desventura de Cortés en Argel.

alto coturno (San Quintín y Lepanto) “en lugar tan humilde” como es su épica chilena.³⁰ De manera distinta opinaba Bernal Díaz, quien no dejaba de equiparar la hazaña de Indias con las de Valencia o Granada, aunque no tuvieron ni la fama ni las recompensas que éstas; en cuanto a los peligros, no deja de citar al capitán Briones, quien había estado en Italia y tras una derrota a manos de los indios “respondió medio enojado, y dijo que juraba a tal que más quisiera batallar contra tiros y grandes ejércitos de contrarios, así de turcos como de moros, que no con aquellos zapotecas”. Quejándose del poco provecho realizado, Lorenzo Lebrón de Quiñones expresaba el deseo que fueran tan bien recompensados los que vinieron a Indias como “los que en Italia y guerras contra Francia y Turquía [...] han servido al rey”. El cautiverio en tierra de moros era retóricamente preferido a las penurias en Indias.³¹

Dos carreras resultan significativas. En medio de sus aventuras americanas, Gonzalo Fernández de Oviedo no perdía de vista lo que para él era el teatro de la gran historia: “Acá, en estos apartados reinos, aunque los que amamos vuestro real servicio no veamos lo que es dicho de estas grandes victorias de Vuestra Cesárea Majestad, tanta parte deste placer recibimos, como lo han de tener los que aman a su príncipe”; intentó conducir una expedición colonizadora nobiliaria a Panamá, cuyos integrantes serían recompensados con hábitos de Santiago y ya en la vejez se aprestaba con entusiasmo para marchar a la conquista de Tierra Santa, objetivo que siempre había tenido a la vista.³² La segunda carrera es la de Hernán Cortés, quien ilustra muy claramente la polémica que se desarrollaba: tras la conquista de México, que podía haber llenado el afán de renombre de otros, su tradición familiar de frontera resurgió en su aspiración a continuar su actuación en un escenario muslim; un secretario en España lo mantenía informado, entre otras cosas, de los asuntos

³⁰ Ercilla, “Al lector” en la segunda parte de *La Araucana*.

³¹ Bernal Díaz, *Historia verdadera*, tomo II, p. 357, cap. 207 y p. 366, cap. 210; p. 93, cap. 160; Carta de Lorenzo Lebrón de Quiñones, 1554, en Francisco del Paso y Troncoso, *Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, México: Antigua Librería Robredo, 1940, tomo VII, p. 254.

³² Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, libro I, introducción (1:12); sobre su proyecto de Tierra Santa, Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*. México: FCE, 1996. p. 215.

de Turquía; en carta de 1533 daba muestra a Carlos V de este interés por la guerra con el Turco, expresando su deseo de participar en ella, y la noticia de los preparativos contra Argel le hizo escribir al emperador desde Tehuantepec que “en estas partes por los religiosos que en ella residen se han hecho y hacen continuas oraciones [...] Certifico a vuestra majestad que ninguna cosa deseo más que hallarme en su servicio en tal jornada”.³³

Pero una vez en Argel, Cortés se tuvo que enfrentar a la frialdad de los militares acostumbrados a la guerra contra el Turco: no fue llamado al consejo de guerra del emperador, mientras sí lo fueron otros militares más jóvenes, sus opiniones fueron desoídas por los hombres de mar (aunque aprobados por los de tierra) y cuando se quejó de ello hubo un enfrentamiento significativo: “¿Qué piensa Cortés? ¿debe de pensar que ésta es guerra de gallos de papada, como la suya?”; y él habría respondido: “No pienso sino que es de gallinas; indio que vencí que se matara desnudo, sin armas, con vos armado, y os diera que hacer”.³⁴ Apócrifa o no, la discusión es interesante porque refleja una opinión de cuya difusión nos habla su presencia en el teatro, donde asistimos al mismo episodio:

Señor, como Hernán Cortés,
aunque son tantos sus hechos,
tuvo con gente desnuda
sus batallas y reencuentros,
gente al fin que se espantaba
de un caballo y de los ecos
de un arcabuz, imagina
que ha de ser aquí lo mismo.

³³ Memorial del licenciado Francisco Núñez acerca de los pleitos y negocios de Hernán Cortés, de 1522 a 1545, en *Documentos cortesianos*, ed. de José Luis Martínez, México: FCE/UNAM, 1990, tomo IV, p. 295: “Ningunas cosa se ofreció en España, Francia, Italia y Turquía, Inglaterra e Alemania de que no le envié copia”; Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, p. 508.

³⁴ La historicidad de los detalles es asunto que debería aclararse, véanse los relatos en Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarroja y La conquista de México*; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias (noticias históricas de Nueva España)*, México: S.F.P. 1949, capítulo 22, p. 84; como puede verse, los “gallos de papada” (guajolotes) y las gallinas simbolizan la cobardía del Nuevo y el Viejo Mundo respectivamente.

Esta guerra es diferente:
 los contrarios son tan diestros
 como nosotros; no saben
 tener a las balas miedo.³⁵

Confirma estos testimonios la evolución vista en el capítulo anterior: ideológicamente, la confrontación con el Islam tenía un prestigio que la empresa americana iba a alcanzar sólo más tarde. Posiblemente fue el siglo XIX el que inventó América como aventura; pero en el terreno de las ganancias, ya la conquista de Perú mostró la superioridad de oportunidades: en una alabanza que es un reflejo invertido de la que realizó Cortés, el cura sevillano Fernando de Contreras, al esbozar un plan de conquistas en Marruecos hacia 1540, escribe que “éste es el pequeño Perú, y ganado Fez es el muy grandísimo Perú y más cerca”. En otra notable inversión de situaciones, ya en el XVII se vio como, contrariamente a los Apóstoles novohispanos, los franciscanos y dominicos preferían ir a evangelizar las Indias y no el Magreb: aquí murió mártir en 1619 Juan de Prado, que no había podido lograr el permiso para pasar a Indias.³⁶

7. Renegados

MÁS comprensible puede resultar el traslado a Indias de muchos hombres si aludimos, junto al pasado peninsular, a la otra aventura que realmente podía compararse en cuanto a las posibilidades de fortuna y fama: no hacia los pobres presidios asediados, sino sirviendo en las huestes de los mismos musulimes: desde el siglo XIV, una corriente de individuos variamente llamados “conversos”, “renegados” o “turcos profesionales” se dirigía a tierras del Islam para hacer carrera como soldados, comerciantes o técnicos; mu-

³⁵ Comedia *La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel* (1625?), atribuida a Lope (OC, tomo XII, pp. 153ss), véase Albert Mas, *Les turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'or (recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris: Institut d'Études Hispaniques, 1967, tomo II, p. 27.

³⁶ Guillermo Gozalbes Busto, *Los moriscos en Marruecos*, Granada: Arte, 1992, p. 260; Ramón Lourido Díaz, “La Iglesia en Marruecos del siglo XIII al XIX”, en Henry Teissier y Ramón Lourido, *El cristianismo en el norte de África*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 85-86.

chos eran cautivos que se convertían para hallar una mejor vida, pero otros llegaban voluntariamente. Numerosos españoles, junto a individuos de todo origen, se hicieron musulmes, por lo menos formalmente. Y se encontraban en el camino con los moriscos expulsados de España. En 1591, el reino de Songay fue conquistado para el rey de Marruecos por un ejército comandado por el renegado español Yudar y compuesto por otros renegados españoles y por moriscos, todos los cuales hablaban en castellano; dotados de armas de fuego, llegaron a Timbuctú realizando fáciles masacres en el reino famoso por su oro; no es extraño que repetidas veces se haya comparado esta expedición con las de los otros conquistadores en el Nuevo Mundo.

Aventureros como Yudar hacía siglos que daban vuelta por las tierras del Islam, y por mucho tiempo se siguieron encontrando en Anatolia, Egipto o Marruecos, pero a un cierto momento se presentó la competencia de América. Ilustrativa es al respecto la historia personal de John Smith, soldado de fortuna, quien combatió a los turcos en Hungría, fue hecho prisionero de los tártaros y luego pasó al servicio de Marruecos (1604), para terminar como colono en Virginia y convertirse en el legendario amor de Pocahontas.³⁷ El camino inverso también se conoce: Anthony Shirley pasó del Caribe a Persia. Pero la ruta de América parece haber suscitado más entusiasmo y una de las razones del debilitamiento otomano desde el siglo xvii fue el menor flujo de soldados y técnicos europeos, que habían impulsado hasta entonces la adopción de las técnicas y las industrias de guerra más avanzadas.

³⁷ Véanse sobre Smith los artículos en las varias enciclopedias de historia estadounidense, como Jacob Ernest Cooke, *Encyclopedia of North American colonies*, New York etc.: Charles Scribner's Sons, 1993, vol II, pp. 487-488

Si la conquista de América fue un factor de peso en la estrategia de los Habsburgo para detener a los otomanos en el Mediterráneo, y a largo plazo en la construcción de la hegemonía mundial europea, también lo fue en la formulación del eurocentrismo como doctrina legitimadora de esta hegemonía. Desde hacía siglos, la alteridad tenía, para la Cristiandad mediterránea, un basamento religioso y se encarnaba en el muslim o el judío, pero a partir de la expansión europea y el conocimiento del hombre americano, la alteridad de los europeos iba a resultar mucho más compleja. El etnocentrismo primario de la Edad Media, en todo semejante a los otros etnocentrismos, fue sustituido por el complicado y único esquema que constituye el eurocentrismo.

1. El cambio en la etnografía

En el Mediterráneo de la Edad Media, la imagen etnográfica del mundo, sobre todo pero no exclusivamente en la cultura popular, era relativamente sencilla: existía un círculo poblado por una humanidad abrahámica, es decir los pueblos monoteístas que así se consideraban: judíos, cristianos y musulimes; más allá, un círculo más amplio lo formaban quienes no pertenecían a estas tradiciones, bien se sabía, pero por lo menos eran considerados de estirpe adánica, descendientes de Adán, diversos en cultura pero con la misma configuración física; luego se extendían otros pueblos con caracteres cada vez menos humanos, maravillas u horrores, o la boca del Infierno, como describen los viajes de Sindbad, el popular *Viaje de san Brandán* y la evocación dantesca de la última navegación de Ulises. Había también noticias sobre las civilizaciones del Asia oriental, que desde Abu Zeid hasta Pian de Carpini y Giovanni de Marignolli se transmitieron al Asia occidental y a Europa, o sobre las barbaries subsaharianas, boreales o pónticas, que los viajeros magrebíes, nórdicos o italianos alcanzaron a ver, y había alguna conciencia que dentro de las regiones abrahámicas mismas existían pueblos en regiones montañosas o boscosas que apenas tenían contacto con el resto de la sociedad, pero todo ello

chos eran cautivos que se convertían para hallar una mejor vida, pero otros llegaban voluntariamente. Numerosos españoles, junto a individuos de todo origen, se hicieron musulimes, por lo menos formalmente. Y se encontraban en el camino con los moriscos expulsados de España. En 1591, el reino de Songay fue conquistado para el rey de Marruecos por un ejército comandado por el renegado español Yudar y compuesto por otros renegados españoles y por moriscos, todos los cuales hablaban en castellano; dotados de armas de fuego, llegaron a Timbuctú realizando fáciles masacres en el reino famoso por su oro; no es extraño que repetidas veces se haya comparado esta expedición con las de los otros conquistadores en el Nuevo Mundo.

Aventureros como Yudar hacía siglos que daban vuelta por las tierras del Islam, y por mucho tiempo se siguieron encontrando en Anatolia, Egipto o Marruecos, pero a un cierto momento se presentó la competencia de América. Ilustrativa es al respecto la historia personal de John Smith, soldado de fortuna, quien combatió a los turcos en Hungría, fue hecho prisionero de los tártaros y luego pasó al servicio de Marruecos (1604), para terminar como colono en Virginia y convertirse en el legendario amor de Pocahontas.³⁷ El camino inverso también se conoce: Anthony Shirley pasó del Caribe a Persia. Pero la ruta de América parece haber suscitado más entusiasmo y una de las razones del debilitamiento otomano desde el siglo xvii fue el menor flujo de soldados y técnicos europeos, que habían impulsado hasta entonces la adopción de las técnicas y las industrias de guerra más avanzadas.

³⁷ Véanse sobre Smith los artículos en las varias enciclopedias de historia estadounidense, como Jacob Ernest Cooke, *Encyclopedia of North American colonies*, New York etc.: Charles Scribner's Sons, 1993, vol II, pp. 487-488.

no empañaba mucho la imagen antes evocada, que en sus rasgos principales era compartida desde Escandinavia hasta Persia y que se conservaba todavía en la reescritura del conocimiento etnográfico realizada en el siglo xv por Ibn Jaldún, John de Mandeville o Pedro Aliaco, reescrituras estas últimas que leyó Colón.

En Europa los cambios se empezaron a dar a partir del siglo xv. La historia de los contactos gentílicos del Papado medieval había sido hasta entonces esencialmente la historia de las misiones a China a través de las rutas centroasiáticas; luego, el ocultamiento chino en el horizonte desde el siglo xiv estuvo acompañado por el establecimiento de relaciones con las regiones de Asia y África que bordeaban el Islam. Numerosos indicios nos hablan de una mayor frecuencia de los contactos entre civilizaciones a partir de esta época, tal como fue evocado en el capítulo primero. De parte europea aumenta a partir del siglo xiv la presencia de embajadores, comerciantes, espías y peregrinos en regiones de Asia; entre los que más lejos llegaron hay que mencionar a Bartolommeo florentino, Bonajuto Albani, Girolamo di Santo Stefano, el ruso Atanasio Nikitin y, más conocido, Niccoló de Conti, que alcanzó la India e Indonesia, entre 1415 y 1439, cuando lo devolvió a Italia fra' Alberto da Sarteano, enviado por el Papado para contactar a abisinios y coptos; otro italiano, Beltramo Mignanelli, conocedor del árabe, viajero, estuvo en contacto personal con el mameluco Barquq, sobre el cual escribió una obra histórica, así como una biografía de Tamerlán y una *Informacio contra infideles*, en 1444, poco antes de la batalla de Varna, para favorecer la unión con los cristianos orientales; hubo también quienes llegaron al Sahara o a Guinea, o a la Abisinia del Preste Juan.

En la península ibérica, Hernando del Pulgar (1430-1493) notaba que nunca habían salido tantos caballeros castellanos en busca de aventuras, entre las cuales deben contarse los viajes a tierras del Islam de Pero Niño (1403-1410) y Pero Tafur (1438-1439) junto a la *Embajada al Gran Tamorlán* (1403-1406); en la cercana Valencia se pedían informes y libros sobre las tierras de Asia. Después de la toma de Granada, las peregrinaciones a Tierra Santa, antes raras, aumentaron y dejaron sus ecos literarios. En 1495 suscitó respuesta la embajada a los Reyes Católicos del desconocido rey cristiano de Georgia. Desde Portugal salieron las misiones del conde Barcelos y del infante don Pedro, hermano del rey João II; el primero visitó Tierra Santa y al segundo se le atribuyeron viajes hasta Asia Central; también de Portugal se originaron

las misiones de espionaje de Vasco de Oliveira (1449), João Afonso de Aveiro (1484) y por fin Pedro de Covilham y Afonso de Paiva, quienes en 1487, en vísperas de la circunnavegación portuguesa, llegaron a Abisinia y Adén.¹

El reflejo de estos contactos fue variado. En Portugal o Castilla hubo entre la nobleza una nueva afición a los hombres, animales y objetos de las tierras asiáticas y africanas, afición que Hyeronimus Münzer ilustra: serpientes, cocodrilos, leones y hasta un elefante que tenía un negro a su exclusivo servicio, en los dominios de un noble castellano. Paralelamente se manifestaba alguna aparición del tema en la historiografía, un fuerte interés por libros de viajes, leídos, traducidos y plagiados (*El libro del conocimiento*, Marco Polo, Mandeville, Clavijo, Breydenbach). En Italia comenzaba la gran producción en torno a los turcos, un auténtico género iniciado con la *Epistola de crudelitate Turcharum*, de Bartolomeo di Giano (1438) y la historia de Francesco Filelfo (1451).² En las artes visuales, en coincidencia con las residencias en Estambul y Egipto de algunos pintores, aparecían los primeros cuadros realistas del "Oriente" hacia fines del siglo xv: *San Marcos predicando en Alejandría*, de Gentile y Giovanni Bellini y *La disputa de Santa Catarina*, del Pinturicchio; en 1486 el *Viaje a Tierra Santa* de Bernhard von Breydenbach, obispo de Maguncia, fue el primer relato escrito de peregrinación con ilustraciones, de gran popularidad en toda Europa y con traducciones y plagios, entre otros, al castellano.³

¹ Junto a los textos originales, me han servido de guía las obras de Barbara W. Fick, *El libro de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile: Seminario de Filología Hispánica, Editorial Universitaria, 1976; *Libros españoles de viajes medievales (selección)*. Estudio preliminar, edición y notas de Joaquín Rubio Tovar, Madrid: Taurus, 1986; para la embajada de Georgia, Elguja Khintibidze, "Negociations between the Georgian and Spanish kings at the end of the fifteenth century", *Mediterranean Historical Review*, vol. 6 (1991), pp. 78-85.

² Sobre este primer orientalismo del siglo xv véase Angelo Michele Piemontese, "La lingua araba comparata di Beltramo Mignanelli (Siena 1443)", *Acta Academiae Scientiarum Hungaricae*, tome 48 (1995), pp. 155-170, y del mismo autor "Leggere e scrivere 'Orientalia' in Italia", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, vol. 23 (1993), pp. 427-453; Walter W. Fischel, "Ascensus Barcoch; a Latin biography of the Mamluk sultan Barquq of Egypt (1399) written by Beltramo de Mignanelli in 1416; rendered into English with an introduction and a commentary", *Arabica*, vi (1959), pp. 57-74 y 152-172; Agostino Pertusi, "I primi studi in Occidente sull'origine e la potenza dei Turchi", *Studi Veneziani*, 12 (1970), pp. 465-515.

³ Julian Raby, "Picturing the Levant", en Jay A. Levenson, ed., *Circa 1492: art in the age of exploration*, New Haven & London: Yale University Press, 1991, pp. 77-81; cf. Jacques Attali, *1492*, Barcelona: Plural, 1992, p. 82.

Los moldes tradicionales debían de estallar con tanta nueva experiencia. Dos autores clásicos, Tolomeo y Heródoto, resucitaron entonces; el segundo sacudió por fin la fama de mentiroso que había tenido desde la Antigüedad y sus métodos, que aspiraban a la descripción de instituciones sociales y culturales de pueblos ajenos, sin documentos escritos, volvieron a ser practicados. Más aún: fueron combinados por primera vez con el método usado por Tucídides, que aspiraba a describir desarrollos políticos, militares y diplomáticos de la propia sociedad del escritor: las historias turcas de Paolo Giovio realizaron esta combinación.⁴ En otro terreno, nacían descripciones que reflejaban el primer conocimiento que tuvo la Cristiandad europea de pueblos “primitivos”, experiencia que se dio en las islas atlánticas. Como preanuncio del desarrollo americano, este encuentro provocaría, junto a la masacre, la reflexión protoetnográfica.⁵ Es sintomático que en la carta del rey Duarte de Portugal a Inocencio IV se hable por primera vez de la necesidad de “civilizar” a los canarios, paralela a la de cristianizarlos, mientras el término de *bárbaros*, que en la Edad Media había asumido una connotación religiosa (bárbaros eran principalmente los paganos), retomaba su acepción grecorromana, siendo asociado a niveles culturales.⁶

Estos cambios de visión se difundían en la sociedad europea gracias a la mayor producción de manuscritos, y más tarde a la imprenta y el papel, y al creciente número de ciudades, de hombres letrados, de universidades, de laicos interesados en los libros. Muchos tratamientos hacen énfasis en el carácter medieval de la cosmovisión de Colón sin observar los elementos de novedad que hay en él: la naturaleza es el fuerte reconocido de sus descripcio-

⁴ Arnaldo Momigliano, “El lugar de Heródoto en la historia de la historiografía” (1958), en *La historiografía griega*, Barcelona: Crítica, 1984, pp. 134-150; V. J. Parry, “Renaissance historical literature in relation to the Near and Middle East”, en Bernard Lewis & P. M. Holt, eds., *Historians of the Middle East*, London: Oxford University Press, 1962, pp. 277-289.

⁵ Fermín del Pino, “Canarias y América en la historia de la etnología primigenia: usando una hipótesis”, *Revista de Indias*, año 36, núms. 145-146 (julio-diciembre de 1976), pp. 99-156; Felipe Fernández Armesto, *Before Columbus: exploration and colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, London etc: Macmillan, 1987, cap. 9, “The mental horizon”.

⁶ La trayectoria del término es ésta en un sentido amplio, ya que las acepciones medievales parecen haber sido más variadas, véase W. R. Jones, “The image of the Barbarian in Medieval Europe”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 13 (1971), pp. 376-407; art. “Barbari”, en *Enciclopedia Italiana*, Roma: Treccani, 1949, vol. vi, pp. 123-124 Federico Chabod, *Historia de la idea de Europa*, Madrid: Universidad Complutense, 1992, pp. 31ss

nes, en contraste con el interés de Marco Polo por las ciudades y el mundo cultural; pero Colón y sus sucesores en la descripción de Indias también portadores de novedades etnográficas: no sólo una mayor exactitud del conocimiento y algún apartamiento del desdén hacia los paganos, sino también las técnicas de observación y descripción de lo extraño. Se trata de novedades etnográficas paralelas a otras del llamado Renacimiento, y alguna relación entre ellas ha de haber: posiblemente el estudio de la Antigüedad clásica permitió mayor apertura para observar otras culturas, alejadas no en el tiempo sino en el espacio; pero también es posible que la observación y descripción del detalle, visibles del mismo modo en las nuevas técnicas pictóricas, en el trazado de mapas y en el análisis científico, hayan sido alentados por la necesidad de describir los nuevos horizontes geográficos que se abrían ante la mayor cantidad de exploradores, de peregrinos o de viajeros.⁷ Se ha subrayado la decisiva novedad del descubrimiento de los canarios primitivos, pero también tienen su papel los cambios consecuentes a la creación de los imperios islámicos modernos.

2. *La identificación de los enemigos*

DE manera que cuando los europeos llegaron a América, los viejos modelos etnográficos estaban en crisis. Aquí terminaron de perecer. En el Caribe, ante siete lenguas distintas de indígenas cercanos entre sí, Amerigo Vespucci dudaba sobre la clasificación derivada del Génesis cap. 10: "Se dice que en el mundo no hay más de 77 lenguas, y yo digo que son más de 1000, porque sólo aquellas que yo he oído son más de 40".⁸

Ejemplificaba con ello dudas extendidas. Es cierto que hubo alguna continuidad de la etnografía medieval en época moderna, en libros de cosmografía y en pasajes de crónicas, mientras algunos de las poblaciones o portentos situados más allá de la humanidad adámica se reencuentran con insistencia en Indias: el caso de

⁷ Véase el análisis de las relaciones entre Descubrimientos y Renacimiento en John Howland Rowe, "The Renaissance foundations of anthropology", *American Anthropologist*, vol. 67 (1965), pp. 1-20; John H. Elliott, "Renaissance Europe and America: a blunted impact?", y Thomas Goldstein, "Impulses of Italian Renaissance culture behind the age of discoveries", ambos en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. 1, pp. 11-23 y 27-35.

⁸ Carta de Amerigo Vespucci, en Francisco Morales Padrón, *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*, Universidad de Sevilla, 1990, p. 221.

las Amazonas es el más célebre, pero también estaban los cinocéfalos, el fénix y los unicornios. De todos modos, es sabido que estos temas no tuvieron larga vida y se fueron difuminando después de la Conquista. Lo mismo sucedió con las categorías básicas de la división confesional, que sólo por algún tiempo sobrevivieron a la acrecentada experiencia: cuando Vasco de Gama y sus hombres llevaron a Portugal la noticia que los indios de Calicut eran cristianos, aunque imperfectos, se trataba de una reflexión nacida al observar que, aunque civilizados, los indios no eran musulimes, y sostenida contra toda evidencia. La lógica decía que el que no era muslim debía de ser cristiano o judío. Abundaron más las inferencias complementarias: el que no era cristiano debía de ser muslim o judío: como se ha visto anteriormente, las ideas de una contaminación islámica de los amerindios asomó en algunos autores de la primera época, en parte debido a las primitivas creencias sobre el carácter asiático del Nuevo Mundo, confiante con los mares de Arabia, que tardaron en disiparse, pero también por la abundante producción plástica en la que, a falta de otra inspiración o por la limitación de modelos accesibles, se endilgaron típicos atributos musulimes a América, resultando por mucho tiempo poblada por camellos, hombres con turbantes o un Moctezuma con barba, la cual era un atributo típicamente judeomuslim hasta el siglo xvi.

Pero aun cuando la identificación lisa y llana desapareció con bastante rapidez, no sucedió lo mismo con la que predicaba alguna homogeneidad entre musulimes y amerindios, debida a cierto deslizamiento más o menos inconsciente de atributos. Por siglos, los exotismos habían llegado de tierra islámica, y por inercia se siguió nombrando a productos americanos como si tuvieran ese origen: el maíz fue llamado *milho marroco*, *millo mouro*, *grano de Turquía*, *frumento turchesco*, *blé sarrazin*; el guajolote *turkeycock* o *türkische Henne*;⁹ tempranamente Moctezuma y sus súbditos figuraron en el lugar tradicional del enemigo muslim en los juegos de Moros y Cristianos de Andalucía y aparecieron las numerosas asimilaciones onomásticas de las crónicas de la Conquista, por las cuales los indios son llamados alárabes, sus templos mezquitas y sus sacerdotes alfaquíes. Las primeras propuestas evangelizadoras echaron mano de la escasa doctrina existente

⁹Edward F. Tuttle, "Borrowing versus semantic shift. New World nomenclature in European languages", en Chiappelli, *First images*, vol. II, pp. 595-611, p. 599

para la conversión de los musulimes y judíos. En América la caracterización de todo enemigo como muslim siguió imperando, como se ve en la efigie maya popularmente conocida en Yucatán como “el moro Muza”, en los omnipresentes juegos de Moros y Cristianos y en formas hasta extremos curiosas: en 1710 un grupo de marineros novohispanos decidió agradecer su victoria naval cerca del Cabo San Lucas contra un grupo de piratas ingleses; éstos aparecen, en el retablo entonces tallado, ataviados con turbantes y vestidos a la morisca.¹⁰

Identificado con el enemigo, el amerindio cargó con los tradicionales defectos de judíos y moros: éstos eran impíos, lascivos y sodomitas, y análogamente lo fueron los indios, asimilados a la estirpe de Agar, como los sarracenos; Manuel de Nóbrega descubría que los indios de Brasil “son tan bestiales como los moros”; Diego de Landa escribía que en el bautismo veían los indios “la gloria que ellos esperaban, en la cual, según en la de Mahoma, habían de usar de manjares y bebidas”; sin pruebas, Cortés acusó a los mexicas de sodomía, acusación tradicional contra los moros; la expresión “paraíso de Mahoma” fue aplicada a regiones de Centroamérica y Paraguay donde no regían las restricciones sexuales del cristianismo europeo. Lope de Vega, en el *Arauco domado*, supone que los araucanos sometían a sus mujeres a la misma reclusión que los moros (nos preguntamos cómo sería ello posible en un mundo nómada sin habitaciones fijas). La inferioridad de la naturaleza americana, tal como la estudió Antonello Gerbi, era un remozamiento del tema de la inferioridad natural de Asia, que aplicada al imperio otomano se ve en un escrito de Juan Luis Vives. La concepción que hallamos detrás de estas expresiones es la de una identidad básica entre todo aquello que no fuera lo propio.¹¹

Las manifestaciones embrionarias de esta actitud pueden haber sido el uso de términos de origen árabe por Colón, revelador en algunos casos de comparaciones implícitas: “almaizar”, llama a un pañuelo de las indias mayas, “alfaneques” a las tiendas taínas. Un poco más allá llegan los primeros cronistas: Ramón Pané señalaba que los indios “lo mismo que los moros, tienen su ley ex-

¹⁰ Arturo Warman Gryj, *La danza de Moros y Cristianos*, México: SEP, 1972 (*Septentinas*, 46); el exvoto figura en *Dones y promesas: 500 años de arte ofrenda (exvotos mexicanos)*, México: CCAC/Fundación Cultural Televisa, 1996, p. 74.

¹¹ Lope de Vega, *El Arauco domado* (1625), acto segundo, en Arturo Souto Alabarce, ed., *Teatro indiano de los Siglos de Oro*, México: Trillas, 1988, pp. 132-133; Juan Luis Vives, *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco* (1526), en *Obras completas*, ed. de Lorenzo Riber, Madrid: Aguilar, 1948, tomo II, p. 58.

puesta en canciones antiguas, por las cuales se rigen, como los moros por la escritura". Este pasaje, escrito aproximadamente en 1498, posiblemente derivara de un entrenamiento previo su novedosa comparación directa entre un elemento cultural americano con otro islámico: Ramón Pané, sacerdote mallorquín, debía a las enseñanzas de Ramón Llull la agudeza de percepción hacia la diferenciación cultural. Después de él, Pedro Mártir de Anglería, que había visitado Egipto en calidad de embajador de los Reyes Católicos, abunda en este tipo de referencias.

Lo que en Colón es embrión, en Pané comienza y en Anglería método adquirió pleno desarrollo en los autores de los siglos XVI y XVII, que florecieron en todo tipo de comparaciones: el calor africano y las especias de Arabia, camellos, casas moriscas, albornos, lanzas africanas, adornos, zambras, lengua árabe, la costumbre de cubrirse la cara con tatuajes, tizne o herrajes, la vida nómada, los santones, el empalamiento, la circuncisión, las leyes de la herencia, la formación de los ejércitos, los señalamientos mediante fuegos son algunos de los símiles utilizados para explicar las que se consideraban análogas peculiaridades americanas. Para hacer inteligible a Tlaxcala, se la compara con Granada, a Tenochtitlán con Estambul, a la corte de Moctezuma con la de los moros de Granada, de aposentos "muy amoriscados" y con riquezas "cual no las vio jamás de Arabia el Moro", mientras la triste suerte del monarca es semejante a la de Boabdil. Los ejemplos se pueden multiplicar con facilidad.¹²

Es útil señalar que comparaciones complementarias se utilizaron para la ilustración del mundo muslim: considerando las calidades morales, el autor del *Viaje de Turquía* (1550 aprox.) apunta que "en lo que yo he andado, que es bien la tercera parte del mundo, no he visto gente más virtuosa y pienso que tampoco la hay en las Indias, ni en lo que he andado, dejando aparte el creer en Mahoma". También la descripción de Tierra Santa del padre Juan Ceverio de Vera (1596), quien había vivido muchos años en Perú, contiene abundantes comparaciones entre los paisajes y los habitantes de América y los del Islam: "Los espaciosos llanos de Egipto jamás ven agua del cielo, como los de Trujillo y Lima de Perú"; "semejantes a estos robadores árabes son los valientes indios que llaman putinames"; los cocodrilos del Nilo son como "los lagartos

¹² Observaciones y citas sobre este tipo de comparación intercultural abundan, da numerosos ejemplos Luis Weckmann, *La herencia colonial de México*, 2ª ed., México 1er., 1992, pp. 187-188.

de agua, que en las Indias llaman caimanes”; así también los santos, los pescadores, las comidas: “Su principal sustento son unas raíces dulces que sacan debajo de la tierra llamadas hab azis, que son dulces como almendras y las comen cocidas y deshechas como los indios las batatas”.¹³ Pero estos ejemplos son más bien escasos: el Islam se explicaba por sí solo, América necesitaba puntos de comparación.

3. *El modelo orientalista*

Si una concepción implícita acerca de la homogeneidad del Otro influyó en un primer nombramiento, descripción y clasificación de la desconocido, para después desarrollarse en lo que era una nueva metodología descriptiva, queda por averiguar por qué el predominio en ello de la simbología musulma. Los modelos que los europeos poseían eran variados, y los pueblos reales o imaginarios de la antigüedad bíblica o clásica, de la Europa y del Asia antiguas y modernas ofrecieron abundantes elementos de comparación: los hebreos, egipcios, griegos, persas, germanos, iberos, celtas o chinos de la historia o de la etnografía, además del “hombre salvaje” de la mitología europea. En el territorio de Indias la comedia del Siglo de Oro o los grabados de las imprentas alemanas muestran leones o amazonas junto a indios que adoran a Apolo; los escritos etnográficos de Bartolomé de Las Casas o de Juan de Torquemada están llenos de referencias a los citados pueblos pre o extraeuropeos y las analogías en ellos inspiradas también serán parte sustancial de las argumentaciones en torno a los orígenes americanos.

Ante tan fuerte competencia, motivos principales del predominio islámico fueron sin duda la mayor cercanía a la experiencia cotidiana de muchos de los llegados o el hecho que las otras humanidades estaban lejos de poseer la riqueza de caracterizaciones de los musulmes, pero esto último se debió también a que el “descubrimiento” de América fue paralelo a un cierto “descubrimiento” del Islam. A lo largo de la Edad Media, los países de la Cris-

¹³ *El viaje de Turquía* (1557), ed. de Fernando García Salinero, Madrid: Cátedra, 1980; sobre Ceverio de Vera, Albert Mas, “Indiens et Turcs (d’après Juan Ceverio de Vera)”, *Travaux de l’Institut d’Études Ibériques et Latino-Américaines* (Strasbourg), 15 (1975), pp. 64-84; Analola Borges, “Comentario a un relato del siglo XVI sobre el Nuevo Mundo”, *Anuario de Estudios Atlánticos*, n. 26 (1980), pp. 351-398; Miguel Ángel Bunes Ibarra, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*, Madrid: CSIC, 1989.

tiandad griega y latina habían elaborado en torno a los musulimes una serie de ideas que solían estar basadas en una enorme cantidad de elaboración fantástica; la imagen resultante está hecha de reminiscencias clásicas para la geografía, de crítica hostil para la religión y de interés muy superficial. Esto es cierto también para las regiones donde cristianos y musulimes convivían: Tierra Santa, Rusia, España; en esas regiones una “ideología del silencio” se había impuesto para hacer posible en la práctica la convivencia que la doctrina no toleraba.¹⁴ La nueva hostilidad a partir del siglo XIV estuvo acompañada por un mayor conocimiento: los viajeros italianos a Tierra Santa dieron muestra de donde cada vez más precisos de observación etnográfica¹⁵ y desde mediados del siglo XV se produjo la gran masa de escritos turcógrafos, con información sobre el origen, las instituciones y el carácter del nuevo enemigo. Los primeros de ellos, los citados Bartolomeo di Giano y Francesco Filelfo, tenían un abierto carácter propagandista, pero la reflexión posterior fue de más aliento; Nicolás de Cusa (1460) intentó un estudio filológico e histórico preciso del Corán, mientras se daba la inclusión de los turcos en el derecho internacional por obra de los juristas franceses, la creación de la primera cátedra de árabe en París (1539), la aparición de gramáticas, diccionarios y ediciones de textos árabes, persas o turcos y de protoorientalistas como Guillaume Postel (1510-1581) y Escalígero (1540-1609).

Este nuevo campo de estudio hizo que se cambiara la imagen en blanco y negro de la Edad Media por otra mucho más matizada, que llegó a incorporar una inédita valoración positiva, como la que ofrecieron Teodoro Spandugino (1520) y Ogier Ghislain de Busbecq (1589). El interés por los turcos hacía parte de un interés general europeo por etíopes, chinos, japoneses y moscovitas, junto a amerindios y junto a los pueblos primitivos de la misma Europa (reales o imaginarios, como los habitantes de Las Batuecas en el corazón de España), pero dominaba a todos ellos. El Turco constituyó el primero de los espejos que fueron conformando la imagen de Europa (y en este caso, el nombre mismo de *europæos*, que difundió Enea Silvio Piccolomini, se originó por oposición al

¹⁴ Charles J Halpern, “The ideology of silence: prejudice and pragmatism on the medieval frontier”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26 (1984), pp. 442-466

¹⁵ María Carreras Goicoechea y Raffaele Pinto, “Los viajes de italianos a Tierra Santa”, en R. Escavy, H. Hernández Terrés y A. Roldán, eds., *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística Nebrija I Centenario*, Universidad de Murcia, 1994, vol. III, pp. 25-34.

revigorizado enemigo); la cantidad de libros, folletos y hojas volantes que se le dedicaron constituye la mayoría en la literatura etnográfica del siglo XVI: en Francia fueron entre 1480 y 1609 el doble de los dedicados a América.¹⁶

No es difícil ver la influencia de esta literatura sobre la americanística: Pedro Mártir de Anglería había escrito una *Legatio babylonica* sobre su embajada a Egipto antes que sus cartas sobre el Nuevo Mundo; Francisco López de Gómara participó en la expedición de Argel y fue autor de una *Vida de Barbarroja* antes de escribir la de Cortés; Antonio de Herrera, primer cronista mayor de Indias, es el probable autor de la *Crónica de los Turcos* reelaboración española de la de Giovanni Maria Angiolello.¹⁷ Hay algunos indicios del carácter modélico de la literatura orientalista: la Constantinopla de la *Embajada al gran Tamorlán* recuerda la Tenochtitlán de Hernán Cortés o Bernal Díaz.¹⁸ Entre los libros presentes en América, atestiguados por catálogos o menciones, figuran algunas de las historias de los turcos tan en boga en Europa (Paolo Giovio, Juan Sagredo, Juan Sapiencia), descripciones e historias de África, itinerarios de viajes a Tierra Santa (como los de Francisco Guerrero, Pantaleão de Aveiro y Antonio Castillo). Las crónicas de Paolo Giovio sobre la guerra turca encontraron en Indias a un crítico ampliamente informado, Gonzalo Jiménez de Quesada, quien en su *Antijovio* describió en detalle hechos de los campos de batalla otomanos sobre los cuales el cardenal italiano se había equivocado.

No es extraño entonces que el primer americanismo haya derivado algunos temas del orientalismo. Más tarde la experiencia del mundo americano llegó a crecer en tales proporciones que despla-

¹⁶ Myron P. Gilmore, "The New World in French and English historians of the sixteenth century", en Chiappelli, *First images*, pp. 519-527.

¹⁷ Fernando Fernández Lanza, "Antonio de Herrera y Tordesillas, primer cronista mayor de Indias, autor probable de la *Crónica de los Turcos*, fuente manuscrita española de la segunda mitad del siglo XVI, fundamental para un sólido conocimiento del islam turco y para la reconstrucción de la mutilada *Historia Turchesca* de Giovanni Maria Angiolello", *Estudios de Historia Social y Económica de América* (Universidad de Alcalá), n. 13 (1996), pp. 279-303; Ljiljana Pavlovic Samurovic, "Crónica de los Turcos de Antonio de Herrera y Tordesillas (caps. VII, IX, X y XI): una síntesis de la historiografía y las letras renacentistas", en María Cruz García de Enterría y Alicia Cerdón Mesa, eds., *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional del Siglo de Oro*, Universidad de Alcalá, 1998, tomo II, pp. 1159-1167.

¹⁸ Alicia Martínez-Crespo, "Los libros de viajes del siglo XV y las primeras crónicas de Indias", en Manuel Criado de Val, ed., *Literatura Hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento*, Actas del Congreso Internacional, Barcelona: RPU, 1989, pp. 423-430.

zó a los escritos turcógrafos en España, país que se iba a convertir en el centro del saber americanista (hasta el siglo XVIII) mientras iba descuidando los estudios orientalistas, al tiempo que París y Lovaina los creaban. El Turco y el Moro reinaron en la literatura española del Siglo de Oro a partir de 1580, y desde esa misma fecha fueron desapareciendo de su ciencia. El contacto entre los dos saberes había sin embargo podido darse con algunas consecuencias de bulto.

4. *La comparación estructural*

LA comparación en sí no constituye ningún recurso novedoso en la pluma de quienes quieren explicar lo desconocido con alguna alusión a lo familiar, pero en la etnografía indiana son importantes en cuanto constituyen etapas en la formación de lo que va a ser la gran novedad de la etnografía moderna, el método comparativo estructural. Frente a descripciones como las de Heródoto, Marco Polo o Ibn Batuta, atentos a la singularidad de los hechos etnográficos, Francesco Guicciardini parece haber sido el primero en distinguir entre la masa de "indios" a distintos grados de cultura.¹⁹ Luego a partir de algunos autores coloniales, y del padre José Acosta en forma señalada, comenzó el rastreo de series de similitudes entre culturas distintas, clasificándolas de acuerdo con un examen de los datos empíricos en torno a sus instituciones políticas, creencias y lengua, con el fin de distinguir la serie de peldaños de una escala civilizatoria. A partir de un Otro indiferenciado, típico de la mayoría de las etnografías, los europeos modernos desarrollaron la compleja y matizada visión que constituye el eurocentrismo.

Las dimensiones de catálogo de los pueblos y de relato de la historia universal de este eurocentrismo tuvieron como constructores privilegiados al orientalismo y al americanismo, que se complementaron mutuamente. En un primer momento, como se vio, la reflexión de los turcógrafos suministró un punto de referencia al primer americanismo, y éste a su vez reflujo sobre la reflexión ante el Islam. El carácter pragmático que había tenido el primer orientalismo se vio también en la literatura sobre Indias; es significativo que Acosta viera en ellas un laboratorio para estudiar al

¹⁹ Perle Abbrugiati, "Christophe Colomb loué et desavoué par Guichardin", en José Guidi & Monique Mustapha, eds., *Christophe Colomb et la découverte de l'Amérique: réalités et réinterprétations*, Aix. Université de Provence, 1994, pp. 179-190

hombre no cristiano y que las lecciones aprendidas allí pensaba se aplicarían a otros lugares como India, China, “Etiopía” e incluso las montañas de Calabria y de Granada; su mérito fue haber establecido una conexión entre los bárbaros amerindios y los de Asia, como no se había hecho antes. La obra de Acosta se convirtió en un clásico, con muchas ediciones y traducciones, usado por la orden jesuita en América y también en Calabria, Asturias, el norte de África y Filipinas; sólo sería suplantado por Clavigero y Raynal en el siglo XVIII. Influyó sobre obras de historia general como las *Relationi universali* (1608) de Giovanni Botero y sobre una de las enciclopedias más leídas del siglo XVII, *Les empires, royaumes, estats, seigneuries, duchez et principautez du monde*, de Pierre d’Avity (1614).²⁰

Se establecía así una escala civilizacional. No había duda del superior papel en ella de los musulimes: los turcos gobernaban civilizadamente (“políticamente”) sus Estados, y sólo la negativa de seguir a Cristo los hacía condenables, podía decir Diego de Covarrubias. Pero había aspectos en que la ventaja era de los indígenas, aunque pequeña: “per boves et pecora campi intelligimus infideles, praesertim sarracenos” afirmaba Palacios Rubios; la norma era pensar que los indios, aunque defectuosos en comparación con los europeos, eran moralmente superiores a los musulimes. Como anotaba el visitador Heitor Furtado de Mendoca en 1593, las gentes de Brasil “no son enemigos del nombre de Cristo como lo son los turcos y moros”, y comparando la distinta actitud ante la evangelización, fray Diego Valadés señalaba que “Mauri vero quantum ego accepi, nihil unqua sponte sua recte fecerunt nisi verbis et verberibus impelletur”. Y la superioridad moral de los indios derivaba de su capacidad para adaptar la civilización europea: eran capaces de *imitar* rápidamente, se dijo desde un principio (lo mismo que Julio César había predicado de los galos), y sobre todo eran capaces de cristianización, aunque la idea de edificar una Cristiandad superior en Indias no se mantuvo mucho tiempo.

Y en esto encontramos la primera diferenciación dentro del eurocentrismo. Como han visto los críticos del orientalismo a partir de Edward Said, el oriental es una proyección a la cual los europeos atribuyen todas las características negativas de las cuales quieren liberar su propia imagen. Es irreductible en su error. El

²⁰ Lo anterior sigue a Anthony Pagden, *La caída del hombre natural: el indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Madrid: Alianza/Quinto Centenario, 1988.

americano, en cambio, fue el prototipo, que después se iba a ramificar en muchos otros, del hombre natural, que era posible transformar, convertir. Este personaje tenía antecedentes en el pensamiento grecorromano y en el árabe, pero reencarnó en Europa tras el primer encuentro con pueblos primitivos: se señaló entonces que eran pueblos "sin secta", es decir no cristianos pero tampoco contaminados por el judaísmo o el islam. Ramón Llull (1232-1315) y el infante Juan Manuel (1282-1349) refieren la posibilidad de una virtud y un conocimiento entre los no cristianos; sobre su huella, Mosén Diego de Valera (1412-1488) ofrecerá una imagen de amplio éxito posterior: la del pagano respetuoso de la ley natural y con virtudes precristianas, como es el caso, decía inspirado en John Mandeville, de algunos pueblos de la India.²¹

Esta fantasía de hombres "sin secta" reapareció en los relatos de Cristóbal Colón o de Vaz de Caminha, entre otros. Traducía al ámbito psicológico un rasgo que todos podían (o creían) ver en los indígenas del Caribe o del Brasil: éstos carecían de ropa. Como notó Stephen Greenblatt, las sociedades del Viejo Mundo estaban obsesionadas por el simbolismo vestimentario: la ropa indicaba la riqueza y la posición social, como todavía lo hace, pero también el estado civil y la religión. Un hombre desnudo revelaba que su alma también lo estaba; los mismo indicaba el hecho que carecieran de lenguaje: sólo pronunciaban sonidos que querían serlo; por todo ello, esta humanidad era como una tabla rasa, estaba dispuesta a recibir las enseñanzas que se le iban a transmitir.²²

· Cuando la civilización europea alcanzó más vigor y autoconciencia, atribuyó esta capacidad de redimirse mediante la imitación a cantidad de otros pueblos, incluyendo, desde el siglo XIX, a los musulimes, pero el americano resultó ser el espejo más llamativo y hacia él dirigieron crecientemente las miradas los europeos. Durante siglos, los varones de la Cristiandad latina se habían distinguido de los musulimes y los judíos por su ausencia de barba. Al arribar al Nuevo Mundo anotaron, acertadamente o no, que su modalidad lampiña era compartida por los amerindios, cuya escasa pilosidad empezó a convertirse en un rasgo básico de las

²¹ Para este análisis y las citas correspondientes, véase Alain Milhou, "El indio americano y el mito de la religión natural", en *La imagen del indio en la Europa moderna*, Sevilla: csic/Fundación Europea de la Ciencia/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1990, pp. 171-196

²² Stephen J. Greenblatt, "Learning to curse. aspects of linguistic colonialism in the sixteenth century", en Chiappelli, *First images of America*, vol. II, pp. 561-580.

descripciones. Que los europeos comenzaran a portar barba a partir del siglo XVI es un hecho, y en alguna medida, aunque con seguridad la causalidad no es tan directa, el cambio nos señala que el Otro por excelencia, del cual había que distinguirse, no era ya el judío/muslim, sino el amerindio.²³

²³ Elliott Horowitz, "The New World and the changing face of Europe", *Sixteenth Century Jr.*, 38 (1997), pp. 1181-1201.

Los desarrollos que hasta aquí he tratado de seguir se han centrado en la historia del Viejo Mundo. Un tratamiento igualmente extenso debería considerar qué resultados tuvo en la historia de América el hecho que su conquista se realizara en el curso de una guerra mucho más vasta y antigua. En la espera de ese tratamiento, quiero señalar aquí que las repercusiones fueron de peso hasta nuestros días. Como es sabido, muchas características de las sociedades latinoamericanas contemporáneas derivan de la peculiaridad del momento de la Conquista; y este momento estuvo marcado por la lucha contra el Islam. Más allá de estas afirmaciones, el aquilatamiento de la influencia ha dado lugar a afirmaciones especulativas, con escasa base o erradas de algunos autores, o al absoluto abandono de la cuestión por obra de la mayoría. Se está repitiendo en gran parte lo ocurrido en la historiografía sobre España en cuanto al mismo problema: después de siglos de invectivas, ignorancia y descuido, sólo los historiadores de nuestro siglo tomaron en cuenta con seriedad la herencia judía y musulma en el desarrollo español, con bríos a partir de la obra de Américo Castro.

De este lado del Atlántico, las formulaciones de Castro dieron lugar a una polémica interesada exclusivamente en el papel de España en Europa, polémica que protagonizaron las discípulas de Claudio Sánchez Albornoz desde Buenos Aires, mientras Castro contestaba desde Princeton. Pese a los escenarios americanos, muy pocos se interesaron en las implicaciones de la discusión para la historia de nuestro continente. Fuera de algunas frases de Claudio Sánchez Albornoz sobre América, que es preferible olvidar y análogas vaguedades de Castro, el aporte empezó cuando Leopoldo Zea recogió algunas sugerencias de este último, sosteniendo que la secular convivencia de judíos, cristianos y moros en la Península explica la convivencia que aquí pudo

establecerse entre españoles e indios. Con un desarrollo mayor, aunque desinformado en ocasiones, Nelson Manrique señaló otras posibles implicaciones de la situación española en el momento de la Conquista.¹

Ambos autores han mostrado una problemática, pero el trabajo por hacer es aún enorme; los equívocos historiográficos ligados al macizo término de *Reconquista* se trasladan a América originando equívocos aún mayores. Repito que la Reconquista no fue un proceso homogéneo y que no podemos hablar de su traslado allende el Atlántico, que sólo algunos de sus elementos realizaron. Esto tiene su importancia en el momento de considerar la aludida cuestión de su herencia; si para la España medieval Américo Castro y Sánchez Albornoz notaron un contradictorio movimiento de *simbiosis* y *antibiosis*, en América recibimos un contradictorio legado de hibridez cultural y tendencia a la uniformidad.

1. La herencia de la hibridez

Cabeza de Moro llamaron los hombres de Hernán Cortés a un caballo rosillo muy bueno; *El Turco*, apodaron los expedicionarios de Vázquez de Coronado a un guía indio y fue también el nombre de cierto perro; *La Morisca*, se llamaba con razón o sin ella la encomendera peruana María de Olivares.² Nombres y apodosos recuerdan una vez más que los hombres de la conquista venían de un medio donde la presencia real o imaginaria del muslim era cotidiana y llegaba hasta el proverbio: “cuanto más moros, más

¹ La calurosa guerra fue resumida en el libro de José Luis Gómez Martínez, *Américo Castro y el origen de los españoles: historia de una polémica*, Madrid: Gredos, 1975; Leopoldo Zea se ha ocupado con frecuencia del tema de la influencia árabe, y concentró sus ideas en el artículo “Sentido y proyección de la cultura latinoamericana y de la árabe”, en Manuel Rodríguez Lapuente y Horacio Cerutti, eds., *Arturo Andrés Roig, filósofo e historiador de las ideas*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1989, pp. 335-343; Nelson Manrique, *Llegaron los sarracenos: el universo mental de la conquista de América*, Lima: 1994.

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México: Porrúa, 1955, cap. 178, p. 477; George P. Hammond & Agapito Rey, *Narratives of the Coronado expedition 1540-1542*, Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1940; José Antonio del Busto Duthurburu, *Historia General del Perú, Descubrimiento y conquista*, Lima: Studium, 1978, p. 530.

ganancia”, repetía Cortés a los suyos; preguntar por las indias que se pierden, dice con sorna Bernal Díaz, “era como quien dice buscar a Mahoma en Granada, o escribir a mi hijo el bachiller en Salamanca”.³

De esa convivencia peninsular se habían originado multitud de rasgos culturales que cristianos y musulimes compartían: términos, técnicas, modas, psicología. La idea de una semejanza causaría el rechazo de los españoles de la época, pero era percibida por los extranjeros. El polaco Nicolás de Popielovo notaba a fines del siglo xv que las diferencias entre los sarracenos y los cristianos en Andalucía, Portugal y Algarves eran mínimas, y se limitaban a la religión; para los italianos, la asimilación de españoles con judíos y moros era común y según Giovanni Cornaro era España parecida a los desiertos de Libia y a los campos africanos. El motivo fue retomado por los enemigos de España: Antonio Pérez desde su exilio inglés señalaba la poca diferencia entre españoles y moros, y cómo los primeros fácilmente caían en la apostasía. El siglo xix ahondó en estas semejanzas: la expresión “África empieza en los Pirineos” tuvo ecos entusiastas entre los pensadores latinoamericanos como Domingo Faustino Sarmiento, que explicaban así con facilidad las causas del atraso que habían heredado. Unas décadas más tarde, los individuos de origen árabe presentes en América continuaron en la poco fecunda senda de las comparaciones, sólo que invirtiendo la valoración, y señalando aprobadoramente la herencia árabe en América.⁴

³ El proverbio lo citan Bernal Díaz, *Historia verdadera*, cap. 43, p. 309, cap. 178, p. 477 y Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (1548 ca.), ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959, Libro xxiv, cap. 4 (iv:300) (“a mi hijo Mahoma en África” dice éste); se hace entendible para quienes saben que “Mahoma” (Muhammad) no sólo fue el nombre del Profeta sino que es también muy común entre los musulimes.

⁴ Algunas acusaciones a los españoles aparecen en los estudios dedicados a la Leyenda Negra antiespañola: Julián Juderías, *La leyenda negra* (1914), Madrid: Swan, 1986, pp. 172-173; Sverker Arnoldsson, *La leyenda negra: estudios sobre sus orígenes*, Göteborg: Acta Universitatis Gothoburgensis, 1960, pp. 91ss. William S. Maltby, *La leyenda negra en Inglaterra: desarrollo del sentimiento antihispánico 1558-1660*, México: fct., 1968, p. 115; Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra: historia y opinión*, Madrid: Alianza, 1992, p. 27; para comparaciones de lo americano con lo árabe, véase a Yauad J. Nader, en el prólogo a su traducción árabe del *Martín Fierro*, Buenos Aires: Is ed., 1956

Dar cuenta de la multitud de semejanzas señaladas es de poco provecho: aspecto físico y psicología, decía Sarmiento; el nombre y *ethos* del gaucho argentino, proponía Yauad Nader;⁵ se ha hablado de apellidos y vocabulario,⁶ comida, “tapadas” limeñas,⁷ juegos y festividades,⁸ arte mudéjar,⁹ música,¹⁰ técnicas (uso de camellos, el arado egipcio, la irrigación por medio de *qanat*), metrología,¹¹ legislación,¹² instituciones como la alcaicería y la alhóndiga.¹³ Gráficamente se nos muestra esta influencia en el atuendo del encomendero de Yanhuítlán, tocado con turbante ante sus dominios oaxaqueños.¹⁴ Por mi cuenta, agregaría que la más probable explicación de la práctica de la clitoridectomía en regiones de América sea alguna influencia de musulimes negros.¹⁵

⁵ Manuel Toussaint, *Arte mudéjar en América*, México: Porrúa, 1945; Luis Weckmann, *La herencia medieval de México*, 2ª edición, México: FCE, 1992.

⁶ Véase Weckmann, *La herencia medieval*, pp. 548-586 y el sabroso artículo de Cristina Barros y Marco Buenrostro, “El islam en la cocina mexicana”, *La Jornada*, 24/xii/1996, p. 30.

⁷ Silvio Zavala, prólogo a Antonio Rodríguez de León Pinelo, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres: sus consecuencias y daños* (1641), Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1996; George M. Foster, *Cultura y conquista: la herencia española en América*, Xalapa: Universidad Veracruzana, 1985, p. 174; Raquel Chang-Rodríguez, “Tapadas limeñas en un cancionerillo peruano del siglo xvii”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 28 (1978), pp. 56-62.

⁸ El juego de cañas y la fiesta de la Candelaria, Weckmann, *La herencia*, p. 128.

⁹ Toussaint, *Arte mudéjar*; Weckmann, *La herencia*, pp. 556-557.

¹⁰ Eduardo Lira Espejo, “Posibles raíces árabes en la música latinoamericana”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), n. 222-223 (1975-1976), pp. 44-49; existe también un artículo de Samuel Haro, “Herencia musical de las tres Españas en América”, *Revista Musical Chilena* (Santiago), 43:171 (1989) del que sólo conozco un resumen publicado en el *Hispanic American Periodical Index*.

¹¹ Weckmann, *La herencia*, p. 398.

¹² Puede no verse, ya que nada dice, el artículo de Annie Lemistre Pujol, “El legado del islam en la legislación de Indias”, en *Memoria del Simposio Hispanoamericano sobre las Leyes de Indias* (San José, Costa Rica, octubre de 1981), Madrid: Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

¹³ Wilhelm Hoenerbach, “Das kolonialzeitliche Amerika und der Islam”, *Zeitschrift für Romanische Philologie*, Bd. 84, Heft 1-2, pp. 1-19.

¹⁴ Toussaint, *Arte mudéjar*, p. 44; John McAndrew, *The open-air churches of sixteenth-century Mexico*, Cambridge: Harvard University Press, 1965, p. 389; el Códice de Yanhuítlán fue publicado, aunque he extraviado la referencia.

¹⁵ Para no alargar el tema, aquí solamente señalo que la clitoridectomía no es una práctica islámica: existe entre algunas poblaciones musulimas y entre otras que no lo son, principalmente en regiones africanas; refiere explícitamente su origen a musulimes negros J. J. Dauxion Lavaysse, *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional* (1813), Caracas: ucv, 1967, p. 15.

Más etéreos parecen los argumentos que aporta Debbané, quien encuentra algunos rasgos “árabes” en la población brasileña: dulzura en el trato a los esclavos, ideal de la mujer gorda, gusto por la limpieza. A estas observaciones Gilberto Freyre agrega otras tan poco concluyentes: la costumbre de los niños de cantar en coro, la preferencia por tapetes y esteras en vez de sillas y sillones, el gusto por las comidas aceitosas y azucaradas, la religión “carnal”;¹⁶ un aspecto de esta última, la concepción de Dios adoptada por la Inquisición, es el calco del Dios terrible del Corán,¹⁷ el paraíso que describía fray Pedro de Córdoba tiene toques coránicos;¹⁸ Ikram Antaki no deja de apuntar como parte del legado moro en México la ironía, la visión de la mujer puramente corporal, sin alma, una cierta ligereza (presente, en todo caso en este tratamiento suyo).¹⁹

Posiblemente algunos de estos rasgos tengan un origen islámico o árabe, pero considerarlos como una esencia del islam o del arabismo revela cierto grado de “orientalismo”;²⁰ en otros casos se trata de elementos de un amplia área cultural, que el

¹⁶ Gilberto Freyre, *Casa grande e senzala* (1933), Brasilia: Universidad de Brasilia, 1963, pp. 266ss. Freyre cita el trabajo de Nicolás J. Debbané, *L'influence arabe dans la formation historique, la littérature et la civilisation de peuple brésilien*, El Cairo: 1911. He oído repetir algunas de sus afirmaciones en la ponencia “Presencia árabe en el Brasil”, IV Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África (Acapulco), noviembre de 1992.

¹⁷ Vidal Abril Castelló, *Francisco de la Cruz, Actas I: anatomía y biopsia del Dios y del derecho judeo-cristiano-musulmán de la conquista de América*, Madrid: csic, 1992 (*Corpus Hispanorum de Pace*, tomos 29-31).

¹⁸ Weckmann, *La herencia*, p. 305.

¹⁹ Ikram Antaki, “Al encuentro de nuestra herencia hispanoárabe”, en Guillermo Bonfil Batalla, comp., *Simbiosis de culturas, los inmigrantes y su cultura en México*, México: FCE/CNCA, 1993, pp. 65-109. La autora promete un libro sobre el tema, del que no he tenido noticias; el tratamiento del artículo revela algunas buenas intuiciones pero también cierta apresurada copia de *El legado del islam* y de Toussaint: mayor detenimiento habría hecho saber a la autora que no fue Felipe II quien expulsó a los moriscos, y que Zumárraga de hecho nunca trajo moriscos a México.

²⁰ La mujer gorda no constituyó un ideal de belleza tan general como el folklore, Hollywood y los autores del *Príncipe Valiente* suponen; otra opinión es fácilmente asequible hojeando la literatura erotológica musulma, o coplas populares sobre el motivo de “La disputa entre la Gorda y la Flaca”. Del mismo modo, aunque las costumbres higiénicas hayan imperado en el Islam con más rigor que en Europa, no se trata de un rasgo universal; el papel destacado de la mujer en la cultura andalusí parece ser una fantasía de los apologetas actuales, que recoge con insistencia Ikram Antaki; en cuanto al suave trato a los esclavos, los apologetas musulmes reproducen los argumentos con los que se quería demostrar que la esclavitud griega era una especie de adopción benévola.

tiempo hizo desaparecer de las regiones cristianas y conservó en las islámicas: esto sucede con el velo femenino, utilizado en la Hélade luminosa y recomendado por los padres de la Iglesia: el estilo mudéjar, de *origen* musulmán, como han visto estudiosos recientes, ya había sido adoptado por la Cristiandad en el siglo xvi; a todo ello hay que agregar que la cultura material y espiritual de los últimos moriscos se caracterizaba por una extrema pobreza, de la cual mal pudo haber derivado el mudéjar iberoamericano. La presencia de topónimos como Matamoros o Mahoma, o de antropónimos como Velásquez Mudarra, Hernando Tarifa y Diego de la Mezquita, son muy poco concluyentes: recordemos que este último apellido fue el del defensor de Malta ante el asalto otomano de 1565.

Y por sobre todo, la explicación que se presenta de estos rasgos islámicos es vaga: a veces es señalada la convivencia de frontera anterior a la conquista, a veces la llegada de individuos de origen moro como la responsable: se habla entonces de moriscos o de los prisioneros de guerra hechos por los portugueses en Marruecos; Manuel Toussaint presenta como elemento de sospecha (que ya es casi certeza para Ikram Antaki) que el auge del mudéjar en América floreció casualmente después de la expulsión de los moriscos en 1612;²¹ otros muestran la evidencia de un mayoritario contingente andaluz.²²

El asombro originador de estas explicaciones parte del anacrónico asombro ante la hibridez, que no tiene en cuenta cómo la uniformidad fue la tendencia de la “cultura española” (término que es también abuso conceptual) sólo a partir del siglo xvi, mientras que antes compartía con el resto de Europa la diversidad como rasgo esencial.²³ En ese medio nació Cristóbal Colón, quien

²¹ Toussaint, *Arte mudéjar*, p. 9, que repite Guadalupe Avilez Moreno, “El arte mudéjar en Nueva España en el siglo xvi”, *Anuario de Estudios Americanos*, tomo 37, pp. 1-15.

²² Entre otras cosas porque Andalucía era puerto de salida de individuos que provenían de las más variadas regiones, pero que muchas veces figuraban como andaluces en los registros.

²³ Se exponen aquí ideas de María Rosa Menocal, “Al-Andalus and 1492. the ways of remembering”, en Salma Khadra Jayyushi, ed., *The legacy of Muslim Spain*, Leiden, New York, Köln: E. J. Brill, 1992, pp. 483-504.

nunca escribió italiano porque no conocía su expresión escrita, obligado al dialecto, al polilingüismo y a las lenguas francas, todo lo cual reencontró en las Indias: “no se entienden los unos con los otros, más que nosotros con los árabes”, escribió el 7 de julio de 1503, al penetrar en la Babel caribeña. En los reinos españoles se combinaba la diversidad cultural con la religiosa. Era así porque, paradójicamente, la frontera medieval española, contrariamente a la moderna, se mostraba extremadamente permeable; y a ambos lados las sociedades eran mosaicos culturales.

2. *Hacia la uniformidad*

TAL situación fue combatida por el nuevo espíritu imperial español, que marchó de la hibridez al casticismo, en una evolución empobrecedora que le hizo perseguir toda huella que pudiera recordar la diferencia religiosa²⁴ y fue borrando más discretamente las diferencias dialectales. Es el mismo camino que, con otros medios, persiguió el Estado moderno por toda Europa occidental. Con ello, la porosidad anterior desapareció rápidamente y, como ya se señaló, el siglo XVI fue el de la creación de una nueva, y más maciza, frontera entre las dos orillas del Mediterráneo. La Inquisición, la conversión forzosa y la expulsión de alógenos fueron los medios relativamente novedosos que se usaron desde el último cuarto del siglo XV.

En América existió una evolución paralela y más veloz: fruto de un fenómeno espontáneo, ya la primera generación de criollos estuvo plenamente castellanizada, desapareciendo el vasco, catalán o gallego de las tierras americanas y uniformándose el castellano como no lo estaba en España; menos espontáneamente, se quiso que también los indios se castellanizaran, y mientras, trataron de ser uniformemente reducidos al nahua, quechua y guaraní. Para citar las palabras de Antonio Tovar:

Lo hispano en América se reduce y selecciona, se unifica y pierde su variedad originaria. La cultura conquistadora o donante se simplifica e

²⁴ Henry Méchoulan, *El honor de Dios*, prólogo de Julio Caro Baroja, Barcelona: Argos Vergara, 1981.

idealiza. Por ejemplo, en la religión, de una manera intencionada, la Iglesia escoge los cultos más universales y menos contagiados de localismo y tradición precristiana. Los tipos de arado o de trillo se unifican y generalizan. Hay una especie de criba o filtro que depura y concentra la cultura hispánica.²⁵

Y por sobre todo, en este clima general de uniformación, amplias eran las posibilidades que ofrecían las Indias para implantar el viejo sueño de los monoteísmos mediterráneos: la eliminación de sus primos cercanos y la imposición de una única versión de la herencia abrahámica. Territorio nuevo y alejado, permitía excluir a judíos, moros y herejes, e implantar la versión imperial del pasado español. Ante un público cada vez más ajeno a estos temas, el teatro o los sermones recalcaban crecientemente la idea de un pasado gótico de los españoles y de una misión de Cruzada de sus reyes; pese a las coincidencias culturales arriba apuntadas, que la mayoría ignoraba en la época, fueron un Turco y un Moro estereotipados los que se constituyeron, junto con un Judío y un Luterano igualmente fantásticos, en el enemigo por antonomasia de los americanos. Las huellas de esta visión han permanecido en la cultura popular, en el lenguaje y en las ideologías criollas hasta nuestros días.

Indirectamente, la uniformidad española también afectó las relaciones sociales que aquí se establecieron. La apologética española y sus epígonos latinoamericanos insisten en la ausencia de discriminación racial en la Colonia, y presentan el mestizaje como su ejemplo palpable. Leopoldo Zea, como antes fue mencionado, recuerda el antecedente de la mezcla medieval con judíos y moros. Pero esta propensión a aceptar otras culturas era sólo una parte del bagaje que traían los españoles, y la parte que más rápidamente se iba a descartar; la actitud de la sociedad española de la época se dirigía hacia la incompreensión: Henry Méchoulan no duda en hablar de racismo; si en la Edad Media en judío o moro converso eran bien acogidos en su nueva comunidad, la España de los Austria vivió obsesionada por la pureza de sangre,

²⁵ Antonio Tovar, "Lo medieval en la colonización de América" (1959), en *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, 2ª ed., México: FCE, 1981, pp. 113-121.

y no había bautismo que borrara las huellas infamantes de un antepasado judío o moro; los indígenas encontraron apenas cierta condescendencia, pero los abrumaron los prejuicios que en la actualidad, pese a revoluciones, leyes e ideologías, siguen primando.

Podemos todavía recoger en los primeros tiempos coloniales expresiones que datan de una época de menor intolerancia: la Inquisición debía castigar a quienes expresaran que “el judío y el moro se salvan en su ley”; y Diego de Aguirre permitía a sus hombres “que viviesen en la ley que quisiesen [...] y fuesen judíos, moros y gentiles, que por todo pasarían”.²⁶ La defensa que se hizo de moriscos que habían ido a Indias y cuya expulsión se pedía, pero cuya vida ejemplar hacía de ellos buenos vecinos, participa del mismo clima.

Pero estos rezagos desaparecieron al mismo tiempo que lo hacían en España. Que exista alguna relación entre la consideración que merecían los alógenos peninsulares y los indígenas, lo señala un paralelo cronológico descubierto por Pierre Duviols: en 1610 un decreto real terminó con los experimentos que los jesuitas habían iniciado para adaptar el cristianismo a las costumbres locales americanas y comenzó una campaña represiva contra las costumbres paganas; fue el último golpe a las ideas lascasianas y la neta equiparación entre cristianismo y cultura española. Un año antes, había iniciado la expulsión de los últimos moriscos que quedaban en España. En parte se explican las medidas por el temor a una alianza del enemigo interno con el extranjero: turcos y berberiscos en el caso de los moriscos, piratas holandeses en el caso de los peruanos.²⁷ Pero el motivo principal fue sin duda la voluntad uniformadora. Remarcándola, Bernardo de Aldrete había aconsejado unos años antes, en 1606, la uniformidad lingüística en los dominios de los Habsburgo.

²⁶ Gonzalo de Zúñiga, *Relación...* (1560 ca), en Elena Mampel González y Neuss Escandell Tur, eds., *Lope de Aguirre: crónicas 1559-1561*, Barcelona. Universidad de Barcelona./Editorial 71/2. 1981. p. 26.

²⁷ Pierre Duviols, “La represión del paganismo andino y la expulsión de los moriscos”, *Anuario de Estudios Americanos*, 28 (1971), pp. 201-207

Se trataba de un desiderátum que jamás pudo realizarse, a pesar de los esfuerzos que más tarde continuaron con fervor las repúblicas criollas. En rigor, la misma uniformidad religiosa parece haber conocido excepciones: en España judíos y moriscos que no se fueron, en Indias pertinaces supervivencias, lo bastante duraderas como para llegar a nuestra época, cuando la hibridez ha vuelto a ser un valor reconocido.

Cantidad de otras repercusiones podrían señalarse. Espero elaborar el cuantioso material y las abundantes ideas en otro lugar. Sirva aquí apuntar que entramos a la historia universal como comparsas atónitos de una guerra lejana e incomprensible, y ese papel hemos seguido representando con extraña perseverancia.

Bibliografía general*

Abbrugiati, Perle, "Christophe Colomb loué et desavoué par Guichardin", en José Guidi & Monique Mustapha, eds., *Christophe Colomb et la découverte de l'Amérique: réalités et réinterprétations*, Aix: Université de Provence, 1994, pp. 179-190.

Abril Castelló, Vidal, *Francisco de la Cruz, Actas I: anatomía y biopsia del Dios y del derecho judeo-cristiano-musulmán de la conquista de América*, Madrid: csic, 1992 (*Corpus Hispanorum de Pace*, tomos 29-31).

Acuña, René, *Fray Julián Garcés: su alegato en pro de los naturales de la Nueva España*, México: UNAM, 1995.

Aguado, Fray Pedro de, *Recopilación historial de Venezuela*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1963.

Aguayo Spencer, Rafael, *Don Vasco de Quiroga; taumaturgo de la organización social*, México: Oasis, 1970.

Ainsa, Fernando, *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares: metamorfosis de un mito*, Madrid: Alianza/Quinto Centenario, 1992.

Alberro, Solange, *Inquisición y sociedad en México 1571-1700*, México: FCE, 1988. [Albuquerque], *Comentarios do grande Afonso de Albuquerque*, 4. ed., Coimbra: Imprensa da Universidade, 1923.

Aldana, Francisco de, *Obras completas de . . .*, ed. de Manuel Mondragón Maestre, Madrid: csic, Instituto Miguel de Cervantes, 1953.

Alegría, Ricardo E., *Las primeras representaciones gráficas del indio americano, 1493-1523*, 2ª ed., Barcelona. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1986.

Alessio Robles, Vito, *Cohauila y Texas en la época colonial*, México: Cultura, 1938.

Allison, Graham T., *Essence of decision: explaining the Cuban Missile Crisis*, Boston: Little Brown & Co., 1971.

Almazán, Pascual, *Un hereje y un musulmán (1870)*, cd. y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Porrúa, 1962.

Anaya Hernández, Luis Alberto, "Repercusiones del curso berberisco en Canarias durante el siglo XVII: cautivos y renegados canarios", en Francisco Morales Padrón, coord., *V Coloquio de Historia Canario-Americana*, Las Palmas: Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas y Excmo. Cabildo Insular de la Gran Canaria, 1985, pp. 125-177.

Anderle, Adám, "La imagen del Nuevo Mundo en Hungría de los siglos XVI-XVII", en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*. V Congreso Internacional de Historia de América, Diputación Provincial de Granada, 1994, vol. III, pp. 47-50.

Andreu Ocariz, Juan José, "Aragón y los descubrimientos", en Francisco Asín *et al.*, *Aragón y América*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 47-61.

"Anónimo de Yuncay (1571) (*Dominio de los Yngas en el Perú y del que Su Magestad tiene en dichos reynos*)", estudio preliminar y transcripción de Josyane Chmèsc, *Historia y Cultura* (Lima, Musco Nacional de Historia), 4 (1978), pp. 97-152

* Repito aquí en orden alfabético la bibliografía citada en las notas, el aspecto heterogéneo de esta lista es inevitable, así como su carácter incompleto: aunque apenas necesita ser señalado, ni he leído exhaustivamente todos lo que aparece citado ni figuran cantidad de escritos que en algo contribuyeron a mi trabajo. Es cierto que los libros saben más que sus autores, pero ellos lo ignoran.

Antaki, Ikram, "Al encuentro de nuestra herencia hispanoárabe", en Guillermo Bonfil Batalla, comp., *Simbiosis de culturas; los inmigrantes y su cultura en México*, México: FCE/CNCA, 1993, pp. 65-109.

Arnoldsson, Sverker, *La leyenda negra: estudios sobre sus orígenes*, Göteborg: Acta Universitatis Gothoburgensis, 1960.

Arranz Márquez, Luis, "Emigración española a Indias y despoblación antillanos", en Francisco de Solano y Fermín del Pino, eds., *América y la España del siglo xvi*, Madrid: csic, 1982, tomo II, pp. 63-91.

Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé, *Historia de la villa imperial de Potosí*, ed. de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Providence: Brown Univ. Press, 1965.

Asthor, Eliyahu, "The Venetian supremacy in Levantine trade: monopoly or pre-colonialism?", *The Journal of European Economic History*, vol. 3 (1974), pp. 5-53.

———, "Observations on Venetian trade in the Levant in the xiv century", *The Journal of European Economic History*, vol. 5 (1976), pp. 533-586.

Atiya, Aziz S., "The Crusade in the later Middle Ages", en *Crusade, commerce and culture*, Bloomington/London: Indiana University Press/Oxford University Press, 1962, pp. 92-119.

Attali, Jacques, *1492*, Barcelona: Plural, 1992.

Avilez Moreno, Guadalupe, "El arte mudéjar en Nueva España en el siglo xvi", *Anuario de Estudios Americanos*, tomo 37, pp. 1-15.

Ayala, Manuel Josef de, *Diccionario de gobierno y legislación de Indias*, ed. y estudios de María Milagros del Vas Mingo, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

Banha de Andrade, Antonio Alberto, *João de Barros, historiador do pensamento humanista português do Quinhentos*, Lisboa: Academia Portuguesa da História, 1980.

Baranda, Nieves, "El espejismo del Preste Juan de las Indias en su reflejo literario en España", en Antonio Vilanova, ed., *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (Barcelona, 1989), Barcelona: PPU, 1992, tomo I, pp. 359-364.

art. "Barbari", en *Enciclopedia Italiana*, Roma: Treccani, 1949, vol. VI, pp. 123-124.

Barbour, Nevill, *Morocco*, London: Thames and Hudson, 1965.

Barkan, Ömer Lutfi, "The price revolution of the sixteenth century: a turning point in the economic history of the Near East", *International Journal of Middle Eastern Studies*, 6 (1975), pp. 3-28.

Barradas de Carvalho, Margarita, "L'idéologie religieuse dans la *Crónica dos feitos de Guiné* de Gomes Eanes de Zurara", *Bulletin des Études Portugaises et de l'Institut Français de Portugal*, tome 19 (1957), pp. 34-63.

Barros, Cristina y Marco Buenrostro, "El Islam en la cocina mexicana", *La Jornada*, 24/xii/1996, p. 30.

Bataillon, Marcel, "Estas Indias... (hipótesis lascasianas)" (1959), en sus *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona: Península, 1976, pp. 291-300.

———, "La herejía de fray Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana" (1955), en sus *Estudios sobre Bartolomé de Las Casas*, Barcelona: Península, 1976, pp. 353-367.

Batllori, Miguel, "Cataluña y América: precedentes, descubrimiento y periodo colombino" (1984), en *Humanismo y Renacimiento: estudios hispano-europeos*, Barcelona: Ariel, 1987, pp. 73-99.

Baudot, Georges, "Imagen amerindia y proyecto utópico: Motolinía y el discurso milenarista" en su *México y los albores del discurso colonial*, México: Nueva Imagen, 1996, pp. 243-266.

Bayle, Constantino, *Los cabildos seculares en la América española*, Madrid: Sapiencia, 1952.

Benavente, Fray Toribio de, o Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, ed. de Edmundo O'Gorman, México: UNAM, 1971.

Benevento, Juan, *España y el problema de Europa; historia y política exterior*, Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, 1950 (*Austral*, n. 971).

Bennassar, Bartolomé & Lucile, *Los cristianos de Alá: la fascinante aventura de los renegados*, Madrid: Nerea, 1989.

Benz, Ernst, "El sentido mesiánico de Colón", *Boletín de la Real Academia Española*, tomo 72, cuaderno 255 (enero-abril de 1992), pp. 197-206.

Benzoni, Girolamo, *Historia del Nuevo Mundo* (1565), trad., intr. y notas de J. Manuel Carrera Díaz, Madrid: Alianza, 1989.

Bermúdez Plata, Cristóbal, *Catálogo de los pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Sevilla: Imprenta Editorial de la Gavidia, 1940.

Bernáldez, Andrés, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, edición y estudio por Manuel Gómez-Moreno y Juan de M. Carriazo, Madrid: Real Academia de la Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1962 (*Biblioteca Reyes Católicos*).

Bernard, Carmen & Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, México: FCE, 1966.

Boissellier, Stéphane, "Réflexions sur l'idéologie portugaise de la Reconquête, XIII-XIV siècles", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 30 (1994), pp. 139-165.

Borata, Peter Naili, "La légende de la Pomme-Rouge et du pape de Rome", en *Le cuisinier et le philosophe, hommage à Maxime Rodinson; études d'ethnographie historique du Proche-Orient* réunis par Jeanne-Pierre Digard, Paris: Maisonneuve et Larose, 1982, pp. 127-134.

———, art "Kizil elma", en *Encyclopaedia of Islam*, Leiden: Brill, 1954ss, 2º ed., vol. v, pp. 245-246.

Borges, Analola, "Comentario a un relato del siglo XVI sobre el Nuevo Mundo", *Anuario de Estudios Atlánticos*, n. 26 (1980), pp. 351-398.

Bouchon, Geneviève, Luís Filipe Thomaz y João Paulo Costa, "El espejo asiático", en Michael Chaudcigne, dir., *Lisboa extramuros*, Madrid: Alianza, 1992, pp. 256-260.

Boxer, C. R., "'Plata es sangre': sidelights on the drain of Spanish American silver in the Far East, 1550-1700", *Philippine Studies*, vol. 18 (1970), pp. 457-475.

Brading, David, *Orbe indiano: de la monarquía católica a la República criolla*, México: FCE, 1991.

Braudel, Fernand, "Los españoles y África del norte de 1492 a 1577" (1928), en Rosclyne de Ayala & Paule Braudel, eds., *En torno al Mediterráneo*, Barcelona etc: Paidós, 1997, pp. 41-100.

———, "De l'or du Sudan à l'argent de l'Amérique", *Annales, ESC*, I (1946), pp. 9-22.

———, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2º ed., México: FCE, 1976.

———, *Il secondo Rinascimento: due secoli e tre Italie*, presentación de Maurice Aymard, Torino: Einaudi, 1974.

Briesemeister, Dietrich, "La imagen de América en la Alemania que conoció Hernando Colón", en Karl Kohut et al., eds., *De conquistadores y conquistados: realidad, justificación, representación*, Frankfurt am Main: Vervuert, 1992, pp. 230-246.

Broncano, Manuel, "De cautivos y cautiverios", en María José Álvarez, Manuel Broncano y J. Luis Chamosa, eds., *La frontera: mito y realidad del Nuevo Mundo* (Actas del Congreso Universidad de León, septiembre de 1993), León: Universidad de León, 1994, pp. 167-181.

Brummett, Palmira, *Ottoman seapower and Levantine diplomacy in the Age of Discovery*, Albany, NY: State University of New York, 1994.

Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, "El descubrimiento de América y la conquista del norte de África: dos empresas paralelas en la Edad Moderna", *Revista de Indias*, vol. 45, núm. 175 (1985), pp. 225-233.

———, "Cortés y los hermanos Barbarrojas, vidas paralelas en los escritos de Francisco López de Gómara", *Revista de Indias*, vol. 47 (1987), pp. 901-906.

———, *La imagen de los musulmanes y el norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*, Madrid: CSIC, 1989.

Busto Duthurburu, José Antonio del, *Historia general del Perú, Descubrimiento y conquista*, Lima: Studium, 1978.

Calancha, Antonio de la, *Crónica moralizada* (1638), ed. de Ignacio Prado Pastor, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1974.

Calero, Francisco, "Jerónimo Münzer y el descubrimiento de América", *Revista de Indias*, vol. 56, n. 207 (1996), pp. 279-296.

Cameos, *Los Lusitadas*, traducción de Ildelfonso-Manuel Gil, Barcelona: Planeta, 1990.

Campanella, Tommaso, *La política*, ed. de Moisés González García, Madrid: Alianza, 1991.

Le Canarien, crónicas francesas de la conquista de Canarias, publicadas ... por Elías Serra y Alejandro Cioranescu, La Laguna de Tenerife: El Museo Canario, 1960 (*Fontes Rerum Canariarum*).

The Canarian, or, Book of the conquest and conversion of the Canarians in the year 1402, by Messire Jean de Bethencourt, composed by Pierre Bontier and Jean Le Verrier, transl. and ed. with notes and introduction by Richard Henry Major, London: Hakluyt, 1872 (reimpr. New York: Burt Franklin).

Cañeque, Alejandro, "Theater of power: writing and representing the Auto da Fe in Colonial Mexico", *The Americas*, 52 (1996), pp. 231-243.

Carande, Ramón, *Carlos V y sus banqueros* (1943-1967), Barcelona: Crítica, 1980.

Cardaillac, Louis, "Le problème morisque en Amérique", *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Paris), tome 12 (1976), pp. 283-303.

Cardini, Franco, "El mundo en el siglo XV", en *El mundo en el siglo XV*, Madrid: Anaya/Sociedad Estatal para la Exposición Universal "Sevilla 92", 1992, pp. 9-25.

Carreño, Alberto María, *Cedulario de los siglos XVI y XVII; el obispo don Juan de Palafox y Mendoza y el conflicto con la Compañía de Jesús*, México: Victoria, 1947.

Carreras Goicoechea, María & Raffaele Pinto, "Los viajes de italianos a Tierra Santa", en R. Escavy, H. Hernández Terrés y A. Roldán, eds., *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística Nebrija V Centenario*, Universidad de Murcia, 1994, vol. III, pp. 25-34.

Cartas de Indias, publicadas por primera vez el Ministerio de Fomento, Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1871 (reimpr. México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980).

Castellano, Juan L., "El Mediterráneo en la Edad Moderna: del enfrentamiento a la convivencia", en M. Barrios Aguilera y Bernard Vincent, eds., *Granada 1492-1992: del Reino de Granada al futuro del mundo mediterráneo*, Granada: Universidad de Granada y Diputación Provincial, 1992, pp. 117-131.

Castellanos, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962.

Castillo Lara, Lucas G., *Los mercedarios y la vida política y social de Caracas en los siglos XVII y XVIII*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980.

Cei, Galeotto, *Viaggio e relazione delle Indie (1539-1553)*, a cura di Francesco Surdich, Roma: Bulzoni, 1992.

Céspedes del Castillo, Guillermo, "Raíces peninsulares y asentamiento indiano: los hombres de las fronteras", en Francisco de Solano, ed., *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza/Sociedad Quinto Centenario, 1988, pp. 37-50.

Chabod, Federico, *Historia de la idea de Europa*, Madrid: Universidad Complutense, 1992.

Chalmeta, Pedro, "Lo que se sabía sobre el Golfo Árabe en la península ibérica (s. XVI y XVII)", *Awraq*, n. 2 (1979), pp. 80-100.

Chang-Rodríguez, Raquel, "Tapadas limeñas en un cancionerillo peruano del siglo XVII", *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 28 (1978), pp. 57-62.

Chaudhuri, K. N., *The English East Indian Company, the study of an early joint-stock company 1600-1640*, New York: Augustus M. Kelley, 1969.

Chaunu, Pierre, "Les romans de chevalerie et la conquête du Nouveau Monde", *Annales. Esc.*, 10 (1959), pp. 216-228.

———, *Seville et l'Atlantique*, Paris: Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1959.

———, *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona: Labor, 1982 (*Nueva Clío*, 26).

———, *Conquista y exploración de los nuevos mundos (siglo XVI)*, Barcelona: Labor, 1984 (*Nueva Clío*, 26bis).

Chebel, Malek & Laziz Hamani, *Symboles de l'islam*, Paris: Assouline, 1997.

Chelhod, Joseph, "Les portugais au Yémen, d'après les sources arabes", *Journal Asiatique*, 283 (1995), pp. 1-18.

Cidade, Hernani, *A literatura portuguesa e a expansão ultramarina: as idéias, os factos, as formas de arte*, 2ª ed., vol. 1, *Séculos XV e XVI*, Coimbra: Arménio Amado, 1963.

Cipolla, Carlo, *Guns, sails and empires: technological innovation and the early phases of European expansion 1400-1700*, New York: Pantheon Books, 1965.

Cirac, Sebastián, "Una embajada de Bayaceto II al Gran Capitán y un tratado de amistad del Sultán con los Reyes Católicos en 1504", *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens* (Münster), 15 (1960), pp. 230-240.

Ciudad Real, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España* (1590 ca.), ed., est. prel., apéndices, glosarios, mapas e índices por Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras, pról. de Jorge Gurría Lacroix, México: UNAM, 1976.

Cocheril, Maur, "Les ordres militaires cisterciens au Portugal", *Bulletin des Études Portugaises et de l'Institut Français de Portugal*, tome 28-29 (1967-1968), pp. 11-64.

Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía (COBODIN, América) sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias, Madrid: Imprenta del Hospicio, 1872 (reimpr. Vaduz, Kraus, 1966).

[Colón, Cristóbal], *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, los publica la Duquesa de Berwick y Alba, condesa de Siruela, Madrid: 1892.

———, *The Libro de las profecías of Christopher Columbus*, translation and commentary by Delno C. West and August Kling, Gainesville: University of Florida Press, 1991.

[Colón, Cristóbal], Varela, Consuelo, y Juan Gil, eds., *Colón: textos y documentos completos*, Madrid: Alianza, 1982.

[Colón, Fernando], *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, escrita por su hijo Hernando Colón (1571), ed., pról. y notas de Ramón Iglesia, México: fce, 1984.

La conquista de Tenochtitlán, edición de Germán Carrera Vázquez, Madrid: Historia 16, 1988 (*Crónicas de América*).

Contreras, Alonso de, *Vida, nacimiento, padres y crianza del capitán...*, Madrid: Alianza, 1967.

Cooke, Jacob Ernest, *Encyclopedia of North American colonies*, New York etc.: Charles Scribner's Sons, 1993.

Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México: Porrúa, 1963.

Cortesão, Jaime, *História dos descobrimentos portugueses*, s.l., Círculo de Leitores, s.a.

Cummins, J. S. , "Christopher Columbus: crusader, visionary, and Servus Dei", en A. D. Deyermund, ed., *Medieval Hispanic Studies presented to Rita Hamilton*, London: Tamesis Books, 1976, pp. 45-55.

Curtin, Philip, *Cross-cultural trade in world history*, Cambridge University Press, 1984.

Dauxion Lavaysse, J. J., *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América meridional* (1813), Caracas: ucv, 1967.

Dávila Padilla, Fray Agustín, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de los Predicadores* (1569), 3ª ed., pról. de Agustín Millares Carlo, México: Academia Literaria, 1955.

Davis, Ralph, *La Europa atlántica, desde los descubrimientos hasta la industrialización*, México: Siglo XXI, 1976.

D'Esposito, Francesco, "Presenza italiana tra i 'conquistadores' ed i primi colonizzatori del Nuovo Mondo (1492-1560)", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII, Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: csic, 1989, pp. 493-517.

Díaz Araujo, Enrique, "El papa de los descubrimientos", en *500 años de Hispanoamérica*, Congreso internacional 1492-1992, Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 1996, pp. 197-226.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, intr. y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México: Porrúa, 1944.

[Díez de Games, Gutierre], *El Victorial*, crónica de Don Pero Niño, conde de Buelna, por su alférez... , ed. y est. por Juan de Mata Carriazo, Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

Diffie, Bayley W. & George D. Winius, *Foundations of the Portuguese empire 1415-1580*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977.

Disposiciones complementarias de las Leyes de Indias, Madrid: Saenz Hermanos, 1930.

Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, publicados por Genaro García, 2ª ed., México: Porrúa, 1974.

Domínguez Ortiz, Antonio, "Los caudales de Indias y la política exterior de Felipe IV", *Anuario de Estudios Americanos*, n. 13 (1956), pp. 311-377.

Dones y promesas: 500 años de arte ofrenda (exvotos mexicanos), México: ccac/ Fundación Cultural Televisa, 1996.

Dorantes de Carranza, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* (1604), pról. de Ernesto de la Torre Villar, México: Porrúa, 1987.

Dor-Ner, Zvi, *Columbus and the age of discovery*, London: Harper Collins, 1992.

Doughty, Charles, *Travels in Arabia Deserta*, 2. ed., New York: Dover, 1979.

Doussinague, José, *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid: Espasa-Calpe, 1944.

Dressendorfer, Peter, "Crypto-musulmanes en la Inquisición de la Nueva España", en *Actas del Coloquio Internacional sobre Literatura Aljamiada y Morisca*, Madrid: Gredos, 1974, pp. 475-494.

Duarte, Luis, "Ideal de Cruzada y misión", *Notas Históricas y Geográficas* (Valparaíso), n. 5-6 (1994-1995), pp. 437-468.

Dufourcq, Charles-Emmanuel, *L'Espagne catalane et le Maghrib aux xiii. et xiv. siècles: de la bataille de Las Navas de Tolosa (1212) à l'avènement du sultan mérinide Abou-l-Hasan (1331)*, Paris: PUF, 1966.

Duviols, Pierre, "La represión del paganismo andino y la expulsión de los moriscos", *Anuario de Estudios Americanos*, 28 (1971), pp. 201-207.

Eguiluz, Antonio, "Fr. Gonzalo Tenorio, OFM, y sus teorías escatológico-providencialistas sobre las Indias", *Missionalia Hispanica*, n. 48 (1959), pp. 257-322.

Elliott, John H., *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1972.

———, "Renaissance Europe and America: a blunted impact?", en Fredi Chiappelli et al., eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. 1, pp. 11-23.

———, *España y su mundo 1500-1700*, Madrid: Alianza, 1990.

Grande enciclopédia portuguesa e brasileira, Lisboa/Rio de Janeiro: Editorial Enciclopédia, sf.

Fernández Álvarez, Manuel, *La España del emperador Carlos V*, en *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, 3ª ed., Madrid: Espasa-Calpe, 1983, vol. xx.

Fernández-Armesto, Felipe, *Before Columbus: exploration and colonisation from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, London etc Macmillan, 1987.

Fernández Asís, V., *Epistolario de Felipe II sobre asuntos de mar*, Madrid: Editorial Nacional, 1943.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. y est. preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1959.

Fernández Lanza, Fernando, "Antonio de Herrera y Tordesillas, primer cronista mayor de Indias, autor probable de la *Crónica de los Turcos*, fuente manuscrita española de la segunda mitad del siglo xvi, fundamental para un sólido conocimiento del islam turco y para la reconstrucción de la mutilada *Historia Turchesca* de Giovanni Maria Angiolello", *Estudios de Historia Social y Económica de América* (Universidad de Alcalá), n. 13 (1996), pp. 279-303.

Fernández Méndez, Eugenio, ed., *Crónicas de Puerto Rico, desde la conquista hasta nuestros días*, vol. 1 (1493-1797), San Juan: Ediciones del Gobierno, 1957.

Ferro, Gaetano, "Termini geografici e marineschi nel 'Diario di bordo' di Colombo", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos xvi-xvii, Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: csic, 1989, pp. 143-163.

Fick, Barbara W., *El libro de viajes en la España medieval*, Santiago de Chile: Seminario de Filología Hispánica, Editorial Universitaria, 1976.

Finlay, Robert, "Crisis and Crusade in the Mediterranean, Venice, Portugal, and the Cape route to India (1498-1509)", *Studi Veneziani*, n. s., 38 (1994), pp. 45-90.

Fischel, Walter W., "Ascensus Barcoch; a Latin biography of the Mamluk sultan Barquq of Egypt (1399) written by Beltramo de Mignanelli in 1416; rendered into English with an introduction and a commentary", *Arabica*, vi (1959), pp. 57-74 y 152-172.

Flynn, Dennis O. & Arturo Giráldez, "Born with a 'silver spoon': the origin of world trade in 1571", *Jr. of World History*, vol. 6, n. 2 (1999), pp. 201-221.

Fontenay, Michel, "L'empire ottoman et le risque corsaire au xvii^e siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, tome 32 (1985), pp. 185-208.

Fosse, Eustache de la, "Voyage à la côte occidentale de l'Afrique en Portugal et en Espagne (1479-1480)", *Revue Hispanique*, iv année (1897), pp. 174-201.

Foster, George M., *Cultura y conquista; la herencia española en América*, Xalapa: Universidad Veracruzana, 1985.

Frank, Andre Gunder, "Un argumento por la historia del Sistema mundial", *Cuadernos Americanos*, 30 (1991), pp. 174-204.

Frey, Herbert, *La arqueología negada del Nuevo Mundo*, México: CNCA, 1995.

Freyre, Gilberto, *Casa grande e senzala* (1933), Brasília: Universidad de Brasília, 1963.

Gandía, Enrique de, "El Gran Khan y el Preste Juan en las misiones de Colón y Vasco de Gama", *Investigaciones y Ensayos* (Buenos Aires), vol. 35 (1987), pp. 15-45.

Ganivet, Ángel, *Idearium español* (1896), Madrid: Aguilar, 1964.

García, Gregorio, *Origen de los indios del Nuevo Mundo*, estudio preliminar de Franklin Pease, México: FCE, 1981 (reimpr. de la 2.ª ed. Madrid: 1729).

García-Arenal, Mercedes, *Los moriscos*, Madrid: Editora Nacional, 1975 (reimpr. Univ. de Granada, 1996).

García Cárcel, Ricardo, *La leyenda negra: historia y opinión*, Madrid: Alianza, 1992.

García Oro, José, "De Granada a Jerusalén; la Cruzada del cardenal Cisneros", *Archivo Ibero-Americano*, ns. 203-204 (1991), pp. 553-766.

Gari, Blanca, "La advertencia del fin. Génova y el reino de Granada a mediados del siglo xv", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII*, *Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: CSIC, 1989, p. 179-189.

Garrigues, Emilio, *Un desliz diplomático: la paz hispano-turca*, Madrid: Revista de Occidente, 1962.

Garza Granados, Rafael, *Diccionario biográfico de historia antigua de México. III. Indios cristianos, bibliografía e índices*, 2ª ed., México: UNAM, 1995.

Gaylord, Mary M., "Spain's Renaissance conquests and the retroping of identity", *Journal of Hispanic Philology*, 16 (1992), pp. 125-136.

Genot-Bismuth, Jacqueline, "Le mythe de l'Orient dans l'eschatologie des juifs d'Espagne à l'époque des conversions et de l'expulsion", *Annales. ESC*, 45 (1990), pp. 819-838.

Gerber, Haim, "The monetary system of the Ottoman empire", *Jr. of Economic and Social History of the Orient*, vol. 25 (1982), pp. 308-324.

Gibson, Charles, "Reconquista and conquista", en Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, eds., *Homage to Irving A. Leonard: essays on Hispanic art, history and literature*, Michigan State University, 1977, pp. 19-28.

Gil, Juan, "Colón y la Casa Santa", *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, vol. 21 (1977), pp. 125-135.

———, *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, ed. de Juan Gil y Consuelo Varela, Madrid: Alianza Universidad, 1984.

———, *Mitos y utopías del descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza, 1989.

———, Introducción a *En demanda del Gran Kan: viajes a Mongolia en el siglo XIII*, Madrid: Alianza, 1993.

Giltmore, Myron P., "The New World in French and English historians of the sixteenth century", en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. I, pp. 519-527.

Glick, Thomas F., "Moriscos y marranos como agentes de la difusión tecnológica", *Arbor*, 586-587 (1994), pp. 113-131.

Góis, Damião de, *Crónica do felicíssimo rey D Manuel*, nova ed., dirigida por J. M. Teixeira de Carvalho & David Lopes, Coimbra: Imprensa da Universidade, 1926.

Goldstein, Thomas, "Impulses of Italian Renaissance culture behind the age of discoveries", en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. I, pp. 27-35.

Goldstone, Jack A., "East and West in the seventeenth century: political crisis in Stuart England, Ottoman Turkey, and Ming China", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 30, n. 1 (1988), pp. 103-142.

Gómez de Orozco, Federico, "¿Cuál era el linaje paterno de Cortés?", *Revista de Indias*, n. 31-32 (1948), pp. 297-306.

Gómez Martínez, José Luis, *Américo Castro y el origen de los españoles. historia de una polémica*, Madrid: Gredos, 1975.

Góngora, Mario, "El Nuevo Mundo en el pensamiento escatológico de Tomás Campanella", *Anuario de Estudios Americanos*, 31 (1974), pp. 385-408.

González de Clavijo, Ruy, *Embajada al Gran Tamorlán*, Madrid: Miraguano, 1984.

González de Eslava, Fernán, *Coloquios espirituales y sacramentales*, ed., pról. y notas de José Rojas Garcidueñas, México, Porrúa, 1958.

Goñi Gaztambide, José, "The Holy Sec and the reconquest of the kingdom of Granada (1479-1492)" [1951], en Roger Highfield, ed., *Spain in the fifteenth century 1369-1516*, London & Basingstoke: Macmillan, 1972, pp. 354-379.

———, "Bula de Cruzada", en *Diccionario de historia eclesiástica de España*, dirigido por Quintín Aldea Vaquero, Tomás Marín Martínez y José Vives Gatell, Madrid: Instituto Enrique Florez, 1972.

Goodrich, Thomas D., "Ottoman Americana: the search for the sources of the sixteenth-century *Tarih-i Hind-i garbi*", *Bulletin of the Research in the Humanities* (N. York), vol. 85 (1982), pp. 269-294.

———, *The Ottoman Turks and the New World. a study of the Tarih-i Hind-i Garbi and sixteenth century Ottoman americana*, Wiesbaden: Otto Harrassowitz, 1990.

Gozalbes Busto, Guillermo, *Los moriscos en Marruecos*, Granada: Arte, 1992.

Graça, Luis, *A visão do Oriente na literatura de viagens: os viajantes portugueses e os itinerários terrestres (1560-1670)*, Lisboa. Imprensa Nacional, 1983 (*Estudos de história de Portugal e dos portugueses*).

Grenblatt, Stephen J., "Learning to curse: aspects of linguistic colonialism in the sixteenth century", en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. II, pp. 561-580.

Grunberg, Bernard, "Le vocabulaire de la 'Conquista': essai de linguistique appliquée à la conquête du Mexique d'après les chroniques des conquistadores", *Histoire. Économie et Société* (Paris), 1985, pp. 3-27.

Guardia Geywitz, Gabriel, "Los cautivos en la guerra de Arauco", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, núm. 98 (1987), pp. 93-157.

Guevara Bazán, Rafael, "Muslim immigration to Spanish America", *The Muslim World*, vol. 56 (1966), pp. 173-187.

Guilmartin, John, *Gunpowder and galleys: changing technology and Mediterranean warfare at sea in the sixteenth century*, Cambridge University Press, 1974.

———, "Ideology and conflict: the wars of the Ottoman empire, 1453-1606", *Journal of Interdisciplinary History*, 17 (1988), pp. 727-747.

Hajari, Ahmad ibn Qasim al-, *Kitab nasir al-din 'ala al-qawm al-kafirin*, historical study, critical edition and annotated translation by P. S. van Koningsveld, Q. al-Samarri & G. A. Wieggers, Madrid: CSIC/ACI, 1987.

Hallar, Ibrahim, *El descubrimiento de América por los árabes*, Buenos Aires: 1956.

Halpern, Charles J., "The ideology of silence: prejudice and pragmatism on the medieval frontier", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 26 (1984), pp. 442-466.

Hamdani, Abbas, "Columbus and the recovery of Jerusalem", *Journal of the American Oriental Society*, vol. 99 (1979), pp. 39-48.

———, "Ottoman response to the discovery of America and the new route to India", *Journal of the American Oriental Society*, vol. 101 (1981), pp. 323-330.

———, "An Islamic background to the voyages of discovery", en Salma Khadra Jayyusi, ed., *The legacy of Muslim Spain*, Leiden, New York, Koln: Brill, 1992, pp. 273-303.

Hammond, George P. & Agapito Rey, *Narratives of the Coronado expedition 1540-1542*, Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1940.

Hampe Martínez, Teodoro, *Don Pedro de La Gasca (1493-1567): su obra política en España y en América*, Excma. Diputación Provincial de Palencia, 1990.

———, "La recepción del Nuevo Mundo: temas y personajes indios ante la corte imperial de los Habsburgo (1530-1670)", *Revista de Historia de América*, n. 113 (1992), pp. 139-160.

Hanke, Lewis, "The theological significance of the discovery of America", en Fredi Chiappelli et al., eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. 1, pp. 363-374 (= *Revista de História* [São Paulo], vol. 50 [1974], pp. 133-145).

Hapgood, Charles H., *Maps of the ancient Sea Kings; evidence of advanced civilization in the Ice Age*, Philadelphia/New York: Chilton Books, 1966.

Haro, Samuel, "Herencia musical de las tres Españas en América", *Revista Musical Chilena* (Santiago), 43:171 (1989), pp. 7-41.

Harrisse, Henry, *Jean et Sébastien Cabot*, Paris: Ernest Leroux, 1882.

Hazan, Aziza, "En Inde aux xvi et xvii siècles: trésors américains, monnaie d'argent et prix dans l'empire Mogol", *Annales. ESC*, 24 année (1969), pp. 835-859.

Heredía Herrera, Antonia, *Catálogo de las consultas del Consejo de Indias*, Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1990.

Hernández, Francisco Javier, *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia en América y Filipinas*, Bruselas: Imprenta de Alfredo Vromant, 1879.

Herrera, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* (1601), Madrid: Maestre, 1952.

Hess, Andrew C., Andrew Hess, "The evolution of the Ottoman seaborne empire in the age of oceanic discoveries", *American Historical Review*, 85 (1970), pp. 1892-1919.

———, “The battle of Lepanto and its place in Mediterranean history”, *Past and Present*, n. 57 (1972), pp. 53-73.

———, *The forgotten frontier, a history of the sixteenth-century Ibero-African frontier*, Chicago and London: University of Chicago Press, 1978.

Hoenerbach, Wilhelm, “Das kolonialzeitliche Amerika und der Islam”, *Zeitschrift für Romanische Philologie*, Bd. 84, Heft 1-2, pp. 1-19.

Hoffman, Paul E., *The Spanish crown and the defense of the Caribbean 1535-1585*, Baton Rouge & London: Louisiana State University Press, 1980.

Horowitz, Elliott, “The New World and the changing face of Europe”, *Sixteenth Century Jr.*, 38 (1997), pp. 1181-1201.

Hoye, Paul F., & Paul Lunde, “Piri Reis and the Hapgood hypothesis”, *Aramco World*, vol. 31, n.1 (1980), pp. 18-31.

Ibn Iyas, *Journal d'un bourgeois du Caire*, trad. de Gaston Wiet, Paris: Armand Colin, 1955.

Inalcik, Halil, “Impact of the *Annales* school on Ottoman studies and new findings”, *Review* (New York, Fernand Braudel Center), vol. 1, ns. 3-4 (1978), pp. 69-96 (= *Studies in Ottoman Social and Economic History*, London: Variorum Reprints, 1985).

———, “The Ottoman viewpoint”, en *Imperial legacy: the Ottoman imprint on the Balkans and the Middle East*, New York: Columbia University Press, 1996.

Índice de documentos de Nueva España existentes en el Archivo General de Indias de Sevilla, México: Monografías bibliográficas mexicanas, 1931.

Inikori, Joseph E., “La trata negrera y las economías atlánticas de 1451 a 1870”, en *La trata negrera del siglo XVI al XIX*, Barcelona: UNESCO-Serbal, 1981, pp. 74-106.

Isaac, Ephraim, art. “Prester John”, en Joseph R. Stranger, ed., *Dictionary of the Middle Ages*, New York: Charles Scribner's Sons, 1981, tome 10, pp. 118-119.

Islamoglu, Huri & Çağlar Keyder, “Agenda for Ottoman history”, *Review* (New York, Fernand Braudel Center), vol. 1, n. 1 (1977), pp. 31-55

Issawi, Charles, “The Christian-Muslim frontier in the Mediterranean” (1961), en Richard H. Nolte ed., *The modern Middle East*, New York: Atherton Press, 1963, pp. 1-12.

Jiménez Rueda, Julio, *Herejías y supersticiones en la Nueva España (los heterodoxos en México)*, México: Imprenta Universitaria, 1946.

Jones, Eric, *The European miracle: environment, economies, and geopolitics in the history of Europe and Asia*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

Jones, Vincent, *Sail the Indian Sea*, London: Gordon & Cremonesi, 1978.

Jones, W. R., “The image of the Barbarian in Medieval Europe”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 13 (1971), pp. 376-407.

Judcrías, Julián, *La leyenda negra* (1914). Madrid: Swan, 1986, pp. 172-173.

Kafadar, Cemal, “Les troubles monétaires de la fin du XVI siècle et la prise de conscience ottomane du déclin”, *Annales. ESC*, 46 année (1991), pp. 381-400.

Kagan, Richard L., *Los sueños de Lucrecia, política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid: Nerea, 1990

Kaiser, Leo M., “The earliest verse of the New World”, *Renaissance Quarterly*, vol. 25 (1972), pp. 429-439.

Karim, Gamal Abdel, “Las ideas árabes en el descubrimiento de América según las fuentes árabes andalusíes”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos de Madrid*, vol. 26 (1993-1994), pp. 83-90.

Kasaba, Reçat, “By compass and sword”; the meanings of 1492”, *Middle East Research & Information Project Report*, vol. 22, n. 178 (1992), pp. 6-10

Khiari, Ferid, "La chute de Grenade et la fin du monde d'après un texte millénariste d'As-Suyuti", en Abdeljelil Temimi, ed., *Le V. centenaire de la chute de Grenade*, Zaghuan: Centre d'Études et de Recherches Ottomanes, Morisques, de Documentation et d'Information, 1993, tome 1, pp. 361-376.

Khintibidze, Elguja, "Negociations between the Georgian and Spanish kings at the end of the fifteenth century", *Mediterranean Historical Review*, vol. 6 (1991), pp. 78-85.

Kissling, Hans Joachim, "Betrachtungen über die Flottenpolitik Sultan Bayezids II. (1481-1512)", *Saeculum* (München), Bd. 20 (1969), pp. 35-43.

Kitroeff, Alexander, *Griegos en América*, Madrid: MAPFRE, 1992.

Knobler, Adam, "Pseudo-conversions and patchwork pedigrees: the christianization of Muslim princes and the diplomacy of war", *Journal of World History*, vol. 7 (1996), pp. 181-197.

Krása, Miloslav, Josef Polisensky & Peter Ratkos, eds., *European expansion 1494-1519: the voyages of discovery in the Bratislava manuscript Lyc. 515/8 (Codex Bratislavensis)*, Praga: Charles University, 1986.

Kritzcek, James ed., *Anthology of islamic literature*, New York-Toronto: Mentor Books, 1964.

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, 2ª ed., México: FCE, 1985.

Larquié, Claude, "El rescate de los cristianos en tierras islámicas en el siglo xvii", *Awraq*, n. 4 (1981), pp. 191-221.

Las Casas, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, México: FCE, 1951.

Latham, J. D., "Contribution à l'étude des immigrations andalouses et leur place dans l'histoire de la Tunisie", en Miquel de Epalza & Ramón Petit eds., *Recueil d'études sur les moriscos andalous en Tunisie*, Madrid: Dirección General de Relaciones Culturales, 1973.

Lefèvre, Renato, "Il mappamondo de fra' Mauro e la conoscenza dell'Abissinia a metà del Quattrocento", *Nuova Antologia*, ottava serie, vol. 386 (1936), pp. 48-55.

Lemistre Pujol, Annie, "El legado del islam en la legislación de Indias", en *Memoria del Simposio Hispanoamericano sobre las Leyes de Indias* (San José, Costa Rica, octubre de 1981), Madrid: Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

Leonard, Irving, *Los libros del conquistador*, México: FCE, 1959.

Leturia, Pedro de, "Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, segundo arzobispo de Lima, el más grande prelado misionero de la América hispana" (1940), en *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. I. Época del Real Patronato*, Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 299-334.

———, "Ideales político-religiosos de Colón en su carta institucional del 'Mayorazgo' 1498" (1951), en *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica. I. Época del Real Patronato*, Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1959, pp. 409-433.

Lewis, Archibald, "The Islamic world and the Latin West, 1350-1500", *Speculum*, 65 (1990), pp. 833-844.

Lewis, Bernard, "Algunas reflexiones acerca de la decadencia del imperio otomano" (1961), en Carlo Cipolla et al., *La decadencia económica de los imperios*, Madrid: Alianza, 1983, pp. 175-193.

———, *The Muslim discovery of Europe*, New York/London: W.W. Norton, 1982.

Lima Cruz, Maria Augusta, "Exiles and renegates in early sixteenth century Portuguese India", *The Indian Economic and Social History Review*, 23 (1986), pp. 249-262.

- Lira Espejo, Eduardo, "Posibles raíces árabes en la música latino-americana", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), n. 222-223 (1975-1976), pp. 44-49.
- Liss, Peggy K., *Mexico under Spain 1521-1556; society and the origins of nationality*, Chicago & London: University of Chicago Press, 1975.
- Lobato, Alexandre, "Sobre a gênese da expansão portuguesa", *Studia* (Lisboa), n. 46 (1987), pp. 223-238.
- Lockhart, James, *The men of Cajamarca; a social and biographical study of the first conquerors of Peru*, Austin & London: The University of Texas Press, 1972.
- Lomax, Derek W., *La Reconquista*, Barcelona: Crítica, 1984.
- Long, Janet, "Herencia mexicana en el Mediterráneo", *Diógenes* (México), núm. 159 (1992), pp. 39-50.
- Lopez, Robert S., "Epilogue", en Fredi Chiappelli et al., eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. II, pp. 887-891.
- López, Vicente Fidel, *Historia de la República Argentina* (1883), Buenos Aires: Sopena, 1938.
- López-Baralt, Luce, "El oráculo de Mahoma sobre la Andalucía musulmana de los últimos tiempos en un manuscrito aljamiado-morisco de la Biblioteca Nacional de París", *Hispanic Review*, 52 (1984), pp. 41-57.
- López de Gómara, Francisco, Gómara, *Crónica de los Barbarroja*, en *Memorial histórico español*, Madrid: Academia de la Historia, 1851, vol. VI, pp. 331-439
- , *Historia de las Indias y Vida de Hernán Cortés* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurria Lacroix, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1973
- , *Historia de la conquista de México* (1552), prólogo y cronología de Jorge Gurria Lacroix, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Lourido Díaz, Ramón, "La Iglesia en Marruecos del siglo XIII al XIX", en Henry Teissier y Ramón Lourido, *El cristianismo en el norte de África*, Madrid: MAPFRE, 1992, pp. 85-86.
- Lunde, Peter, "Al-Farghani and the 'short degree'", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 14-17.
- , "Piri Reis and the Columbus map", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 18-25
- , "A Muslim history of the New World", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 26-31.
- , "American silver, Ottoman decline", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 34-37.
- , "New World foods, Old World diets", *Aramco World*, vol. 43, n. 3 (1992), pp. 47-55.
- Luzzana Caraci, Iliaria, *Navegantes italianos*, Madrid: MAPFRE, 1992.
- McNeill, William, "Cultivos de alimentos americanos en el Viejo Mundo", en Herman G. Viola & Carolyn Margolis, eds., *Semillas de cambio: una conmemoración centenaria*, Washington & Londres: Instituto Smithsonian, 1991, pp. 43-59.
- Maczak, Antoni, "Money and society in Poland and Lithuania in the 16th and 17th centuries", *The Jr. of Economic History*, vol. 5, n. 7 (1976), pp. 69-104.
- Magalhães Godinho, Vitorino, *Os descobrimentos e a economia mundial*, 2ª ed., Lisboa: Presença, 1984
- Maillo Salgado, Felipe, "Precisiones para la historia de un grupo étnico-religioso los Farfanes", *Al Qantara*, vol. 4 (1983), pp. 265-280

Malowist, Marian, "Un essai d'histoire comparée: les mouvements d'expansion en Europe aux xv. et xvi. siècles", *Annales. Esc.*, 17 (1962), pp. 923-929.

———, "Les aspects sociaux de la première phase de l'expansion coloniale", *Africana Bulletin* (Varsovia), 1 (1964), pp. 11-33.

———, "Europe de l'Est et les pays ibériques: analogies et contrastes", en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1965, vol. I, pp. 85-93.

Maltby, William S., *La leyenda negra en Inglaterra: desarrollo del sentimiento antihispánico 1558-1660*, México: FCE, 1968.

Manrique, Nelson, *Llegaron los sarracenos: el universo mental de la conquista de América*, Lima: 1994.

Maravall, José Antonio, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1954.

Mármol Carvajal, Luis del, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada (1600)*, Málaga: Arguval, 1991.

Martín Acosta, María Emelina, *El dinero americano y la política del imperio*, Madrid: MAPFRE, 1992.

Martínez, José Luis, ed., *Documentos cortesianos*, México: FCE/UNAM, 1990.

Martínez-Crespo, Alicia, "Los libros de viajes del siglo xv y las primeras crónicas de Indias", en Manuel Criado de Val, dir., *Literatura Hispánica, Reyes Católicos y descubrimiento*, Actas del Congreso Internacional, Barcelona: PPU, 1989, pp. 423-430.

Martínez Montávez, Pedro, *Al-Andalus, España, en la literatura árabe contemporánea, la casa del pasado*, Madrid: MAPFRE, 1992.

Martínez Reyes, R. P. Gabriel, *Finanzas de las 44 diócesis de Indias, 1515-1816*, Bogotá: Tercer Mundo, 1980.

Martinière, Guy & Consuelo Varela, eds., *L'état du monde en 1492*, Madrid/Paris: Quinto Centenario/La découverte, 1992.

Martino, Ruggero, "Innocenzo VIII, il papa di Cristoforo Colombo", *Quaderni Ibero-Americani*, 772 (1992), pp. 595-602.

Marx, Jenifer, *Pirates and privateers of the Caribbean*, Malabar, FL: Krieger, 1992.

Mas, Albert, *Les Turcs dans la littérature espagnole du Siècle d'Or (recherches sur l'évolution d'un thème littéraire)*, Paris: Institut d'Études Hispaniques, 1967.

———, "Indiens et Turcs (d'après Juan Cerverio de Vera)", *Travaux de l'Institut d'Études Ibériques et Latino-Américaines* (Strasbourg), 15 (1975), pp. 64-84.

Masala, Anna, "La penisola iberica e gli ottomani", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII. Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: CSIC, 1989, pp. 463-492.

Méchoulan, Henry, *El honor de Dios*, Barcelona: Argos Vergara, 1981.

Medeiros, François de, *L'Occident et l'Afrique: XIII-XV siècles, images et représentations*. Préface de Jacques Le Goff, Paris: Karthala/Centre de Recherches Africaines, 1985.

Meek, C. K., "The Niger and the classics", *Journal of African History*, vol. 1 (1960), pp. 1-17.

Mejías-López, William, "Hernán Cortés y su intolerancia hacia la religión azteca en el contexto de la situación de los conversos y moriscos", *Bulletin Hispanique*, tome 95 (1993), pp. 623-646.

Melzig, Herbert, *Timur: Verhängnis eines Erdteiles*, Zürich/New York: Europa Verlag, 1940.

Ménage, V. L., "The 'map of Hajji Ahmed' and its makers", *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, vol. 21 (1958), pp. 290-314.

Mendieta, Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana* (fines del siglo xvi), México: Porrúa, 1971.

Menocal, María Rosa, "Al Andalus and 1492: the ways of remembering", en Salma Khadra Jayyusi, ed., *The legacy of Muslim Spain*, London/New York/Köln: E. J. Brill, 1992, pp. 483-504.

Merriman, Roger Bigelow, *Suleiman the Magnificent 1520-1566*, Cambridge MASS: Harvard University Press, 1944.

Mignolo, Walter, *The darker side of the Renaissance: literacy, territoriality, and colonization*, Ann Arbor: The University of Michigan Press, 1995.

Milhou, Alain, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Sevilla: Publicaciones de la Casa Museo de Colón y del Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1983.

———, "El indio americano y el mito de la religión natural", en *La imagen del indio en la Europa moderna*, Sevilla: csic/Fundación Europea de la Ciencia/Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1990, pp. 171-196.

———, "De Jerusalén a la Tierra Prometida del Nuevo Mundo; el tema mesiánico del centro del mundo", en *Iglesia, religión y sociedad en la historia latinoamericana, 1492-1945* (Congreso VIII de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas de Europa, Szeged, Hungría, 1989), Szeged: Universidad József Attila, 1989, pp. 31-56 (= *Paraninfo* [Tegucigalpa], año 2, núm. 4 [1993], pp. 97-123).

———, "De la destruction de l'Espagne à la destruction des Indes: histoire sacrée et combats idéologiques", en *Études sur l'impact culturel du Nouveau Monde*, Paris: L'Harmattan, 1981, tome 1, pp. 25-47.

———, "Gregorio López, el iluminismo y la Nueva Jerusalén americana", en M. Justina Sarabia Viejo, ed., *Europa e Iberoamérica: cinco siglos de intercambio*, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos/Consejería de Cultura y Medio Ambiente, Junta de Andalucía, 1992, vol. III, pp. 55-83.

Millás Vallicrosa, José María, "La cultura cosmográfica en la Corona de Aragón durante el reinado de los Reyes Católicos", en *Nuevos estudios sobre historia de la ciencia española*, Barcelona: csic y Asociación para la Historia de la Ciencia Española, 1960, pp. 299-316.

Miranda Godínez, Francisco, *Don Vasco de Quiroga y su Colegio de San Nicolás*, Morelia: Fimax, 1972.

Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (1890), en *Obras completas*, Buenos Aires. Congreso de la Nación, 1938.

Momigliano, Arnaldo, "El lugar de Heródoto en la historia de la historiografía" (1958), en su *La historiografía griega*, Barcelona: Crítica, 1984, pp. 134-150.

Moosvi, Shireen, "The silver influx, money supply, prices and revenue extraction in Mughal India", *Jr. of Economic and Social History of the Orient*, vol. 30 (1987), pp. 47-94.

Morales Padrón, Francisco, *Teoría y leyes de la conquista*, Madrid: Cultura Hispánica & Centro Iberoamericano e Cooperación, 1979.

———, *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*, Universidad de Sevilla, 1990.

Moret, Michèle, "Aspects de la société marchande de Séville du debut du xvii siècle", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, vol. 42 (1964).

Morison, Samuel Eliot, *El Almirante de la Mar Océano: vida de Cristóbal Colón* (1942), 2ª ed. española, México: FCE, 1991.

Morin, Claude, "De la Reconquista à la Conquista: transferts et adaptations dans le contrôle des populations étrangères", en Alain Musset y Thomas Calvo, eds., *Des Indes occidentales à l'Amérique latine*, Fontenay/Saint Cloud: ENS, 1997, II, pp. 559-568.

Mota Padilla, Matías de la, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional (1742)*, Guadalajara: Escuela Nacional de Antropología e Historia/Universidad de Guadalajara, 1973.

Moudden, Abderrahmane El, "The idea of the caliphate between Moroccans and Ottomans: symbolic stakes in the 16th and 17th century Maghrib", *Studia Islamica*, 82 (1995), pp. 103-112.

Muldoon, James, *Popes, lawyers, and infidels*, University of Pennsylvania Press, 1979.

Münzer, Hieronimus, "Itinerarium hispanicum", ed. por L. Pfandl, *Revue Hispanique*, 48 (1920).

Murphy, Henry C., *The voyage of Verrazzano; a chapter in early history of maritime discovery*, Freeport, NY: Books for Libraries Press, 1875 (reimpr. 1970).

Nader, Yauad J., prólogo a su traducción árabe del *Martín Fierro*, Buenos Aires: s. ed./, 1956.

Nieto Soria, José Manuel, *Iglesia y génesis del Estado moderno en Castilla (1369-1480)*, Madrid: Editorial Complutense, 1993.

Nowell, Charles E., "Henry the Navigator and his brother Dom Pedro", *Hispanic American Historical Review*, vol. 29 (1949), pp. 62-67.

O'Brien, Patrick, "European economic development: the contribution of the periphery", *The Economic History Review*, second series, vol. 35 (1982), pp. 1-18.

O'Malley, John W., "The discovery of America and reform thought at the papal court in the early Cinquecento", en Fredi Chiappelli *et al.*, eds., *First images of America: the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. 1, pp. 185-200.

Olschki, Leonardo, *Marco Polo's Asia; an introduction to his "Description of the world" called "Il Milione"*, Los Angeles: University of California Press, 1960.

Ordóñez de Cevallos, Pedro, *Viaje del mundo (1610)*, ed. y pról. de Ignacio B. Anzoategui, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1947 (*Austral*, 246).

Oviedo y Baños, José de, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela (1723)*, reproducción facsimilar de la edición hecha por Domingo Navas Spínola en Caracas en 1824, Caracas: Homenaje al Cuatricentenario de la Fundación de Caracas, 1967.

Pagden, Anthony, *La caída del hombre natural: el indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, Madrid: Alianza/Quinto Centenario, 1988.

Palanco Romero, José, ed., *Relaciones del siglo XVII*, Granada: Universidad de Granada, 1926.

Panuk, Sevket, "Crisis and recovery: the Ottoman monetary system in the early modern era, 1585-1789", en Clara Eugenia Núñez *et al.*, *Monetary history in global perspective, 1500-1808*, Sevilla: Universidad de Sevilla/Fundación El Monte/Instituto de Estudios Fiscales, 1998, pp. 97-108.

Parker, Geoffrey, *The military revolution: military innovation and the rise of the West, 1500-1800*, Cambridge University Press, 1988.

Parry, John, *Europa y la expansión del mundo (1492)*, México: FCE, 1952.

Parry, V. J., "Renaissance historical literature in relation to the Near and Middle East", en Bernard Lewis & P. M. Holt, eds., *Historians of the Middle East*, London: Oxford University Press, 1962, pp. 277-289.

Paso y Troncoso, Francisco del, *Epistolario de la Nueva España 1505-1818*, México: Antigua Librería Robredo, 1940.

Pastor, Rodolfo, "De moros en la costa a negros de Castilla: representación y realidad en las crónicas del siglo xvii centroamericano", *Historia Mexicana*, vol. 44, 174 (octubre-diciembre de 1994), pp. 195-235.

———, "El héroe y el antihéroe: Guerrero en Palenque", *Paraninfo* (Tegucigalpa), n. 10 (1996), pp. 35-52.

Pavlovic Samurovic, Ljiljana, "Chronica de los Turcos de Antonio de Herrera y Tordesillas (caps. vii, ix, x y xi): una síntesis de la historiografía y las letras renacentistas", en María Cruz García de Enterría y Alicia Córdón Mesa, eds., *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional del Siglo de Oro*, Universidad de Alcalá, 1998, tomo II, pp. 1159-1167.

Peres, Damião, *História dos descobrimentos portugueses*, 3. ed., Porto: Vertente, 1983.

Pérez de Tudela, Juan, *Las armadas de Indias y los orígenes de la política de colonización (1492-1505)*, Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1956, p. 15 n. 18 (=Revista de Indias 1954).

——— et al., eds., *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, Madrid: Real Academia de la Historia/CSC/MAPFRE, 1994.

Pertusi, Agostino, "I primi studi in Occidente sull'origine e la potenza dei Turchi", *Studi Veneziani*, 12 (1970), pp. 465-515.

Phelan, John Leddy, *The millennial kingdom of the Franciscans in the New World*, 2. ed., Berkeley & Los Angeles: Univ. of California Press, 1970

Piemontese, Angelo Michele, "Leggere e scrivere 'Orientalia' in Italia", *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, vol. 23 (1993), pp. 427-453.

———, "La lingua araba comparata di Beltramo Mignanelli (Siena 1443)", *Acta Academiae Scientiarum Hungaricae*, tome 48 (1995), pp. 155-170.

Pinelo, León, *Recopilación de las Indias* (1635), ed. y est. prel. de Ismael Sánchez Bello, México: Porrúa/UNAM, 1992.

Pino, Fermín del, "Canarias y América en la historia de la etnología primigenia: usando una hipótesis", *Revista de Indias*, año 36, núms. 145-146 (julio-diciembre de 1976), pp. 99-156.

Pi-Suñer Llorens, Antonia, "De la talasocracia catalana al imperio español", ponencia presentada al Simposio "Las ideas del descubrimiento de América", México, noviembre de 1984.

Pistarino, Geo, "Génova medieval entre Oriente y Occidente" (1969), en Blanca Garí, ed., *El mundo mediterráneo en la Edad Media*, Barcelona. Argot, 1987, pp. 191-228.

———, "Christians and Jews, Pagans and Muslims in the thought of Christopher Columbus", *Mediterranean Historical Review*, vol. 10 (1995), pp. 259-271.

Plezia, Marian, "L'apport de la Pologne à l'exploration de l'Asie Centrale au milieu du XIII. siècle", *Acta Poloniae Historica*, 22 (1970), pp. 18-35.

Poma de Ayala, Felipe Guamán, *El primer Nueva corónica y buen gobierno*, ed. de John Murra y Rolena Adorno, México: Siglo XXI, 1980.

Porrás Barrenechea, Raúl, *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967.

Prado Junior, Caio, *Formação do Brasil contemporâneo Colômbia*, São Paulo, Livraria Martins, 1942.

"Los primeros árabes en el Nuevo Mundo", *Medio Oriente Informa* (México), n. 15 (1980), pp. 38-39

Prince, L. Bradford, *Spanish mission churches of New Mexico*, Glorieta, NM: The Río Grande Press, 1977.

Puerto Rico en los documentos de don Juan Bautista Muñoz, estudio crítico por Vicente Murga Lanza, Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1960.

Quinn, David Beers, *England and the discovery of America, 1481-1620*, New York: Alfred A. Knopf, 1974.

Raby, Julian, "Picturing the Levant", en Jay A. Levenson, ed., *Circa 1492: art in the age of exploration*, New Haven & London: Yale University Press, 1991, pp. 77-81.

Ramos, Demetrio, "Colón y el enfrentamiento de los caballeros: un serio problema del segundo viaje que nuevos documentos ponen al descubierto", *Revista de Indias*, año 39, núms. 155-158 (enero-diciembre de 1979), pp. 9-88.

———, "Sepúlveda y la expresión renacentista en el cambio ideológico de una época a otra", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 188 (1991), pp. 401-414.

———, "El interés por las perlas desde las Capitulaciones de Santa Fe", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 189 (1992), pp. 261-275.

Ramos Gómez, Luis J., "El primer gran secuestro de metales procedentes del Perú, a cambio de juro, para costear la empresa de Túnez", *Anuario de Estudios Americanos*, 32 (1975), pp. 217-262.

Ravenstein, E. G., ed., *A journal of the first voyage of Vasco da Gama, 1497-1499*, London: Hakluyt, 1897 (reimpr. New York: Burt Franklin).

Renouard, Yves, "L'Infant Henri le Navigateur dans l'histoire de l'Occident", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, vol. 40 (1962), pp. 5-20.

Reparaz, G. de, "La carta delle prime scoperte di Magellano", *Quaderni Ibero-Americani*, 22 (1958), pp. 443-444.

Ribeiro, Darcy, *El proceso civilizatorio: etapas de la evolución sociocultural* (1968), Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.

———, ed., *La fundación de Brasil. Testimonios 1500-1700*, pról. de Darcy Ribeiro, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.

Ricard, Robert "Les idées de Campanella sur l'évangélisation de l'Amérique", *Journal de la Société des Américanistes* (Paris), ns, tome 21 (1929), pp. 278-279.

———, "Recherches sur les relations des îles Canaries et de la Berbérie au xvi siècle", en *Les espagnols sur la côte d'Afrique au xve. siècle*, Paris: Larose, 1935.

———, "Le transport au Brésil de la ville portugaise de Mazagan", *Hespéris* (Rabat), tome 24 (1937), pp. 139-142.

Riyad, Zahir, *Isti'mar Ifriqiya*, El Cairo: al-Maktaba al-Arabiyya, 1965.

Rodríguez, José Antonio Benito, "La Bula de Cruzada, de la Reconquista de Granada a su implantación en Indias", en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*, V Congreso Internacional de Historia de América (mayo de 1992), Granada: Diputación Provincial, 1994, vol. 1, pp. 533-546.

Rodríguez Prampolini, Ida, *Amadises de América: hazañas de las Indias como empresa caballeresca*, México: Academia Nacional de la historia, 1992.

Rodríguez Vicente, Ma. Encarnación, "Los extranjeros en el reino del Perú", en *Economía, sociedad y Real Hacienda en las Indias españolas*, Madrid: Alhambra, 1986, pp. 284-299.

Rogers, Francis M., *The travels of the Infante Dom Pedro of Portugal*, Cambridge MASS: Harvard University Press, 1961.

Rogers, J. M. & R. M. Ward, *Suleyman the Magnificent*, Secaucus NJ: The Wellfleet Pres, 1988.

Rosenblat, Ángel, "Base del español en América: nivel social y cultural de los conquistadores y pobladores", *Revista de Indias*, año 31, núms. 123-124 (1971), pp. 13-75.

Roth, Cecil, *The house of Nasi: the Duke of Naxos*, Philadelphia: The Jewish Publication Society, 1948.

Roux, Jean-Paul, "Sacerdoce et empires universels chez les Turco-Mongols", *Revue de l'Histoire des Religions*, 204 (1987), pp. 151-174.

Rowe, John Howland, "The Renaissance foundations of anthropology", *American Anthropologist*, vol. 67 (1965), pp. 1-20.

Ruano, Benito, "España y las Cruzadas; una época y dos mundos", *Anales de Historia Antigua y Medieval* (Buenos Aires), 1951-1952, pp. 92-120.

Rubio Mañe, J. Ignacio, *El virreinato*, México: FCE/UNAM, 1983.

Rubio Tovar, Joaquín, *Libros españoles de viajes medievales (selección)*. Estudio preliminar, edición y notas de... , Madrid: Taurus, 1986.

Rumeu de Armas, Antonio, *Colón en Barcelona*, Sevilla: Universidad de Sevilla, 1944.

Russell, P. E., "Veni, vidi, vici: some fifteenth-century eyewitness accounts of travel in the African Atlantic before 1492", *Historical Research* (London), vol. 66, n. 160 (1993), pp. 115-128.

Russell, Peter, "A quest too far: Henry the Navigator and Prester John", en John Macpherson & Ralph Penny, eds., *The medieval mind: Hispanic studies in honour of Alan Deyermond*, London: Tamesis, 1997, pp. 401-416.

Saavedra y Guzmán, Antonio de, *El peregrino indiano* (1599), estudio introductorio y notas de José Rubén Romero Galván, México: CNCA, 1989.

Salafranca, Jesús F., "Una trascendental decisión histórica de España: ¿África o América?", en Leopoldo Zea, comp., *El descubrimiento de América y su impacto en la historia*, México: IPGH/FCE, 1991, pp. 145-162.

———, "El tercer viaje de Colón y su incidencia en la conquista de Melilla", en *El Reino de Granada y el Nuevo Mundo*. V Congreso Internacional de Historia de América, Diputación Provincial de Granada, 1994, vol. III, pp. 117-123.

Salinas y Córdova, Buenaventura, *Memorial de las historias del Nuevo Mundo. Pirú* (1630), introducción de Luis E. Valcárcel y un estudio sobre el autor de Warren L. Cook, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967.

San Antón Muñón Chimelpahin Cuauhtlehuanitzin, Don Francisco de, *Relaciones geográficas de Chalco Amaquemecan*, escritas por ..., paleografía y traducción del náhuatl, con una introducción, por S. Rendón, prefacio de Ángel M. Garibay K., México: FCE, 1965.

Sanabria Fernández, Hernando, "Un compañero de armas de Cervantes en tierras del Alto Perú", *Jr. of Inter-American Studies*, vol. 5 (1963), pp. 213-234.

Sánchez Albornoz, Claudio, "La Edad Media y la empresa de América" (1930), en *España y el islam*, Buenos Aires: Sudamericana, 1943, pp. 181-193.

———, *La Edad Media española y la empresa de América*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983

Sánchez Candeira, Alfonso, "Las Cruzadas en la historiografía española de la época: traducción castellana de una redacción desconocida de los 'Anales de Tierra Santa'", *Hispania*, tomo XX, n. 80 (1960), pp. 326-367.

Sarabia Viejo, María Justina, "Presencia italiana en Andalucía: la conexión sevillana (1570-1575)", en *Presencia italiana en Andalucía, siglos XVI-XVII. Actas del III Coloquio Hispano-Italiano*, Sevilla: CSIC, 1989, pp. 427-462

Scammell, G. V., "European exiles, renegades and outlaws and the maritime economy of Asia c. 1500-1750", *Modern Asian Studies*, 26, 4 (1992), pp. 641-661.

Sebastián, Santiago, *Iconografía del indio americano, siglos XVI-XVII*, Madrid: Turo, 1992.

Sepúlveda, Juan Ginés de, *Obras completas. iii, Democrates alter y apología en favor del libro sobre las justas causas de la guerra*, A. Truyol Sierra ed., Excmo. Ayuntamiento de Pozoblanco, 1997.

Sesma Muñoz, José Ángel, "1492: annus mirabilis", en José Ángel Sesma Muñoz, coord., *Un año en la historia de Aragón: 1492*, Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada Concepción de Aragón, 1991, pp. 9-26.

Silva Dias, J. S. Da, *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI* (1973), México: FCE, 1986.

Skilliter, S.A.S., "The Hispano-Ottoman armistice of 1581", en *Iran and Islam...* in memory of Vladimir Minorsky, Edinburgh: University Press, 1971, pp. 491-515.

Sola, Emilio, *Un Mediterráneo de piratas*, Madrid: Tecnos, 1988.

——— & José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería*, México: FCE, 1997.

Solis Santos, Carlos, "Cristóbal Colón y el saber de los árabes", *Arbor*, tomo 123, n. 482 (1986), pp. 93-108.

Solis y Rivadeneyra, Antonio de, *Historia de la conquista de México* (1684), pról. y apéndices de Edmundo O'Gorman, notas de José Valero Silva, 2ª ed., México: Porrúa, 1973.

Soucek, Svat, "Piri Reis and the Ottoman discovery of the great discoveries", *Studia Islamica*, 79 (1994), pp. 121-142.

Southern, Richard, *Western views of Islam in the Middle Ages*, Cambridge: Harvard University Press, 1962.

Souto Alabarce, Arturo, ed., *Teatro indiano de los Siglos de Oro*, México: Trillas, 1988.

Steck, Francis Borgia, "Christopher Columbus and the franciscans", *The Americas*, vol. 3 (1947), pp. 319-341.

Stephenson, Richard W., "The Piri Reis chart of 1513, its signification and use", *Turkish Review*, vol. 7, n. 34 (1993), pp. 77-81.

Stevens-Arroyo, Anthony M., "The inter Atlantic paradigm: the failure of Spanish medieval colonization of the Canary and Caribbean islands", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 35 (1993), pp. 515-543.

Stoianovich, Troian & Georges C. Haupt, "Le maïs arrive dans les Bakans", *Annales. ESC*, 17 année (1962), pp. 84-93.

Suárez de Peralta, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias* (1589), est. preliminar y notas de Teresa Silva Tena, México: CNCA, 1990.

Suárez Fernández, Luis, "The Atlantic and the Mediterranean among the objectives of the house of Trastámara" (1951), en Roger Highfield, ed., *Spain in the fifteenth century 1369-1516*, London & Basingstoke: Macmillan, 1972, pp. 58-79.

Szásdi León-Borja, István, "Después de la *Inter caetera*, ruptura y cambio en la política indiana de Alejandro VI", en *Memoria del X Congreso del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano*, México: Escuela Libre de Derecho/UNAM, 1995, pp. 1577-1629.

Taboada, Hernán, "La extensión de Etiopía", *Nova Tellus* (México, UNAM), 6 (1988), pp. 135-147.

———, "Presencia musulmana en América colonial", Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África, Cartagena de Indias, 1996.

- Tardieu, Jean-Pierre, *Le Nouveau David et la réforme du Pérou; l'affaire María Pizarro-Francisco de la Cruz (1571-1596)*, Bordeaux: Maison des Pays Ibériques, 1992.
- , *L'Église et les noirs au Pérou, xvie. et xviii. siècles*, Paris: L'Harmattan, 1993.
- Tate, Robert B., "La historiografía en la España del siglo xv", en *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo xv*, Madrid: Gredos, 1970, pp. 280-296.
- Tazbir, Janusz, "La conquête de l'Amérique à la lumière de l'opinion polonaise", *Acta Poloniae Historica*, 17 (1968), pp. 5-22.
- , "La connaissance de l'Amérique chez les habitants de la République Nobiliaire aux xvi-xvii siècles", *Acta Poloniae Historica*, 60 (1989), pp. 5-32.
- Tazi, Abdelhadi, "Ibn Madjid et les portugais", *Arabica*, 35 (1988), pp. 104-105.
- Tekeli, Sevim, "Piri Reis's map of Americas", *Turkish Review*, vol. 2, n. 9 (1987), pp. 93-104.
- Telles, Efraín, "El testamento de Lucas Martínez Vegazo", *Revista Chilena de Historia*, 23 (1988), pp. 267-293.
- , *Lucas Martínez Vegazo; funcionamiento de una encomienda peruana inicial*, 2. ed., Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1991.
- Teresa de Jesús, Santa, *Libro de la vida* (1565), ed., intr. y notas de Otger Stegink, Madrid: Castalia, 1986.
- Thomaz, Luís Filipe F. R., "Factions, interests and messianism: the politics of Portuguese expansion in the East, 1500-1521", *The Indian Economic and Social History Review*, 28 (1991), pp. 97-109.
- Tilly, Charles, "The Europe of Columbus and Bayazid", *Middle East Research & Information Project Report*, vol. 22, n. 178 (1992), pp. 2-5.
- Torquemada, Fray Juan de, *Monarquía indiana*, edición preparada por el seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México: UNAM, 1975.
- Torres, Diego de, *Relación del origen y suceso de los Xerifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante* (1586), introducción de Mercedes García-Arenal, México: Siglo xxi, 1980.
- Toussaint, Manuel, *Arte mudéjar en América*, México: Porrúa, 1945.
- Tovar, Antonio, "Lo medieval en la colonización de América" (1959), en *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, 2ª ed., México: fce, 1981, pp. 113-121.
- Transylvanus, Maximilianus, *De Moluccis insulis* (1523), en *First voyage around the world*, by Antonio Pigafetta, and ... with an intr. by Carlos Quirino, Manila: Filipina Books Guild, 1969.
- Turan, Osman, "The ideal of the world domination among the Medieval Turks", *Studia Islamica*, 4 (1955), pp. 77-90.
- Turki, Abdelmajid, "Documents sur le dernier exode des Andalous vers la Tunisie", en Miquel de Epalza & Ramón Petit eds., *Recueil d'études sur les moriscos andalous en Tunisie*, Madrid: Dirección General de Relaciones Culturales, 1973.
- Tuttle, Edward F., "Borrowing versus semantic shift: New World nomenclature in European languages", en Fredi Chiappelli et al., eds., *First images of America. the impact of the New World on the Old*, Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1976, vol. II, pp. 595-611.
- Ustáriz, Gerónimo de, *Theorica y práctica de comercio y de marina..* (1742), reimpr. Madrid: Aguilar, 1968.
- Valensi, Lucette, "Silence, dénegation, affabulation. le souvenir d'une grande défaite dans la culture portugaise", *Annales ESC*, 46 (1991), pp. 3-24.

Varela, Consuelo & Juan Gil, eds., *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid: Alianza, 1984.

Vázquez de Prada, Valentín, *Lettres marchandes d'Anvers*, París: SEVPEN, s.f.

Vázquez Ruiz, José, "Influencia de la cultura árabe en las ideas geográficas de Cristóbal Colón", en *Actas de las II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica* (1980), Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1985, pp. 579-584.

Vega, Garcilaso de la, *Historia general del Perú* (segunda parte de los *Comentarios Reales de los Incas*) (1617), ed. de Ángel Rosenblat, Buenos Aires: Emecé, 1944.

———, *La Florida del Inca*, México: FCE, 1956.

Vega, Lope de, *El cerco de Viena por Carlos V*, en *Obras de Lope de Vega*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1969, 25.

Verdeira, Nito, *Cristóbal Colón, catalanoparlante*, Eivissa, Baleares: Editorial Mediterrània, 1994.

Verlinden, Charles, *The beginnings of modern colonization: eleven essays with an introduction*, Ithaca & London: Cornell University Press, 1970.

———, "Les influences médiévales dans la colonisation de l'Amérique", *Revista de Historia de América*, n. 30 (1950), pp. 440-450.

———, "Les origines coloniales de la civilisation atlantique: antécédents et types de structure", *Cahiers d'Histoire Mondiale*, vol. 1 (1953), pp. 378-398.

———, "Las condiciones de la introducción y de la abolición del régimen feudal en las dos Américas", en Jacques Godechot et al., *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid: Siglo XXI, 1979, pp. 201-209.

———, "De la colonisation médiévale italienne au Levant à l'expansion ibérique en Afrique continentale et insulaire. Analyse d'un transfert économique, technologique et culturel", *Studia* (Lisboa), n. 46 (1987), pp. 193-222.

Vernet, Juan, *La cultura hispanoárabe en oriente y occidente*, Barcelona etc: Ariel, 1978, pp. 239-243.

El viaje de Turquía (1557), ed. de Fernando García Salinero, Madrid: Cátedra, 1980.

Vigneras, Louis-André, "Saint Thomas, apostle of America", *Hispanic American Historical Review*, vol. 57 (1977), pp. 82-90.

Vilar, Juan-Bta., "Noticia sobre el converso Luis de Torres, acompañante de Colón en el viaje del descubrimiento e intérprete oficial de la expedición", *Sefarad*, 54 (1994), pp. 404-411.

Vincent, Bernard, 1492: "el año increíble", Barcelona: Crítica, 1992.

Vincke, Johannes, "Der verhinderte Kreuzzug Ludwigs von Spanien zu den Kanarischen Inseln", en Johannes Vincke ed., *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, Münster: Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, 1961, Bd. 17, pp. 57-71.

Virreinato peruano, documentos para su historia, colección de cartas de virreyes, conde de la Monclova, Lima: Instituto Histórico del Perú, 1955.

Vivero, Rodrigo de, *Du Japon et Du bon gouvernement de l'Espagne et des Indes* (1630), traduit et présenté para Juliette Monbeig, préface de Fernand Braudel, París: SEVPEN, 1972.

Vives, Juan Luis, *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco* (1526), en *Obras sociales y políticas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1960.

Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial; la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, México: Siglo XXI, 1971.

Warman Gryj, Arturo, *La danza de Moros y Cristianos*, México: SEP, 1972 (*Septsetentas*, 46).

Watts, Pauline Moffitt, "Prophecy and discovery: on the spiritual origins of Christopher Columbus's 'enterprise of the Indies'", *American Historical Review*, vol. 90 (1985), pp. 73-102.

Webb, Walter Prescott, *The great frontier*, introduction by Arnold Toynbee, Austin: University of Texas Press, 1951

Weckmann, Luis, *La herencia medieval de México*, 2ª ed., México: FCE, 1992

Wiesenthal, Simon, *Operación Nuevo Mundo. la vela de la esperanza*, México: Roca, 1992.

Witte, Charles-Martial de, "Les bulles pontificales et l'expansion portugaise au xve. siècle", *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, tome 48 (1953), pp. 683-718; tome 49 (1954), pp. 438-461; tome 51 (1956), pp. 809-836; tome 53 (1958), pp. 5-46 y 443-471.

Wittman, Tibor, "En torno a los misioneros de Hungría en América española (siglo xviii)", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, Bd. 6 (1969), pp. 150-157.

Wycherley, George, art. "Arabian Gold", en James T. Adams, ed., *Dictionary of American history*, New York: Charles Scribner's Sons, 1940, vol. 1, pp. 93-94.

Xeij, Rafaat al-, "Irtibat jaruy al-muslimin min al-Andalus bi harakati al-yihad al-bahri al -islami", en Abdeljelil Temimi, ed., *Le V centenaire de la chute de Grenade*, Zaghwan: Centre d'Études de Recherches Ottomanes, Morisques et Documentation et d'Information, 1993, tome 1.

Zacher, Cris, "How Columbus read Mandeville's *Travels*", en Consuelo Varela, ed., *Actas del Primer Encuentro Internacional Colombino*, Madrid: Turner/Sociedad Estatal Quinto Centenario. 1990, pp. 155-160.

Zavala, Silvio, prólogo a Antonio Rodríguez de León Pinelo, *Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres: sus consecuencias y daños (1641)*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1966.

———, *Los esclavos indios en Nueva España*, México. El Colegio Nacional. 1981

———, *Suplemento documental y bibliográfico a La encomienda indiana*. México: UNAM, 1984.

Zea, Leopoldo, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, Barcelona: Anthropos, 1988.

———, "Sentido y proyección de la cultura latinoamericana y de la árabe". en Manuel Rodríguez Lapuente y Horacio Cerutti, eds., *Arturo Andrés Roig, filósofo e historiador de las ideas*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1989, pp. 335-343.

Zúñiga, Gonzalo de, *Relación... (1560 ca)*, en Elena Mampel González y Neuss Escandell Tur, eds., *Lope de Aguirre: crónicas 1559-1561*, Barcelona: Universidad de Barcelona./Editorial 71/2, 1981.

Zurara, Gomes Eanes de, *Crónica dos feitos notáveis que se passaram na conquista da Guiné por mandado do Infante D. Henrique (1453)*, Introdução e notas ... Torquato de Sousa Soares, Lisboa: Académia Portuguesa da História. 1978.